Guerra y sociedad

Una introducción a la historia de la guerra









Eudaldo Casanova

Guerra y sociedad

Una introducción a la historia de la guerra



Guerra y Sociedad

Una introducción a la historia de la guerra

Tomo II

Eudaldo Casanova

Saberes inútiles

FICHA CATALOGRÁFICA

CASANOVA, Eudaldo
Guerra y sociedad. Una introducción a la historia de la guerra /
Eudaldo Casanova.
Zaragoza, 2014
Tomo II, 394 p. : 22 cm. (*Saberes inútiles*; 2).

CDU
Sociología de la guerra 355; Historia de la guerra 959.

ISBN 84-616-4740-8

Venta y distribución: WWW.Amazon.es

A mi buen amigo el Tte. Cor.
José Javier Pola, con el que tanto he
hablado de las cosas de este libro.

I
La era de las revoluciones

El nacimiento del mundo contemporáneo

La primera mitad del siglo XIX estará marcada por los efectos de una doble revolución: la revolución política y social desatada en Francia en 1789; y las transformaciones económicas que se venían experimentando en Inglaterra desde 1750, conocidas como Revolución Industrial. La confluencia de estas dos poderosas corrientes modelará de tal modo las siguientes décadas que se puede hablar de un auténtico cambio de era, que forzosamente debía afectar a las formas de hacer la guerra.

Las mutaciones operadas en el terreno económico, con la lenta pero inexorable expansión del maquinismo, repercutieron en todos los campos de vida. Las sociedades agrarias retrocederán para dar paso, con un imparable crecimiento demográfico, al desarrollo de un mundo urbano y a la aparición de una numerosa clase trabajadora que, lentamente, irá reivindicando nuevos derechos, en tanto que los viejos lazos de dependencia personal, basados en la servidumbre y la tierra, desparecerán paulatinamente. Por otra parte el crecimiento industrial, concentrado en algunas partes del globo, colocará al resto del planeta en una situación de dependencia eco-

nómica y vulnerabilidad militar que preparará el terreno para la expansión imperialista en la segunda mitad del siglo.

Con la Revolución francesa se podrán en circulación los principios del liberalismo y se configurarán los nacionalismos, que alimentarán numerosos conflictos de distinto orden. La lucha de la burguesía liberal por convertirse en clase hegemónica la enfrentará a la decadente aristocracia del Antiguo Régimen, pero también a la nueva clase del proletariado naciente. Las ideas liberales, acrisoladas en el constitucionalismo, irán desterrando en todo el continente europeo a las vetustas monarquías absolutas, y un nuevo sujeto político, el ciudadano patriota, ocupara un lugar preeminente en ese mundo en transformación. Ese hombre nuevo se interesará por el discurso político, generará distintas corrientes de opinión, a las que deberán estar atentos los gobernantes, y será el sostén de los ejércitos nacionales que se irán configurando a lo largo de toda la centuria. En ese sentido las guerras entre reyes serán desplazadas por los choques bélicos entre pueblos, y algunos autores hablarán del paso de una guerra limitada a una «guerra total» (Fuller, 1965).

En el campo de la guerra podemos distinguir dos etapas bien diferenciadas. Del año 1792 al 1815 se abre un período de intensa actividad bélica (guerras revolucionarias y napoleónicas), y aunque hubo pausas y cambios de alianzas, la disposición fundamental de la lucha consistió en que cuatro países: Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia, en combinaciones de dos o tres, según el momento, formaron una liga contra la Francia revolucionaria o napoleónica, ocupando Gran Bretaña la cabeza de todas estas coaliciones. Toda la estrategia de los franceses consistió en defender y expandir las nuevas ideas, y bajo Napoleón alcanzar la hegemonía continental, para lo cual siempre persiguió como supremo objetivo derrotar a Gran Bretaña, el gran rival económico. Es durante este período cuando aparece un nuevo tipo de guerra basado en la movilización nacional, los ejércitos masivos y la ideologización del combatiente.

En el segundo período de 1815 a 1856 la actividad bélica decrece. Las guerras que se produzcan conservarán algunos rasgos del período anterior, pero desaparecerá la movilización nacional y la masificación de la época revolucionaria, aunque siga presente un profundo proceso de ideologización en los conflictos y en el seno de los mismos ejércitos. Lo cierto es que

durante toda esta época, aunque se constatan cambios sustanciales, también se da una cierta continuidad respecto a la manera de hacer la guerra tal y como se realizaba a finales del siglo XVIII.

No hay duda alguna respecto a la importancia militar del cuarto de siglo de luchas que se inició en 1792. Durante ese período se asistió no sólo al empleo de ejércitos y flotas en una escala sin precedentes, sino también a la utilización de armas económicas y políticas como no se habían visto nunca. Pero resulta dificultoso discernir entre lo que fue genuinamente revolucionario y lo que se había ido desarrollando en el curso de las décadas anteriores. Los ejércitos napoleónicos fueron, como lo habían sido en el XVIII, muy semejantes en disciplina, instrucción, equipo y todas las demás cosas referentes al servicio. Sólo en los objetivos de la guerra, el volumen movilizado y la escala geográfica de las operaciones podemos apreciar que se estaba alumbrando una nueva realidad.

Así pues, lo que hubo de revolucionario en las guerras de este tiempo no estuvo en las armas, y sólo en una limitada proporción, en las tácticas. Lo verdaderamente novedoso surgió, sobre todo, en la escala del conflicto y en los impulsos que lo animaron. En ese sentido no podemos engañarnos: ni los generales revolucionarios, ni el mismo Napoleón fueron grandes reformadores militares. Bonaparte no hizo ninguna contribución importante al desarrollo de la táctica. Incluso dentro de su propia arma, la artillería, hasta la mitad de su carrera, no llevó a cabo el fuego concentrado de enormes baterías en masa. En todas las demás armas, los tipos empleados y las opiniones tácticas acerca de su uso debieron más a los reformadores del reinado de Luis XVI y a la práctica empírica de los primitivos ejércitos revolucionarios, que al propio Napoleón.

Como producto del proceso revolucionario iniciado en Francia durante el verano de 1789 se promulgo, dos años después, la Constitución de 1791, y se convocó la primera Asamblea Legislativa, cámara parlamentaria dominada por la gran burguesía, que a los pocos meses declaró la guerra a Francisco II de Austria por prestar apoyo a los emigrados realistas que desde el otro lado de la frontera hostigaban la revolución. Se iniciaba así un período de ocho años en el que los ejércitos de la revolución conseguirán notables éxitos como el de Valmy, donde se logró frenar el avance de los austriacos sobre París (septiembre de 1792).

El triunfo militar sobre las monarquías absolutas e Inglaterra, que las apoyaba, logró asentar en Francia los principios de la Revolución pero confirió un notable protagonismo político a los jóvenes generales, convertidos en árbitros de las disensiones políticas internas. De entre esos jóvenes generales descollaba de modo particular Napoleón Bonaparte, un brillante militar partidario de algunos logros de la Revolución, aunque no de sus aspectos democráticos. En la campaña de Italia durante el año 1796, se había revelado como un hábil estratega derrotando a los austriacos en las batallas de Arcole y Rívoli y obligándoles a pedir la paz por el Tratado de Campoformio (1797).

Su fama se acrecentó al encabezar en 1798 una expedición a Egipto, en donde su ejército se apoderó del país, arrebatándolo al dominio turco. No obstante fracasó en su objetivo principal, pues la flota inglesa, al mando de Nelson, se adueñó de Malta y destrozó a la francesa en Abukir (desembocadura del Nilo). Esto no impidió a Napoleón retornar a Francia como un héroe y dar el golpe de Estado que le hizo dueño del gobierno del país.

El déspota militar se hizo coronar por el Papa Pío VII Emperador de los Franceses en 1804. Bajo su mandato Francia adquirió el rango de primera potencia mundial impulsando una política agresiva hacia el exterior que chocaba con el poderío marítimo británico en una pugna abierta por la hegemonía económica sobre los mercados mundiales. Entre 1803 y 1805, Napoleón ideó una serie de proyectos para la invasión de Inglaterra, y un gran ejército estuvo acampado en Boulogne (Paso de Calais), pero la invasión no podía prosperar sin el control del canal de la Mancha. En el verano de 1805 Bonaparte ya había abandonado la esperanza de invadir Inglaterra, pero conservó la parte naval de su plan, consistente en forzar los bloqueos de Tolón y Brest que los ingleses mantenían sobre esos puertos. La flota francesa de Tolón, bajo el mando de Villeneuve, logró forzar el bloqueo; pero el almirante inglés Nelson le dio caza y le obligó a entablar combate en Trafalgar.

Esta batalla naval, que fue una de las últimas importantes en la era de la vela, fue también la más perfecta. Se libró de acuerdo con la táctica entonces establecida consistente en cortar la línea de buques enemiga para después volverse contra sus naves enzarzándose en una *melée*. Trafalgar fue

la aplicación más coordinada de dicha maniobra. De los 30 navíos franco-españoles, 18 fueron capturados o destruidos. La gran consecuencia de la misma fue que Gran Bretaña se hizo dueña absoluta de los mares, no sólo entonces, sino también por el resto del siglo XIX, con lo que su poderío comercial quedó asegurado.

Aunque la flota franco-española fue vencida en Trafalgar, el emperador pareció resarcirse de aquel fracaso con la espléndida victoria sobre austriacos y rusos en Austerlitz, cima de su carrera militar. Al año siguiente Napoleón derrotó a los prusianos en la batalla de Jena (1806). Poco después, derrotados también los rusos en la batalla de Friedland, sus monarcas Federico Guillermo II de Prusia y Alejandro I de Rusia se vieron obligados a firmar la paz de Tilsit (1807). Así Bonaparte se erigía en árbitro del Continente.

Las victorias de 1805-1807 elevaron a Napoleón al pináculo de su gloria. A partir de entonces y hasta 1812, su Imperio no hizo sino crecer. En 1809 se extendía desde Sevilla hasta Varsovia y desde Nápoles hasta el Báltico, con 44 millones de súbditos. En muchos de los territorios ocupados se aplicaron numerosas reformas bajo el espíritu de la Revolución: igualdad ante la ley, abolición de la servidumbre, tolerancia religiosa, derechos civiles para los judíos, educación seglar, sistemas de justicia unificados, construcción de carreteras, áreas únicas de aduanas, y un largo etcétera. Pero el problema de la rivalidad con Gran Bretaña seguía aún sin resolverse para el emperador francés.

En noviembre de 1806 Bonaparte decidió iniciar una guerra económica a gran escala contra su principal rival. Sus planes consistían en cerrar el continente al comercio y la navegación británicos. El decreto de Berlín declaró a las Islas Británicas «en estado de bloqueo»; todo comercio con las mismas quedaba prohibido y todas las mercancías en tránsito entre Gran Bretaña y sus colonias habían de ser capturadas (1807). A fin de evitar boquetes al contrabando inglés, las tropas de Napoleón se apoderaron de los Estados Pontificios (1808), expulsaron a los Braganzas de Portugal (1807) y ocuparon España, instaurando en el trono a José Bonaparte (1808). Pero en la Península Ibérica se abrió para el francés un frente complicado.

Portugal, fiel aliada de Inglaterra, sirvió como plataforma operacional para el ejército británico, mientras que en España una seria resistencia popular ponía en apuros a las tropas napoleónicas. Después de la derrota sufrida por los franceses en la batalla de Bailén, el mismo emperador tuvo que acudir a la península (1808-1809). Napoleón triunfó en esta campaña, aunque no logró reducir ese peligroso foco de insurrección, que se convirtió en una gravísima herida en el flanco del Imperio (1809-1814). Austria intentó aprovechar la crisis de España y alentada por Inglaterra lanzó a sus ejércitos de nuevo al ataque en 1809. Su valor fue estéril, pues Napoleón, en una campaña menos brillante que las anteriores, les derrotó en Wagram (1809).

Para poner fin a la amenaza de Rusia, siempre latente, Napoleón emprendió en 1812 una campaña que le llevó victorioso hasta Moscú (batalla de Borodino). Pero las tropas del zar Alejandro I se retiraron a su paso, abriéndole la ruta de un país totalmente hostil y devastado. Al sobrevenir el invierno, el ejército expedicionario francés no pudo resistir más. La retirada, motivada por el hambre y el frío, fue catastrófica y el Emperador perdió unas tropas que jamás habría de recobrar. Sus adversarios aprovecharon este momento de flaqueza y se unieron de nuevo para acabar con Napoleón. Rusia, Austria, Prusia y Suecia vencieron a los ejércitos franceses en la batalla de Leipzig (1813), liberaron Alemania, invadieron Francia y se apoderaron de París (1814).

Bonaparte se vio obligado a renunciar al trono y aceptó el modesto título de rey de la isla de Elba. No obstante, aprovechando el resentimiento que había despertado en Francia el retorno de los Borbones, restaurados en el trono por los aliados, Napoleón se presentó de nuevo en el país y logró levantar un ejército que no obstante fue vencido en Waterloo en junio de 1815 por el general inglés Wellington y el prusiano Blücher. El Imperio napoleónico, continuador de la Revolución Francesa, dejó honda huella en Europa a pesar de su fracaso militar y político.

La nación en armas

Cuando estalló la revolución en Francia nada hacía presuponer que de los profundos cambios que se estaban operando fuera a surgir un

nuevo tipo de ejército y unas nuevas formas de lucha. Los *cahiers de doléances* (peticiones colectivas dirigidas al rey) de 1789 solicitaban en muchos casos la abolición de las milicias provinciales. Se abrigaba la esperanza de que las reformas emprendidas condujeran a unas fuerzas armadas más reducidas y menos necesarias. Pero lejos de esos deseos la dinámica de los acontecimientos condujo a que en 1791 la Asamblea Legislativa declarara la guerra a Austria.

En 1789 Francia contaba con una población de más de 25 millones de habitantes (igual a las poblaciones combinadas de Austria, Prusia e Inglaterra) y poseía un ejército activo de 195.000 hombres, de los cuales 25.000 eran extranjeros. Disponía de 730.000 mosquetes, modelo de 1777, más de 2.000 piezas de artillería del diseño de Gribeauval y sumaba el ardiente entusiasmo patriótico de un nutrido sector de la población.

En el aspecto teórico el Estado Mayor francés había estudiado a partir de la guerra de los Siete Años los principios de la nueva estrategia enunciados por Pierre-Joseph Bourcet (1700-1780), director de la Academia del Estado Mayor de Grenoble, basados en la superioridad de la ofensiva sobre la defensa y la importancia de combinar la dispersión con la concentración, rompiendo así con las rígidas formaciones lineales aún imperantes. Por su parte, Jacques Guibert ya había señalado las virtudes de la simple columna de batallón contra las formaciones de combate del momento, insistiendo así mismo en que el ejército debía vivir sobre el terreno, ahorrándose los costosos y embarazosos trenes de provisiones. Como, además, era un «filósofo», Guibert recomendaba que los ejércitos se debían reclutar entre los ciudadanos patriotas y no entre mercenarios, vagabundos o criminales. Por último, Jean Du Teil (1738-1820), en un ensayo de 1778, había desarrolló ya la táctica de la nueva artillería de campaña, propugnando la concentración del fuego sobre un punto decisivo en la formación adversaria.

Todas estas ideas, que suponían una revolución en la estrategia y táctica imperantes, estaban ya recogidas, antes de que estallara la revolución, en el manual de instrucción del ejército de 1788. Ese manual, que se difundió entre la tropa en 1791, había de convertirse en el compendio de los principios bajo los que se formó la nueva generación de oficiales revolucionarios.

No obstante, esta aparente sólida estructura militar presentaba sus carencias. La politización en la que estaba sumida toda la sociedad francesa afectaba también a la oficialía y a la tropa, divididas en sus lealtades entre el rey y el cambio. Luego de una serie de acciones que desbarataron el antiguo ejército real, se tuvo que improvisar un conjunto de medidas que lo sustituyeran por un arma de combate eficaz. El recurso fundamental al que se apeló fue la movilización nacional y patriótica.

La recluta masiva para convertir en soldado forzoso al hombre corriente se daba ya en la antigüedad, pero este nuevo tipo de combatientes aparecerán ahora estrechamente vinculados a determinados rasgos políticos de la contemporaneidad. Será con la aparición de las ideas de nación y ciudadanía cuando verdaderamente tomen cuerpo los ejércitos reclutados por conscripción. La creencia en una entidad política denominada nación, —compuesta por todos los que siendo iguales ante la ley constituyen su ciudadanía y de modo soberano determinan la forma de gobernarse— se convertirá en el caldo de cultivo que permita recrear, en clave moderna, el mito del guerrero ciudadano. Por eso todos los varones jóvenes deberán servir a su patria con las armas en la mano, al menos durante un tiempo, y siempre que sea necesario cuando la nación se halle en peligro.

Es en la Francia revolucionaria donde primero podemos observar estos planteamientos, aunque tardaron en concretarse de modo efectivo. Así el ejército que derrotó en la batalla de Valmy (1792) a la coalición contrarrevolucionaria austro-prusiana aún estaba formado por el antiguo ejército de línea monárquico y por unidades de voluntarios. Cuando en febrero de 1793, la Convención decida llevar a cabo una leva de 300.000 hombres entre los jóvenes solteros para poder hacer frente al cerco que sufría la revolución, cada municipio adoptará sus propias reglas para su designación, que fueron desde la requisición general hasta el mero sorteo. Sin embargo, el resultado de esta leva representó por primera vez la identificación del ejército con la nación. Francia entera se encontraba movilizada. El 23 de agosto de 1793, la asamblea lanzó una proclama en los siguientes términos: «Los jóvenes irán al combate, los hombres casados forjarán las armas y transportarán los suministros, las mujeres confeccionarán tiendas de campaña, uniformes y ropas y servirán en los hospitales, los niños des-

hilacharán las ropas viejas, los viejos serán llevados a las plazas públicas para excitar el coraje de los guerreros, predicar el odio a los tiranos y la unidad de la República» (Soboul, 1972: 250). Es el primer llamamiento moderno a la movilización general de todo un pueblo para el esfuerzo de guerra.

En el hecho de la conscripción masiva radica el cambio fundamental que se produjo respecto a la época anterior. Antes de la revolución los protagonistas del combate eran ejércitos de soldados regulares bien entrenados y con largos períodos de permanencia en filas. La Asamblea Constituyente había decidido mantener el sistema de alistamiento voluntario con paga. Sin embargo, pronto fue necesario recurrir a la conscripción como respuesta a la necesidad práctica de disponer de fuerzas armadas más numerosas, en particular cuando la revolución se enfrentó a todas las monarquías de Europa.

La expansión general del potencial humano militar empezó con las levas francesas de 1792, teóricamente compuestas por voluntarios, pero en realidad fijadas por cuotas asignadas a todos los *départements* territoriales. Los resultados no fueron inmediatos. En la primera campaña, que conduciría a Valmy, unos 70.000 prusianos y austriacos se enfrentaron a 52.000 defensores franceses como máximo. En enero de 1793, todavía los ejércitos combinados de la República arrojaban una cifra parecida a la del inicio del conflicto, pero en el curso de ese mismo año, se produjo un incremento espectacular como producto de la *levée en masse*. El reclutamiento general alistó unos 450.000 hombres durante los cuatro años en los que Carnot ejerció en la práctica como ministro de la guerra.

Lazare Carnot (1753-1823) era el experto en cuestiones militares del Comité de Salud Pública. Administrador genial y dispuesto a trabajar dieciséis horas diarias, abordó los grandes problemas planteados en este terreno: la fusión (*amalgame*) de los nuevos ciudadanos-soldados con los antiguos soldados regulares en un ejército nacional, la instrucción de los oficiales, particularmente en armas especiales, y la incorporación de la economía a la guerra. La *amalgame* de febrero de 1793 y la *levée en masse* de agosto siguiente ayudaron a borrar las diferencias entre los «azules», como se denominaba a los soldados patriotas, y los regulares, creando ejércitos que superaban en hombres a los del Antiguo Régimen: 300.000 en febrero, 650.000 en agosto de 1793.

A comienzos de 1794, el ejército comprendía más de un millón de efectivos, de los cuales aproximadamente 700.000 se encontraban en los distintos frentes. Muchos patriotas se habían incorporado por convicción, pero también se podían contabilizar numerosos insumisos, especialmente en ambientes campesinos que conservaban el recuerdo de la milicia real y odiaban todo tipo de servicio militar. Sin embargo la *levèe en masse* del 93 no supuso todavía la institucionalización del servicio militar obligatorio. No será hasta septiembre de 1798, con la ley Jourdan, cuando se instaure la obligatoriedad de servir en filas para todos los jóvenes franceses.

Napoleón heredará esa tendencia a la recluta general y a la movilización de grandes ejércitos, pero hay que relativizar esta afirmación, ya que las tropas que comandó Bonaparte difirieron considerablemente en número a lo largo de su carrera. En la primera campaña de Italia, el corso no dispuso de más de 35.000 hombres, número muy inferior a los 430.000 con que la *Grande Armée* entró en Rusia en 1812. Es, pues, difícil generalizar respecto al volumen «normal» de los ejércitos de Napoleón en campaña. En las confrontaciones puntuales las cifras fueron en aumento con el paso de los años. De unos 65.000 soldados a sus órdenes en Austerlitz a los 190.000 de los que dispuso en Leipzig vemos un claro incremento que supera con mucho a los hombres que comandaban los generales del siglo XVIII. En realidad, los soldados de Federico el Grande en los campos de batalla de Leuthen y Kunersdorf fueron pocos más de 40.000.

Por otra parte, hemos de tener en cuenta que el número de efectivos napoleónicos en las confrontaciones mencionadas sólo suponían una parte de sus ejércitos, cuya totalidad se hallaba desparramada por su dilatado Imperio. En 1808, en vísperas de la campaña contra Austria que terminaría en Wagram, el emperador de los franceses disponía de unos 300.000 hombres en España, 100.000 en Francia, 200.000 en Renania y 60.000 en Italia. En ese sentido se ha calculado que, entre 1800 y 1815, solamente el número de franceses llamados a filas alcanzó la cifra de 2 millones, a los que debemos sumar el aporte de fuerzas extranjeras que lucharon bajo las banderas napoleónicas. En las filas de Napoleón hubo formaciones italianas, piamontesas sobre todo, dálmatas, alemanas e incluso españolas. Polonia fue la que más contribuyó. Para hacernos una idea podemos señalar que, en Wagram, un tercio del ejército de Napoleón no era francés.

Los enemigos del corso también siguieron esa tendencia respecto al incremento de las fuerzas y aunque, cuando lucharon solos, ninguno de ellos pudo igualar al ejército francés, en conjunto podrían haber emulado el potencial militar del Imperio; pero la falta de coordinación retrasó este hecho hasta las campañas finales de 1813-1815. En 1812, incluso los rusos fueron superados en número en varias batallas claves y, aquel mismo año, Wellington en España jamás controló más de 80.000 hombres, frente a los 200.000 que comandaba en el mismo territorio el mariscal francés Soult.

Sólo en la época de los Cien Días los aliados fueron capaces de movilizar rápidamente tres cuartos de millón de hombres, 225.000 de los cuales convergieron en Waterloo. Quizás la potencia que hizo un mayor esfuerzo en la movilización nacional fue Prusia, que hacia finales de 1813 tenía en armas alrededor de un 6% de su población, cerca de 300.000 hombres, lo que constituía una fuerza casi dos veces mayor que el ejército permanente de Federico el Grande.

La recluta de semejantes masas de hombres no resultaba fácil, ni respondía a un solo patrón. Rusia formaba sus regimientos desde hacía mucho tiempo por el procedimiento del sorteo en las aldeas, siendo alistados los jóvenes campesinos así elegidos por plazos de veinticinco e incluso treinta años. En las regiones eslavas y húngaras del imperio de los Habsburgos se empleaban métodos similares, aunque los plazos de servicio eran generalmente más breves. Austria y Prusia, tras los primeros choques con los ejércitos napoleónicos, se pusieron a la cabeza de los Estados germanos en la formulación de ordenanzas relativas al reclutamiento, el servicio activo y el servicio en la reserva. En cuanto a Gran Bretaña, continuó con el enganche voluntario mediante pago. No obstante sería erróneo suponer que las tropas se reclutaron en este período con la minuciosidad sistemática del siglo XX. Por ejemplo en la crítica llamada a filas de los años 1812 y 1813 la ciudadanía francesa proporcionó menos del 50% de los hombres que aparecían en las listas de los elegibles para el servicio militar.

La República francesa, ya con la ley Jourdan (1798), intentó racionalizar las reglas de reclutamiento pero estas normas no fueron finalmente codificadas hasta 1811. El servicio militar fue una obligación, establecida por la ley, de todos los franceses comprendidos entre los veinte y los veinticinco años. Pero la ley misma eximía expresamente a muchos grupos del

servicio. Después fue normal, hasta los últimos años del Imperio, llamar a filas únicamente a una cierta proporción de los que figuraban en las listas. Y finalmente, aquellos a los que se llamaba podían presentar a un sustituto. El privilegio del sustituto hacía que todo funcionara a favor del rico. Por ejemplo en el Departamento de Cóte d'Or, durante los años de mediados del Imperio, el coste de una sustitución oscilaba entre los 2.000 y los 3.500 francos, precio que sólo se podían permitir el lujo de pagar muy pocos de los que constituían el contingente total.

Napoleón se esforzó por colocar todo el sistema más directamente bajo el control central. En 1802 ordenó la creación, dentro de cada departamento, de una junta de reclutamiento formada por el prefecto y algunos de sus funcionarios, cuya misión era la de examinar los casos de aquellos que pidieran la exención del servicio. Tres años después los consejos locales fueron privados de todas sus responsabilidades en relación con el reclutamiento, y sus funciones fueron desempeñadas por el prefecto y los subprefectos. Estos funcionarios quedaron encargados de la confección de las listas, de decidir por estricto sorteo los nombres de los llamados efectivamente a filas, de disponer el reconocimiento médico de los reclutas y de arreglar la cuestión de las sustituciones. Los oficiales de los regimientos también estaban presentes en estas ocasiones, en parte para dar su consejo profesional si era necesario y también para ocuparse del traslado de los reclutas seleccionados a sus cuarteles.

Las unidades de encuadramientos de esas masas de hombres siguieron siendo muy parecidas a las de finales del siglo XVIII. La división había sido probada como experimento en el ejército francés ya en los años de 1770. Podía constar de unos 6.000 o 9.000 hombres encuadrados en tres o cuatro regimientos de infantería, acompañados por su propio tren de artillería, avituallamiento, ingenieros, compañía de señales, etc. La división estaba mandada por un general que gozaba de un considerable margen de maniobra en la dirección de las operaciones locales. Aunque en el período que estamos examinando la variedad de encuadramiento era todavía la característica predominante y las grandes guerras concluyeron con ejércitos ampliamente organizados sobre la base de regimientos, constantemente reagrupados en cambiantes estructuras de brigadas y cuerpos de ejército. En 1806, para atravesar la selva de Turingia y la selva de Franconia, en

un frente de 30 kilómetros, Bonaparte creó tres grandes cuerpos de ejército de 50.000, 70.000 y 40.000 hombres, respectivamente.

La infantería seguía siendo el arma principal de las fuerzas militares. Sobre ella descansaba el peso del combate pero contaba con la evolución experimentada por otras armas tradicionales. La importancia de la artillería tendió a aumentar durante las guerras napoleónicas, aunque Napoleón no fue un innovador táctico en esta arma, limitándose a seguir tendencias ya apuntadas. Las baterías se agruparon en regimientos separados, en lugar de ser distribuidas como «paquetes» entre la infantería y la caballería. También se incrementó la artillería montada, como lo prueba una ley referente a ello aprobada por la Asamblea Legislativa en abril de 1792. Y en tercer lugar, se evolucionó a una concentración de la potencia de fuego artillera en el campo de batalla.

Hasta entonces, como ya sabemos, la artillería había estado meramente esparcida a lo largo del frente, con la misión de entorpecer los movimientos de las tropas enemigas antes de que comenzase la verdadera batalla. Con la concentración de baterías la artillería pasó a ser un arma con la que abrir brechas en las filas enemigas antes de lanzar un ataque de la infantería o la caballería. Fue este último aspecto el que más supo aprovechar Napoleón, que en la batalla concentraba sus cañones llegando a utilizar hasta 200 en la de Borodino (1812).

También experimentó algún cambio la caballería. Napoleón reorientó su organización y su función en el combate. Con el desarrollo de la división la caballería era sólo necesaria en unidades más pequeñas que en el pasado, y en una relación más estrecha y al mismo tiempo más flexible con la infantería. También existió una clara tendencia a considerar el sable, y no las armas de fuego, como el arma apropiada para el jinete.

Así mismo, Napoleón redujo el número de regimientos de caballería pesada a la mitad, pero los que conservó fueron convertidos en auténtica caballería pesada, con petos y espaldares; y nunca se dispersaron como caballería divisional, sino que se mantuvieron como reserva en formaciones masivas para lanzar cargas en el momento adecuado del combate. La caballería media la constituían los dragones, que dejaron de ser infantería montada. Ellos, y parte de la caballería ligera, formaban la principal reser-

va de jinetes, cuya misión consistía en explotar la victoria mediante una enérgica persecución. Tanto en la batalla de Ulm como en la de Jena tuvo lugar una decisiva acción de este género. También se incrementó la caballería ligera: cazadores y húsares formaban las unidades de esta arma en los cuerpos de ejército, que contaban con dos o cuatro de estos regimientos agregados a ellos.

Francia, tanto bajo la República como bajo el Imperio, estuvo a la cabeza de toda Europa en lo que respecta al cuerpo de ingenieros. Ya con la monarquía estas unidades habían alcanzado un alto desarrollo, y la cartografía de toda Francia llevada a cabo por el conde Dominique Cassini tuvo continuación en los trabajos desplegados en distintos puntos del continente durante los años de conflicto. Con la Revolución se creó la Escuela Central de Obras Públicas, rebautizada en 1795 con el nombre de *École Polytechnique*, que fue un auténtico semillero de oficiales ingenieros y de artilleros con una excelente preparación. Sin embargo los experimentos durante las guerras de la República con un semáforo telegráfico mecánico —torres de señales levantadas en el campo de colina en colina— fueron rechazados por Napoleón. El emperador raramente fue amigo de innovaciones tecnológicas, lo que le llevó a rehusar también la utilización de globos aerostáticos para la observación.

Los servicios que experimentaron un mayor retroceso durante este período fueron los relativos a la intendencia. Los ejércitos revolucionarios franceses vivían a expensas del país en donde operaban, aprovechándose de las riquezas de los territorios del Rin, de los Países Bajos austriacos o de Holanda. El ejército de Italia, confiado a Bonaparte en 1796, tenía una doble misión: la diversión de otros frentes de operaciones y la explotación económica de la rica Lombardía.

Los pesados convoyes de avituallamiento del siglo XVIII fueron abandonados, y a partir de 1792 las tropas dejaron de acampar bajo tiendas, imponiéndose el vivac sobre el terreno o el alojamiento forzoso entre la población ocupada. El sistema de requisas se llevaba a cabo sistemáticamente bajo el control de comisarios omnipotentes sin que los aprovisionamientos para la tropa fueran más eficaces o regulares.

Napoleón continuó prestando escasa atención a los servicios organizados de avituallamiento y fiando en que sus tropas vivieran sobre el terre-

no, lo que le permitía moverlas con suma celeridad. Esto era un buen método de subsistencia para ejércitos victoriosos y que combatieran en zonas fértiles y pobladas. Pero Polonia, Rusia e incluso España constituyeron el reverso de la moneda. En Polonia, durante el otoño de 1806, el ejército no tuvo ningún avituallamiento, ni siquiera la Guardia que era siempre el cuerpo favorito del Emperador, y en la batalla de Eylau (febrero de 1807) las tropas llegaron a hallarse, ocho días antes, privadas de toda distribución de raciones.

Fue con la invasión de Rusia cuando Napoleón comprendió por fin que la intendencia debía ser organizada y dirigida militarmente. Mandó unir a cada regimiento cajones con pan, crear numerosas unidades de transporte (en total 5.000 ó 6.000 carruajes), dos meses de víveres para 200.000 hombres, herramientas, equipos, ambulancias y puentes. En total 50.000 caballos y 23.000 conductores. Fue entonces cuando Napoleón apreció la utilidad de la lata de conservas inventada por Nicolás Appert en el año 1810, que iba a suponer una auténtica revolución en el abastecimiento de las tropas en campaña. Pero las medidas no fueron suficientes y no surgió de ellas un auténtico cuerpo de intendencia.

Por el contrario los ingleses contaban desde 1799 con el *Royal Wagon Train* compuesto por unidades de transporte e intendencia de las que se valió Wellington en sus campañas. Columnas de aprovisionamiento, dotadas con carros ligeros de altas ruedas, acompañaban a sus fuerzas durante sus largas marchas por España. Los soldados británicos contaron siempre con adecuados suministros de ropas, alimentos, utensilios de cocina, tiendas de campaña, mantas, botas y pagas. A diferencia de los franceses, los británicos empleaban un sistema de almacenamiento de suministros y pagaban los productos del país, lo que les evitaba la hostilidad de las poblaciones nativas en las zonas de operaciones.

El soldado tipo de estos ejércitos era un soldado de infantería ya uniformado, en el caso de la República francesa de modo sencillo y funcional, con botas, pantalón rayado, casaca azul y sombrero de pico. En los años siguientes, las fuerzas de Napoleón y los principales ejércitos enemigos mostraron una tendencia al uso de uniformes profusamente adornados y llamativos. Podemos decir que es la época dorada de los brillantes uniformes militares, sobre todo en las unidades especiales. Los emplumados cas-

cos y las corazas de los coraceros, los altísimos morriones de piel de la Guardia Imperial napoleónica, las casacas ricamente galoneadas y las esclavinas de los húsares ofrecían una abigarrada imagen muy poco operativa en el campo de batalla. En cualquier caso, en 1815 se había definido una serie características en la vestimenta militar destinadas a mantenerse en uso general durante medio siglo: pantalones o calzones largos y ajustados, botas bajas, chaquetas de alto cuello, correaje cruzado en los hombros y morriones con visera (chacos).

El arma básica del soldado de a pie seguía siendo el fusil de chispa de ánima lisa, cargado por la boca, que se había hecho de uso general a principios del siglo XVIII y que continuaría siéndolo hasta una generación después de Waterloo. Ese fusil quedaba completado con una bayoneta triangular. Los soldados mejor adiestrados podían efectuar con él dos disparos por minuto, aunque la bala no llegaba con eficacia a una distancia mucho mayor de 200 metros, con un error probable de casi tres metros sobre el blanco.

Las ventajas de los rifles con cañón estriado o rayado ya eran apreciadas, a mediados de 1700, por su mayor alcance y precisión. Estas armas se hicieron populares durante la Revolución americana cuando los británicos comprobaron que eran muy eficaces en manos de francotiradores procedentes del valle del Ohio y de otras partes de las colonias. Pero el rayado resultaba costoso y no se combinaba bien con la carga por la boca. Por eso el fusil de ánima lisa continuó siendo de uso general en todo este período,

El perfil de estos soldados era muy variado. En los inicios de las guerras revolucionarias la edad de los voluntarios fue relativamente baja, más de las tres cuartas partes tenían menos de 25 años y su extracción social era muy diversa, aunque seguía predominando, como es lógico, el elemento campesino. Ellos constituyeron las cohortes de revolucionarios idealistas que salvaron en un primer momento la República. Con el tiempo muchos de estos jóvenes se transformaron en soldados de oficio que, incapaces de readaptarse a su antiguo medio, formaron como veteranos en los ejércitos napoleónicos. No obstante, las continuas levas durante dos décadas mantendrán muy baja la edad media de los combatientes. Por ejemplo en 1815, tras la hemorragia sufrida en Rusia y en la campaña de Leipzig, se reclutaba a muchachos de diecinueve años e incluso menos.

Durante la Revolución los reclutas eran instruidos, según los principios de la *amalgame*, en el regimiento al que se incorporaban. En el Imperio no eran ya soldados de cuartel. Se formaban combatiendo y conservaban un gran espíritu de independencia. Mostraban proclividad al pillaje, como demostraron en el saqueo de Córdoba en el verano de 1808 y de tantas otras poblaciones. Tendían a «gruñir» e incluso a desobedecer; aunque el soldado napoleónico se sentía muy unido al emperador mientras éste lo llevara a la victoria. Conservaban un gusto muy vivo por la libertad y más aún por la igualdad, manifestando un cierto anticlericalismo y mucho desdén, a veces incluso odio, por la antigua nobleza. En ese sentido eran unos soldados ideologizados y blanco fácil de la propaganda política.

Desde los inicios de la República se imprimieron panfletos destinados especialmente al ejército y Bonaparte comprendido desde el principio la importancia de una prensa de estas características. En su primera campaña, ya fundó en Milán en 1797 *Le Courrier de l'armée d'Italie*; y los *Bulletins de la Grande Armée* eran verdaderos órganos de propaganda oficial. Fueron estos soldados adoctrinados los que difundieron por toda la Europa continental, desde el Moscova hasta el Guadalquivir, las ideas de la Revolución, y los «grandes principios de 1789», y los que también, en muchas ocasiones, hicieron gala de una extrema brutalidad.

Las guerras revolucionarias o napoleónicas nos ofrecen ejemplos abundantes de actos de bárbara crueldad, como cuando, tras tomar la ciudad de Jaffa en marzo de 1799, los franceses fusilaron a 4.000 prisioneros que se habían rendido bajo la promesa de que se respetarían sus vidas. Meses más tarde, al conquistar Abukir, también masacraron a toda la guarnición turca y Napoleón escribió: «Esta batalla es una de las más bellas que he presenciado. De los cuarenta mil hombres del ejército enemigo no se ha salvado ni uno solo» (Tarle, 1970: 69).

En muchas ocasiones no se hacían prisioneros, no sólo en la lucha contra los guerrilleros españoles a los que se consideraba simples bandidos, sino con tropas regulares enemigas a las que también se eliminaba sin miramientos, rematando a los heridos en el mismo campo de batalla. Por ejemplo en la campaña de Moravia (1805) tras un enfrentamiento entre las tropas del general Gazan y los rusos, los franceses cayeron sobre los heridos rusos sin piedad, y saquearon el pueblo de Durrenstein, que ya había

padecido a manos de ambos ejércitos según de qué lado del frente se encontrase.

No obstante, el entusiasmo, arrojo o crueldad de estos soldados no los libraban de las penalidades. Mal equipados en muchas ocasiones, teniendo que proveerse de sustento y enfrentados a largas marchas, sufrían los rigores de la guerra con la misma o más dureza incluso que en las décadas anteriores. Las marchas de 1805 entre las costas y el Rin fueron un calvario. Con etapas, a veces, de 11 leguas, las tropas no tenían ni tiempo de preparar los víveres que habían debido procurarse mediante el merodeo. Una frase del boletín oficial nº 6, del 18 de octubre, es significativa: «El espectáculo que ofreció el ejército en la jornada del 15 fue verdaderamente interesante. Desde hacía dos días, la lluvia caía a cántaros; todo el mundo estaba empapado; los soldados no habían tenido distribución; se hallaban hundidos en el barro hasta las rodillas, pero la mirada del Emperador les devolvía el contento» (Wanty, 1972, I: 201). Esas miradas de poco les sirvieron en las heladas estepas rusas donde el frío, el hambre y las enfermedades causaron espantosos estragos. Pero el desgaste de los soldados, en la campaña de 1812, empezó mucho antes de pisar suelo ruso. Jean-Hubert Pirotte, del primer batallón del tren de artillería, se quejaba así en una carta a su familia: «Llevamos andando dos meses seguidos sin apenas un día de descanso» (Chadler, 2008: 805). A la mayor parte de las tropas que atravesaban la Prusia Oriental les costaba mucho encontrar comida pero Napoleón había dado órdenes estrictas de que no se consumiesen provisiones del ejército hasta que no se cruzase el Niemen.

Las penalidades de estos soldados están bien recreadas en el relato de Erckmann-Chatrian *Historia de un quinto de 1813*, y es que la épica de las batallas napoleónicas sirvió a alguno de los grandes narradores del siglo XIX en la construcción de sus novelas, sobre todo el crucial encuentro de Waterloo. Stendhal en *La cartuja de Parma* hace que su joven héroe Fabricio se deslice por el campo de batalla próximo a Bruselas sin tener clara conciencia de qué está ocurriendo. Victor Hugo en *Los miserables* le dedica a este crucial encuentro un extenso capítulo que casi es una crónica de la batalla. Thackeray en *La feria de las vanidades* elige un curioso punto de vista para narrar su Waterloo particular, ya que no describe la valentía o los actos heroicos en una lucha que determinará el destino de Europa y

de Inglaterra, sino que se centra en las diversas reacciones de los civiles en la retaguardia o en los soldados al partir para el combate, ofreciéndonos así una galería de retratos movidos en general por el egoísmo, la venalidad, la cobardía o la hipocresía. Pero sin duda el mejor fresco literario de una gran batalla napoleónica es el que nos brinda Leon Tolstoy en *Guerra y Paz* al recrear el combate en Borodino. El relato es de una enorme viveza y precisión histórica, y recuerda a los diarios escritos por los auténticos protagonistas.

La oficialía que comandó estas tropas fue también producto de la Revolución. Desde 1790, muchos oficiales nobles del viejo ejército realista emigraron abandonando sus unidades para unirse a los contrarrevolucionarios en Tréveris o en Coblenza. Así del antiguo cuerpo de oficiales compuesto por unos 9.000 hombres, únicamente 3.000 conservaron el mando, aunque en las armas de artillería e ingenieros, no tan apreciadas por la aristocracia, las pérdidas fueron sensiblemente menos considerables.

El cambio político posibilitó, por primera vez en la historia de la guerra moderna, una *carriére ouverte aux talents*, ofreciendo a los jóvenes ambiciosos y entusiastas la oportunidad del ascenso a los más altos grados según sus méritos sin tener en cuenta su condición social. Surgió así, ya durante las guerras revolucionarias, toda una galaxia de brillantes generales, la mayoría de ellos de veintitantos o treinta y tantos años de edad: Hoche, Jourdan, Augereau, Murat, Massena y el mismo Napoleón, el máximo exponente de esta nueva realidad. El Emperador no interrumpió esta tradición y realmente en sus ejércitos era posible ascender desde el rango más bajo al más elevado. Las biografías de sus mariscales lo prueban. De los 26 mariscales nombrados por Napoleón, solamente dos eran de noble cuna.

Pero en esto Francia fue, hasta cierto punto, una excepción. En los demás países la oficialía siguió siendo el resultado de la compra de los grados y continuó nutriéndose de las clases nobiliares. Algunos nombramientos eran concedidos en campaña, como premio al valor en una acción de guerra, pero muchos más eran conferidos a caballeros hacendados (considerados jefes naturales de los reclutas campesinos) o eran comprados por jóvenes ricos y ambiciosos. En Prusia, después de la derrota de Jena, los reformadores militares se propusieron poner fin al monopolio aristocráti-

co del cuerpo de oficiales. En este sentido iba una orden real de agosto de 1808, pero el propio rey y sus colaboradores más íntimos comenzaron pronto a limitar esta libertad, incluso antes de 1815, y de un modo más decisivo después.

Este tipo de oficialía seguía manteniendo con la tropa una relación despótica y cruel. Los soldados rusos, al ser siervos del Estado, eran tratados de acuerdo a su condición, siendo lo mejor que podían esperar un rudo paternalismo. Los métodos austriacos, italianos y españoles no eran mucho mejores, y un coronel sajón en 1812, aun sirviendo de aliado con los franceses, hablaba normalmente de su regimiento como de «mis cerdos». En el ejército británico, que era un pequeño ejército profesional de viejo estilo, los nombramientos de oficiales se obtenían mediante la compra o el interés, y normalmente no estaban disponibles sino para hombres de buena cuna que consideraban a la tropa como chusma. Wellington, al día siguiente de Waterloo, hablaba de los soldados ingleses e irlandeses a quienes acababa de llevar a la victoria, diciendo: «La escoria de la tierra, enganchada para beber... Es sorprendente que hayamos podido hacer de ella bravos combatientes» (Chastenet, 1961: 236). Sin embargo al no disponer de una masa de reclutas a su cargo, y conocedores en función de la escasez de los costos de un soldado, raras veces los oficiales británicos se permitían los excesos de brutalidad desplegados por muchos de sus colegas continentales. Pero el castigo corporal aún se prodigaba libremente y era mucho más frecuente y cruel en la marina que en ejército.

Las tácticas de combate durante el período guardaron relación tanto con la inevitable improvisación de un ejército de recluta, como con el largo debate dieciochesco sobre la línea (*ordre mince*) y la columna (*ordre profond*). Resultaba comprensible que los primeros esfuerzos militares de la nueva República francesa se basasen en la embestida violenta, y en gran medida indisciplinada, de grandes masas de hombres, ya que los ejércitos de la Revolución fueron apresuradamente reclutados y tenían poco tiempo para adquirir la precisión de movimientos y la frialdad de la mosquetería exigidos por el *ordre mince*. Por otra parte los defensores teóricos de la línea o de la columna habían mantenido vivo el debate hasta los años anteriores a la Revolución. El resultado había quedado incorporado en el manual de instrucción de la infantería francesa de 1791. Este manual, que permane-

ció en uso hasta 1831, demostraba ciertas preferencias por la línea; pero el modo usual de formarla sería con columnas cerradas, admitiéndose que la columna tenía ventajas en el ataque.

El resultado de esta especie de compromiso fue que en 1795 los ejércitos franceses habían perfeccionado el combate en *ordre mixte*, como la lógica conclusión de dos formas de concebir la batalla. Los regimientos regulares poseían el automatismo, experimentado durante largos años y confirmado por el reglamento de 1791, mientras que los batallones de voluntarios no podían pensar en semejante cosa. Les faltaba el entrenamiento y la disciplina. Por eso, instintivamente, les debía resultar más fácil pelear en orden disperso, ya que su falta de preparación en el despliegue lineal y en la rigidez de las formaciones les orientaba hacia procedimientos más flexibles.

Por otra parte, una cuestión que había constituido también el tema de muchos debates durante el mismo período era las ventajas y los inconvenientes de las operaciones de escaramuzas delante de la línea principal. Los ingleses habían experimentado la eficacia de cuerpos de tiradores de los bosques durante la guerra de la Independencia americana. Esta infantería ligera estaba organizada en batallones escogidos armados con rifles estriados y especialmente formado en las operaciones de hostigamiento.

Este tipo de formación suelta fue la respuesta natural de hombres entusiastas, llenos de valor, pero mal instruidos como eran los voluntarios franceses de las guerras revolucionarias. Pero las levas francesas fueron rápidamente ganando experiencia y el paso siguiente se dio cuando los escaramuzadores, conscientemente, asumieron el papel de preparar el camino a un ataque de la infantería en columna. Estas columnas que avanzaban detrás de los escaramuzadores estaban formadas con un fondo de veinticuatro o de doce hombres. En cualquier caso sólo las dos primeras filas podían emplear las armas; el resto cumplía su tarea de choque masivo, muy eficaz contra una delgada línea que había sido ya desorganizada por el fuego de la escaramuza.

Así la táctica de la época era simple, aunque costosa en vidas humanas. Un enjambre de buenos tiradores apostados iniciaba el ataque; la artillería preparaba y cubría luego el avance principal; la infantería dispuesta

en línea o formada en columnas con sus oficiales a la cabeza, se lanzaba a la carga con la bayoneta calada e intentaba romper la formación adversaria por el punto escogido.

A partir de las campañas italianas, los ejércitos franceses utilizaron este *ordre mixte* (infantería ligera/línea/columna) con gran éxito, variando sus combinaciones tácticas según el terreno y la oposición que encontraban. En un terreno abierto formaban a sus ejércitos en columnas en vez de líneas, que les habría costado mantener. Eran plenamente conscientes de que no podían presentar batalla en un orden regular y trataron de reducir los encuentros a luchar por los puntos importantes.

Napoleón introdujo pocas modificaciones en estas tácticas limitándose a aportar la rapidez de movimientos de sus tropas, la concentración del fuego artillero y la perspicacia para detectar los puntos débiles en la formación enemiga. La mayor habilidad de Bonaparte consistió en mover enormes ejércitos, a veces de 200.000 hombres y más, a través de grandes extensiones del continente y a velocidades mucho mayores de las que antes se habían considerado posibles. Su objetivo era conducir a estos ejércitos a las posiciones mejor calculadas para encontrar a sus enemigos separadamente o separarlos si estaban reunidos; y obtener, en sus filas, una decisiva superioridad de fuerzas en el momento crítico.

Para ajustarse a este principio básico, el Emperador continuó, como ya habían hecho los ejércitos revolucionarios, dando escasa importancia a sus líneas de aprovisionamiento. Previendo las ventajas de la movilidad y la sorpresa, sacrificó a ellas los almacenes de suministros, sin dejar que éstos determinaran el alcance de sus operaciones. Esa «guerra relámpago» caracterizó muchas de sus victorias como Ulm, Austerlitz y Jena. En todas ellas su rapidez permitió disgregar a sus enemigos para combatirlos por separado. Esa capacidad para concentrar la máxima fuerza y asestar el golpe más duro en el punto más débil del enemigo tuvo una traducción táctica en el campo de batalla con la utilización, a partir de un momento determinado, de grandes masas artilleras para debilitar las líneas del adversario.

La grandeza de Napoleón en la conducción de la guerra fue pues la sagacidad estratégica que demostró respecto a la velocidad y coordina-

ción en sus operaciones, maniobrando con ejércitos que en ocasiones sumaban centenares de miles de hombres. Podemos decir que, en cierta medida, la clave de sus éxitos descansó en el principio revolucionario de la nación en armas.

Clausewitz, un hito en la teoría de la guerra

De todos los teóricos militares de la primera mitad del siglo XIX Karl von Clausewitz (1780-1831) es sin duda la figura más singular y sobresaliente, al punto de poderlo considerar un auténtico hito en este tipo de literatura. Su obra *De la Guerra* (1832), en la que trabajó doce años y que dejó inacabada, es un clásico del género. A pesar de ser un autor controvertido sus ideas han ejercido una enorme influencia, y no sólo en el terreno de lo militar sino también en el de la política. Se puede mencionar que Lenin leyó y anotó cuidadosamente su libro. En ése y en otros sentidos podemos decir que su aportación supone un corte con la teoría anterior y abre nuevos campos de reflexión sobre el fenómeno de la guerra conectando plenamente con la modernidad.

Clausewitz nació en Burg, cerca de Magdeburgo, e ingresó como alférez en el ejército prusiano en 1792. Participó en las guerras napoleónicas, siendo herido y hecho prisionero en 1806, durante la campaña de Jena. En otras campañas sirvió como oficial de Estado Mayor, y a partir de 1818 dirigió la Escuela de Guerra prusiana, llegando a ser inspector general de artillería. Murió víctima del cólera en Breslau en 1831 antes de ver publicado su libro.

Su obra es producto de su tiempo, aunque el alcance de la misma lo transcienda. En ella confluyen las experiencias bélicas de una época de trasformaciones revolucionarias y también la influencia de las principales corrientes filosóficas alemanas: el idealismo y la dialéctica de Hegel. De esta fusión surgirá un texto que algunos han calificado como una exposición pseudo-filosófica sobre la guerra (Fuller, 1965), aunque con observaciones valiosas y llenas de sentido común. Sin embargo, más allá de este juicio temerario, encontramos una reflexión que arrasa con los tratados del mismo tipo del siglo anterior, y que contiene muchos de los elementos presentes en el análisis de la guerra contemporánea.

Para valorar lo que las ideas de Clausewitz suponen de ruptura frente a los autores anteriores conviene recordar, sintéticamente, cómo se enfrentaban a la guerra las monarquías absolutas antes de la tormenta revolucionaria.

En las teorías del siglo XVIII predominaba la opinión de que la guerra consistía en que el adversario se viera obligado a aceptar las condiciones impuestas a ser posible sin entablar lucha. Era lo que se ha dado en llamar «guerra limitada». La razón de estos planteamientos estribaba no tanto en la humanidad de los contendientes, como en las limitaciones económicas de las propias monarquías. A comienzos del siglo XVIII los monarcas habían impulsado la formación de ejércitos permanentes. Pero estas maquinarias militares eran instrumentos muy costosos y necesarios, por eso sólo en casos de extrema necesidad se ponían en juego, ya que los ejércitos para los príncipes constituían en cierta medida el sostén mismo del Estado. La pérdida de esta fuerza militar podía acarrear graves problemas a la corona, como ocurrió con la derrota sueca en Poltava (1709) a manos de los rusos que supuso el fin de Suecia como gran potencia.

De estas condiciones materiales nació una teoría militar basada en las maniobras antes que en la batalla, aunque cubierta con un manto de erudición. El concepto general era que mediante una batalla no podían alcanzarse espectaculares resultados políticos, apreciación que los hechos parecían confirmar en la mayor parte de los casos, en función de los tratados que ponían fin a las guerras y en los que predominaba la noción de equilibrio entre las grandes potencias antes que la derrota absoluta del adversario.

Por otra parte la táctica que se había impuesto, el orden lineal y el sistema de almacenamiento y avituallamiento, restringía la libertad de movimiento de las tropas y limitaba el mismo desarrollo de la batalla. Los ejércitos no sólo no podían alejarse demasiado de los depósitos sino que además había que asegurar constantemente la comunicación con los almacenes. Todo esto favorecía una conducción prudente de la guerra, paralizando el espíritu ofensivo, muy contenido ya en aquella época.

Sobre estas realidades descansaba la teoría militar imperante en el siglo XVIII. Si a esto añadimos que esa teoría se fundamentaba en la

corriente filosófica que predominaba en aquellos momentos, el racionalismo metafísico, nos encontraremos con que los tratados sobre el tema postulaban ante todo método y sistematización, pretendiendo descartar en cualquier caso la improvisación o el azar. Así la conducta en la guerra debía ajustarse a modelos matemáticos y geométricos como los más apropiados para evitar cualquier error y poder alcanzar los resultados correctos.

Buen ejemplo de lo que estamos diciendo lo constituía el pensamiento de Heinrich Dietrich von Bülow, un contemporáneo de Clausewitz, que sostenía que las relaciones geométricas, cuyas magnitudes podía medir y determinar el jefe militar, resultaban decisivas en la guerra. Para Bülow, el triángulo era la forma fundamental en la cual solía desarrollarse el acto bélico. La base de ese triángulo la constituía la línea trazada por las fortificaciones y depósitos de avituallamiento. El objetivo de la operación era el vértice del triángulo y los lados iban desde los puntos extremos de la base hacia el objetivo. Dentro de ese espacio comprendido por tres líneas, el ejército podía contar con abastecimientos seguros. Si el adversario avanzaba dentro del triángulo, el ejército propio debía dispersarse hacia ambos lados del mismo y obligar a la retirada al enemigo que avanza, no por medio del ataque, sino amenazando sus flancos. Esta teoría, ingeniosamente expuesta, encontró numerosos partidarios.

La grandeza de la obra de Clausewitz es que acabó con todo esto en el campo de la teoría militar. Sometido a la influencia de las nuevas corrientes filosóficas de la Alemania de su tiempo, Clausewitz comienza su libro analizando el concepto abstracto de «guerra absoluta». Este planteamiento coincide con un esquema idealista de pensamiento basado en el binomio idea-realidad, o lo que es lo mismo: guerra ideal-guerra real. Pero una observación más atenta demuestra que nuestro autor llegó a esta formulación a partir no sólo de la filosofía, sino, sobre todo, a partir de su experiencia directa al entrar en contacto con la guerra revolucionaria. En el segundo capítulo de su libro octavo escribía: «Se podría dudar de que la idea (de la guerra) que tenemos de su carácter absoluto pudiese tener algún valor práctico, si no la hubiésemos visto realizarse precisamente en nuestros días en este estado de perfección ideal» (Clausewitz, 1980: 683).

Esa expresión de la guerra total, que vivió y fascinó a Clausewitz, estaba movida según él por fuerzas morales. El absoluto desdén por esas fuer-

zas morales era el gran error, según el prusiano, de la teoría militar vigente. Las guerras revolucionarias francesas y las primeras victorias de Napoleón estaban demostrando que una conducción bélica de cuño bien distinto no sólo era posible sino exitosa. Fue la derrota de Prusia en las batallas de Jena y Auerstedt a manos de Bonaparte lo que condujo a Clausewitz a la conclusión de que las reglas eruditas en las que se basaba la dirección militar ya no resultaban aplicables, porque los gobiernos absolutistas se empeñaban en ignorar por completo la acción de las fuerzas «espirituales» que habían irrumpido con la revolución. Así las fuerzas materiales sólo podían tener efecto si las animaban y las colmaban las fuerzas morales. Esas fuerzas, desatadas, sólo podían conducir al total aniquilamiento del adversario.

Clausewitz comprendió entonces que la superioridad de las nuevas formas de hacer la guerra debía atribuirse a la acción política, al poder de la ideología sobre la acción bélica. Con ese descubrimiento el prusiano formuló el núcleo fundamental que dará significación singular a su obra: la teoría de la relación entre la guerra y la política, demostrando que la guerra es una parte y un medio subordinado a la política, y extrayendo todas las consecuencias de esta relación.

«Nosotros afirmamos, (…) que la guerra no es sino la continuación de las transacciones políticas, llevando consigo la mezcla de otros medios. Decimos la mezcla de otros medios, para indicar que este comercio político no termina por la intervención de la guerra. No se transforma en una cosa completamente distinta, sino que continúa subsistiendo en su esencia, cualquiera que sea la forma de los medios que emplee. Las líneas generales que siguen los acontecimientos de la guerra y con los cuales están relacionados, no son sino los hilos principales de la política, penetrando a través de la red de la guerra y terminando en la paz» (Clausewitz, 1980: 715).

Al entender por política la acción de los gobiernos y la influencia de las condiciones sociales sobre esa acción, Clausewitz posibilitó el reconocimiento de la guerra como un fenómeno social y como un instrumento de la política para el logro de determinados objetivos. En ese sentido no existe guerra alguna sin esta vinculación. El descubrimiento de que el elemento político pertenece a la naturaleza de la guerra, y que la guerra es la

prosecución de la política por otros medios —más exactamente, por los de la violencia— es su gran aportación, sin la cual resultaría imposible comprender la guerra contemporánea.

Aunque Clausewitz, como idealista, piensa que la guerra nace y recibe su forma de las ideas, de los sentimientos y de las relaciones que existen en el momento en que estalla, como pensador influido por la dialéctica la concibe también como un todo donde los resultados parciales no tienen aisladamente ningún valor, y no lo adquieren sino en relación a ese todo. Siguiendo esa línea de pensamiento Clausewitz planteará en su obra toda una serie de aparentes contradicciones sobre el desarrollo de la guerra; así la defensa o el ataque serán dos caras del mismo binomio en función de lograr el objetivo final; lo mismo sucederá entre los factores materiales y morales, entre las magnitudes fijas y variables, entre la tensión y el reposo, entre lo casual y lo esencial o entre lo pequeño y lo grande.

La conclusión lógica a toda su obra será que a cada época histórica le corresponderá una teoría de la guerra especial. No se pueden juzgar los acontecimientos militares de un período sino teniendo en cuenta las principales relaciones de todos los factores que lo configuran (económicos, sociales, políticos e ideológicos) y el carácter de los mismos.

La obra de Clausewitz aporta otros muchos elementos de interés y presenta, sin duda, numerosas lagunas, pero la altura de su reflexión la hace imperecedera. Clausewitz es más bien un filósofo de la guerra que un mero teórico militar, pero es esto precisamente lo que confiere a sus escritos un valor general y permanente. Ninguno de sus contemporáneos ha logrado con el tiempo hacerle sombra, ni siquiera el suizo Henri Jomini, que conoció un enorme éxito con la publicación en 1837 de su libro *Précis de l'art de la guerre*. Podríamos decir que Jomini marca una fecha con sus teorías, mientras que Clausewitz sigue siendo el teórico válido para entender la guerra del presente.

La batalla: Austerlitz

Para ejemplificar los cambios operados en la guerra por el impacto de la Revolución francesa, hemos elegido como ejemplo de este tipo de combate la batalla de Austerlitz, que a su vez representa el momento culminante en la carrera militar de Napoleón Bonaparte, uno de los grandes mitos de la historiografía bélica.

En abril de 1805, Gran Bretaña, Austria y Rusia formaron la Tercera Coalición contra el Imperio napoleónico. La persuasiva diplomacia del Primer Ministro británico, William Pitt, ayudada por una buena cantidad de oro, contribuyó a forjar esta alianza que beneficiaba sobre todo a Inglaterra, aunque austriacos y rusos también sumaban numerosos agravios contra el irreverente Bonaparte.

Ya en el mes de agosto se estaban reuniendo vastas fuerzas, aún dispersas, contra Napoleón, que debía combatirlas en distintos frentes. Así cincuenta mil hombres al mando de Massena pudieron contener a 84.000 austriacos en Italia, mandados por el general más capaz del enemigo, el archiduque Carlos. Otras operaciones amenazaban también en los Países Bajos y en el sur de Italia, pero no eran las que más preocupaban al corso y podían ser mantenidas bajo control. Sin embargo el eje principal del conflicto se apuntaba en el valle del Danubio. En ese escenario Napoleón se tendría que enfrentar con un ejército austriaco de 58.000 hombres, bajo el mando del general Mack, y con dos ejércitos rusos, uno a punto de avanzar a través de Galitzia, dirigido por Kutuzov, y el otro movilizándose en Polonia.

Al iniciarse las hostilidades, el grueso del ejército francés se hallaba estacionado a lo largo de la costa del Canal de la Mancha, donde se había estado preparando para invadir Inglaterra. Pero por entonces quedaba claro para Napoleón que no podía abrigar ninguna esperanza respecto a la invasión y, por consiguiente, que era obligado dirigir su atención hacia el Este. En septiembre de 1805, Bonaparte dio órdenes de que se levantase el campo de Boulogne, y el *Armée d'Angleterre*, —que perdió su nombre para convertirse en el *Grande Armée*— comenzó a ser desplegada a lo largo del Rin. Hacia finales del mismo mes ya se habían concentrado 210.000 soldados entre Maguncia y Estrasburgo.

El propósito de Napoleón era, siguiendo su estrategia habitual, golpear primero para evitar que sus enemigos pudieran reunir sus fuerzas. En aquella coyuntura el Emperador sabía que, si no actuaba con rapidez, a principios del invierno los austriacos y rusos podían haber reunido 140.000 hombres en las proximidades de Ulm, en la cabecera del Danubio, apuntando a Francia. Por tanto su primer golpe debía descargarlo contra el general austriaco Mack, que, sin esperar la llegada de la ayuda rusa, estaba avanzando hacia Ulm. Bonaparte había calculado que tendría que recorrer menos distancia desde Boulogne hasta Ulm que la que tendrían que recorrer los rusos. En consecuencia, decidió actuar pronto y rápidamente, para habérselas con sus enemigos por separado, primero barriendo al ejército austríaco en Ulm y luego descendiendo por el Danubio para enfrentarse con los rusos.

Con objeto de ocultar su fuerza y sus intenciones a los austriacos, Napoleón rechazó la ruta más directa a través de la Selva Negra y avanzó cruzando Wurtemberg y Franconia en dirección sudeste. El plan era atravesar el Danubio más allá de Ulm y sorprender al enemigo por la retaguardia. Así fue como el ejército francés dividido en siete columnas cruzó Alemania en un amplio frente de 300 kilómetros y a una velocidad que los generales austriacos apenas podían creer. Cotidianamente la marcha comenzaba al alba, cubriendo entre 13 y 40 kilómetros diarios, y deteniéndose al mediodía en un campamento preparado.

El 7 de octubre los cuatro primeros cuerpos de ejército napoleónicos atravesaron el Danubio y cortaban así los nexos de Mack, tanto con los rusos como con Viena. Dos días después la ciudad de Ulm quedó cercada, y dieciocho mil austriacos que trataron de romper el sitio fueron encarnizadamente perseguidos por la caballería francesa. Al cabo de diez días, Mack tuvo que rendirse con sus restantes 30.000 hombres, culminando de este modo la primera fase de la estrategia napoleónica con una victoria completa, aunque el triunfo fue eclipsado por la derrota de la flota franco-española en la batalla de Trafalgar.

Quedaba por hacer lo mismo con los rusos que se hallaban en aquel momento cerca del río Inn, a unos 150 km en dirección sureste. Pero el comandante en jefe de los ejércitos aliados, el mariscal Mikhail Kutuzov, a sus sesenta años era un jefe prudente, que estaba decidido a esperar a que

su ejército se hiciera más fuerte. Lo que buscaban los rusos era reunirse con el General Buxhowden y el Zar, cerca de Olmutz, antes de volverse contra sus perseguidores. Kutuzov tomó contacto al fin con sus colegas el 20 de noviembre.

La estrategia desplegada por Kutuzov generó una creciente frustración en Napoleón, que veía cómo al perseguir a los rusos se iba apartando más y más de sus bases. Ahora había unos 720 kilómetros entre la cabeza de lanza francesa y las posiciones situadas a lo largo del Rin. Las pérdidas causadas por las marchas incesantes y la necesidad de crear guarniciones en toda la línea de avance estaban afectando el poder combativo del francés. Incluso la toma de Viena el 14 de noviembre resultó inútil estratégicamente, aunque supuso hacerse con 100.000 mosquetes, 500 cañones y varios puentes intactos a lo largo del Danubio.

A esas alturas de la campaña los 210.000 hombres de Bonaparte se habían reducido sensiblemente. En su campamento, al sur de Olmutz, sólo contaba ya con unos 55.000 soldados mal alimentados que permanecían agrupados alrededor de las fogatas, en medio de un terreno hostil, a 1.000 km de su país, aunque algo más rezagados podían sumárseles otros 20.000 hombres. Además, se multiplicaban las amenazas contra la posición francesa. El ejército austro-ruso reforzado que se enfrentaba a ellos sumaba ahora un total de 85.000 hombres; desde el sur, los archiduques Carlos y Juan de Austria, hijos del emperador Francisco, se acercaban con 122.000 más y, lo que aún era peor, Prusia estaba a punto de unirse a los aliados, lo que podía significar otros 200.000 oponentes en el norte. Todo parecía, en verdad, como si Napoleón estuviese atrapado.

Fue entonces cuando con gran habilidad Napoleón hizo ondear frente a sus oponentes el cebo de una fácil victoria y se decidió a tender su contratrampa en Moravia. Allí se detuvo para dar descanso a su ejército, mientras ideaba un medio de provocar al enemigo. Napoleón tenía dos semanas, aproximadamente, para emplearlas a su antojo. Su plan consistía en atraer a los rusos para que le atacasen, mostrando para ello un frente débil. Se dejó ver a Kutuzov no más de 50.000 hombres en Brünn, los cuerpos de ejército de Lannes y Soult, la Guardia y tres divisiones de caballería. Pero, en realidad había en reserva más de 20.000 hombres al mando de Bernadotte y Davout, a 70 y 90 kilómetros en retaguardia, pero listos para

hacer acto de presencia en veinticuatro horas. El enemigo pensaría que tenía a su favor una ventaja numérica de dos a uno, cuando en realidad los números no estaban tan lejos de ser iguales.

Poniendo en marcha este plan de engaño la caballería francesa huyó tras entrar en contacto con patrullas cosacas, cerca de Olmutz, y el Ejército procedió a evacuar la ciudad de Austerlitz. Al abandonar también las Alturas de Pratzen, posición clave, Napoleón consiguió mostrar así los signos de una retirada en desorden. Todos estos ardides hábilmente tramados transformaron la cautela de los aliados en una excesiva confianza.

Mientras tanto Kutuzov había marchado sobre Olmutz, donde recibió el refuerzo de 89.000 hombres y 278 cañones. Allí, el mariscal ruso no pudo seguir ostentando el título de comandante en jefe, pues el zar Alejandro I y el emperador de Austria, Francisco I, se encontraban en el lugar. Este cambio en el mando terminó resultando fatal, ya que la mayor ambición del zar era alcanzar la gloria derrotando a Napoleón, y Francisco I se puso en manos del inexperto Alejandro. Así fue como el 1 de diciembre, las columnas aliadas marcharon hacia el oeste desde Olmutz y ocuparon sus posiciones preparadas para librar la batalla. Ese mismo día, cuando Napoleón se cercioró de los movimientos del enemigo, el cuerpo de ejército de Bernadotte ya se le había incorporado al grueso de su ejército y Davout estaba en camino.

Napoleón reunía para entonces unos 73.000 hombres y 139 piezas de artillería, sin contar con que alrededor de 7.000 soldados al mando del general Davout se encontraban al sur, avanzando a marchas forzadas hacia el campamento napoleónico. Los aliados sumaban alrededor de 85.000 hombres, la mayor parte de ellos (70%) eran rusos y disponían de 270 piezas de artillería.

Sobre el desarrollo tanto de la campaña como de la batalla misma se poseen numerosos testimonios directos. La reelaboración historiográfica de lo acontecido ese día ha dado pie a miles de páginas. Una magnífica síntesis realizada por un especialista es la de David Chandler (2005), que nosotros hemos seguido en gran parte.

Entre Brünn y Austerlitz se desplegaba una semillanura donde se iba a desarrollar la batalla. El norte de esta área estaba limitado por una zona

de alturas boscosas, conocida como las montañas de Moravia. Dos corrientes que bajaban de esas montañas confluían para formar un riachuelo llamado Goldbach, que corría hacia el sur hasta unos lagos pantanosos, que limitaban el extremo septentrional del área. Próximas a la orilla del Goldbach había varias pequeñas aldeas, cuyos nombres de sur a norte eran Meniz, Telnitz, Socolnitz, Kobelnitz, Puntowitz y algo más al norte Girzikowitz.

La corriente del Goldbach no era un obstáculo, pero delimitaba las dos mitades del terreno. Al oeste de la misma, se extendía una llanura hasta la ciudad de Brünn, que estaba en manos francesas. Al este del Goldbach, se levantaba la meseta del Pratzen, de unos 40 metros de altura, que era un punto estratégico clave desde el que se dominaba la llanura.

Las tropas francesas estaban posicionadas en ese lado del riachuelo sobre un frente de 8 km que se apoyaba, en el flanco izquierdo, sobre una colina y, en el derecho, sobre los lagos helados de Telintz. El mariscal Soult, que mandaba el centro del dispositivo francés, se encontraba frente al Pratzen, bajo sus órdenes los generales St. Hilaire y Vandamme. Bernardotte y Lannes se hallaban a la izquierda, junto con Murat y la mayor parte de la caballería. Mientras, Davout, a la derecha, cerraba las líneas napoleónicas.

Los aliados habían desplegado sus tropas en la orilla oriental del riachuelo, instalando el cuartel general y la Guardia Imperial en Krenowitz, muy cerca de Austerlitz. En la tarde del 1 de diciembre, la mayor parte del ejército aliado se hallaba concentrada en las Alturas de Pratzen y desplegado hacia el sur, mientras una fuerza secundaria acampaba cerca de la carretera de Olmutz a Brünn en el norte. Su disposición era: a la derecha Bagration y Liechtenstein, en el centro, sobre la meseta, Kollowrath, y a la izquierda Buxhowden.

Para Napoleón era importante engañar a los aliados induciéndoles a que realizasen un ataque general contra su débil flanco derecho, en dirección a la carretera que conducía hacia Viena, y que parecía constituir su única línea de retirada. De hecho, Napoleón había designado ya una ruta más segura que fue cuidadosamente ocultada a las patrullas aliadas.

Para hacerles caer en la trampa Bonaparte debilitó intencionadamente su flanco derecho, presentando una línea muy tenue de tropas. Por otra

parte confió al mariscal Lannes, apoyado por la reserva de la caballería a las órdenes de Murat y parte de las tropas de Bernadotte, la tarea de conservar el flanco izquierdo, asignándoles un papel básicamente defensivo, mientras que desplegó el grueso de sus fuerzas en las proximidades del pueblo de Puntowitz. Allí, pasando desapercibidas para el enemigo, se hallaban dos divisiones del IV Cuerpo del mariscal Soult, apoyadas por la Guardia Imperial, la División de Granaderos de Oudinot, la artillería de reserva y parte de la caballería de Murat y el I Cuerpo de Bernadotte.

El plan consistía en esperar a que los aliados atacaran con toda su ala izquierda, e incluso con tropas de su centro, la derecha francesa. Entonces se lanzaría a Soult contra el Pratzen para conquistar la posición ventajosa de la meseta. Una vez esta altura se hallase en manos francesas, las reservas se adelantarían para introducirse en la fisura de la línea aliada y así envolver el ala derecha o izquierda del ejército austro-ruso.

El plan aliado de ataque exigía la división del ejército en tres partes iguales. Cuarenta y cinco mil hombres se reunirían a la izquierda bajo el mando del General Buxhowden. Esta gran fuerza debía cruzar el Goldbach, bloquear la carretera de Viena y asaltar los pueblos ocupados por los franceses. Mientras, unos 15.000 hombres, bajo las órdenes del General Kollowrath, descenderían del Pratzen para apoderarse de Puntowitz y destrozar así el punto de apoyo de la línea francesa, que en aquel momento se suponía estaría retrocediendo. Una segunda fuerza, de 17.600 hombres, a las órdenes del general Bagration y el príncipe Liechtenstein, mantendría ocupados a los franceses en la zona norte. La Guardia Imperial rusa (8.500 soldados de elite a las órdenes del príncipe Constantino) se mantendría a retaguardia, para formar una reserva central.

Una asamblea de los Aliados se reunió el 1 de diciembre, con el fin de discutir proposiciones para el combate. A pesar de que el Zar y su círculo inmediato ansiaban la batalla, Kutuzov argüía que ellos tenían todas las de ganar esperando hasta que recibiesen los refuerzos. Pero Alejandro, joven y jactancioso, estaba persuadido de que realmente tenía a Napoleón en una trampa, y la presión por luchar de parte de los nobles rusos y los comandantes austriacos, fue muy fuerte. La detallada elaboración del plan de ataque recayó en Weirother, el jefe de Estado Mayor austríaco. Mientras Weirother recitaba con voz monótona las interminables órdenes, el

General Langeron observó que el viejo Kutuzov había caído en un profundo sueño.

Al otro lado del valle cubierto por la niebla los franceses estaban ocupados también en los preparativos previos a la batalla. Durante las primeras horas de la tarde, el emperador inspeccionó a su ejército, cabalgando a la cabeza de un grupo de generales de división y oficiales de Estado Mayor, vistiendo el uniforme verde, blanco y rojo de un coronel de los *chasseurs á cheval* de la Guardia. Los hombres vitorearon a su Emperador mientras pasaba junto a sus fogatas de acampada. Después de oscurecer, tuvo lugar un curioso incidente. Al prenderse fuego un montón de paja, algunos soldados franceses creyeron que aquello formaba parte de una demostración para celebrar el aniversario de la coronación del Emperador. Durante unos minutos, las llamas brillaron intensamente y, en medio de un enorme impulso de entusiasmo y devoción, 30.000 hombres aclamaron a Napoleón y formaron una procesión con antorchas para escoltarlo de regreso a su alojamiento.

El día 2 de diciembre ambos ejércitos se hallaban ya en movimiento hacia las cuatro de la madrugada. Los aliados se encontraron con el grave inconveniente de una densa niebla mientras formaban sus filas; pero hacia las siete Buxhowden estaba atacando los poblados de Telnitz y Sokolnitz, consiguiendo al fin conquistarlos. Pero tropas de refuerzo francesas del III Cuerpo de Davout permitieron recuperar algo del terreno cedido. Buxhowden, temeroso de perder las posiciones ganadas, se apresuró a llamar a Kollowrath antes de la hora prevista, por lo que hacia las 8:30 de la mañana los últimos batallones aliados estaban abandonando el Pratzen y moviéndose hacia el sur. La niebla se estaba aclarando con lentitud, pero aún seguía aferrada al suelo del valle.

Desde su puesto de mando Napoleón observó que numerosos regimientos aliados abandonaban Pratzen para dirigirse hacia el sur. Sus planes se cumplían y el enemigo debilitaba su centro incluso antes de lo previsto. A las nueve de la mañana Bonaparte creyó que había llegado el momento adecuado y ordenó el avance del centro francés. Las tropas del Mariscal Soult, muy animadas por la distribución de una triple ración de coñac, se pusieron en movimiento al son de los tambores que redoblaban el *pas de charge*. Cuando los soldados de Vandamme y St. Hilaire emergie-

ron del valle cubierto por la niebla los aliados quedaron atónitos por la sorpresa. Dándose cuenta de la trampa, Kutuzov mandó llamar urgentemente a parte de la columna de Kollowrath, pero no se pudo impedir que los franceses ocuparan la cima del Pratzen y apostaran artillería para bombardear la importante ala derecha austro-rusa.

Durante este tiempo no se había abierto fuego en el flanco derecho aliado, pero sobre las 8:30 horas, Bagration y Lichtenstein lanzaron precipitadamente un ataque sobre las líneas francesas que fue rechazado por el V Cuerpo de Lannes, el I Cuerpo de Bernadotte y la caballería de Murat. Al percatarse Napoleón de la maniobra dio orden a Bernadotte de apoyar el ataque de Soult al sur y fijar posiciones en esa zona.

En principio, el ataque francés fue un éxito y se ocupó la pequeña aldea de Blasowitz, pero hacia las 9:30 horas la infantería ligera rusa reconquistó la localidad. En el transcurso de media hora se entablaron violentos combates alrededor de la población. Los franceses, aunque menos numerosos, pusieron pie a tierra y abrieron un nutrido fuego sobre las filas aliadas. Después, montaron de nuevo, cargaron y detuvieron el ataque de Lichtenstein, cuyos apretados escuadrones fueron diezmados por los coraceros franceses. Bragation respondió rápidamente con un nuevo ataque, pero la línea francesa resistió el asalto.

Poco después, Lannes reconquistó Blasowitz. A mediodía, Bagration se replegó y Bernadotte pudo acudir a apoyar el ataque del centro francés. Con esta medida Napoleón quería conseguir, en esa parte del frente, una *masse de décision* que fuera crucial en el desarrollo de la batalla. Lo cierto es que en el centro se estaba produciendo una crisis. A las 10:30 de la mañana el IV Cuerpo francés, que dominaba la meseta, se hallaba sometido a fuertes ataques. En las horas siguientes los aliados realizaron varias tentativas para recuperar Pratzen, pero todas fracasaron. Los franceses siguieron controlando la altura, y Napoleón movió la Guardia y su cuartel general más cerca de la lucha.

Hacia la una de la tarde los aliados, en un supremo esfuerzo por ganar terreno, recurrieron a sus fuerzas de reserva, la Guardia Imperial rusa. Los cansados franceses se vieron sorprendidos por estos soldados de elite que, con sus resplandecientes mitras de latón y sus uniformes de color verde,

rojo y blanco, avanzaron a la carga los últimos 300 metros hasta la cresta del Pratzen. Dos batallones franceses huyeron, y la situación llegó a alarmar al Emperador. Pero la rápida reacción de la Caballería de la Guardia napoleónica y la división de refuerzo enviada por Bernadotte, para sostener el casi exhausto centro francés, puso en fuga a los rusos. La Guardia rusa dejó detrás 500 muertos y casi 200 prisioneros, muchos de ellos de la Guardia de Caballeros, la escolta personal del Zar, uniformada de blanco.

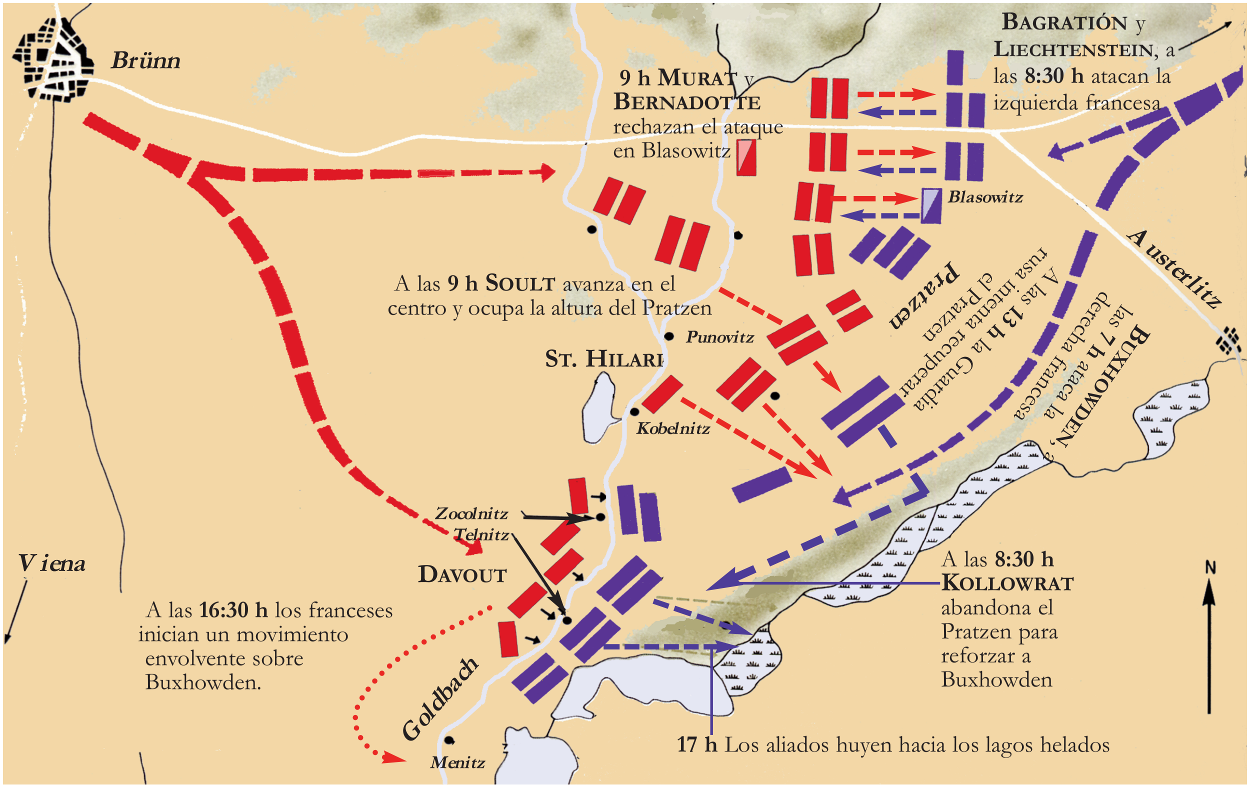
Al comienzo de la tarde la batalla estaba ganada y sólo se debía completar el plan previsto por Napoleón. A las 16:30 la acción se desplazó hacia el sur. Las tropas de Soult y la Guardia napoleónica comenzaron un movimiento envolvente sobre las formaciones de Buxhowden, que se hallaban en las laderas del este del Pratzen. Al cabo de una hora casi todo había terminado.

Buxhowden y parte de una columna lograron deslizarse fuera de la trampa, pero para la mayoría de la formación aliada no había esperanzas. Acorralados contra los lagos helados, cerca de Telnitz, los hombres se empezaron a desparramar sobre los hielos, en una huida desesperada. Esta maniobra fue observada por Napoleón y, a sus órdenes, fue adelantada una batería de artillería a la parte más avanzada de las alturas, desde donde se dominaba el lago, rompiendo el hielo a cañonazos. Quizá se ahogasen unos 2.000 rusos y 38 cañones con sus trenes de caballería se hundieron como plomo hacia el fondo de los lagos. La batalla había terminado.

Aunque la izquierda enemiga fue capturada, no se impidió que su derecha escapase en buen orden. Murat, al no haber recibido órdenes, vaciló en abandonar el centro por completo para envolver el ala enemiga. Finalmente a las cinco cesó el fuego. En aquel momento Bagration se hallaba en franca retirada; el Zar, el Emperador austríaco, y el general Kutuzov, escoltados por los restos de la Guardia rusa, evacuaban Krenowitz y Austerlitz, bajo una tormenta de nieve; mientras, el resto de sus ejércitos habían dejado de existir como unidad combatiente.

Los franceses habían perdido aproximadamente el 12% de la *Grande Armée*, mientras que las bajas aliadas se elevaron al 33% de la totalidad de sus efectivos. Napoleón había logrado una victoria decisiva y la Tercera Coalición quedó destruida con este golpe. Al día siguiente de Austerlitz un

Batalla de Austerlitz (1805)



humillado Emperador Francisco suplicó un armisticio y negociaciones de paz, que iban a dar como resultado, aquel mismo mes, la Paz de Presburgo. En cuanto al Zar, su única idea era retirarse hacia Polonia.

Más tarde Bonaparte distribuyó dadivosas recompensas entre sus combatientes: los mariscales y generales recibieron dos millones de francos de oro; fueron concedidas pensiones para las viudas de los caídos; los huérfanos fueron adoptados formalmente por el Emperador, que les permitió añadir Napoleón a sus nombres; además, serían educados a costa del Estado.

Pero más allá de todos estos efectos puramente coyunturales, Austerlitz no fue una batalla como las demás. Realmente el combate supuso la culminación bélica de dos mundos enfrentados, el decadente del Antiguo Régimen y el nuevo mundo de la contemporaneidad. Frecuentemente se ha denominado a Austerlitz como «la batalla de los tres Emperadores». Sin embargo, para los contemporáneos no fue una mera prueba de fuerza entre tres monarcas, sino un verdadero duelo entre el mundo antiguo y el moderno. En ella, un oficial de origen oscuro, que había conquistado el poder por la fuerza de las armas luchando bajo la bandera tricolor de la República, había sido capaz de derrotar a la milenaria monarquía de los Habsburgo y al águila bicéfala del Imperio ruso, que representaban a las más antiguas dinastías feudales. En ese sentido Austerlitz no fue una mera batalla de cañones y fusiles, sino una pugna a muerte entre sistemas sociales diferentes, del que salía victorioso aquél que representaba los principios alumbrados en 1789.

El ejército y la política: pronunciamientos y golpes de Estado

Tal vez el rasgo más original de la primera mitad del siglo XIX en el plano de lo militar, junto con la enorme envergadura de los conflictos durante las guerras napoleónicas, sea el de la implicación política de los ejércitos en el desarrollo histórico de muchos países. Los oficiales y la tropa no serán como antaño meros servidores del poder sino que se involucrarán de lleno en sostenerlo o configurarlo siguiendo las corrientes ideológicas del momento. Así el ejército se convertirá en un sujeto activo de la vida política de los pueblos desempeñando como institución un papel de actor principal que iba mucho más allá del que había asumido en los siglos anteriores.

Esta relación ejército-poder político no era nueva, se daba ya en el mundo romano y había tenido su última manifestación de envergadura durante la Revolución Inglesa del siglo XVII, cuando el nuevo poder militar forjado por Lord Fairfax y Oliver Cromwell con el *New Model Army* fue el que permitió no sólo el triunfo del programa parlamentario frente a los principios de la monarquía absoluta, sino también la instauración de una dictadura sostenida por el ejército que impidió, a pesar de la ulterior restauración monárquica, la vuelta al punto de partida, transformando así profundamente las bases sociales y políticas del país.

El compromiso de sectores de la oficialía con el cambio político, —en unas fuerzas armadas cada vez más autónomas y estructuradas— fue evidente durante el período revolucionario en Francia. En la primera fase de ese proceso el nuevo ejército estuvo sometido en todo momento al poder civil. La manifestación más clara de lo que estamos diciendo fue la medida adoptada por la Convención de enviar comisarios políticos, como el mismo Saint-Just, para ejercer un control estricto sobre los jefes de los ejércitos y para exigirles la victoria. Pero en una fase posterior serán los generales victoriosos los que aspiren a desempeñar un papel de primer orden en la República y pretendan, con el prestigio ganado entre sus tro-

pas, hacerse con el gobierno de la nación. Napoleón es la expresión más afortunada de este fenómeno moderno que es el golpe de Estado militar.

Cuando Bonaparte, ayudado por sus granaderos, se hizo con el efectivo control del Estado, abrió, en las nuevas formas de hacer política, una práctica expeditiva que tendrá una larga historia. En los dos siglos siguientes, y hasta el presente, oficiales y sectores del ejército sufrirán, ocasionalmente y según las circunstancias, la tentación de orientar la política de su país por medio de la fuerza apoyándose en el aparato militar.

En las décadas posteriores al Congreso de Viena el golpismo militar tuvo una clara orientación liberal. Oficiales y mandos que habían participado en las guerras napoleónicas no pudieron soportar el retorno al estatus anterior y se alzaron en armas contra el programa restaurador o intentaron imponer, por la vía del cuartelazo, las nuevas ideas basadas en el constitucionalismo. El ejército español, tras la abolición de la Constitución de 1812 por Fernando VII, fue tremendamente fecundo en este tipo de intentonas hasta acuñar un término para las mismas: «pronunciamiento», que acabará siendo admitido en el léxico político internacional. Aunque algunos historiadores considerarán una distinción entre el «pronunciamiento», por lo general incruento y constitucional, y el golpe militar, que perseguiría la instauración de un régimen autoritario.

Los pronunciamientos se sucedieron durante esos años en nuestro país con harta frecuencia: el de Espoz y Mina en Pamplona en 1814, el de Porlier en La Coruña en 1815, el pronunciamiento de Lacy y Miláns del Bosch en Cataluña en 1817, el de Vidal y Beltrán de Lis en Valencia en 1819 y, por último, el de Riego en Cabezas de San Juan en 1820, que consiguió un éxito momentáneo al hacer jurar la Constitución a Fernando VII. Pero cuando la intervención de la Santa Alianza (*Los cien mil hijos de San Luis*) restaure el absolutismo, los pronunciamientos se reanudarán: en 1824 en Tarifa y 1826 en Alicante y Madrid.

Este recurso político-militar pronto encontrará imitadores en el resto del continente. En Nápoles, el pronunciamiento del general Gugliemo Pepe (1820) logró imponer a Fernando I la Constitución española de 1812. En Portugal, una conspiración expresamente relacionada con los constitucionales españoles abocó al pronunciamiento militar de Oporto

(1820), que dio como resultado el Estatuto liberal de 1822. También en Francia, con la restauración de los Borbones en la persona de Luis XVIII, algunos militares intentaron recurrir a este procedimiento y las intentonas se sucedieron entre 1821 y 1822 en Belfort, Saumur, La Rochelle y Colmar. En marzo de 1821, el pronunciamiento de la guarnición de Alesandría, extendido luego a Turín, demandó de Víctor Manuel I la adopción de la Constitución española de 1812. Hasta en la retrasada Rusia de los Zares el golpismo militar probó fortuna. Sometido gran parte del campesinado a servidumbre y siendo muy escasa la burguesía, fueron gentes de la nobleza —altos mandos del ejército y la marina, miembros de familias aristocráticas— los que en diciembre de 1825 (de ahí la denominación «decembrista» o «decabrista») se «pronunciaron» en San Petersburgo, movilizando a más de 3.000 soldados, aunque su intentona fue aplastada por tropas leales.

La mecánica del «pronunciamiento», o del golpe militar ofrece una tipología muy variada pero por lo general siempre encontramos en ellos algunas pautas comunes. La primera de esas pautas es que no hay pronunciamiento sin conspiración previa, necesaria para coordinar y preparar la acción, pero sobre todo encaminada a involucrar en la intentona al mayor número de mandos y unidades posibles. En los «pronunciamientos» de la primera mitad del siglo XIX, las sociedades secretas, como la masonería o los carbonarios, dieron cobertura a los conspiradores; después serán las mismas salas de banderas o las unidades de mando las que servirán a este fin.

Los jefes de estas acciones no tenían por qué ser de alta graduación, en ocasiones se podía tratar de mandos intermedios e incluso de suboficiales, como ocurrió en España con el Motín de sargentos de La Granja de 1836. En algunos casos los conspiradores militares contarán con el apoyo, e incluso la implicación, de elementos civiles, más o menos relevantes en el panorama político, pero éstos se limitarán a avalar los hechos, dejando todo el protagonismo inicial al estamento militar. En el pronunciamiento de Porlier quedaron probados sus vínculos con círculos liberales de La Coruña.

También el golpe irá, casi siempre, acompañado de una proclama o manifiesto escrito, no muy explícito aunque altisonante y en tono de arenga, donde se justificará la acción. Fue este tipo de proclamas lo que dio pie

a la aparición del término «pronunciamiento». Las motivaciones responderán a planteamientos ideológicos pero podían esconder otras causas: ambiciones personales, agravios profesionales o de otro tipo. Por ejemplo en nuestro país los pronunciamientos inmediatamente posteriores a la Guerra de la Independencia traducirán también el descontento de amplios sectores de la oficialía que con el retorno del absolutismo veían sus carreras frustradas.

Inicialmente el golpe podía contar con uno o varios dirigentes, aunque casi siempre, en el segundo supuesto, solía destacar de entre ellos alguno más caracterizado. Una brillante carrera militar ayudará al cabecilla que desempeñe esa función. El golpe militar de septiembre de 1868 que precipitó la caída de Isabel II en nuestro país tuvo una dirección colegiada con los generales Prim, Serrano y el almirante Topete, pero de inmediato destacó la figura del Prim héroe de Tetúan y Castillejos en la guerra de África (1859-1860).

La asonada solía comenzar en los cuarteles, movilizando a las tropas cuyos mandos estaban comprometidos, pero rápidamente se pretendía el control de puntos estratégicos y, sobre todo, de los centros de poder constituidos: el palacio real, la residencia del gobierno o incluso el parlamento. Cromwell, verdadero pionero en este tipo de acciones, ocupó la Cámara de los Comunes con sus tropas y la purgó de opositores en diciembre de 1648, como paso previo a su dictadura personal. Lo mismo hizo Napoleón, cuando el 19 de Brumario de 1799 disolvió por la fuerza de las bayonetas el Consejo de los Quinientos. Para cubrir estos objetivos todo dependerá del apoyo con que cuenten los golpistas y, sobre todo, de la resistencia armada que puedan ofrecer unidades leales o fuerzas sociales contrarias al golpe.

Si el éxito acompañaba a la intentona, los militares, pasada la primera confusión, podían abrir una vía al poder civil, encarnado por sus partidarios, o bien podían intentar constituir un gobierno, por lo general de corte autoritario, gestionado por ellos mismos. Los golpes triunfantes de cuño liberal en nuestro país siempre optaron por la primera salida. Podríamos decir que utilizaron medios militares pero con fines constitucionales. El último golpe de estas características en Europa fue el protagonizado por el ejército portugués en abril de 1974, que puso fin a la dictadura civil de Marcel Caetano, sucesor de Oliveiras Salazar.

Realmente el poder militar desempeñó un importante papel en la instauración y expansión del nuevo orden burgués, pero hacia mediados del siglo XIX el desarrollo de otras fuerzas sociales y el nacimiento de corrientes políticas más radicales, basadas en el republicanismo democrático y el socialismo, propiciaron un cambio de signo en cuanto a la intervención de los ejércitos en la política. De hecho, en la gran oleada revolucionaria de 1848 o en el aplastamiento de la Comuna parisina en 1870 serán las tropas las que terminen por decantar la balanza del lado del poder establecido. En Francia, después de la guerra Franco-prusiana, se produjo una auténtica luna de miel en la que la clase media y los campesinos franceses consideraban al ejército no sólo como el instrumento predestinado de la venganza nacional frente a Alemania, sino como el paladín del orden social. Con el general Boulanger (1837-1891) se vivió durante un tiempo una auténtica tentación bonapartista que finalmente, al no atreverse a dar la orden de marchar sobre el Elíseo, la República pudo superar.

En el último tercio del siglo XIX, la oficialía en los ejércitos europeos fue convirtiéndose en una auténtica casta que venía a reemplazar, en una institución cada vez más tecnificada, a la vieja nobleza de antaño. Los nuevos oficiales, muchos procedentes de las clases medias, pronto comenzaron a imitar las maneras y actitudes de los altos mandos aristocráticos. Esto contribuyó a generar un auténtico *esprit de corps* en defensa de los presupuestos más conservadores.

Aunque los jefes militares declaraban en todas partes su indiferencia y su desdén hacia la política, ejercían de facto una clara presión sobre la misma. En primera instancia consiguiendo que los políticos no se mezclaran en «sus asuntos», escapando así al control del poder civil. El número y el costo de las fuerzas armadas no era más que uno de los puntos en disputa entre civiles y militares.

Por otra parte, en todas las monarquías europeas, la corona apoyaba a sus fuerzas armadas, considerando todavía que esta parte del Estado era de su directa incumbencia, y manteniéndolas alejadas de la influencia democrática que invadía otras áreas de la sociedad. La interferencia en los asuntos internos del ejército era, por tanto, considerada casi sacrílega por la casa real, de la que el ejército era prácticamente una continuación.

El golpismo militar de naturaleza conservadora y autoritaria volvió a desarrollarse extraordinariamente en Europa después de la Primera Guerra Mundial, en muchos casos, bajo los auspicios del fascismo. Podemos citar el golpe de Primo de Rivera (1923) y el de Franco (1936) en España; el de Tsankov en Bulgaria (1923), el del general Carmona en Portugal (1926), el de Pildudski en Polonia (1926); en Grecia se sucedieron: Plastiras (1923), Pangalos (1925) y por último el general Metaxas (1936); o el de Antonescu en Rumania (1940), por mencionar sólo aquellos en los que fue el ejército quien tomó la iniciativa. El fenómeno se prolongó durante la Guerra Fría y su última manifestación se dio con la intentona de golpe en España el 23 de febrero de 1981 en el que se llegó a ocupar las Cortes durante una noche.

Esta dimensión de lo militar en el control de la política interna sosteniendo los poderes constituidos y apoyando las ideas conservadoras también formará parte del perfil de los ejércitos contemporáneos; y aunque la labor represiva por parte de las tropas contaba con un largo historial, adquirirá ahora una particular dimensión en las sociedades modernas, al asumir las fuerzas armadas en muchas ocasiones un papel protagonista frente a los movimientos revolucionarios o a las simples protestas sociales.

Por eso no puede extrañarnos que, ya a comienzos del siglo XIX, hasta el profesional ejército británico se viera involucrado en reprimir a aquellos que pedían una ampliación del derecho de sufragio. Ocurrió en el St. Peter's Field, de Manchester, cuando una multitud de unas 60.000 a 80.000 personas se manifestaba pacíficamente en agosto de 1819 y la caballería de Su Majestad cargó contra ellas sable en mano para disolverlas, causando 15 muertos y más de 600 heridos. La hazaña pronto fue conocida con el nombre de *Peterloo*, en una comparación irónica con la batalla de Waterloo, que había tenido lugar cuatro años antes.

Actuaciones parecidas se repitieron a lo largo del siglo en distintas latitudes. Por ejemplo el 10 de abril de 1865 una manifestación que tuvo lugar en la Puerta del Sol de Madrid, en protesta por el cese en su cátedra de Emilio Castelar, fue disuelta por unidades de infantería y caballería que realizaron diversas cargas, con disparos y bayoneta calada: murieron 14 manifestantes y resultaron heridos más de 190. La intervención más sangrante del ejército contra manifestantes desarmados se dio a comienzos

del siglo XX en Rusia, cuando una gran multitud en San Petersburgo, que pedía reformas políticas, fue masacrada por las descargas de la fusilería, el 22 de enero de 1905. El número de víctimas de esta jornada, que fue denominada «El domingo sangriento», nunca se pudo establecer, aunque los periodistas hablaron de más de 4.000 muertos y un gran número de heridos.

La dimensión represiva del ejército moderno planteará nuevos problemas en cuanto a la relación existente entre la sociedad y las fuerzas armadas. La imagen temerosa y despectiva que hemos podido apreciar se tenía del soldado en los siglos anteriores adquiría nuevos matices en la contemporaneidad. Los sectores disidentes no comprenderán cómo, siendo el soldado en muchos casos un recluta de origen popular, era capaz de disparar contra aquéllos que podían ser sus padres o hermanos. Por otra parte, los mandos, a pesar de lo disciplinado de la tropa, abrigarán también dudas cuando den órdenes de reprimir por la fuerza de las armas a la población indefensa. El soldado conscripto se convertirá así en un elemento inestable entre la obediencia a la oficialía, con la que poco tiene que ver, y las posibles lealtades sociales con aquéllos a los que considera sus iguales.

De hecho, en los turbulentos procesos políticos de los dos últimos siglos el papel que adopte el ejército y su propia naturaleza, profesional o de recluta, terminará siendo una factor clave en el desenlace de muchos conflictos internos en momentos críticos; como ocurrió en el inicio de la Revolución rusa de 1917 o en el golpe militar que derroco en Chile al Presidente electo, Salvador Allende en 1973.

En la revolución que derribó al zarismo en febrero de 1917 la actitud de la tropa desempeñó un papel fundamental, fue totalmente espontánea y no tuvo un carácter de complot militar. En el invierno del tercer año de guerra la situación en la retaguardia rusa era explosiva. Las dificultades de suministros a las ciudades se unían al descontento frente a la autocracia zarista y al cansancio de una contienda que devoraba cientos de miles de hombres sin que pareciera tener fin. Los obreros de la ciudad de Petrogrado, con un largo historial de luchas, fueron la chispa que prendió la pólvora del descontento. Una serie de huelgas que se iniciaron el 23 de febrero en la capital precipitaron los acontecimientos.

Las medidas de la policía para proteger al régimen eran casi perfectas y a primera vista lo mismo sucedía con el operativo militar. El gobierno disponía de cerca de setenta mil hombres en el cuerpo de policía y de 8.400 cosacos a caballo. Además la capital constituía una región militar especial, cuyo comandante se subordinaba directamente al Cuartel General zarista. Petrogrado contaba con una poderosa guarnición de 160.000 soldados. Pero la calidad de estas tropas era inversamente proporcional a tan imponente número. Los regimientos de la Guardia, los mejor preparados, habían sido enviados al frente y las tropas acuarteladas eran sobre todo conscriptos mal instruidos, encerrados en sus cuarteles y mal alimentados.

Las autoridades zaristas desconfiaban de estas unidades para hacer frente a una sublevación. El ministro del interior Protopopov había planeado enfrentarse a posibles revueltas con la policía y algunos destacamentos de cosacos. Sólo en un caso extremo contemplaba la posibilidad de emplear al ejército. En el mes de enero se había elaborado un plan ante esa posible contingencia que fue aprobado por el mismo zar. En él se preveía utilizar una fuerza combinada de unos 12.000 hombres compuesta, para este fin específico, de policías, gendarmes y algunas tropas. Para comandar este contingente se habían nombrado a seis mandos militares, uno por cada distrito de la ciudad. Dirigiendo las operaciones estaría el general Khabalov con escasa experiencia de mando directo.

El 24 de febrero, doscientos mil obreros, más de la mitad del proletariado de Petrogrado, estaban en huelga. Al día siguiente el paro se había seguido extendiendo hasta hacerse casi general, produciéndose manifestaciones multitudinarias que, procedentes de los barrios periféricos, querían invadir el centro de la ciudad. La gran incógnita sobre el éxito de las movilizaciones —y esto lo sabía la masa de manifestantes— estaba representada por los soldados. Mil desconocidos e improvisados agitadores se dirigían a ellos, unas veces implorantes, otras amenazadores, otras simplemente persuasivos. Lo que habían podido apreciar los manifestantes es que, a diferencia de otras ocasiones, la actitud represiva de los cosacos estaba siendo relativamente benévola: y ésta era la gran novedad. Pero el día 25 ocurrió algo que iba a precipitar los acontecimientos. El mismo zar remitió un telegrama al general Khabalov que decía: «Ordeno hacer cesar desde mañana los desórdenes en la capital, que no pueden ser

tolerados en esta hora grave de la guerra contra Alemania y Austria. Nicolás» (Boffa, 1976: I, 65).

El 26 era domingo y todo Petrogrado amaneció dominado por las tropas, que esta vez tenían órdenes de disparar. Todas las calles principales estaban interceptadas y cuando algunas columnas de manifestantes trataron de pasar: fueron recibidas por un fuego cerrado de fusilería. La misma policía hará saber al finalizar la jornada que aquel día se habían contado cuarenta muertos y otros tantos heridos. Aquella tarde la 4ª compañía del Regimiento Pávlovski de la Guardia, indignada por la participación del grupo de instrucción de esa misma unidad en el ametrallamiento de los manifestantes, abandonó su cuartel y tiroteó a un destacamento de gendarmería montada. Pero al no recibir apoyo de otras unidades, los amotinados regresaron al cuartel y se dejaron desarmar. Diecinueve soldados fueron encerrados en la fortaleza de Pedro y Pablo.

Estos hechos aceleraron la crisis en el interior de los cuarteles. En el Regimiento de la Guardia Volinski, a las 6 de la mañana del 27, una sección compuesta por trescientos cincuenta hombres decidió no tirar contra los manifestantes. Según nos cuenta uno de los protagonistas, al penetrar en el barracón un capitán, los soldados comenzaron a golpear con la culata de sus fusiles el suelo. «Crepitaban los cargadores. «Firmes» trató de ordenar Lashkievich. «Vete mientras estás vivo», le gritaban los soldados» (Boffa, 1976: I, 68).

Según el general Brusílov, sólo del 15 al 20% de oficiales del ejército ruso se sumaron en febrero-marzo de 1917 a los soldados y el movimiento fue fundamentalmente de suboficiales y tropa. Cuando las unidades rebeldes del Regimiento Volinski salieron del cuartel fueron secundados, primero, por los regimientos Litovski y Preobrazhenski y, luego, por el Moskovski. A ellos se unió también un batallón de zapadores de reserva. Ese día fue decisivo para la revolución ya que comenzó la defección en masa de las tropas: por la mañana había ya 10.000 soldados con los obreros, al mediodía unos 26.000 y cuando llegó la tarde, casi 67.000. Cuando el gobernador militar quiso proclamar el estado de sitio no encontró tropas leales para fijar el bando. El día 28 se adhirieron a la insurrección los marinos de la 2ª tripulación del Báltico y de la tripulación de la Guardia, así como la del crucero *Aurora,* anclado en el Neva. Hacia el mediodía, los

conatos de resistencia de las tropas gubernamentales habían cesado por completo.

El cansancio de la guerra, la composición social de la tropa de origen obrero y campesino, el hecho de que fueran soldados movilizados a la fuerza, la ubicación de los acuartelamientos en las barriadas obreras de la periferia, las malas condiciones de vida en los cuarteles, el trato despótico de la oficialía y, sobre todo, la medida represiva de obligar a los soldados a disparar contra la multitud indefensa son elementos que contribuyen a explicar la rebelión militar en el marco del proceso revolucionario que vivió Rusia en febrero de 1917.

Como vemos el papel del ejército en el inicio del proceso revolucionario ruso fue determinante y muy distinto al jugado por el ejército chileno en 1973. El caso chileno puede servir como ejemplo del típico golpe de Estado militar. En septiembre de 1973, el grueso de la oficialía chilena derrocó por la fuerza de las armas al gobierno de Unidad Popular que había sido elegido en las urnas tres años antes. En la lucha que se produjo a raíz del golpe murió el Presidente de la República, Salvador Allende y otros miles de chilenos, como producto de los enfrentamientos y de la ulterior represión.

En el momento en que se desarrollaron estos acontecimientos muchos analistas políticos manifestaron su extrañeza ante lo que había ocurrido, argumentando que el ejército chileno no tenía una tradición golpista como otros del continente latinoamericano y que era un ejército profesional. Era cierto que Chile, desde su nacimiento como Estado, había gozado de una estabilidad política dentro del marco del liberalismo parlamentario, mucho mayor que otros países vecinos. En ese sentido el ejército chileno no había protagonizado asonadas tan frecuentes como por ejemplo el de Perú. Sin embargo el ejército había jugado un papel determinante en la liquidación del Gobierno nacionalista de Balmaceda (1891) y en el apuntalamiento de los sectores burgueses interesados en el libre juego del imperialismo europeo y norteamericano en la explotación de las materias primas chilenas. El Ejército había vuelto a reaparecer como elemento determinante en el aplastamiento de las huelgas obreras de Valparaíso en 1903; de los desórdenes públicos de carácter social en Antofagasta en 1906; en la matanza de 2.000 personas en la escuela de

Santa María de Iquique en 1907. También hubo complots de jóvenes oficiales en 1907, 1912 y 1919. La tendencia intervencionista dio lugar a la constante coacción del ejército sobre el parlamento en los años veinte y treinta, así como en el protagonismo desempeñado por el general Carlos Ibáñez, figura política máxima de este período.

Al Ejército se le podía atribuir también la matanza de Ranquil en 1 junio de 1934. Así mismo había tratado derrocar el Frente Popular en 1939. Volvió intervenir en la sangrienta represión en Santiago de 1946, otra vez en Santiago en 1957 y bajo el gobierno de la Democracia Cristiana aparecieron las fuerzas armadas como responsables de represiones que supusieron la muerte de ocho mineros en El Salvador en marzo de 1966, o la muerte de nueve manifestantes en Puerto Mont en 1969, y la muerte de dos estudiantes en Puente Alto en julio de 1970.

Por tanto, la imagen no intervencionista del ejército chileno sólo se basaba en la benévola comparación con la actuación de otras fuerzas armadas en el continente latinoamericano. Por otra parte su naturaleza profesional también se prestaba a confusión. El Ejército chileno era profesional; y por eso se presuponía que los militares no iban a intervenir en política. La Constitución decía que las fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros eran instituciones «profesionales, jerarquizadas, disciplinadas, obedientes y no deliberantes». Sin embargo, eso no implica automáticamente que cualquier ejército se comporte como un aparato mecánico al que se le dan órdenes y las cumple a ciegas. La realidad histórica muestra más bien lo contrarío: los militares forman parte de la sociedad y, por tanto, están implicados en cualquier proceso social. Es más, el ejército profesional puede tener una mayor autonomía política que el ejército de recluta ya que sus componentes, incluida la tropa, pueden desarrollar un acusado espíritu de cuerpo y posicionarse políticamente de modo más homogéneo ante una determinada coyuntura.

En el momento del golpe las Fuerzas Armadas chilenas se componían de unos 38.000 soldados pertenecientes al ejército de tierra, 9.000 de ellos conscriptos. La armada contaba con 15.000 marineros; de los cuales 1.200 lo eran por servicio obligatorio. A esto había que sumar cerca de 22.500 carabineros y unos 8.000 oficiales y soldados pertenecientes a las fuerzas aéreas. En total unos 83.500 hombres armados.

El Ejército chileno era una institución muy cerrada, que había servido obedientemente a las clases gobernantes durante casi cuarenta años. Por tradición estaba impregnado de espíritu prusiano. Contaba en su oficialidad con muchos descendientes de colonos alemanes. Pero hay que señalar que no sólo los oficiales de origen alemán, sino también muchos criollos mantenían puntos de vista conservadores y autoritarios.

En un artículo de *Le Monde Diplomatique* del 1 de septiembre de 1973, pocos días antes del golpe, se decía que según un estudio realizado un 42% de los oficiales de carrera procedían de la gran burguesía, 39% de la clase media alta, y solo un 19% de la pequeña burguesía. Interrogados sobre sus opiniones políticas, un grupo de treinta y cinco generales y coroneles en servicio activo o en la reserva se mostraban menos abiertos a las ideas reformistas según ocupasen un lugar más elevado en la escala social. Se puede decir que en el ejército chileno existía una evidente «dependencia de clase» que explica en buena medida el golpe que se dio contra el gobierno de la Unidad Popular. Era cierto que un 65% de los oficiales procedían de las clases medias. Sin embargo, entre estos, un número importante estaba vinculado a la clase superior por alianza, en ocasiones matrimonial. En algunos casos, el joven oficial sin fortuna personal se casaba con motivo de un traslado o la permanencia en una guarnición del sur con la hija de un latifundista. *Le Monde Diplomatique* concluía diciendo que: «uno de los resultados más sorprendentes de la reforma agraria (emprendida por el gobierno Allende) era la disminución de la dote de muchas esposas de jóvenes oficiales».

Por el contrario los soldados rasos se reclutaban entre las capas más atrasadas de la población. El mando estimaba que cuanto más ignorante fuera la tropa más incondicionalmente se subordinaría a los oficiales. De hecho el soldado tenía bajos salarios e incluso vivía la paradoja de no tener derecho a voto en las elecciones, prohibición que se argumentaba en función de la pretendida imparcialidad política del ejército.

Frente a esta situación uno de los primeros decretos del Presidente Allende fue subir los sueldos a todas las jerarquías militares, gracias a lo cual mejoraron las condiciones de vida de los soldados a los cuales se les reconoció también el derecho al voto. Así mismo, de 1970 a 1973 Allende aumentó en 6.220.319.000 escudos el presupuesto de la defensa nacional,

incremento considerable a pesar de la inflación. Se modernizaron los cuarteles. Los entrenamientos de prácticas en el extranjero, importantes para el ascenso en el escalafón, devinieron accesibles a más oficiales. Por último, se renovó el armamento: las tropas de tierra recibieron 9 helicópteros comprados en Francia; la fuerza aérea, 4 cazas ingleses Hawker Hunter, utilizados posteriormente por los golpistas el 11 de septiembre de 1973 para bombardear el Palacio Presidencial; y la armada encargó a Inglaterra dos cruceros y dos submarinos.

La política de Allende con relación al Ejército correspondía al programa básico del Gobierno de la Unidad Popular aprobado en diciembre de 1969 que prometía «asegurar a las Fuerzas Armadas los medios materiales y técnicos y un justo y democrático sistema de remuneraciones, promociones y jubilaciones que garanticen a oficiales, suboficiales, clases y tropas de seguridad económica durante su permanencia en filas y en las condiciones de retiro y la posibilidad efectiva para todos de ascender atendiendo sólo a sus condiciones personales». Pero esta política también respondía al intento de ganarse a las fuerzas armadas para que apoyaran el programa de reformas que Allende se proponía llevar a término (nacionalización de las minas, reforma agraria, mejoras en las condiciones laborales…). El Presidente, queriendo confiar en la neutralidad del ejército, había declarado: «Si es posible llevar a buen término las transformaciones que pensamos en nuestro país, es porque las fuerzas armadas y los carabineros chilenos poseen una alta conciencia profesional y un respeto a la ley y a la Constitución que no se encuentran en la mayoría de países iberoamericanos. En esto representamos una excepción en el continente» (Vázquez, 1973: 104).

Al iniciarse la experiencia del gobierno de Unidad Popular, cuyo objetivo a corto o largo plazo era una reforma constitucional «de clase», era lógico que Allende contara con la oposición de la mayor parte de mandos del ejército chileno. Sólo podía confiar en una tirante neutralidad si conseguía respaldar con alguna fuerza la evidencia de que esa reforma constitucional se hacía a su vez con procedimientos constitucionales: como consecuencia de un resultado electoral y una nueva composición de las cámaras. Pero esa tirante neutralidad estaba agravada por la dependencia presupuestaria y tecnológica entre el ejército chileno y el de los Estados Unidos.

El ejército chileno se integraba en el «sistema defensivo supranacional» creado por los Estados Unidos, y esa integración chocaba lógicamente con el proceso iniciado por el Gobierno de Unidad Popular. La mayor parte de la oficialidad era de orientación pronorteamericana, lo que en definitiva empujó al ejército hacia el derrocamiento de Allende, su Comandante en Jefe constitucional. La ayuda material que los EE. UU. Brindaban al ejército chileno se completaba con la formación que se le ofrecía a los oficiales en Fort Gulick, en la zona del Canal de Panamá, en donde estaba instalada la célebre Escuela de las Américas. Robert McNamara, siendo Secretario de Defensa norteamericano, afirmaba que los ejércitos latinoamericanos constituían la «fuerza estabilizadora esencial» de la región. Y Nelson Rockefeller, en su informe de 1969 al presidente Nixon, declaraba: «es esencial que el programa de adiestramiento que en los Estados Unidos y en las escuelas de la zona del Canal de Panamá de personal militar y policíaco de las restantes naciones del hemisferio sea continuado y reforzado».

Su aparente carácter de «aparato autónomo», llevó al Ejército chileno, bajo la dirección de su cúpula de mando, a erigirse en el salvador de la patria frente al peligro marxista y a perpetrar el golpe de Estado. Prácticamente el grueso de la oficialía apoyó la sublevación, aunque también hubo algunos oficiales y altos mandos que cayeron víctimas de la represión.

La clase de tropa, aislada en sus cuarteles, fue impermeable a los intentos de las organizaciones de izquierda para neutralizarla. Días antes del golpe, un millón de chilenos ratificaron su confianza en Allende mediante una manifestación monstruo por las calles de Santiago y uno de los gritos más escuchados fue: «¡Soldado amigo, el pueblo está contigo!». Todo fue en vano. El 11 de septiembre de 1973 el grueso de las fuerzas armadas chilenas emprendió un golpe militar triunfante de antemano. El Presidente Allende y un puñado de partidarios, no más de 30 personas, resistieron en el Palacio de La Moneda durante ocho horas a los ataques de una fuerza de 9.000 hombres apoyados por blindados y por bombardeos aéreos. Núcleos dispersos de obreros mal armados intentaron ofrecer resistencia en distintos puntos del país. Tres días después cualquier foco de resistencia al golpe había sido aplastado. Unas 1.500 personas fueron víc-

timas de estos enfrentamientos y otras 30.000 cayeron como resultado de la represión que se desató por parte de los golpistas.

El gobierno militar dio marcha atrás a todas las reformas emprendidas por Allende e instauró una dictadura que se prolongó durante años, pero finalmente, cuando la burguesía chilena se volvió a sentir segura y los intereses extranjeros volvieron a estar a salvo, el gobierno del general Pinochet dio paso a un gobierno parlamentario. Y es que como había dicho Antonio Gramsci en sus *Notas sobre Maquiavelo, sobre Política y sobre el Estado Moderno*: «Un gobierno militar es sólo un paréntesis entre dos gobiernos constitucionales».



Dibujo de un dragón francés por el baron Jean Lejeune
Gabinete de Estampas. Biblioteca Nacional (París)

II
Después de la tormenta

Guerras decimonónicas

Después de las guerras revolucionarias y napoleónicas se abrió un período de relativa paz en Europa (1815-1856). El continente, tras el Congreso de Viena, estaba regido por estadistas conservadores, en especial el austriaco Metternich, quien orientó toda su política a mantener el orden nacido del Congreso, así como a aplastar cualquier brote de nacionalismo o liberalismo que permitiera reavivar los turbulentos años anteriores. En términos políticos más realistas Gran Bretaña era la potencia más fuerte. Victoriosa de las guerras contra Francia, estaba a la cabeza de la Revolución Industrial y su marina era dueña de todos los mares sin que hubiera ninguna otra armada en condiciones de desafiarla.

No obstante, entre 1815 y 1856 no se evitaron del todo las confrontaciones. El nacionalismo, aliado con el liberalismo, halló válvulas de escape en numerosas revueltas, muchas de ellas aplastadas. Por ejemplo, un levantamiento en los Estados Pontificios fue reprimido por Austria en 1831 y, en el mismo año, los polacos, tras desesperada resistencia, fueron derrotados por los rusos en Ostrolenka. Pero no se pudo evitar que hubie-

ra un gran estallido de actividad revolucionaria en 1848 y que reaparecieran barricadas en las calles de muchas ciudades europeas.

Sin embargo, bajo la atenta mirada de Inglaterra se toleraron algunos de estos movimientos nacionalistas. Los griegos fueron apoyados en su independencia del Imperio otomano y una flota británica destruyó en la bahía de Navarino (1827) la potencia naval de Turquía y de su aliado Egipto. También se toleró el movimiento de los países sudamericanos para liberarse de los lazos españoles y portugueses, ya que estas insurrecciones independentistas a la larga favorecerían el comercio británico. El nacimiento de esas nuevas naciones provocó quince años de guerra en América del Sur, durante los cuales las altas mesetas del Perú y la moderna Bolivia fueron escenario de cruentos combates.

En otro plano de confrontación las grandes potencias avanzaron posiciones en su expansión imperialista por los continentes africano y asiático. En África del Sur, durante los años de 1830 y 1840, los boers, colonos holandeses, fueron rechazados hacia el norte desde El Cabo por los británicos. En la India, aun siendo poco numerosas, las tropas inglesas mantuvieron una continua actividad y, en 1837, con la primera guerra afgana, iniciaron una nueva fase de conquistas que duró veinte años. Pero el desafío más serio al que tuvieron que hacer frente en los años de 1857-1858 en el subcontinente asiático fue el motín del ejército nativo de la Compañía de las Indias Orientales, que puso en serio peligro la dominación británica sobre un vasto territorio. Los ingleses también estuvieron a la cabeza en la competición general de las potencias europeas para explotar China, dando origen a las Guerras del opio (1839 y 1842), con las que consiguieron importantes asentamientos y la libre circulación de la droga por el Celeste Imperio. Por su parte los franceses conquistaron Argelia en 1830 y penetraron en Indochina durante las décadas de 1840 y 1850.

Pero la única guerra de envergadura fue la de Crimea (1853-1856) que enfrentó a Inglaterra, Francia y Turquía como aliadas contra Rusia, en disputa por obtener una posición ventajosa ante la inminente desmembración del Imperio turco. La ayuda prestada por los franco-ingleses a la Sublime Puerta sólo intentaba impedir el control de los estrechos por parte de los rusos.

Ni Gran Bretaña ni Francia habían luchado en una guerra europea en los últimos cuarenta años. Crimea les brindó la oportunidad de participar en una contienda continental que, no obstante, ambos ejércitos se plantearon inicialmente con extrema ligereza. Los aliados esperaban obtener la victoria sobre los rusos antes de finales del año 1854. En lugar de ello las tropas británicas y francesas enviadas al este no se encontraron con ningún soldado con quien luchar durante seis meses. Los combates reales para el cuerpo expedicionario empezaron tan sólo meses después de que Inglaterra y Francia hubieran declarado la guerra a Rusia.

La sensación de anticlimax que produjo esa guerra en la que no se combatía fue tremenda. Esto contribuyó a que los contemporáneos degradaran la importancia de la contienda, considerándola casi como una mera expedición colonial, y los historiadores posteriores han tendido a seguir ese ejemplo. En realidad la guerra de Crimea fue una gran guerra en la que hubo más víctimas que en cualquier otra guerra europea durante el siglo que va desde el final de las guerras napoleónicas hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Cuando terminó la guerra de Crimea la cifra total de muertos de los tres contendientes europeos: Rusia, Gran Bretaña y Francia, ascendía, según los cálculos más recientes, a 675.000. De éstos, 45.000 eran británicos, 180.000 franceses y 450.000 rusos. Aproximadamente, uno de cada cinco hombres perdió la vida en combate y los cuatro restantes murieron de enfermedades, especialmente tifus y cólera. Se pueden comparar los casi 700.000 muertos de la guerra de Crimea con los 40.000 de la Guerra Austro-prusiana de 1866 y los 190.000 que murieron durante la Guerra Franco-prusiana en 1870. Sólo el número de víctimas de la Guerra Civil norteamericana se aproxima al de la Guerra de Crimea.

Esta enorme mortandad se debió en parte a la incompetencia de los aparatos militares en contienda. Crimea puso de relieve las enormes deficiencias que presentaban los ejércitos clásicos ante los nuevos problemas de la guerra moderna. La organización administrativa en ambos bandos fue desastrosa. Los aliados despacharon una expedición naval para capturar Sebastopol sin comprobar previamente que el agua a ambos lados del istmo tenía poca profundidad para que los barcos pudieran atracar. Los ingleses no llevaron transportes para sus provisiones y municiones, y las

tropas carecían prácticamente del equipo necesario para una campaña de invierno. Los problemas con que se encontraron los rusos para abastecer a su ejército fueron todavía más acuciantes. Los aliados terminaron llevando sus provisiones por mar, pero los rusos no tenían ni una sola línea férrea al sur de Moscú. Todos los suministros y el material debían de ser transportados en carros o a caballo a través de cientos de kilómetros. En Crimen se mostraron las debilidades de los ejércitos adormecidos tras los conflictos napoleónicos. Los Estados Mayores seguían concibiendo la guerra como cuarenta años atrás, sin tener en cuenta los cambios que se estaban operando.

Es cierto que durante la campaña se introdujeron algunos adelantos. El viejo fusil de chispa, sin dejar de ser un arma de avancarga con ánima lisa, incorporó un nuevo sistema de detonación basado en el pistón. El pistón de percusión consistía en una pequeña cápsula de cobre que contenía en el fondo de la misma fulminante de mercurio. Los fulminatos eran tan inestables que un golpe seco provocaba su explosión. Este pistón, que tenía la forma de un pequeño tapón, era colocado sobre la chimenea que conectaba con la recámara del arma. Al ser golpeado el pistón por el percutor, el fulminante de mercurio estallaba y prendía la pólvora de la recámara, produciéndose el disparo. Lo mejor del sistema era su simplicidad: el tirador ya no tenía que cebar y mantener seca su cazoleta de cebado, tampoco debía asegurarse de que el pedernal que producía la chispa estuviese en buenas condiciones; ahora sólo tenía que cargar la pólvora y la bala y colocar un pistón sobre la chimenea del cañón. Este sistema fue incorporado en los fusiles británicos Enfield que llevaban los soldados en Crimen.

En esta campaña también se utilizó por primera vez con fines militares el invento que Samuel Morse patentó en 1832. El telégrafo de campo utilizado en el frente se basaba en pares de carros tirados por caballos, cada uno de los cuales estaba equipado con baterías, aparatos telegráficos y el suficiente cable como para establecer contacto a una distancia de 15 o 20 kilómetros.

Estos adelantos técnicos algo influyeron en la marcha de la guerra, pero no fueron decisivos en las batallas de Alma, Balaklava e Inkerman, las tres más notables reñidas por los aliados en el otoño de 1854. Ninguna de

ellas fue determinante, puesto que el objetivo de rendir Sebastopol no se logró, lo que obligó a los franco-británicos a sitiar la plaza e invernar en Crimea.

Lo peor de la guerra fue, sobre todo, aquel terrible invierno de 1854-1855. Un ejército desprovisto de lo más elemental, desde combustible a medicinas, estuvo expuesto a las enfermedades, la suciedad, el frío insoportable e, incluso, al hambre y la sed. Franceses e ingleses, más que perecer o ser vencidos en los campos de batalla, sucumbieron a causa de enfermedades y privaciones en sus barracones y tiendas de campaña o, peor aún, sobre el barro de las colinas en torno a Balaklava y las trincheras que rodeaban Sebastopol. De este desastre se hizo eco el diario londinense *The Times*, que fue el primero en introducir la figura del «corresponsal de guerra». También en Crimea se registraron las primeras imágenes fotográficas de una contienda. Nacían así dos importantes elementos que iban a desempeñar un papel fundamental en la guerra moderna.

Los horripilantes detalles sobre la situación en el frente que enviaban estos corresponsales inquietaban al gobierno, molestaban al ministerio de la guerra y estremecían a los 60.000 lectores con los que contaba por entonces el periódico británico. El *Times* había enviado a Crimea a William Howard Russell, que con el tiempo se convertiría en una de las grandes figuras del periodismo inglés. Los corresponsales como Russell podían telegrafiar sus crónicas gracias al invento de Morse, de modo que la metrópoli recibía información de las operaciones con una rapidez como nunca se conociera antes en la historia militar. En Inglaterra, el hombre de la calle sentía así la guerra más próxima; la vida del frente se hacia parte integrante de la vida cotidiana en la retaguardia, y la información directa terminaba por tener una gran repercusión en la recién nacida «opinión pública».

Muchos de los artículos de William Russell describían con un realismo descarnado las penalidades de la tropa y el fracaso de las operaciones, lo que suponía una crítica implícita a la incompetencia del mando y al mismo gobierno. Sin embargo, otros corresponsales como William Howard se dedicaban a enaltecer el espíritu patriótico y a glorificar al soldado británico, tan «majestuoso en el combate». A Howard se debe la metáfora de «la delgada línea roja» para designar el avance de la infantería británica frente al enemigo. Esta visión romántica de la guerra era la que

también gustaba al poeta Alfred Tennyson, que compuso uno de sus poemas más populares inspirándose en un desastre militar absurdo: la carga de la Brigada Ligera en Balaklava. La famosa carga causó la muerte de centenares de hombres en un ataque frontal de la caballería contra baterías artilleras enemigas, sin que se obtuviera ningún resultado apreciable.

La tremenda proporción de bajas en esta guerra provocó también una revolución en los servicios médicos. La atención sanitaria para las tropas en combate seguía dependiendo, en todos los ejércitos, de los buenos oficios de los camaradas y de la posible presencia de cirujanos más bien escasos. Los hospitales de campaña eran cobertizos o bodegas acondicionados para ese menester. Fue en este conflicto en el que apareció Florence Nightingale y con ella, por primera vez, un grupo enfermeras con el propósito de cuidar a los soldados del ejército británico enfermos o heridos. Esta iniciativa espontánea supuso el comienzo de la presencia de la mujer en los servicios sanitarios de los ejércitos.

Finalmente la guerra terminó cuando los aliados consiguieron conquistar Sebastopol. Tras una desesperada resistencia rusa mantenida durante meses, tropas francesas lograron ocupar el bastión de Malakoff el 7 de septiembre de 1855. Los rusos, sabiéndose derrotados, abandonaron la plaza no sin antes dinamitarla. En las filas de las tropas rusas que se retiraban figuraba un joven conde llamado León Toltoy, que poco después escribiría un vivo relato de su experiencia militar durante el cerco.

Con la Guerra de Crimea la coyuntura de paz relativa que había vivió el continente europeo quedó altera. En el período de 1854 a 1871 el liberalismo y el nacionalismo libraron sus grandes batallas. En Francia, tras unos años de convulsiones políticas con las revoluciones de 1830 y 1848, Luis Napoleón se hizo con el poder mediante un golpe de Estado que le permitió coronarse como Emperador con el nombre de Napoleón III. Este aventurero, sobrino-nieto de Napoleón, se caracterizó por su conservadurismo social, su defensa del ideal católico y su apoyo a las reivindicaciones nacionales de unificación italianas y alemanas. En el aspecto externo lanzó a su país a atrevidas empresas, tanto en Europa como en Asia y América, y en él ha de buscarse al creador del imperio colonial francés moderno.

El primer conflicto internacional en que intervino Napoleón III fue precisamente la Guerra de Crimea, que terminó con la paz que se firmó en París en 1856. La siguiente intervención francesa fue en apoyo de la unificación italiana. Los italianos deseaban la unidad política de la península y la expulsión de sus dominadores austriacos. Los intelectuales italianos propagaron las nuevas doctrinas patrióticas en una corriente llamada *Risorgimento*, apoyada por la monarquía de Saboya, encarnada desde 1849 en la persona del rey Víctor Manuel II (1849-1878), y en su ministro el conde de Cavour (1810-1861), que contaban con el respaldo de Napoleón III. En abril de 1859 Francia y Saboya, unidas por el pacto de Plombiéres, lucharon contra las tropas austríacas del emperador Francisco José I, que fueron derrotadas en las sangrientas batallas de Magenta y Solferino (junio 1859). Por el Tratado de Zúrich el Piamonte recibió la Lombardía. Poco después cedía a Francia Niza y Saboya, de acuerdo con las cláusulas de Plombiéres.

Los pequeños ducados de Parma, Plasencia y Toscana votaron su anexión al Piamonte en 1860. En este mismo año, Garibaldi (1807-1882) expulsó a Francisco II de Sicilia y Nápoles, territorios que fueron incorporadas a la corona de Víctor Manuel II. Sólo Venecia y Roma quedaban fuera del nuevo reino de Italia. Pero el joven Estado, aliado ahora con Prusia, declaró la guerra a Austria en 1866 y logró la cesión de Venecia. En 1870, al caer el régimen de Napoleón III, las tropas de Víctor Manuel II ocuparon Roma, a pesar de las enérgicas protestas de Pío IX, que perdía así el último vestigio de su poder territorial.

La otra gran causa de conflicto fue la unificación de Alemania. Durante la primera mitad del siglo XIX Alemania vivió el problema de la rivalidad entre Prusia y Austria. Los tratados de paz de 1815 no habían tenido en cuenta el sentimiento nacionalista alemán y habían dejado subsistir cinco reinos (Prusia, Sajonia, Baviera, Hanóver y Württemberg) así como numerosos ducados y principados. El conjunto de estos territorios se reunieron en una Confederación Germánica, en cuyo seno chocaban siempre los intereses de Austria y Prusia.

Otto von Bismarck (1815-1898), hombre fuerte de Federico Guillermo IV de Prusia, era ferviente partidario de la unificación política, pero excluyendo a Austria del futuro Imperio alemán mediante la victoria militar. Con

la llegada al poder de Guillermo I (1861-1888), hermano y sucesor de Federico Guillermo IV, Bismarck procedió a reforzar el ejército prusiano con el fin de llevar a cabo sus planes. Decidido a enzarzar a Austria en un conflicto armado, Bismarck le invitó a participar en una guerra contra Dinamarca, promovida por la cuestión de los ducados de Schleswig y Holstein (1864). La victoria de los aliados fue fácil, pero Prusia y Austria discreparon sobre la futura suerte de los ducados, lo que provocó la Guerra Austro-prusiana en 1866. Prusia venció con facilidad a Austria en el campo de batalla de Sadowa (julio 1866) anunciando así su poderío militar.

Napoleón III comenzó a sentirse amenazado por una Prusia poderosa. Cuando se propuso que la corona española, vacante tras la revolución de 1868, pasase a manos de un alemán, el príncipe Hohenzollern, estalló la Guerra Franco-prusiana (1870), en la que los alemanes del sur formaron con entusiasmo detrás de Prusia. De nuevo la victoria sonrió al mariscal prusiano Moltke (1800-1891) y a sus tropas, las cuales en el curso de una rápida campaña bloquearon al ejército francés en Metz y lo derrotaron en la batalla de Sedán (septiembre 1870). En esta acción el mismo Napoleón III cayó prisionero, y en Francia se proclamó la Tercera República. Como resultado del conflicto Francia perdía Alsacia y Lorena, y se obligó al pago de una fuerte indemnización de guerra. En enero de este mismo año, los soberanos alemanes proclamaron emperador de Alemania a Guillermo I en Versalles.

Otra gran guerra con importantes repercusiones en el terreno militar fue la guerra civil que desgarró a los EE. UU., enfrentando a los Estados del Sur, partidarios de una confederación, con los del Norte, favorables a la unión. La guerra de Secesión supuso el choque armado entre las zonas más industrializadas del país, partidarias del proteccionismo comercial y los Estados librecambistas y agrícolas del sur. La elección para la presidencia de Abraham Lincoln (1809-1865) en 1861 provocó el estallido del conflicto, al proclamar los sureños su derecho a separarse de la Unión. Lincoln defendió la unidad del Estado en una larga guerra civil, que se extendió de 1861 a 1865. Esta guerra, en la que se dieron cruentas batallas como Gettysburg (1863) o Chattanooga (1864), fue la que más víctimas ha causado en toda la historia militar de los EE. UU.

En cuanto a la composición de los ejércitos podemos decir que tras la movilización nacional que se produjo a raíz de las guerras napoleónicas, solamente Rusia y Prusia conservaron ejércitos masivos el resto redujo sensiblemente su tamaño. Como ejemplo podemos mencionar al ejército británico, que se consolidó como una fuerza totalmente profesional, aunque las tropas de Su Majestad seguían siendo una institución extravagante, arcaica, rutinaria y bastante mal vista por el común de las gentes del país.

Después de Waterloo se recortaron los efectivos del ejército inglés; en 1840 no pasaban de 110.000 hombres, de los cuales las cuatro quintas partes estaban de guarnición en las colonias y sólo un quinto en las Islas Británicas. Ser un «cangrejo», nombre con el que se denominaba al soldado británico por su casaca roja, suponía arriesgarse a largos exilios en las regiones más insalubres del Imperio. La mortalidad media, que en la metrópoli alcanzaba la proporción de 15 por 1.000 por año, llegaba al 70 por 1.000 en las Indias y al 90 por 1.000 en Jamaica. Además el simple soldado estaba condenado al celibato, aunque el suboficial podía casarse. Hacia 1830 unas tres mil esposas legítimas y diez mil niños seguían a los batallones en sus peregrinajes alrededor de la tierra.

La paga del soldado continuaba siendo mezquina —seis peniques por día en la infantería, un chelín en la caballería— con la perspectiva de obtener como jubilación una pensión de cuatro peniques por día. La alimentación y el alojamiento eran infectos; el uniforme dependía del coronel del regimiento, pero la disciplina era de hierro: a la menor falta el culpable se exponía a recibir en las espaldas un número variable de latigazos, y no era raro que las consecuencias fueran mortales.

Entre los oficiales y la tropa el foso que se abría era infranqueable. Los primeros eran todos gentlemen, los segundos, originarios de las clases más bajas, jamás tenían la oportunidad de pasar del grado de sargento mayor. Los oficiales constituían una casta y no tenían con sus hombres ninguna relación fuera de las ordenanzas. Los grados, desde alférez hasta coronel, eran venales, salvo en la artillería y en el cuerpo de ingenieros. Se compraban y se vendían, y los precios variaban según la oferta y la demanda. Esta venalidad se mantuvo hasta 1871. Aunque los sueldos de la oficialía eran bajos para su significación social, sus gastos de equipamiento y cotizaciones de todas clases eran considerables. Los uniformes, de gala, media gala,

parada, servicio, patrullaje, etc., costaban una fortuna. Se ha calculado que el equipo de un oficial de húsares, unido a los arneses de su caballo, se elevaba a 350 libras, suma equivalente a lo que ganaba durante diez años de trabajo un obrero industrial, ya que un traje civil confeccionado por un buen sastre sólo costaba dos libras y media.

En el campo del armamento una de las grandes transformaciones que se produjeron en aquellos años perseguía aumentar la precisión en el tiro de las armas de fuego. Desde hacía mucho tiempo se sabía que los fusiles de cañón rayado eran mucho más precisos que los de ánima lisa. En vuelo, una bala disparada por un arma de ánima lisa se da la vuelta para que su parte más pesada vaya por delante, y este tambaleo desestabiliza su trayectoria, además de acortar su alcance efectivo. Las estrías, por el contrario, imprimen un movimiento rotatorio a la bala y mantienen su estabilidad gracias al efecto giroscópico del movimiento del proyectil sobre su propio eje.

No obstante, la introducción del rayado en las armas fue lenta, aunque en todas partes se realizaban experimentos para producir una bala cónica que pudiera ajustarse en el interior de un arma cargada todavía por la boca, de tal modo que agarrase en las estrías. La bala cilindro-cónica fue inventada en 1823 por el capitán John Norton, de la infantería británica. El proyectil tenía la base cóncava, de forma que al ser disparado se ensanchaba cerrando el ánima del cañón. Sin embargo se tardó todavía años en perfeccionar el invento, hasta que en 1849 apareció la bala diseñada por el capitán francés Claude-Etienne Minié. El proyectil, que era de plomo, tenía una punta aguzada, una base hueca y unos anillos prominentes alrededor de esa base. Cuando se disparaba el rifle, el gas en expansión penetraba en el hueco de la bala, que se dilataba ajustándose al rayado e impidiendo el escape de los gases.

Cuando se hubo dotado a los rifles de mayor alcance y precisión, tocó mejorar su rapidez de disparo. Pero aumentar la velocidad de tiro era difícil mientras las armas siguieran cargándose por la boca. La retrocarga, que se había ya experimentado con anterioridad, no resultaba eficaz por la pérdida de gases en el sistema de cierre. El avance introducido con la bala de Minié y el uso de fulminantes como detonador facilitó en parte el camino en ese sentido, posibilitando el diseño de un cartucho en una sola pieza que incluía: el proyectil, la pólvora y el detonante.

El primero en diseñar un cartucho de estas características pensado para un fusil de retrocarga fue el prusiano Johann Dreyse (1787-1867). El cartucho era de papel, con la pólvora en la parte posterior, la bala en la parte delantera y el detonador entre ambas. Este cartucho se alojaba en el arma por la parte trasera del cañón por medio de un cerrojo. La acción del cerrojo era muy simple, cuando era echado hacia atrás, dejaba abierta la recámara, y también se echaban hacia atrás el percutor y el muelle que lo impulsaba. Entonces se colocaba el cartucho y se desplazaba hacia adelante el cerrojo para cerrar la recámara, girándolo para que quedase asegurado en un encastre que había en el cañón. El percutor era una larga aguja que al ser disparada el arma atravesaba el cartucho de papel con la pólvora y golpeaba el fulminante, lo que impulsaba la bala por el cañón del arma.

En 1841 el ejército prusiano fue el primero en dotar a ciertos regimientos con el «fusil de aguja», la primera arma de cerrojo, aunque seguía sin ser estriada y todavía presentaba problemas por el escape de gases en la recamara. Esto quedó solucionado cuando en 1861 se desarrolló un cartucho de percusión central muy parecido a los actuales. Totalmente construido de latón, alojaba en su base cilíndrica un pistón fulminante en contacto con la pólvora y en el otro extremo el proyectil cónico. Al ser las paredes del cartucho de un metal delgado se expandían por la detonación del propelente, eliminando cualquier resquicio por el que se escapasen los gases. El fusil de aguja fue probado por los prusianos con muy buenos resultados en la guerra contra Dinamarca. La principal ventaja de la nueva arma no sólo radicaba en la rapidez de tiro sino en que podía cargarse también con el tirador en posición tendida; esto y su velocidad de disparo desconcertaron a los austríacos en la batalla de Sadowa (1866) cuando los prusianos fueron capaces de disparar seis tiros por cada uno de los que ellos hacían.

En 1866 el ejército francés adoptó un rifle de retrocarga perfeccionado por Antoine Alphonse Chassepot, que fue utilizado por primera vez al año siguiente en la batalla de Mentana, en donde hizo estragos entre las tropas de Garibaldi. En la guerra de 1870 el rifle de Chassepot demostró su superioridad sobre el fusil de aguja alemán, ya que los prusianos utilizaron chassepots capturados como armas para sus francotiradores. El ejérci-

to inglés en 1871 usaba el rifle Martini-Henry-Martini, que utilizaba ya el moderno cartucho de percusión central.

También la velocidad de tiro terminó llegando a la artillería. Después de 1815 comenzaron a experimentarse piezas de artillería rayadas y con carga por la recámara, pero en 1850 aún no se había logrado un diseño satisfactorio. Aunque tanto el cañón de retrocarga como el estriado de las piezas eran ideas ya conocidas de antiguo, su aplicación a un cañón de moderno diseño presentaba sus dificultades. La carga por la recámara hacía la pieza más pesada y, por consiguiente, menos móvil. También era difícil ingeniar un ajuste estanco a los gases; y, lo más importante, un reequipamiento del parque artillero con estas innovaciones resultaba enormemente costoso, de ahí que el proceso de adaptación fuera más lento que en el armamento ligero.

Durante la Guerra de Crimea un buen número de cañones de hierro fundido, cargados por la boca y de ánima lisa, fueron convertidos en piezas de cañón estriado con un resultado sorprendente en el sitio de Sebastopol por su mayor alcance y precisión, lo que animó a todas las potencias a experimentar estos métodos. Pero en Francia, Napoleón III, por razones de gastos y movilidad, conservó sus viejos cañones de bronce y avancarga, y sólo los modificó introduciendo un rayado de amplias estrías, siendo empleados con éxito en las batallas de Magenta y Solferino en 1859.

Como en el caso del fusil, fueron necesarias modificaciones en el diseño de la munición para poder avanzar en otros aspectos. Los proyectiles de cañón también siguieron una evolución desde una forma generalmente redonda a una forma larga, conoidal y aerodinámica, con mejores cualidades balísticas y con sistemas de detonación incluidos. A finales del siglo XVIII ya había aparecido la granada ideada por Henry Shrapnel, conocida por el nombre de su inventor. Básicamente consistía en un bote cerrado y lleno de balas de mosquete, que contaba con una carga explosiva que hacía detonar el proyectil en el aire y rociaba a las tropas enemigas con una lluvia de metralla.

Hacia 1850 un nuevo tipo de proyectil, creado por el francés Henri Paixhans, ya tenía forma cónica por delante y estaba provisto de unas ban-

das de cobre que se acoplaban a las estrías del ánima; y era capaz de penetrar en el objeto contra el que se disparaba antes de explotar, en lugar de detonar al impacto. Junto con estas transformaciones el explosivo utilizado también se modificó. En 1862 la pólvora negra fue remplazada por el ácido pícrico, conocido por melanita o lidita.

Con la mejora en los proyectiles y en el estriado terminó el empleo del hierro, pronto superado por el acero colado y finalmente por el acero forjado, que podían soportar una mayor fuerza explosiva y que ahora la moderna industria podía proveer en grandes cantidades. A medida que los cañones aumentaban de calibre, tanto para usos navales como terrestres, la avancarga iba convirtiéndose en una operación casi imposible y además terriblemente peligrosa. En Inglaterra, William Armstrong dio, por fin, con un sistema de carga por la recámara sin aumentar el peso, pero el mecanismo dejaba mucho que desear. Fue en los talleres Krupp, de Essen, poco después de la Guerra de Crimea, donde se ideó una cuña ahusada de acero que daba acceso a la recámara cuando había sido movida hacia la derecha y que la cerraba de modo estanco cuando de nuevo era movida hacia la izquierda.

En el campo de la teoría de la guerra luego de la obra de Clausewitz toda la producción fue de orden menor. Sin embargo merece destacarse el trabajo realizado por el coronel francés Ardant du Picq, nacido en 1821 y muerto en combate cerca de Metz, en agosto de 1870. A él se deberá la primera aproximación al estudio de la psicología del combatiente recogido en su libro *Estudios sobre el combate* (1888/1988).

Para Ardant du Picq el hombre es, sin duda alguna, el instrumento esencial en una guerra, y la que él veía en su tiempo era una pugna entre la resistencia moral de los reclutas y el terror provocado por las nuevas armas destructivas. De ahí el método, propuesto por el coronel, de estudiar de modo concreto la actitud de una unidad sometida al fuego del enemigo.

En ese estudio la visión romántica gestada en las guerras napoleónicas se convertirá en el objeto de sus críticas. «¿De dónde viene esta facilidad para la guerra que tiene, sobre todo en su casa, el buen ciudadano que no ha sido llamado personalmente a hacerla? (…). De toda esta poesía que rodea a la guerra, es el combate el que, entre nosotros, tiene las mayores

posibilidades de entusiasmar a las gentes. A este respecto, el mejor servicio que se puede prestar a la humanidad y al propio país es desilusionar a la gente y explicarles lo que son los combates: bufonadas, terribles, es verdad, por el derramamiento de sangre, pero bufonadas al fin y al cabo, en las que los actores, héroes a los ojos de la muchedumbre, no son más que pobres personas, presas del miedo, la disciplina y el amor propio, que han jugado durante algún tiempo al juego del avance y del retroceso, sin haber encontrado, ni abordado, ni visto a esas otras personas (el enemigo) presas, con ellas, en el mismo engranaje» (Ardant du Picq, 1988: 190).

Para Ardant du Picq, en el combate moderno, la tentación de escabullirse es en el soldado más fuerte y más fácil que antaño. Para hacer frente a la misma ya no basta con la disciplina entendida en un sentido tradicional por dura que sea. Por tanto el principal objetivo táctico para el mando debe ser el conocimiento de cómo hacer combatir a los hombres con la máxima energía contra el miedo inherente a la lucha. Para ello lo que el francés preconiza es la cohesión moral, una solidaridad más estrecha que nunca entre los que componen el grupo combatiente. Las reflexiones de Ardant du Picq cobrarán toda su dimensión durante la Primera Guerra Mundial y centrarán la atención del Estado Mayor americano que pondrá en marcha estudios sobre el comportamiento del soldado bajo la presión del combate. De estos estudios nacerá una nueva rama de la psicología conocida como «dinámica de grupos».

Exceptuando a Ardant du Picq, el resto de las obras teóricas del período carecen de originalidad. En el caso francés esa mediocridad se manifestaba de modo evidente. El reglamento del ejército de 1832 era un reflejo del de 1791, y pocos cambios se iban a introducir en él antes de 1870. Las orientaciones que se impartían a los mandos se basaban en las experiencias de un ejército profesional, habituado únicamente a las campañas de Argelia, de Crimea y de Italia, lo que les impedirá, llegado el momento, estar a la altura frente al poderoso ejército alemán, instruido para una guerra de mayor envergadura.

En 1870 los franceses seguían practicando una táctica a la vez ofensiva y rígida, casi esquemática. Esencialmente se basaba en un combate de infantería; la artillería intervenía tan sólo por baterías y jugaba un papel secundario. El peso de la caballería era insignificante. La división, en mar-

cha contra el enemigo, se presentaba en forma de una o dos líneas de batallones, cada una de ellas precedida de una línea de tiradores. Esta aproximación al adversario debía terminar indefectiblemente en una especie de carrera acelerada para atacar a la bayoneta.

Tampoco la teoría alemana de la guerra brilló de modo particular. La estrategia y la táctica de Moltke eran de inspiración napoleónica y se fundaban en la maniobra, siempre adaptada al terreno. Así mismo, Moltke recomendaba un conocimiento profundo de la historia militar. A él se deberá que su oficialía esté mejor preparada que las de otros ejércitos. En sus escritos Moltke defendía también la iniciativa en el mando, aunque sin olvidar las «instrucciones», es decir las orientaciones generales para uso de los jefes subordinados. Posiblemente ésta sea su mayor aportación.

La plasmación de las ideas de Moltke relativas al mando se tradujo en la tecnificación de los Estados Mayores. Durante las luchas contra Napoleón, los reformadores militares alemanes habían creado el núcleo de un «Estado Mayor General» con funciones más amplias y específicas que la de los antiguos ayudantes de Estado Mayor de un general, que eran poco más que correos de sus órdenes o burócratas encargados de los detalles administrativos. En el sistema prusiano, el Estado Mayor General debía ser el cerebro colectivo del ejército, formulando la doctrina táctica, preparando los planes de operaciones tanto en la paz como en la guerra y proporcionando expertos asesores para los mandos en campaña.

Este organismo rector forzosamente tenía que delegar mayor autoridad en los jefes subordinados, y para ello era esencial que éstos respondiesen a las ideas y métodos de sus superiores sin que se viese coartada su propia iniciativa. Lo que se perseguía era el desarrollo de una doctrina y un hábito de pensamiento común frente a los problemas. El sistema del Estado Mayor prusiano se fue fraguando durante el medio siglo que siguió a Waterloo y quedo consolidado cuando Von Moltke fue nombrado jefe del Estado Mayor Central prusiano en 1857. Así doce de los mejores graduados de la Kriegsakademie eran elegidos todos los años para una instrucción especial, y trabajaban bajo la supervisión personal de Moltke, con lo que se conseguía desarrollar en los mandos hábitos de pensamiento comunes y acordes con las directrices principales. La difusión de esta común doctrina estaba favorecida por la práctica de enviar a intervalos a

los oficiales del Estado Mayor a cumplir nuevamente sus funciones en un regimiento.

Aunque la preparación del Estado Mayor y mandos del ejército fue la suprema aportación de Moltke a las guerras que su país había de librar, su poder no aumentó hasta las últimas etapas de la guerra de 1864 contra Dinamarca. Al comenzar el conflicto de 1866 contra Austria se le dio el control directo de los ejércitos en campaña, y Moltke reemplazó al Ministro de la Guerra como primer asesor militar del rey. El uso del telégrafo permitió al general dirigir la mayoría de los movimientos del ejército prusiano desde su despacho de Berlín. Su control a larga distancia dio resultado en conjunto porque Moltke se limitó prudentemente a dar amplias directrices estratégicas y dejar a sus ejecutantes un gran margen de libertad.

La posición excepcional del Estado Mayor General se confirmó en la guerra victoriosa de 1870 contra Francia. Esto llevó a otros ejércitos a reorganizar y desarrollar sus propios Estados Mayores de acuerdo con similares directrices. En todas partes aumentó el prestigio y la importancia de estos organismos de mando y el Estado Mayor alemán se convirtió en un modelo a seguir por los demás países.

De este modo la dirección de la guerra se hizo más planificada y centralizada que en el pasado, cuando el resultado se decidía a menudo por la capacidad individual de los respectivos generales y su inspiración contaba más que el trabajo colectivo. No obstante, la figura de los Estados Mayores Generales vino a reforzar las tendencias militaristas en las políticas gubernamentales al pretender imponer que la victoria militar constituía un fin en sí mismo. La influencia cada vez mayor de esta institución acabaría teniendo fatales consecuencias años después.

La batalla: Gravelotte / Saint Privat

La Guerra Franco-prusiana comenzó cuando Francia la declaró formalmente a Prusia y a sus aliados germanos el 19 de julio de 1870. La preparación para el conflicto fue tan defectuosa en los primeros días que ese mismo mes el emperador Napoleón III se vio obligado a asumir el mando supremo del ejército para acallar las críticas.

Los prusianos, que habían forzado el conflicto, estaban mejor preparados, pero presentaban también carencias y debilidades. Los franceses poseían la ventaja del alcance y precisión de su fusil, el *chassepot*, dos veces mayor que el del fusil de aguja alemán. Moltke reconocía esa superioridad gala, pero esperaba compensarla con las ventajas del cañón de retrocarga de acero alemán sobre el de bronce francés, que se cargaba por la boca.

En cuanto a los planes estratégicos tampoco los alemanes mostraban una gran originalidad. Moltke calculaba que al romperse las hostilidades los franceses solamente podrían reunir 250.000 soldados, frente 380.000 alemanes. Para el prusiano todo se basaba en explotar esa superioridad numérica. El estudio del sistema ferroviario francés le permitía presuponer que, si el ejército galo quería llegar rápidamente a la frontera, tendría que concentrarse en dos ejércitos: uno en Metz, y otro en Estrasburgo. Moltke decidió desplegar tres Cuerpos de Ejército en puntos desde los cuales, si los franceses intentaban invadir Alemania, pudiesen auxiliarse más rápidamente de lo que podrían hacerlo los dos ejércitos franceses de Lorena y Alsacia.

El prusiano exponía así sus intenciones: «Sobre todo, el plan de acción se fundaba en la decisión de atacar inmediatamente al enemigo donde estuviera, y conservar las fuerzas alemanas tan compactas que siempre pudiera traerse una fuerza superior al campo. Lo único previsto detalladamente era el avance hacia la frontera» (Fuller, cit. Fallas, 1965: 192). Como podemos apreciar el plan se basaba en supuestos tan elementales como el ataque inmediato y la confianza en poder presentar batalla con una clara superioridad numérica.

El plan francés, siendo igual de elemental, pecaba además de un exceso de fantasía. Para los franceses todo consistía en lanzar un *attaque brus*-

quée contra los alemanes antes de que pudiesen movilizarse por entero. Para eso, 150.000 hombres se reunirían en Metz y otros 100.000 en Estrasburgo. Hasta aquí lo elemental. La fantasía era que después podrían avanzar unidos ambos ejércitos para forzar la neutralidad de los Estados alemanes del sur, y enlazar con Austria que se aliaría a los franceses para marchar sobre Berlín. Lo único que se cumplió del plan fue la constitución de los dos ejércitos. Uno formado por dos cuerpos, al mando del mariscal Mac Mahon, se concentró en Estrasburgo. El otro, formado por cinco cuerpos, llamado Ejército del Rin, estaba mandado por el emperador, y se concentró en Metz.

Siguió una serie de batallas fronterizas en las que los franceses llevaron la peor parte. El 13 de agosto, Napoleón entregó el mando del Ejército del Rin al mariscal Bazaine, un soldado que había servido activamente en Africa, Crimea, Lombardía y Méjico. Aquel mismo día el I Ejército alemán había llegado a quince kilómetros al este de Metz; el II había establecido una cabeza de puente sobre el Mosela, a veinticinco kilómetros al sur de la misma ciudad. Por tanto, los dos ejércitos alemanes convergían sobre Bazaine, y aunque éste lo ignoraba, cuando supo que Metz estaba mal pertrechado decidió retroceder.

El 15 de agosto el ejército comandado por Bazine vivaqueó al oeste de Metz. Allí fue sorprendido, a primeras horas del día 16, por las unidades de vanguardia del III y del X cuerpos del II Ejército alemán, no menos sorprendidas de toparse con él. Siguió la cruenta batalla de Vionville-Mars-la-Tour, y aunque ésta terminó en tablas, Bazaine informó al emperador que pensaba proseguir su retirada por la carretera de Metz a Montmédy el día 19. Pero presionado por la proximidad de los germanos finalmente decidió enfrentarse a ellos y entablar una acción dilatoria.

Bazaine ordenó a sus tropas que se atrincherasen en una fuerte posición al oeste de Metz, en una elevación montuosa que se extiende unos 11 kilómetros entre las aldeas de Gravelotte en el Sur, y la de Saint-Privat en el Norte. El 17 de agosto estaban terminadas las defensas francesas: se habían excavado trincheras con ramales de comunicación, muchas de las baterías estaban protegidas en sus emplazamientos, y algunas granjas habían sido convertidas en pequeñas fortalezas. Desde un fortín emplazado en Planppeville, Bazaine dirigiría el combate.

El mariscal francés dispuso sus tropas del modo siguiente: a la izquierda, el 2º Cuerpo, de Frossard; en el centro, el 3º, de Leboeuf, y el 4º, de Ladmirault; a la derecha, el 6º, de Canrobert, con base en Saint-Privat. Detrás del Cuartel General de Plappeville, estaba emplazada la Guardia imperial de Bourbaki en reserva.

El día 17, Moltke concentró sus 188.300 hombres y 732 cañones para enfrentarse a 112.800 franceses y 520 cañones de su adversario. Su propósito era atacarle si optaba por resistir. La distribución de sus tropas era: IX Cuerpo (Manstein), en el centro; XII Cuerpo sajón y la Guardia, a la izquierda; el III y X en reserva, y el VII y VIII Cuerpo de Steinmetz a la derecha. El II Cuerpo (Fransecky) no se esperaba que llegase a las líneas antes de las cuatro de la tarde del día 18.

El servicio de información y las descubiertas funcionaron defectuosamente en las líneas alemanas. Por eso, como resultado de la falta de exploración previa por la caballería, Moltke creía que su enemigo se hallaba más al sur, lo que condicionaba el posicionamiento de sus propias formaciones. Por tanto, cuando en la mañana del día 18, el príncipe Friedrich Karl emprendió la marcha hacia el norte, en una maniobra para envolver la derecha francesa, no sabía de fijo la dirección que tenía que seguir, tanto en caso de retirada como de resistencia del enemigo.

Cuando a las diez avistaron las líneas francesas en Amanvillers, los alemanes, creyeron al principio, que se trataba de la extrema derecha del dispositivo francés y, poco antes de mediodía, sobre las 11:45, el IX cuerpo de ejército de Manstein atacó, más allá de Veraeville, las posiciones enemigas defendidas por Ladmirault. Pero muy pronto quedó claro que los franceses se habían hecho fuertes Saint-Privat y que era en ese enclave donde se localizaba realmente la extrema derecha de las líneas francesas.

El ataque del IX cuerpo colocaba a los germanos en una posición vulnerable, ya que los franceses podían atacar de flanco a las fuerzas alemanas desde Saint-Privat, pero era demasiado tarde para que Moltke alterase la orden de ataque. Para salir al paso de esa situación, Moltke ordenó que se refrenara la ofensiva de Manstein y detuvo a la Guardia, esperando que el XII Cuerpo sajón se posicionara en línea de combate. Este llegó a su posición a eso de las tres de la tarde. Fue entonces cuando el XII Cuerpo

y la Guardia avanzaron sobre Sainte-Marie-aux-Chenes, una aldea al oeste de Saint-Privat.

En los combates iniciales en torno a Amanvillers, los alemanes fueron contenidos por el fuego de los chassepots franceses en campo abierto, y perdieron alguna artillería en un contraataque. La batalla en esta zona quedó reducida a un duelo artillero que las tropas de ambos bandos soportaron pasivamente. Cuando Manstein recibió el refuerzo del XII Cuerpo y de la Guardia, los alemanes no tardaron en expulsar a los franceses de la aldea de Sainte-Marie-aux-Chênes, concentrando entonces todas sus energías en Saint-Privat.

Mientras tanto, en la zona sur del frente entorno a Gravelotte, se estaba desarrollando otra secuencia de la batalla.

Cuando al mediodía el general Steinmetz oyó los cañonazos de Manstein, ordenó que las primeras unidades del VIII Cuerpo avanzaran y cruzaran el Mance, atacando las líneas francesas. Así, la artillería del VII y VIII cuerpos de ejército germanos abrieron un continuo fuego con 150 cañones contra las posiciones enemigas; fuego que iba a proseguir hasta la caída de la noche. Pero los franceses resistieron con tanto denuedo que todos los ataques fueron rechazados y sólo perdieron la granja fortificada de Saint-Hubert.

Dando por supuesto que la caída de Saint-Hubert era un signo de desintegración francesa, Steinmetz ordenó que toda la infantería y artillería disponibles del VII cuerpo de ejército atacasen siguiendo el eje de la angosta carretera que penetraba en la quebrada del Mance, y envió con ellas a la primera división de caballería, con la intención de perseguir a los derrotados franceses hasta Metz. Pero los franceses no estaban, ni mucho menos, derrotados y muy pocos alemanes lograron abrirse paso hasta Saint-Hubert, el resto quedó bloqueado en un sangriento caos en la quebrada.

Si a esas horas las cosas no iban bien para los alemanes en el sur del frente tampoco marchaban mejor en la zona de Saint-Privat. Alrededor de las seis de la tarde, por razones todavía no aclaradas, el príncipe Augusto de Württemberg lanzó a la Guardia a un ataque frontal contra Saint-Privat. La infantería alemana avanzó a pecho descubierto subiendo la elevación

sobre la que estaba posicionada la infantería francesa. Los *chassepots* franceses disparaban a gran velocidad y con mortal precisión. Sin embargo, los hombres de la Guardia siguieron avanzando hasta seiscientos pasos del pueblo: pero no pudieron llegar más lejos. En veinte minutos habían perdido más de 8.000 hombres.

Sobre esa misma hora la situación de la batalla en todo el frente podía resumirse en que los franceses habían detenido a los alemanes a lo largo de toda la línea, desde Gravelotte hasta Saint-Privat. Esta situación pareció tranquilizar a Bazaine, que no contempló en ningún momento ordenar un contraataque. Rehusando salir de su cuartel general en Plappeville, al mariscal francés solo le interesaba el que la defensa se estuviera desarrollando con éxito.

Pero sobre las siete de la tarde, la constante presión alemana comenzó a dar sus resultados. Los sajones habían avanzado lo suficiente para colocar sus poderosos cañones en posición para batir Saint-Privat desde el norte, mientras que las baterías artilleras de la Guardia lo hacían desde el oeste. Cogido entre dos fuegos, Canrobert ordenó la retirada del 6º Cuerpo francés. Una hora después, la Guardia y los sajones, seguidos de una División del X Cuerpo alemán, en total unos 50.000 hombres, entraban en Saint-Privat con banderas desplegadas, pero con tanta confusión en sus filas que no pudo pensarse en perseguir al derrotado Cuerpo de Ejército francés, que se retiraba ordenadamente en dirección a Metz.

En el sur del frente, como ya hemos visto, a las cinco, y salvo por la captura de Saint-Hubert, todos los ataques de Steinmetz habían sido rechazados. A pesar de lo cual el alemán estaba decidido a reanudarlos. Fue alrededor de las siete cuando Steinmetz lanzó su ataque definitivo. Rechazado por el fuego de fusilería, la confusión fue tal que el grueso de las columnas germanas emprendieron la huida. La caballería y la artillería montada huyeron a través de Gravelotte, mientras la infantería germana escapaba quebrada abajo del Mance. Sin embargo, los franceses no supieron aprovechar la oportunidad y no contraatacaron... Simplemente conservaron sus posiciones. Lo cierto es que el II Cuerpo de ejército alemán resistió la ola de pánico, pero en la oscuridad del anochecer los franceses disparaban contra las desordenadas tropas que huían, hasta que a las nueve y media de la noche cesó el fuego en toda la línea del frente.

El rey y el Estado Mayor alemán creyeron que habían sido derrotados. Su sombrío estado de ánimo no se iluminó hasta después de medianoche, cuando, por fin, Moltke recibió noticias del príncipe Friedrich Karl en el sentido de que el ala derecha francesa se había hundido y se había ocupado Saint-Privat.

La retirada de la derecha francesa fue un movimiento ordenado, comparado con la derrota de los alemanes en Gravelotte. Pero la ocupación de Saint-Privat bastó para decidir el veredicto de la batalla en favor de los germanos. El 19 de agosto, el resto del ejército del Rin comandado por Bazaine se retiró a las defensas de Metz. Los alemanes habían sufrido unas 20.000 bajas, considerablemente más que los franceses, que habían perdido unos 13.000 hombres, amén de 5.000 prisioneros. Pero los germanos habían obtenido una ventaja estratégica decisiva, puesto que pudieron embotellar en Metz al ejército de Bazaine, eliminándolo así por completo del resto de la guerra. El mariscal francés concentró su ejército en la plaza fortificada, pero tras de un asedio enemigo, el 29 de octubre se vio obligado a capitular.

Moltke tuvo mucha suerte al verse con semejante victoria en las manos, ya que realmente no había dominado los acontecimientos en ningún momento y los alemanes no merecieron la victoria más que los franceses. La batalla demostró que las cualidades de Moltke eran las de un instructor y organizador de grandes ejércitos más que las de un general en jefe en el campo de operaciones. Pero sus años de trabajo dieron sus frutos en la labor desempeñada por los oficiales alemanes, que supieron aprovechar la amplia autonomía que se les daba para paliar los errores en la dirección de las operaciones.

Podemos considerar la batalla de Gravelotte- Saint-Privat como una de las últimas batallas de corte napoleónico. El enfrentamiento se produjo en un frente relativamente reducido de unos 11 kilómetros. Lo fundamental de la confrontación se desarrollo a lo largo de la jornada, comenzando las hostilidades al mediodía y cesando sobre las nueve de la noche de un día de verano cuando aún no es noche cerrada. El número de tropas empeñadas fue considerable pero parecido a las últimas grandes batallas de época napoleónica. Los combatientes de ambos bandos estaban animados de espíritu patriótico, sobre todo los alemanes que luchaban imbuidos por

Batalla de Gravelotte / Saint-Privat (1870)

18 h La Guardia en un ataque frontal contra Saint-Privat. queda diezmada por los *chassepots* franceses que causaron 8.000 bajas en 20 minutos

13:30 h La Guardía está posicionada en la línea del frente.

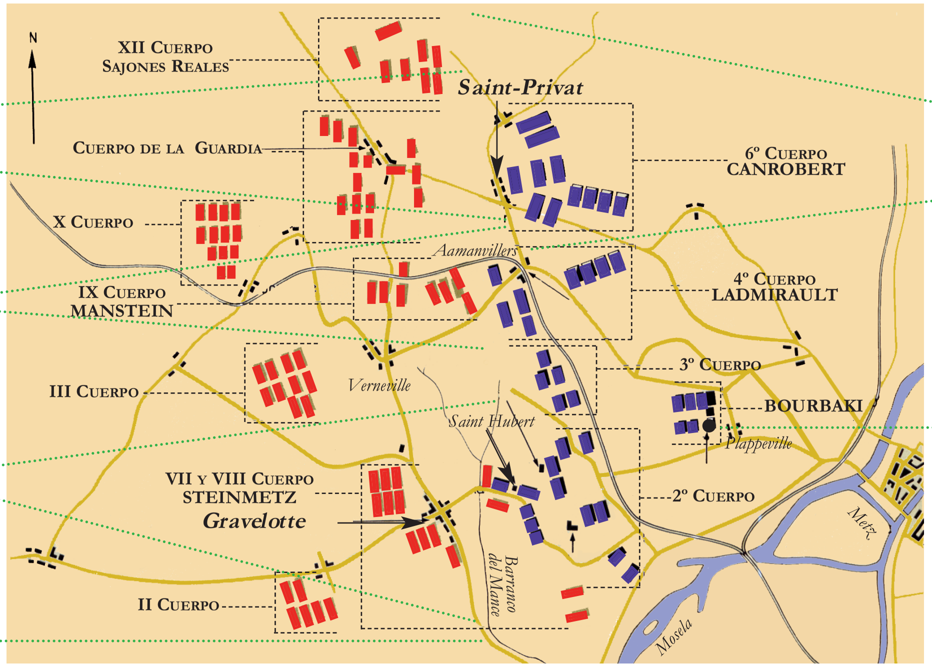
15 h se ocupa la aldea de Sainte-Marie-aux-Chênes

17:30 Primer ataque a Saint-Privat

11:45-15 h Ataques del IX Cuerpo sin resultado.

12:30 - 21 h Ataques sobre Gravelotte sin resultado. Sólo se ocupa Saint Hubert.

19 h El VII Cuerpo sufre un descalabro en la barranca del Mance



19 h Segundo ataque a Saint-Privat. La derecha francesa se hunde

21 h Bazin desde su puesto de mando prepara la retira a Metz

las ideas nacionalistas de forjar una gran Alemania. Las tácticas que se desplegaron en el combate fueron elementales: ataques de la infantería frente a la infantería enemiga y bombardeo concentrado de grandes baterías sobre posiciones enemigas. En definitiva un esquema de batalla que podríamos considerar continuación de las que se libraban a principios del siglo.

Las novedades que podemos apreciar son fundamentalmente dos: los efectos del armamento moderno y la operatividad de un mando conjunto en el caso alemán. Tanto el fusil francés, con su precisión, alcance y rapidez de tiro, como el cañón de retrocarga alemán demostraron su mortífera eficacia, causando enormes bajas en los ataques frontales, tanto de la infantería como de la caballería. La diferencia respecto a épocas anteriores radicaba en que la rapidez de disparo era mucho mayor y continuada que en el pasado. Las 8.000 bajas sufridas por los alemanes en veinte minutos resultaban impensables cuarenta años atrás. Este hecho iba a terminar cuestionando las tácticas en el campo de batalla e iba a influir en la psicología del combatiente ante la manera de plantear el combate por parte de sus superiores.

Podemos decir que los cambios tecnológicos en el armamento comenzaron a ser percibidos como determinantes en el resultado final de las guerras.

Por otra parte la dirección de la guerra dejo de ser obra personal de un general brillante para pasar a ser obra colectiva de un mando conjunto. Eso no quiere decir que la brillantez táctica en el campo de batalla desapareciera totalmente, pero quedaba englobada, para bien o para mal, en un plan mucho más amplio elaborado colectivamente. El Estado Mayor se iba a convertir en un organismo rector imprescindible en la planificación eficaz de una contienda, como lo demostraron los alemanes en la guerra franco-prusiana. Partiendo de un planteamiento verdaderamente simple ideado por Moltke, el Estado Mayor germano supo atender a toda la complejidad de la movilización, movilidad y enfrentamiento, con un enemigo que manifestó en éste terreno numerosas carencias, alcanzando de ese modo una clara superioridad.

La batalla de Gravelotte-Saint-Privat es un buen ejemplo de torpezas tácticas por ambos bandos. La timidez o incompetencia del mariscal

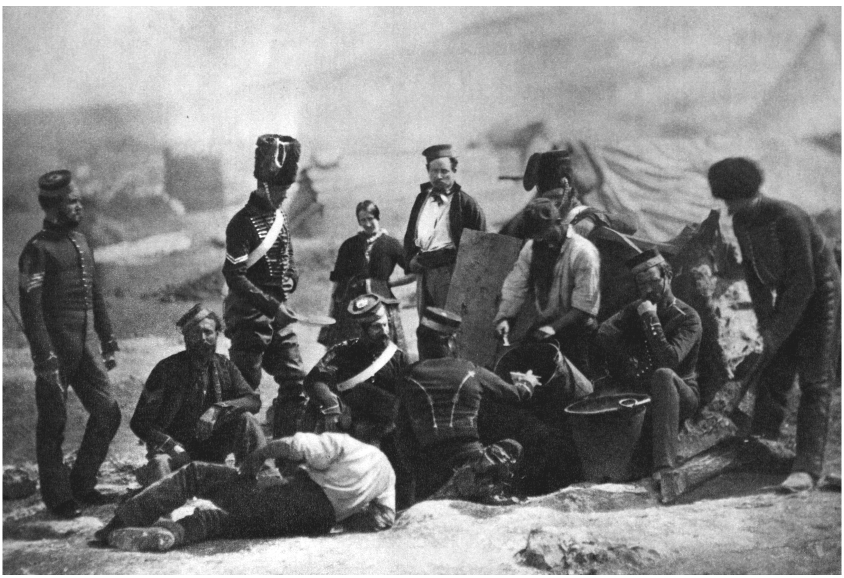
Bazaine para ordenar contraataques en momentos en los que el adversario estaba expuesto fueron evidentes, pero se compensaron con las mismas torpezas por parte de los alemanes (falta de información, ataques alocados, mala elección en cuanto a las vías de penetración y ruptura de las líneas enemigas, etc.). Sin embargo la buena preparación de la oficialía germana entorno a un plan de conjunto, con unas directrices claras y una libertad de iniciativa sobre el terreno terminó por aminorar los errores y darles la victoria en la batalla.



Objetivos de guerra

En el año 1816 el científico francés Nicéphore Niepce obtuvo las primeras imágenes fotográficas, aunque la fotografía más antigua que se conserva fue obtenida en 1826 con la utilización de una cámara oscura y un soporte sensibilizado mediante una emulsión química de sales de plata: con ella el objetivo se abría al mundo para captar todo tipo de escenas, y también las de guerra.

La fotografía llegó al campo de batalla de manos de la política. La primera colección de imágenes realizadas en un conflicto bélico fue encargada por el *establishment* británico a Roger Fenton para que con ellas se pudieran rebatir las críticas que el periodista del *Times* londinense, William Russell, estaba haciendo al ineficaz y desorganizado mando del ejército de



La cocina del 8º Regimiento de husares. R. Fenton, 1855.
(Guerra de Crimea)

su majestad en la Guerra de Crimea. Fue así como Fenton, fundador de la elitista Sociedad Fotográfica de Londres, realizó unas 360 fotografías en los cuatro meses de permanencia en el frente durante el año 1855. El primer reportero de guerra llegó a Balaclava con dos asistentes, cinco cámaras fotográficas, 700 placas de vidrio y un carromato acondicionado como cuarto oscuro.

Agobiado por el calor y los mosquitos, asediado por la tropa, que constantemente le solicitaba ser retratada, Fenton sólo impresionó la mitad de las placas que, a pesar de todo, nos ofrecen interesantes imágenes con todas las limitaciones técnicas y políticas que podemos imaginar. Abundan los retratos estáticos y un tanto artificiales que pretenden subrayar el buen orden y disposición del ejército británico. Realizadas por la técnica del colodión, que requería de una exposición de entre 3 y 20 segundos, muestran momentos de descanso o formación, siempre al abrigo del campamento, junto con escenas de las instalaciones militares, y aunque no recogen ninguna acción bélica algunas reflejan los escenarios de la batalla ya



Valle de la muerte. J. Robertson, 1854.
(Guerra de Crimea)

terminada, mostrándonos paisajes inquietantes como el del «Valle de la Muerte», donde se produjo la famosa carga de la Brigada Ligera.

Tras la marcha de Fenton a Inglaterra le sustituyó en esta labor James Robertson, un diplomático destinado en Constantinopla que tomó unas sesenta placas en la misma línea que el anterior, y que nos muestran escenas posteriores a la ocupación de Sebastopol por los británicos. Recopiladas en un álbum, las fotos de estos dos pioneros fueron presentadas a los soberanos de Inglaterra y Francia, siendo rápidamente comercializadas. La mayor parte de las fotografías de guerra tomadas antes de 1900 llegaron a un público relativamente amplio a través de publicaciones que las utilizaban como base para los grabados que aparecían en revistas populares como *Harpers Weekly Illustrated* o el *Illustrated London News*. Sólo a finales del siglo las fotografías pudieron ser reproducidas en los periódicos, y los fotógrafos comenzaron a funcionar como corresponsales de guerra.

Pero estas primeras imágenes produjeron ya entonces una profunda impresión en los espectadores, habituados a recreaciones artísticas donde el pintor, de modo idealizado, mostraba el heroísmo de los combatientes.



Británicos y oficiales nativos. F. Beato, 1858.
(Sublevación de los cipayos en la India)

Para Fenton estas estampas militares producto de los pinceles estaban totalmente alejadas de la realidad, opinión que empezaron a compartir muchos. La autenticidad que trasmitía el objetivo fotográfico sobre la guerra hizo decir a un crítico de arte de la época que ningún otro medio descriptivo podía igualar a la fotografía por su veracidad al mostrarnos tal y como era el campo de batalla.

En los años siguientes se obtuvieron imágenes de diferentes conflictos coloniales, como la sublevación de los cipayos en la India (1857) o la Segunda Guerra del Opio en China (1858-60), captadas por el italiano Felice Beato, el primero que registró escenas en las que se veían cadáveres en un campo de batalla. Pero la contienda más fotografiada del siglo fue, sin duda, la de Secesión americana (1861-1865) y el gran reportero de la misma fue Mathew Brady.

Brady era un profesional que tenía abierto un estudio fotográfico en Nueva York. Desde el inicio de las hostilidades tuvo conciencia de que aquélla era una guerra que iba a marcar el destino de los EE. UU. y por eso debía ser fotografiada, por lo que se embarcó en un ambicioso proyecto que le supuso una fuerte inversión ya que reclutó a una veintena de colaboradores entre los que se encontraban Alexander Gardner y Timothy Sullivan, dos de sus ayudantes en el estudio, que provistos de cámaras de 40x50 y 20x25 cm fotografiaron todos los escenarios de la lucha.

Valiéndose de sus buenas relaciones con políticos de la Unión, Brady y su equipo pudieron desplazarse de un frente a otro en un vagón de ferrocarril que servía de cuarto oscuro. El resultado fueron más de 7.000 placas de vidrio, parte de las cuales dieron origen a un libro titulado «Incidentes de la guerra». Estas imágenes alimentaron la prensa ilustrada de la época, introduciendo en los hogares burgueses lo que el diario *New York Times* calificó como «la terrible realidad». Aunque la mayor parte de esas fotografías se le atribuyen a Brady resulta difícil en muchos casos precisar su autoría. El equipo de Brady no tenía los compromisos políticos de Fenton y aunque las tomas, en general, presentan las mismas características que las del inglés en Crimea, alguna de ellas recoge de modo explícito los desastres del conflicto, como es la titulada «Cosecha de muerte» en la que se ve el campo sembrado de cadáveres tras la batalla de Gettysburg, en julio de 1863, registrada por Sullivan.



Cosecha de muerte. T. O'Sullivan, 1863.
(Guerra de Secesión)

Por las limitaciones técnicas, a lo largo del siglo XIX, la cámara fue un «testigo lejano» de la guerra. No obstante en el último tercio de la centuria el público se había familiarizado ya con esta nueva visión de los conflictos bélicos y la prensa demandaba testimonios fotográficos que fueran fieles a la realidad. Pero con la insurrección parisina de la Comuna (1871) se pusieron de relieve otras dimensiones de este tipo de imágenes cuando, aplastada la sublevación, la policía se valió de las fotografías para identificar y apresar a los rebeldes. No obstante la novedad más inquietante la aportó el fotógrafo Eugene Appert, que produjo toda una serie de falsos montajes sobre las crueldades de los comuneros, tenidos por auténticos durante décadas. A través de esta perversión se ponía de manifiesto la capacidad manipuladora de las fotografías de guerra, que no sólo podían ofrecer una visión unilateral de lo que realmente sucedía, sino que incluso tenían la posibilidad de falsearla.

Las recreaciones ilusorias cobraron fuerza con la aparición del cinematógrafo y, durante la guerra de Cuba, Edison produjo en sus estudios

toda una serie de escenas de batallas entre tropas españolas y americanas que entusiasmaron al público estadounidense al que engañaban haciéndolas pasar por ciertas. Lo mismo sucedió en la guerra de los boers, la primera contienda que contó con una cierta cobertura cinematográfica y un amplio elenco de corresponsales que informaban desde el frente, entre los que cabe destacar a un joven Winston Churchill, al popular novelista Conan Doyle o al que sería premio Nobel, Rudyard Kipling.

En este caso el reportaje fotográfico se vio favorecido por los adelantos técnicos experimentados por las cámaras y el material sensible. En 1883 la placa de vidrio fue remplazada por el celuloide con una capa de gelatina emulsionada en seco con bromuro de plata. Pocos años después aparecerá con los mismos principios el rollo de película con una mayor sensibilidad, lo que permitía el disparo de varias imágenes antes de recargar el aparato y una disminución apreciable en el tiempo de exposición. También las cámaras se hicieron más manejables para este tipo de tomas, reduciéndose su tamaño y mejorando sus sistemas de enfoque y disparo, gracias al fuelle y al obturador automático.



Tres generaciones en la guerrilla boer. H. Nichollos, 1902.
(Guerra Anglo-boer)

Estos equipos permitieron a fotógrafos como William Dickson y Horace Nicholls tomar numerosas imágenes de la guerra anglo-boer, que ganaban en espontaneidad, viveza y dinamismo respecto a la fotografía de guerra anterior. Luego del desastre británico en Spion Kop, en el que en una solajornada los ingleses sufrieron mil bajas, el corresponsal del *Daily Mail* instó a su fotógrafo, para que realizara tomas de una trinchera llena de cadáveres; ante el espanto del cámara por la petición, Julian Ralph le espetó: «esto es lo que quiere ver el público». La anécdota refleja muy acertadamente cómo el horror y el morbo ante este tipo de escenas iban a alimentar el género fotográfico de guerra en el siglo que acababa de comenzar.



La matanza de Spion Kop. J. B. Atkins, 1900.
(Guerra Anglo-boer)

A la izquierda: *Soldado confederado*, Jemison Chesney, 1861 (Guerra de Secesión).
A la derecha: *Soldado francés*, 1915, Anonima, (Primera Guerra Mundial)

Antes de que se disparara un solo tiro la Gran Guerra contribuyó a difundir entre las clases populares un tipo de fotografía muy característica del álbum familiar en la primera mitad del siglo. Nos referimos al retrato del soldado. La costumbre entre los combatientes de fotografiarse, a modo de testimonio gráfico de su participación en el conflicto bélico, nació con la misma fotografía, pero se vio incrementada en la medida en que el nuevo arte comenzó a ser asequible a personas de toda condición.

Esas imágenes solían ser captadas en estudio. En ellas se podía ver al movilizado vestido con su uniforma antes de partir al frente, acompañado en ocasiones de sus mujer o su novia. Eran imágenes destinadas al recuerdo de ese momento crucial en la vida de millones de jóvenes. Debidamente enmarcadas pasaran a ocupar un lugar en el hogar y servirán a madres y esposas para evocar al ausente hasta su vuelta, o para honrar su memoria si ha caído sirviendo a la patria. En tamaño de tarjeta postal formarán

parte del macuto o mochila del soldado y le ayudarán a rememorar ese instante fugaz que se vivió antes de conocer el horror de la contienda. Miles de ellas, junto con otros efectos personales, terminarán almacenadas en dependencias ministeriales cuando, rescatadas de los cadáveres, resulte imposible devolverlas a las familias.

La Primera Guerra Mundial contó con una cobertura gráfica como ningún otro conflicto hasta el momento, aunque inicialmente la fotografía en el frente estuvo prohibida por los Estados Mayores de todas las potencias. La razón que se aducía era que si las fotografías no estaban controladas por el ejército podían servir a los intereses del enemigo en sus operaciones, al revelar información o desmoralizar a la retaguardia, según cuál fuera su contenido.

Hasta 1916 no se permitió a los reporteros gráficos trabajar en posiciones avanzadas y cuando se decidió liberalizar el control fue con claras



Fusileros irlandeses de la Brigada 25ª, 8ª División, el primer día de la batalla de la Somme.
H. Brooks. 1916. (Primera Guerra Mundial)



Escena de combate en la primera línea del frente durante la batalla de Verdún. Anónima. 1916. (Primera Guerra Mundial)

intenciones propagandísticas. Así es como aparecieron los fotógrafos militares oficiales, que monopolizaron las imágenes oficiales realizadas sobre los escenarios de la guerra.

Londres contó con 16 fotógrafos del ejército, Francia con 30 y Alemania con 50. Sin embargo los fotógrafos oficiales siguieron sin tener acceso a las líneas del frente. Su misión volvía a ser la de tranquilizar a las retaguardias, extenuadas por la duración del conflicto; por eso la mayor parte de las 40.000 fotos conservadas en el Museo Imperial de la Guerra en Londres son fotografías que muestran hombres jugando a las cartas en las trincheras, oficiales bebiendo té, formaciones militares o armamento ya conocido.

No obstante, han llegado hasta nosotros otras fotografías mucho más impactantes que muestran escenas de combate y, sobre todo, los devastadores efectos del mismo. Este acervo gráfico inapreciable se debe a los soldados del frente aficionados a la fotografía que, a pesar de las prohibiciones oficiales en ambos bandos, siguieron tomando fotos como recuerdo.



Fusileros de Northumberland gaseados, J. Dorgan. 1915.
(Primera Guerra Mundial)



Deserciones en el ejército Ruso a raíz de la Revolución. Anónima. 1917.
(Primera Guerra Mundial)

En aquellos momentos Kodak ya vendía masivamente una cámara instantánea cuya publicidad era: «Usted aprieta el botón y nosotros hacemos el resto». Gracias a eso la Primera Guerra Mundial fue el primer conflicto bélico que se fotografió desde el interior.

Esas instantáneas, algunas de ellas terribles, permanecieron en el ámbito privado durante mucho tiempo y en otros casos la censura impidió su publicación. Sólo trascurridos los años empezaron a ver la luz. En Alemania, el movimiento pacifista contribuyó a difundirlas en publicaciones como el libro de Ernst Friedrich *Guerra a la guerra*, cuya aparición produjo un escándalo en toda Europa. Escarbando en los archivos de los combatientes el escritor seleccionó fotos que muestran a los muertos y a los famosos *gueules-cassées* (soldados heridos en la cara). A partir de 1925, se publicaron en Francia obras como *Las imágenes secretas de la guerra*, que daban fe de casi todo lo sucedió en las trincheras, menos de los motines, de las ejecuciones y de las escenas de confraternización en el frente.

Fue en la Guerra Civil Española donde se forjó el mito del reportero de guerra. La contienda presentó las características propicias para ello: no podemos olvidar que es el conflicto bélico del siglo XX sobre el que más se ha escrito. Ante el auge de los fascismos en el mundo la guerra de España dividió a la opinión pública internacional. Por otra parte su naturaleza de contienda civil involucró a toda la población, ofreciendo escenas en las que se entremezclaban las tragedias del frente y de la retaguardia.

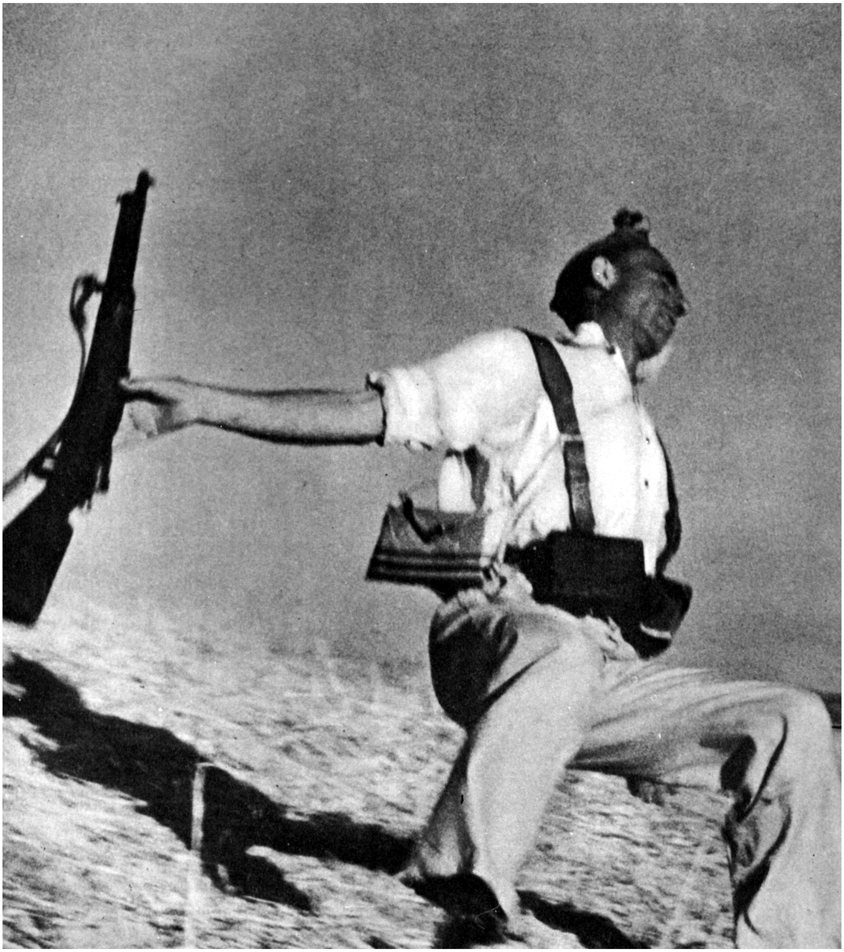
Los bombardeos sobre la ciudades indefensas ofrecieron imágenes desgarradoras del sufrimiento de los no combatientes, y la relativa libertad con la que se movieron los fotógrafos en los distintos escenarios fue mucho mayor de la que nunca habían tenido antes. Por otra parte la universalización de las nuevas cámaras de pequeño formato con película pancromática de 35 mm y objetivos intercambiables, como la famosa Leica modelo 1925, facilitaron la labor de reporteros que trabajaban para agencias de prensa internacionales como *Associated Press*, encargadas de distribuir las fotos por publicaciones de todo el mundo.

Todo esto propició un trabajo en el que la toma de imágenes fue acompañada de la toma de conciencia política. Así fotografía de guerra y compromiso ideológico quedaron claramente vinculados. Desde entonces



Grupo de campesinos apresados por las fuerzas franquistas. Anónima. 1936.
(Guerra Civil Española)

el reportero de guerra buscará no sólo impactar con las escenas que capte sino también posicionar al espectador ante los planteamientos y efectos de la guerra misma. Esta conciencia de que su labor puede tener una onda repercusión en la opinión pública podrá estar al servicio de cualquier idea pero el fotógrafo de guerra escogerá las tomas que mejor sirvan a sus propósitos. Podemos decir que el reportero ya no recibe ordenes sino que con su objetivo toma postura para que los demás la tomen al ver sus fotografías.



La muerte de un miliciano. R. Capa. 1936.
(Guerra Civil Española)

Tal vez la figura más relevante y arquetípica de este tipo de fotógrafo de guerra sea la de Robert Capa, cuyo verdadero nombre era Endré Friedman. Nacido en la ciudad de Budapest, a los 18 años abandonó Hungría, y tras su paso por Alemania, viajó a París, donde consiguió un trabajo como reportero gráfico; allí conoció también a la que sería su

novia, la fotógrafa alemana Gerda Taro. Al estallar la Guerra Civil Española se trasladó con ella a nuestro país para cubrir la contienda. Comprometido en la lucha antifascista y con la causa de la República, estuvo presente en los principales frentes de combate, desde los inicios, en Madrid, hasta la retirada final en Cataluña. Siempre en primera línea, es mundialmente famosa su fotografía «Muerte de un miliciano», tomada en Cerro Muriano, en el frente de Córdoba, el 5 de septiembre de 1936. Reproducida inicialmente en la revista *Vu*, con la que colaboraba Capa, posteriormente fue también publicada en *Life*, asi como en la mayoría de los libros sobre la Guerra Civil, convirtiéndose en una de las imágenes de guerra más conocidas del mundo al reflejar instantáneamente la muerte en combate.

En julio de 1937 Gerda Taro murió al frenar el coche en cuyo estribo viajaba, caer y ser arrollada por un tanque. Éste será el destino de muchos



Militante anarquista se despide de la familia antes de partir al frente.
A. Centelles. 1936. (Guerra Civil Española)

reporteros gráficos a lo largo del siglo. Capa cubrió también diferentes episodios de la invasión japonesa de China, y distintos escenarios europeos durante la Segunda Guerra Mundial, siendo muy conocidas sus fotos del desembarco aliado en Normandía. En 1947 creó, junto con los fotógrafos Henri Cartier-Bresson, Rodger, Vandiver y David Seymour, la agencia *Mágnum Photos*. Pero en 1954 Capa encontró la muerte al pisar una mina en Vietnam, donde se había desplazado por encargo de *Life* para fotografiar el conflicto. Terminaba así una vida dedicada a las imágenes de guerra y guiada por una frase que él popularizó: «Si tus fotos no son lo suficientemente buenas es que no te has acercado bastante», frase que resumía perfectamente lo arriesgado de esta labor.

Junto a las imágenes que nos legó Capa sobre la Guerra Civil nos encontramos con otras muchas realizadas por profesionales como Agustí Centelles, que el 18 de Julio de 1936, salió a las calles de Barcelona a recoger con su cámara Leica las primeras escenas de la sublevación y derrota de los golpistas. Como él, y en los dos bandos enfrentados, fotógrafos de oficio o aficionados recogieron numerosos testimonios gráficos de la crueldad de esta contienda.



Desembarco aliado en la Playa de Omaha en Normadía. R. Capa. 1944. (Segunda Guerra Mundial)

En los inicios de la Guerra Mundial en Europa la demanda de imágenes del conflicto venía determinada por publicaciones gráficas como *Life*, revista semanal que había aparecido por primera vez en 1936. Su aparición fue una auténtica revolución para los medios de prensa, ya que hasta entonces ninguna otra revista había publicado imágenes fotográficas en sus portadas, ilustradas hasta entonces sólo con dibujos y grabados. El primer número de *Life*, con 250.000 ejemplares de tirada, se agotó en sólo cuatro horas. Lo atractivo de la revista eran los reportajes fotográficos que incluía en cada entrega, con fotos de gran tamaño perfectamente reproducidas en papel couché y textos de sencilla lectura que las comentaban brevemente. Su propietario, Henry de Luce, había dicho ya en 1935 que: «Una foto de guerra, de cualquier guerra, es una promoción natural para la revista».

El formato de *Life* fue copiado por otras publicaciones y en ellas las instantáneas de la guerra que se estaba desarrollando acaparaban la atención de un público ávido de sensacionalismo. Imitando ese modelo el régimen nazi publicó la revista de propaganda *Signal*, con los logros de sus ejércitos y del Nuevo Orden que querían imponer. Una novedad de este tipo de publicaciones fue que comenzaron a incluir fotografías en color, técnica que estaba mejorando en cuanto a la calidad y sencillez, respecto a etapas anteriores. No obstante las imágenes más impactantes del conflicto se siguieron tomando, en la mayor parte de los casos, en blanco y negro, y en un número hasta entonces desconocido. Sólo las fotos oficiales tomadas por los británicos durante el conflicto superaron los 2 millones, —frente a los 30.000 negativos correspondientes al período de 1914-18— y un número parecido fueron las captadas por los servicios fotográficos alemanes.

Fueron los fotógrafos oficiales de los ejércitos, junto con los reporteros de prensa y algunos aportes particulares, los que brindaron escenas que rápidamente se convirtieron en clásicas. Estas tomas en ocasiones presentaban una baja calidad técnica dadas las dificultades de su ejecución, aunque eso no era un demérito ya que el público apreciaba en esos fallos una mayor viveza y autenticidad. Este fue el caso de las fotografías realizadas por Robert Capa en el desembarco de Normandía. En definitiva lo que el espectador terminaba valorando eran la fuerza y dramatismo del momento que se recogía en la imagen.



Marine en Saipan. W. E. Smith. 1943.
(Segunda Guerra Mundial)





Arriba: *La bandera sobre el monte Suriashi*. J. Rosenthal, 1943.
Abajo: *La bandera roja sobre el Reichstag*. Y. Jaldei, 1945.
(Segunda Guerra Mundial)

Eso lo sabían reporteros como George Rodger, que fotografió los bombardeos sobre Londres; Eugene Smith, que cubrió algunos escenarios del Pacífico; Margaret Bourke-White, que tomó estremecedoras imágenes de los campos de exterminio tras su liberación; o Lee Miller, Carl Mydans, George Silk y otros, que trabajaron en diferentes frentes durante la Segunda Guerra Mundial.

Estos profesionales en ocasiones acondicionaban la toma para causar una mayor impresión: es el caso de algunas de las más celebres fotografías de esa contienda, como dos instantáneas tomadas por Rosenthal y Jaldei, que rápidamente se convirtieron en auténticos iconos de la victoria aliada.

Joe Rosenthal era el corresponsal gráfico del periódico del ejército de los Estados Unidos *Barras y estrellas* cuando los marines ocuparon en monte Suriashi en la isla de Iwo Jima, izando en él una bandera americana. Como la bandera era muy pequeña Rosenthal aprovechó un tubo metálico mucho más largo y otra bandera de gran tamaño para preparar una toma que luego fue profusamente utilizada por la propaganda. La escena recogida por Rosenthal sirvió para vender bonos de guerra por valor de 200 millones de dólares y fue el motivo del sello de correos más difundido en la historia de los EE. UU. con 137.000.000 de estampillas impresas.

Lo mismo podríamos decir de la imagen de Yevgueni Jaldei, autor de una foto en la que soldados soviéticos hacen ondear una bandera roja sobre el tejado del Reichstag al final de la contienda, con la ciudad en ruinas al fondo. Jeldei perteneció a una generación de reporteros soviéticos que hicieron historia, como Galina Sankova o Dimitri Baltermants, aunque este último, considerado el «Capa de la URSS», sólo tomó una docena de fotografías del conflicto ya que creía que la guerra no debía ser fotografiada.

Jaldei se inspiró para su famosa foto en la imagen captada por Rosenthal en Iwo Jima. Cuando Berlín cayó en manos de los soviéticos él ya tenía *in mente* cómo sería. Consiguió que le confeccionaran una gran bandera y con la ayuda de algunos soldados de la Guardia escaló al tejado del Reichstag. Hecha la toma, el fotógrafo soviético voló esa misma noche a Moscú, donde su jefe de la Agencia Tass apreció que uno de los solda-



Desalojo del geto de Varsovia. Anónima, 1943.
(Segunda Guerra Mundial)

dos que aparecían en la foto llevaba dos relojes en su muñeca de lo que se podía deducir que alguno había sido robado. Jeldei tuvo que borrar el reloj del negativo con ayuda de un alfiler y así pudo aparecer la fotografía destinada a hacer historia.

Frente a estas anécdotas y a la profesionalidad de sus protagonistas una de las fotografías más reveladoras de la naturaleza de esa guerra fue realizada por un aficionado, en el proceso de elaboración de un informe oficial para el jefe de las SS, Heinrich Himmler. En ella se ve a un grupo de judíos desalojados por los nazis del gueto de Varsovia. En primer plano el rostro de un niño, con los brazos en alto, delata el terror del momento, mientras que un soldado nazi, que posteriormente sería condenado por crímenes de guerra, lo contempla indiferente apuntándole con el fusil.





Arriba: *Fatiga de combate*. D. McCullin, 1968.
Abajo: *Efectos del napalm*. Nick Ut, 1972
(Guerra de Vietnam)

Tras la Segunda Guerra Mundial, las guerras de descolonización y sobre todo la guerra del Vietnam siguieron alimentando de imágenes sensacionalistas los periódicos y las revistas ilustradas. Toda una pléyade de reporteros especializados en informar sobre conflictos ganaron fama por sus fotografías como David Douglas Duncan en Corea, Philip Jones en Vietnam, Romano Cagnoni en Camboya o Pakistán y Donald McCullin en Vietnam, África o Chipre.

Los adelantos en las cámaras, la aparición de los visores réflex pentaprismáticos, para el pequeño formato, los potentes teleobjetivos y las mejoras en la película de color permitieron captar escenas de todo tipo en las que cada vez más se veía involucrada como víctima la población civil.

Cuando estalló la guerra de Vietnam, la libertad de prensa era, teóricamente, uno de los pilares de la democracia americana. No obstante, en tiempo de guerra esa libertad podía quedar coartada por la censura. Sin embargo en Vietnam fue distinto ya que, al no existir declaración de guerra formal, los informadores se movieron con relativa libertad a la hora de cubrir el conflicto.

Desde sus inicios la contienda despertó el mayor interés en los medios de comunicación de todo el mundo. Reporteros de más de 22 países trabajaron sobre el terreno durante años, aunque fueron unos 40 fotógrafos americanos los que generaron la mayor parte de las imágenes impactantes que estremecieron a la opinión pública internacional. Dieciséis periodistas estadounidenses perdieron la vida en este conflicto, algunos de ellos fotógrafos, como Larry Burrows que murió en 1971 cuando el helicóptero en el que volaba fue abatido sobre Laos.

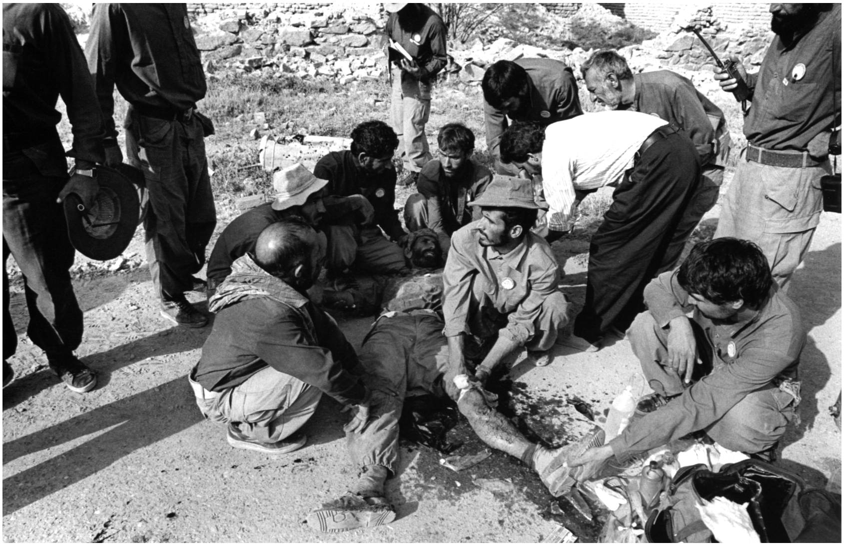
Los miles de fotografías que se hicieron recogieron todo tipo de escenas, desde combates y enfrentamientos hasta estampas de la retaguardia de la más variada naturaleza, pasando por el impacto de la guerra reflejado en el rostro de los combatientes o en el sufrimiento de los civiles. Ese fue el caso de una de las fotos más estremecedoras de la guerra del Vietnam, realizada por Nick Ut en junio de 1972 cuando trabajaba para la agencia *Associated Press*. En ella se ve a una niña desnuda y abrasada por los efectos de una bomba de napalm corriendo junto con otros muchachos por una carretera, ante los ojos de soldados que la contemplan sin hacer nada.



Martirio. F. de Mulder, 1976.
(Guerra Civil del Libano)



La guerra del petróleo. H. Bureau, 1980.
(Guerra Iran-Irak)



Misión imposible. Desactivando minas. G. Sanchez, 1997.

Hoy la enorme abundancia de imágenes de guerra hace que sólo algunas, por su fuerza o por lo que simbolizan, sean consideradas como singulares y obtengan un cierto reconocimiento internacional, como ocurre con la captada por Françoise Mulder en 1976, durante la Guerra Civil en el Libano. La imagen, que recoge la matanza perpetrada por los milicianos falangistas en una barrio de Beirut, le valió a la fotógrafa ser la primera mujer en obtener el prestigioso premio internacional de fotografía *World Press*. Otra imagen muy difundida fue la captada por Henri Bureau cuando trabajaba para la agencia *Sygma* cubriendo la guerra entre Irán e Irak en 1980. En la foto un soldado de espaldas contempla, con su kalasnikov en la mano, cómo arden las refinerías iraníes de Abadán. Esta imagen resume la tragedia humana y ecológica de ese conflicto, convirtiéndose en un símbolo de la guerra del petróleo; por eso la fotografía fue recuperada por las revistas, años después, en vísperas de la Segunda Guerra del Golfo.

Por otra parte la labor de los reporteros comprometidos en denunciar los horrores de la guerra no ha cesado: el español Gervasio Sánchez ha obtenido reconocimiento universal por sus imágenes, verdaderamente

estremecedoras, de los efectos de las minas antipersona entre la población civil. Podemos decir que en la actualidad el objetivo fotográfico, ciento cincuenta años después de que se disparara por primera vez en un campo de batalla, sigue dando testimonio de la crueldad de las guerras.

III
Guerra e imperialismo moderno

La industria domina la guerra

Si en las primeras décadas del siglo XIX la Revolución francesa influyó en las formas de concebir y hacer la guerra al activar en los pueblos las ideas de libertad y nación, la Revolución industrial fue determinante en la segunda mitad de la centuria al aportar a los ejércitos tecnificación y potencial armamentístico. Esto, unido a las rivalidades económicas y políticas entre las grandes potencias, desembocó a comienzos del siglo XX en la «guerra total», que Clausewitz ya había sabido entrever en sus reflexiones sobre los modernos conflictos armados.

Con la Revolución industrial vino un torrente de inventos, armas y blindajes. La producción en las fábricas con vistas a mercados masivos fue rasgo básico de la nueva era, y la producción de carbón, hierro y acero aumentó desaforadamente. Otro rasgo de esta gran transformación fue el desarrollo de las comunicaciones. La mejora de las carreteras, iniciada a finales del siglo XVIII, fue continuada, y a mediados del siglo XIX se aceleró la construcción de ferrocarriles en Europa y América; al tiempo que se producía en la navegación la transición de la vela al vapor.

Todos estos cambios incidieron en las mentalidades, y a lo largo de todo el período una fe ciega en la ciencia, alimentada por el progreso tecnológico, orientó las nuevas corrientes de pensamiento. Así pues, cuando una nueva era de conflictos comenzó a mediados del siglo, la teoría militar hubo de tener en cuenta esos nuevos factores de fundamental importancia: poblaciones en expansión, veloces comunicaciones, inventos técnicos y producción en masa.

En el período que va de 1871 a 1914 la enorme acumulación de capital realizada en las décadas precedentes como producto de la Revolución Industrial comenzó a canalizarse fuera de Europa, buscando inversiones rentables en África y Asia. La necesidad de obtener abundantes materias primas y de abrir nuevos mercados impulsó a los gobiernos de las grandes potencias a desarrollar políticas imperialistas.

Tras la conquista de Argelia, la III República Francesa añadió Túnez (1881) y el protectorado de Marruecos (1905) a su imperio colonial. Aunque los franceses perdieron su influencia en Egipto y el Sudán oriental, en cambio ocuparon grandes territorios en el Sudán occidental y central, la costa del golfo de Guinea y Madagascar (1896). En Asia, Napoleón III inició la ocupación de Indochina (1858), que completó la República en 1883. Francia también se estableció en varias islas de Oceanía.

El Imperio británico no tenía rival. A las posesiones que ya ocupaba, el Canadá en América, la colonia de El Cabo en África, y los territorios de la India en Asia, sumó otras nuevas. Se estableció en Birmania (1888) y en la península de Malaya. En Oceanía colonizó Australia y Nueva Zelanda, y se afirmó en varios archipiélagos oceánicos. En África impuso su dominio en Egipto (1882) y en parte del Sudán, así como en Nigeria y la región de Uganda-Kenia.

Alemania e Italia llegaron tarde al reparto del mundo y se tuvieron que conformar con desempeñar un discreto papel. El II Reich alemán, después de la Conferencia de Berlín en 1885, pudo obtener las colonias de Togo y Camerún en África. En Oceanía logró establecerse en los archipiélagos de las Carolinas y Marianas (1899). Mientras que Italia, con un menor potencial bélico, terminó por fracasar en su intento de someter Abisinia en 1896.

Los enfrentamientos coloniales estuvieron marcados en todo momento por la superioridad armamentística y militar de las potencias colonizadoras frente a unos adversarios que combatían con medios y tácticas primitivas. Esa superioridad en algunos casos resultaba escandalosa y ponía en evidencia cómo la guerra moderna se sustentaba en el progreso tecno-científico. Un ejemplo de esa abrumadora ventaja puede ser la matanza de Blood Rivers en la que los colonos holandeses en Sudáfrica dieron muerte, en el año 1838, a unos 3.000 zulúes comandados por su rey Dingane sin sufrir ellos una sola baja.

No obstante, en estas «pequeñas guerras» como las denominó un historiador (Callwell, 1990), la arrogancia del colonizador deparó en ocasiones algunas sorpresas. En las guerras indias que sostuvo el ejército de los EE. UU. en el proceso de expansión colonizadora hacia el oeste del país, el desastre sufrido por el 7º Regimiento de Caballería a las órdenes del general Custer en la colina de Little Big Horn, en junio de 1876, es un ejemplo de lo que estamos diciendo. La muerte de casi 300 hombres a manos de unos 1.200 guerreros indios se convirtió, gracias al cine, en una leyenda de heroísmo que ha ocultado durante mucho tiempo las torpezas cometidas por Custer desde el inicio del enfrentamiento. También el orgullo británico sufrió un duro revés en enero de1879 cuando en Isandhlwana una columna de unos 1.700 soldados ingleses fue exterminada por unos 6.000 zulúes a las órdenes de su rey Cetshwayo.

De mayor envergadura fue la derrota sufrida por los italianos en Adua en marzo de 1896. Este enfrentamiento entre la fuerza expedicionaria italiana, de unos 20.000 hombres, y el primitivo ejército abisinio comandado por el rey Menelik II, dio como resultado una estrepitosa derrota de los europeos, que contabilizaron 5.900 bajas, mientras que los abisinios perdieron en torno a 10.000 hombres. La derrota supuso la renuncia de Italia a convertir Abisinia en una colonia, y la humillación sufrida marcó profundamente a la sociedad italiana durante años.

La defensa de los territorios ultramarinos implicaba algo más que la protección o la ampliación de fronteras, ya que era necesaria la administración y la pacificación de las colonias, lo que obligó a los ejércitos coloniales a asumir otras funciones que las puramente militares. Así apareció a finales del siglo XIX el administrador-soldado, como el británico

Kitchener o el francés Lyautey, preocupado tanto por la organización civil como por la militar, cumpliendo casi el papel de los antiguos procónsules imperiales.

En un artículo publicado por Lyautey en la *Revue des deux mondes*, en enero de 1900, titulado *Du róle colonial de l'Armée* se decía: «El oficial colonial se define a sí mismo por su papel social» (Porch, Cit. Paret, 1991: 408). Un soldado colonial era algo más que un luchador. Era administrador, granjero, arquitecto e ingeniero… Resumiendo, asumía cualquier papel que fuese necesario para desarrollar la región que tenía a su cargo. Lyautey decía que la guerra en las colonias era algo constructivo, permitía el progreso y además era beneficioso para el conquistador y el conquistado. Se podía llevar a cabo contando con la elite nativa, mediante un protectorado flexible que consiguiese guiar a su tradicional jerarquía, en lugar de suplantarla.

Dentro del ejército francés, en Indochina, Madagascar y Marruecos, mandos tan sumamente ilustrados como Galliéni y Lyautey desarrollaron una doctrina por la cual los métodos de conquista estaban dictados menos por consideraciones tácticas que por las subsiguientes necesidades de pacificación y administración. Muchos de estos oficiales impulsaron el conocimiento etnológico de los pueblos que intentaban someter, deseosos de fundar su dominación en algo que no fuera la fuerza, o mejor dicho, en la fuerza y algo más. El mejor representante de estos intelectuales-soldados fue Gallieni, que sostenía que el primer esfuerzo de todo comandante territorial debía consistir en el «estudio de las razas», y en el conocimiento de los odios y las «rivalidades» que las enfrentaban. El oficial que consiguiese trazar un mapa etnográfico suficientemente exacto del territorio que dirigía estaría muy cerca de haber logrado su pacificación, al sacar provecho de los elementos locales utilizables y neutralizar o destruir los elementos hostiles.

El imperialismo europeo tenía una clara naturaleza económica y los inversores y empresarios exigían a sus respectivos Estados un activo apoyo diplomático-militar en todas las partes en que se proponían invertir sus capitales. Ese apoyo no sólo se requería para dominar a los naturales de las tierras ocupadas, sino para defender los intereses propios frente a otras potencias imperialistas, lo que dio origen a algunos incidentes que estuvieron a punto de desencadenar la guerra, como el conflicto de Fachoda en

1898 Francia e Inglaterra entablaron una agria disputa por ese remoto enclave en Sudán. El incidente sólo puede explicarse por el trasfondo imperialista en la lucha por el reparto del mundo.

Por otra parte los gobiernos de los distintos países se miraban con recelo. Contenciosos de muy distinto tipo se sumaban a las rivalidades coloniales e iban fraguando una acentuada disposición a resolver los problemas fundamentales de la competencia económica mediante el «recurso a la fuerza» o, con otras palabras, mediante la lucha primero diplomática y después militar si fuera necesario. La carrera armamentística que precedió a la Primera Guerra Mundial fue el resultado de ese tipo de políticas y la causa profunda de la misma no fue otra que las rivalidades por el control de los mercados.

A partir de la Guerra Franco-prusiana de 1870 las grandes potencias comenzaron a trazar planes para la movilización en masa de sus fuerzas. Todos los Estados Mayores suponían que la contienda que se avecinaba se decidiría en los primeros choques en las fronteras, como había ocurrido en 1870. Cada Alto Mando se disponía a asestar el golpe en primer lugar y de modo masivo. Sin embargo, a todos les aterrorizaba pensar que el otro bando pudiera anticipárseles poniendo en juego con una mayor celeridad un mayor número de hombres.

Esta dinámica fue la que terminó por desembocar en la Primera Guerra Mundial, que se precipitó por los planes de movilización trazados por los antagonistas. Los acontecimientos se sucedieron con tanta rapidez que no hubo tiempo para negociaciones diplomáticas ni para medidas políticas. El 28 de junio las grandes potencias vivían en paz. El 4 de agosto, casi todas ellas estaban en guerra. La sociedad europea fue arrastrada a un terrible y devastador conflicto por una dinámica económica y militar fraguada a lo largo de tres décadas en las que masa y velocidad fueron las principales preocupaciones de los ejércitos.

Masa y velocidad

Los principios sobre los que descansó la guerra napoleónica: movilización de grandes ejércitos y rápido desplazamiento de los mismos, alcan-

zaron su apogeo en el último tercio del siglo XIX, y tanto el crecimiento demográfico como el desarrollo económico contribuyeron a ello.

De 1850 a 1900 la población europea experimentó un espectacular incremento que fue parejo al afianzamiento del sistema económico capitalista-industrial, basado en la producción en masa y la celeridad para adaptarse a las nuevas tecnologías. Este modelo económico, que persigue ante todo la rentabilidad, produce para un mercado en el que la competencia marca la pauta. Si la empresa capitalista no se incorpora con rapidez a los adelantos, produciendo así masivamente para abaratar los precios, en poco tiempo será desbancada por las empresas competidoras. Por tanto, la producción en serie, estandarizada e innovada constantemente, será la clave de su éxito. Si a estas características del sistema económico en expansión añadimos una vulgar mentalidad cientifista en la que una de las más elementales leyes de la física es que la masa por la aceleración da como resultado la fuerza, tendremos el entramado económico, social e incluso «teórico», sobre el que se pudo sustentar la manera de concebir la guerra a comienzos del siglo XX. Esta explicación intencionadamente simplista puede servir para ilustrar el desarrollo en paralelo de las fuerzas productivas y de los cambios experimentados en el terreno militar.

Los avances que se habían producido en el terreno del armamento ligero, mejorando su precisión y rapidez, marcaban el camino para un mayor perfeccionamiento en esos aspectos. La rapidez de tiro que se podía lograr con los rifles modernos era lo bastante elevada como para que fuera una molestia tener que cargar cada cartucho a mano. La solución fue un cargador que se situaba bajo el rifle, donde no molestaba para apuntar por la mira. En 1879 apareció el cargador de caja Lee, que podía contener hasta diez proyectiles. Un muelle situado en la parte inferior del cargador empujaba los proyectiles hacia arriba. Al cerrarse el cerrojo el proyectil se colocaba en la recámara. Una vez había sido disparado la acción de abrir el cerrojo hacía que entrase en funcionamiento un extractor que expulsaba el cartucho vacío, dejando la recamara lista para recibir el siguiente proyectil.

Un paso más en el perfeccionamiento del arma se dio con la invención, en 1887, de una pólvora sin humo por el francés Paul Vieille. Este nuevo propelente tenía una potencia mayor que la pólvora tradicional y facilitaba la puntería al no producir humo. No obstante, el invento de

Víeille fue rápidamente superado con la introducción de la cordita, una sustancia inventada por el sueco Alfred Nobel.

Incorporando todos estos adelantos las grandes empresas de armas colocaron en el mercado modelos de fusil como el Nagant belga, el Mauser alemán, el Lee-Enfield en Inglaterra o el Mannlicher en Austria-Hungría, que los ejércitos europeos fueron adoptando en los últimos años del siglo: el ejército alemán en 1884, el francés en 1885, el austriaco en 1886 y el británico en 1888. Al comenzar la Primera Guerra Mundial la infantería iba provista de fusiles capaces de realizar de 15 a 30 disparos por minuto, con un alcance superior a los 1.700 metros y provistos de una bayoneta en forma de machete. Tenían como inconveniente su peso, que podía superar los 5 kg y su largura, superior al metro sin la bayoneta calada.

Pero la velocidad de tiro no parecía suficiente y el diseño de armas que mejoraran ese aspecto continuó a buen ritmo. Fue en Bélgica donde apareció la primitiva *mitrailleuse* Montigny, que fue tomada como modelo en el arsenal privado de Napoleón III en el castillo de Meudon, donde el comandante Jean-Baptiste Reffye perfeccionó el arma con el propósito de ser utilizada a distancias de 1.300 a 2.500 metros fuera del alcance de los fusiles.

Se trataba de un cilindro compuesto por veinticinco cañones de rifle, con un mecanismo de percusión y cámaras para veinticinco cartuchos que permitía efectuar 125 disparos por minuto. El artefacto fue adoptado por el ejército francés en 1867 aunque se mantuvo en secreto. Cuando se utilizó en la campaña de 1870 la mayoría de las tropas no lo habían visto ni siquiera funcionar y su empleo fue tan ineficaz que se tardó mucho tiempo en reconsiderar el proyecto de un arma de tiro rápido en el ejército francés.

Sin embargo en 1862 Richard Gatling había diseñado en Norteamérica una ametralladora mejor, basada en el mismo principio de seis a diez cañones montados alrededor de un eje central. El mecanismo de recarga y expulsión por medio de una manivela que hacía girar los cañones permitía efectuar 600 disparos por minuto. El arma fue utilizada por ambos bandos en la Guerra Civil americana (1861-1865) y en ulteriores campañas coloniales. Pero era aún demasiado pesada y poco manejable ya que tenía que ir instalada sobre la montura de un cañón.

La primera ametralladora portátil que tuvo un verdadero éxito fue la inventada en 1887 por un estadounidense afincado en Gran Bretaña: Hiram Maxim, que se beneficiaba de los propelentes sin humo. Maxim utilizaba el retroceso del arma para accionar el mecanismo de la recámara hacia adelante a gran velocidad. El proceso continuaba hasta que el tirador soltaba el gatillo. La velocidad de fuego teórica era tan alta, 2.000 tiros por minuto, que tenía que ser enfriada con agua. La fabricación del modelo Maxim pasó a la firma Vickers, que produjo un arma bien diseñada y segura que, con pocas modificaciones, siguió en servicio en diversos ejércitos durante más de setenta años.

Otras dos ametralladoras aparecieron poco después: eran los modelos estadounidenses Hotchkiss y Browning. Sus velocidades de tiro eran más lentas y, por consiguiente, podían ser enfriadas con aire, pero resultaban más ligeras. Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial los ejércitos contendientes ya disponían de estas nuevas armas que pronto dominaron el campo de batalla, frenando las tradicionales ofensivas de la infantería y dando lugar a un prolongado estancamiento de los frentes.

En la artillería la retrocarga terminó por imponerse y Francia, que se había retrasado en incorporar ese adelanto, se dedicó a la modernización de su parque artillero. Fue en Francia donde se desarrollo un sistema de cierre basado en el tornillo excéntrico, en el que los centros del cañón y del bloque del obturador no estaban en el mismo eje longitudinal. En éste sólo había una posición en la que el agujero del obturador se acoplaba con la recámara, permitiendo que se cargara un proyectil. Lo único que se necesitaba para asegurar el obturador era dar un cuarto de giro, de forma que encajasen las roscas de una y otra pieza. Dando un giro en el sentido contrario el obturador quedaba desbloqueado, con lo que se podía retirar la vaina vacía y colocar un nuevo proyectil.

Solucionado de un modo eficaz el problema de la retrocarga se necesitaba superar el planteado por el retroceso. Todos los cañones tenían que ser emplazados de nuevo después de cada disparo, dado que el retroceso los movía; pero volver a colocarlos en posición suponía pérdida de precisión y de velocidad de tiro. La solución se logró por medio de un sistema hidráulico que permitía el retroceso sólo del cañón, que ya no estaba instalado rígidamente en su montura: así se conseguía que la fuerza generada

no se transmitiera a toda la pieza. Cuando había terminado el retroceso, el cañón recuperaba su posición adecuada al ser impulsado por el sistema hidráulico. A medida que esta técnica se perfeccionó la fuerza del retroceso fue utilizada para abrir la recámara y expulsar la vaina, quedando el cañón dispuesto para el siguiente proyectil. Estos proyectiles ya no eran expelidos por el ácido pícrico, que había sido remplazado hacia finales del siglo por el trinitrotolueno (TNT), un explosivo similar, más estable y que no atacaba las paredes del cañón. Estos adelantos alteraron el aspecto de la artillería hasta hacerla irreconocible.

Fue así como,en 1897, entró en servicio el excelente cañón francés de campaña de 75 mm capaz de disparar 31 tiros en un minuto, todo un récord. El mecanismo de cierre tenía mucho que ver con el aumento de velocidad, pero el ritmo de tiro dependía en último término de su sistema para absorber el retroceso. Su rival alemán, el Krupp de 77 mm, tenía una cadencia de tiro mucho más lenta, porque carecía de la estabilidad del 75 francés. La munición de esta pieza era de shrapnels u obuses. El cartucho de shrapnel pesaba 9,2 kg y lanzaba 302 postas de plomo endurecido, mortales hasta unos 18 metros y peligrosos hasta los 160. La trayectoria del proyectil era plana, elevándose sólo 9 m para tirar hasta 3.000 m de distancia. El obús pesaba 5,3 kg, y su efecto causaba considerable impacto en las formaciones enemigas.

El cañón de 75 mm francés, imitado por otros países, fue el prototipo de pieza de campaña empleada en las guerras de 1914-1918 y 1939-1945 con ligeras variantes. Junto con él, y al terminar el siglo, también entraron en uso en los ejércitos europeos cañones con un alcance máximo de 8.000 metros y una eficacia comprendida entre los 2.700 y los 5.500. No obstante, hasta esta misma potencia quedó disminuida en importancia ante el avance de la artillería de sitio, en la que Alemania, deseosa de obtener rápidos resultados en una guerra futura, se puso a la cabeza. En 1898 los ejércitos de Europa estaban equipados con cañones pesados, obuses y morteros con un alcance normal de 10 km y su contenido explosivo de melinita les permitía un incomparable poder de penetración.

La velocidad de tiro de las nuevas armas tenía que ir acompañada de la rapidez en el desplazamiento de las tropas, y en este aspecto los nuevos medios de transporte nacidos con la Revolución Industrial iban a desem-

peñar un papel fundamental. En primer lugar y de modo determinante, el ferrocarril.

Prusia fue el primer país en darse cuenta de la utilidad militar de este nuevo medio de transporte y lo hizo antes de que se construyera ningún ferrocarril en su territorio. Esta labor corrió por cuenta de propagandistas como Friedrich Harkov, que señaló la importancia de una vía férrea que contribuyera a la defensa de la región renana, mientras que Karl Pónitz instó al tendido general de líneas férreas, al objeto de proteger a Prusia de Francia, Austria y Rusia. Pero el profeta más influyente fue el economista Friedrich List, convertido en un entusiasta de los ferrocarriles durante su exilio en los Estados Unidos. A través de toda una campaña de prensa, List afirmaba que una red de ferrocarriles podría ayudar tanto a la unificación política de Alemania como a su potencia defensiva, mediante el rápido traslado de fuerzas para rechazar la invasión por cualquier frontera. Sus tesis encontraron eco en el general Von Moltke, que antes de convertirse en jefe del Estado Mayor prusiano era un rico hombre de negocios que invertía en la nueva tecnología, llegando a convertirse en el director de la línea de ferrocarriles Hamburgo-Berlín, lo que estimuló su interés económico y militar en la expansión del negocio.

En 1846 —el año de la muerte de List—, se llevó a cabo el primer movimiento de tropas a gran escala que se conoce, como ejercicio de prueba, por un cuerpo de ejército prusiano de 12.000 hombres con caballos y artillería en dirección a Cracovia. En 1857 Von Moltke, al frente ya del Estado Mayor, estimuló el uso militar de los ferrocarriles interviniendo decisivamente en las inversiones civiles para la construcción de una tupida red ferroviaria en Prusia.

La primera utilización importante de los ferrocarriles en operaciones bélicas tuvo lugar en la guerra de Italia de 1859 cuando Austria atacó al Piamonte, que estaba apoyado por un gran contingente de tropas francesas al mando de Napoleón III. También en Norteamérica fue utilizado el ferrocarril en el curso de la guerra civil. En 1863 más de 23.000 hombres de la Unión, con artillería y bagajes, fueron transportados, en siete días, unos 1.900 kilómetros para reforzar el frente después de la derrota de Chickamauga. Operación en la que se hubieran invertido tres meses por el procedimiento de la marcha tradicional.

Pero la eficacia del ferrocarril como instrumento estratégico quedó demostrada cuando los prusianos invadieron Austria en 1866. En esa contienda los prusianos comenzaron su movilización después que los austriacos, pero podían utilizar cinco líneas de ferrocarril para transportar sus tropas desde las distintas partes de Prusia, en tanto que los austriacos sólo disponían de una línea, que partía de Viena y que no pudieron utilizar eficazmente. Durante la campaña los austriacos también incurrieron en algunos de los errores cometidos por los franceses en 1859 en Italia, al no coordinar el movimiento de tropas y abastecimiento por ferrocarril. Pero los prusianos aprendieron de esos errores y organizaron un «Departamento de Líneas de Comunicación» especial, dependiente del Estado Mayor.

Con la invasión de Francia en 1870 se evidenció la tremenda ventaja del país que contase con una red de ferrocarriles bien desarrollada para la rápida concentración y despliegue de tropas, aunque es cierto que las líneas de abastecimiento se congestionaron en algunos puntos. Así los planes estratégicos pasaron a engranarse con los itinerarios de los ferrocarriles. Los destacamentos ferroviarios se convirtieron en un nuevo cuerpo para los ejércitos. Comisiones mixtas de civiles y militares preparaban las líneas para el empleo militar calculando toda la logística necesaria. Por ejemplo, para los alemanes, un cuerpo de ejército con todos sus pertrechos necesitaba once días de embarque y 117 trenes para ser transportado por una sola línea a 900 km de distancia en nueve días; una distancia que hubiera precisado dos meses de marcha. Pero cuanto menor era la distancia, menor también era la ventaja de este medio de transporte. Recorrer 112 km llevaba ocho días por ferrocarril contando el embarque y sólo cinco por carretera. El tren proporcionaba, por tanto, una ventaja más estratégica que táctica.

No obstante las tropas podían ser transportadas a una velocidad seis veces mayor que la de marcha a pie de los ejércitos de Napoleón, por lo que los principios fundamentales de la estrategia, espacio y tiempo, cambiaron radicalmente. Cuando un país se hacía con un sistema de comunicaciones ferroviarias altamente desarrollado, adquiría importantes y decisivas ventajas de cara a la guerra. La rapidez de movilización y concentración de los ejércitos se convirtió en un factor esencial en los cálculos de futuras contiendas. De hecho el verdadero eje de los planes estratégicos

diseñados por los Estados Mayores ante la expectativa de un posible conflicto estaba formado por los programas de movilización y concentración junto con las primeras órdenes de marcha.

Al iniciarse la Primera Guerra Mundial los ferrocarriles alemanes fueron militarizados y la sección correspondiente del Estado Mayor mandó preparar 225.000 vagones, entre abiertos y cerrados, para cubrir las necesidades del ejército. Todos los planes de movilización se basaban en unos meticulosos horarios del ferrocarril, calculados con toda precisión durante años enteros. En el momento en que se diera la señal millares de trenes estarían preparados y se dirigirían, día tras día, a los lugares previamente asignados. Los horarios eran rígidos y no podían ser alterados sin una preparación que duraría varios meses. Un plan alternativo resultaba imposible, puesto que los horarios no podían ser modificados de la noche a la mañana.

El plan alemán, ideado por el conde Von Schlieffen, que había sido jefe del Estado Mayor desde 1891 hasta 1908, para cercar a los ejércitos franceses mediante un avance a través de Bélgica, descansaba sobre la puntualidad del ferrocarril, puesto que sólo había 120 kilómetros entre las Ardenas y la frontera holandesa. A través de esta brecha tenían que pasar cuatro ejércitos, con un total de 840.000 hombres, y todos ellos se veían obligados a utilizar el único nudo ferroviario de Aquisgrán. Los trenes de tropas no podían concentrarse en esta ciudad, por mucho que se ampliaran sus tendidos de vías; debían salir progresivamente con el fin de dejar vía libre a los convoyes que les seguían. Por consiguiente, en los planes alemanes para la movilización no había altos en la frontera, y el avance por tierras belgas constituía parte integral de la maniobra. En este caso la velocidad unida a la masa sólo se podía traducir en fuerza de combate dejando escasos resquicios a la diplomacia.

Si la velocidad era importante también lo era la masa. «Hoy, todo el que habla de asuntos militares, desde el peor al más grande los oradores lo hace empleando el término masa; la guerra se realiza con masas enormes» (Ardant du Picq, 1988: 115). La masa, en este nuevo tipo de guerra, la iba a proporcionar el recluta. Así, el modelo de soldado por conscripción se irá imponiendo en muchos países en el último tercio del siglo XIX, convirtiéndose en el combatiente característico del período.

A mediados de siglo los prusianos habían avanzado en esta vía. La ley del ejército prusiano de 1814 establecía la norma del servicio obligatorio para todos los hombres comprendidos entre los diecisiete y los cincuenta años, y aunque no se aplicó estrictamente en la práctica, el principio estaba admitido. Pero fue en la década de 1860 cuando su ejército fue renovado en profundidad por el empeño de Von Roon, ministro de la Guerra, de Von Moltke, jefe del Estado Mayor, y Bismarck, primer ministro desde 1862, que impusieron el servicio militar obligatorio a largo plazo y lograron que se invirtiera más dinero en equipo e instrucción,convirtiendo al ejército prusiano en una «escuela de adiestramiento de toda la nación para la guerra».

El servicio a la patria era por tres años desde la edad de veinte; luego, los reclutas servían en la reserva durante cuatro años más, y después ingresaban en la Landwehr o milicia local. El servicio en la Landwehr era por cinco años, y constituía un segundo contingente de reserva. Al llegar la guerra con Francia en 1870, Prusia pudo desplegar en el campo de batalla más de un millón de soldados y oficiales. Con el Segundo Reich el sistema se consolidó y todo alemán, por el artículo 57 de la Constitución, estaba sujeto al servicio militar obligatorio.

En Francia la conscripción comenzó más tarde. En 1866 las autoridades francesas calculaban que, mientras Prusia podía poner en pie de guerra 1.200.000 hombres, la fuerza militar de Francia sólo podría alzar 288.000 soldados, de los cuales habría que extraer contingentes para hacer frente a compromisos en Argelia, Italia y Méjico.

En enero de 1868 se aprobó una nueva ley. En virtud de la misma, 172.000 hombres serían llamados a filas anualmente, para servir cinco años bajo la bandera y cuatro en la reserva, lo que en 1875 debería proporcionar al ejército una fuerza movilizable de 800.000 hombres. Hacia 1870 el ejército francés se componía ya de cerca de medio millón de hombres.

Tras la derrota frente a Prusia vinieron las reformas más profundas de 1872-1873, que pretendían imitar a sus vencedores, instituyendo el servicio general sin sustitución, y adoptando el sistema del voluntariado por un año. Pero el concepto de ejército profesional seguía pesando. El servicio prolongado se consideraba todavía necesario, tanto para moldear a verda-

deros soldados, como para crear un cuerpo en el que se pudiera confiar frente al siempre amenazante *péril intérieur*. Se terminó por adoptar una solución de compromiso por la cual parte de los contingentes anuales permanecían en filas durante cinco años, y el resto de seis a doce meses.

Austria-Hungría también siguió el ejemplo prusiano introduciendo el servicio militar obligatorio en 1868, siendo su duración en activo de tres años, con un consiguiente período en la reserva o en el Landwehr. En Rusia, con las reformas introducidas en 1874, se contemplaba un servicio activo de cinco años y trece en la reserva; pero se aplicaba con modificaciones considerables a los cosacos y a los finlandeses, y no estaba en vigor en Transcaucasia, Turquestán y otras diversas regiones en donde las susceptibilidades locales eran grandes. Casi la única excepción la constituyó Gran Bretaña, aferrada a su tradicional modelo profesional, muy apto para el tipo de servicio colonial. Pero nuestro país no se escapó a esta dinámica y España, a lo largo de su historia contemporánea, contó con ejército de «quintas».

Hasta el siglo XVIII, el sistema de reclutamiento en España se realizaba a través de enganches pagados y levas de vagos, mendigos y marginados. En 1704, la dinastía borbónica, copiando el modelo francés, introdujo el sistema de reclutamiento basado en las «quintas», denominándose así porque se escogía para el servicio una quinta parte de los mozos en edad militar mediante sorteo.

De hecho, el ejército no dejaba de ser una «propiedad» del Rey, y al igual que para él era la quinta parte de lo descubierto y conquistado en las acciones bélicas (el «quinto para su majestad» de las riquezas descubiertas o de las existentes y ya conocidas), la quinta parte de la población que entraba al servicio de las armas eran las «quintas» (los quintos del Rey). Posteriormente, aunque tras la Revolución Francesa apareciera la idea de ejército nacional, en España pudo haber quedado en el sustrato del subconsciente colectivo que los quintos iban a servir al Rey.

Pero el sistema de quintas fue utilizado de forma irregular a lo largo del siglo XVIII. Serán las Cortes de Cádiz en 1812 las que al introducir el concepto de nación española prescriban la obligatoriedad del servicio militar para todos los varones sin discriminaciones, aunque hasta 1837 la dis-

criminación siguió existiendo al quedar excluidas las órdenes privilegiadas, las profesiones liberales, parte del campesinado establecido y la menestralía. La supresión de este privilegio fue, no obstante, acompañada por la posibilidad de acogerse a redenciones y sustituciones con las que se abrían mecanismos de exención del servicio militar para las clases más favorecidas. La ficción política de «todos iguales ante la ley» sólo buscaba enmascarar la realidad socioeconómica. Así los que siguieron nutriendo el ejército fueron los más pobres. Tampoco la unidad nacional operaba, ya que hasta 1876, con la nueva Constitución, el servicio no se generalizó para todo el Estado. En Navarra, Cataluña y el País Vasco el reclutamiento fue voluntario hasta 1833, 1845 y 1876 respectivamente.

La ley de 1856 estableció el marco de referencia de la conscripción hasta 1912. En ella se contemplaba el alistamiento voluntario como el primer medio de atender al reemplazo del ejército, pero disponía que las vacantes por falta de voluntarios fuesen cubiertas por los mozos de veinte a treinta años que se engancharan y reengancharan espontáneamente, estimulando a los jóvenes mediante la concesión de primas. De todas formas, como el alistamiento voluntario no era suficiente, la ley acababa mandando que las bajas se cubrieran con los mozos de veinte a veintidós años que designase la suerte. En 1870, se profundizó en esta idea al declarar obligatorio el servicio militar para todos los españoles al cumplir los veinte años, aunque se seguía permitiendo la «sustitución» y la «redención en metálico» de los quintos que abonasen una determinada cantidad. No será hasta el gobierno liberal de Canalejas cuando se establezca el servicio militar obligatorio para todos los jóvenes varones españoles sin posibilidades de transferencia, pero la implantación efectiva a toda la sociedad no se consiguió hasta entrado el segundo tercio del siglo XX.

La duración de la prestación fue variando a lo largo del tiempo oscilando entre dos y cuatro años de servicio activo, aunque la evolución legal sugiere un progresivo descenso del período activo y, por el contrario, un sucesivo incremento del período de reserva, hasta su definitiva desaparición en aras del ejército profesional.

Este tipo de soldado por conscripción fue el que libró las grandes contiendas del XX. Su eficacia radicó siempre en el número. La forma de recluta universal posibilitaba la movilización masiva entre activos y reser-

vistas, pudiendo tener operativos a millones de hombres. La adopción generalizada de la recluta tuvo una enorme influencia en todas las poblaciones, no sólo en el aspecto militar, sino también en el social y en el político, llegando a constituir un importante factor en la dinámica de las sociedades y en la configuración de las mentalidades colectivas.

Sus limitaciones, no obstante, eran muchas. En primer lugar podríamos señalar la escasa motivación. Por ejemplo en el caso español las quintas fueron siempre vistas por las capas populares como una imposición a los socialmente más desprotegidos, sobre todo en caso de guerra. Perturbaciones como la Semana Trágica de Barcelona (1909) están directamente relacionadas con la protesta por el embarque de quintos al conflicto colonial que se estaba desarrollando en el norte de África. Por eso el soldado de recluta siempre será inseguro bajo la presión del conflicto abierto. El conservador político francés Adolphe Thiers se oponía al reclutamiento masivo alegando que era como «poner un rifle sobre el hombro de cada socialista».

Aunque a despecho de lo que opinaba Thiers, este modelo de ejército prestó mejores servicios, durante décadas, en el plano del adoctrinamiento ideológico y de la estructuración social que en el plano puramente militar. La obligatoriedad de incorporarse a filas suponía una cesura en la vida de los jóvenes reclutas similar a los ritos de iniciación primitivos. La separación del medio familiar y el sometimiento a la disciplina cuartelaria representaba su ingreso en la vida adulta. En el caso del medio rural comportaba además el contacto con el mundo urbano, preparando el proceso migratorio que caracterizó el paso de las sociedades agrarias a la contemporaneidad.

Aunque la conscripción fue tenida por democrática, en opinión de algunos ideólogos de la izquierda como Jean Jaures, realmente proporcionó a los Estados un medio eficaz de control social, no sólo en tiempo de guerra, sino en época de paz. Una vez establecido el servicio militar obligatorio para los jóvenes de una nación, resultaba muy sencillo para un gobierno dar el paso siguiente, colocando a toda la población en estado de servicio. En el aspecto puramente ideológico era un vehículo útil para el adoctrinamiento del recluta en los valores patrios, hecho éste especialmente explotado por gobiernos autoritarios como ocurrió con la «mili» en el período de la dictadura franquista.

El discurso militarista franquista exaltaba el ejército como depositario de lo más genuino de las esencias patrias y, en esta línea, como superior al poder civil. Precisamente, el servicio militar fue el medio más directo y funcional para transmitir esos planteamientos a la sociedad española, educando a los jóvenes en los «valores eternos». La concepción y diseño del servicio militar obligatorio puede por tanto responder a dichos objetivos, convirtiéndose en un instrumento central del militarismo nacionalista para reafirmar a la comunidad «nacional» y uniformizar a la población.

El modelo de tropa que quedó así definido en Europa desde la década de 1870 se ajustaba bien tanto a las ideas napoleónicas como a las caballerescas más antiguas. A los reservistas llamados de nuevo a filas durante unas pocas semanas o meses para realizar maniobras o para participar en un conflicto les podía resultar estimulante dejar atrás las rutinas de la vida, experimentar penalidades y demostrar su valor personal, a la vez que obtener victorias, llegado el caso, y así escribir otra página gloriosa de la historia nacional que todos los niños habrían de aprender en la escuela con maestros patriotas y entusiastas.

Por otra parte este modelo reforzaba a los oficiales en su nuevo papel. La cadena de mando militar conservaba un esquema de sumisión incondicional a un superior social que estaba desapareciendo rápidamente en el mundo civil a medida que las relaciones de mercado se multiplicaban y el empleo al que dedicarse ya no estaba prescrito como antaño. Así los individuos reclutados en el ejército, sobre todo si procedían del mundo campesino, encontraban en la milicia una sociedad más sencilla que la que se estaba desarrollando fuera del cuartel. El soldado raso perdía casi toda su responsabilidad personal al obedecer al oficial como sus padres habían obedecido al terrateniente. La simple obediencia a las órdenes ofrecía una liberación de las ansiedades inherentes a un mundo cambiante, ansiedades que se multiplicaban sin cesar en la sociedad urbana. Por paradójico que pueda parecer, para algunas generaciones de reclutas escapar a la «libertad» del mundo moderno fue a menudo una liberación real, al recrear las viejas relaciones sociales con las que estaban más familiarizados.

Desde mediados del siglo XIX, una clase de oficiales que imitaban los modales de los aristócratas, aun cuando fuesen de extracción burguesa, coexistió en la mayor parte de Europa con una tropa de jóvenes

reclutas que encontraban en la obediencia una solución atractiva a algunos de los dilemas que planteaba una sociedad en proceso de industrialización. En ese sentido la oficialía también sufrió una profunda transformación tanto social como profesional. Los oficiales no podían seguir extrayéndose casi exclusivamente de las clases más elevadas como en el siglo XVIII y en todos los ejércitos se siguió el camino emprendido por Francia desde la Revolución en el que la aristocracia de sangre perdió el monopolio del mando.

En Alemania, a medida que crecía el número de soldados, tuvieron que ser admitidos en la oficialía los miembros de la clase media para quedar integrados en el ejército regular como profesionales de las armas. Pero los nuevos mandos no sólo aportaron un elevado grado de eficiencia militar, sino que olvidando su origen social pronto imitaron las maneras y actitudes de la nobleza con la que ahora tenían el privilegio de convivir.

Algo parecido ocurrió en Francia durante la Tercera República, donde la oficialidad fue adquiriendo un carácter cada vez más aristocrático y *bien pensant*. Contribuyó a ello el que un buen número de los miembros de las viejas clases superiores se vieron obligados a abandonar sus propiedades, —por la depresión agraria de la década de 1870— y volvieron a incorporarse al servicio de las armas. De este modo el ejército francés llegó a adquirir, entre 1880 y 1900, muchas de las características de una casta aristocrática.

En cuanto a los austriacos o los rusos, los cambios suscitados por la expansión del ejército fueron parecidos. De los cuatro baluartes tradicionales de estas monarquías —la Iglesia, la nobleza, la burocracia y el ejército—, la eficacia de los dos primeros se había ido desvaneciendo a medida que el siglo se acercaba a su fin, aumentando, en cambio, la del último. La oficialía también se abrió en estos países a las clases medias pero se recordaba repetidamente a sus miembros la posición especial en que se encontraban, por encima de toda nacionalidad y clase social, como pilares fundamentales del trono imperial.

Así, al colocar a la masa de la población bajo el control e instrucción de leales cuerpos de oficiales, se conseguía un instrumento eficaz frente a la democracia y el radicalismo que amenazaban los cimientos mismos en

los que se basaban las estructuras sociales de estas monarquías. Y en Francia, en donde el régimen era republicano, el efecto era parecido al confiar al ejército la custodia de los ideales del orden y la tradición.

No obstante, las exigencias de la guerra moderna, cada vez más tecnificada, obligó a proporcionar a los mandos una preparación adecuada a su actividad. Fue en estos años cuando se consolidaron como institución las academias militares. Éstas y los colegios de la misma naturaleza para la formación de oficiales habían existido mucho antes de 1870, pero sin gozar más que en raras ocasiones del prestigio y el apoyo estatal que comenzaron a tener por estas fechas.

El Colegio Militar de Sandhurst en Inglaterra había sido creado en 1802, la escuela Militar de Saint-Cyr en Francia había sido fundada en 1808, la Kriegschule prusiana funcionaba desde 1810, y West Point en EE. UU. en 1802, junto con otras entidades parecidas en distintos países. Pero sólo en el último tercio del siglo la atmósfera lánguida que había caracterizado a estos centros desapareció. Las exigencias para el ingreso se hicieron mayores, los libros de estudio más complejos y la preparación requerida más completa. Así el ejército se convirtió en una carrera profesional más y el oficial se vio obligado a ser menos el caballero de antaño y más el técnico de la moderna sociedad industrial.

Gracias a la adopción del reclutamiento por todas las grandes potencias de Europa, con la excepción única de Gran Bretaña, el número de hombres bajo las armas fue aumentando progresivamente. En 1874 Alemania contaba con un ejército regular de 420.000 hombres y un contingente dispuesto para caso de guerra de 1.300.000. En 1897 el ejército regular no había aumentado más que en un tercio, sumando 545.000 hombres, pero el contingente bélico disponible de 3.400.000 casi se había triplicado.

Dentro del mismo período las reservas humanas en Francia subieron de 1.750.000 a 3.500.000; las austriacas de 1.137.000 a 2.600.000, y las rusas de 1.700.000 a 4.000.000; aunque las dificultades de movilización indujeron a Rusia a mantener en armas un ejército regular de alrededor del millón de hombres. En conjunto, el número de soldados que las grandes potencias de Europa podían poner en el campo de batalla creció en este periodo en cerca de diez millones.

La masa, sin embargo, no podía traducirse en ventaja sin una eficiente organización. La instrucción, movilización y despliegue de tropas, así como su abastecimiento presentaban inmensos problemas. Las dificultades de una rápida movilización eran enormes, ya que no consistía simplemente en llamar a filas a los reservistas para que se incorporaran a sus antiguos regimientos; implicaba la creación de nuevas formaciones, y de una red de servicios que en tiempo de paz no estaban activos.

El método adoptado por todos los Estados para salvar estos escollos fue el aplicado por Prusia consistente en la descentralización. Así la movilización pasaba a ser responsabilidad de los mandos territoriales, cada uno de los cuales debía efectuar la llamada a filas, procurar el suministro de equipos y el envío a la zona de concentración de un cuerpo de ejército. Cada zona poseía una lista de reservistas al día, depósitos de material, armamento y municiones preparados a tal efecto. Los reservistas eran llamados por telegramas personales que se encontraban preparados y pendientes solamente de ponerles fecha. También se recurría al anuncio público por medio de carteles tan pronto como se recibían las instrucciones del Ministerio de la Guerra.

Al comenzar el siglo XX los alemanes se ufanaban de que sus fuerzas armadas podrían estar dispuestas para comenzar las hostilidades en menos de dos semanas a partir del día del decreto de movilización. Los franceses calculaban un tiempo aproximadamente igual, mientras que las peores comunicaciones dificultaban el proceso en los Estados de la Europa oriental.

En el inicio de la Primera Guerra Mundial los ejércitos europeos se basaban en los principios de velocidad, masa e ímpetu que dependían, a su vez, de la hábil utilización de los ferrocarriles para reunir y desplegar tropas y pertrechos. La masa exigía un ejército de conscripción, reforzado en tiempo de guerra con reservistas. A pesar de su número estos ejércitos resultaban relativamente baratos puesto que a los reclutas no se les pagaba más que una miseria. Simultáneamente, la maquinaria para la producción en serie de armas ligeras había hecho accesible el coste del equipamiento para estos enormes contingentes. El crecimiento demográfico y el efecto de la Revolución Industrial había generado un nuevo modo de concebir la guerra.

Dilemas tácticos

El perfeccionamiento de las armas de fuego y la recluta generalizada forzosamente debían influir en la estructura de los ejércitos y en las tácticas que podían desplegar. El gran número de hombres que ahora se podían movilizar hizo que los Estados Mayores pasaran a manejar unidades superiores a la división, apareciendo así los cuerpos de ejército. Un cuerpo de ejército tipo constaba de dos divisiones de infantería, compuesta cada una por una brigada de caballería y cuatro regimientos de infantería, a los que se sumaban dos de artillería, uno de campaña, y otro de artillería pesada. El armamento al terminar el siglo era igualmente uniforme: la infantería estaba equipada con rifles de repetición de 8 a 9 mm; la artillería de campaña con cañones de 75 mm y la artillería de sitio con cañones, morteros y obuses de 150 y 210 mm. Dentro del cuerpo de ejército figuraban también servicios tradicionales de ingenieros, intendencia y médicos. Pero las innovaciones obligaban a la creación de otros nuevos como unidades de transmisiones, destacamentos ferroviarios, globos de observación, unidades de ciclistas y todo el aparato burocrático administrativo necesario para mantener unos 30.000 hombres en campaña.

Los Estados Mayores velaban continuamente por el adiestramiento y puesta a punto de las unidades, quedando establecidas, de modo regular, la realización de grandes maniobras que servían como entrenamiento, así como para detectar y corregir posibles fallos. Estos ejercicios tácticos también cumplían la función de exhibir el potencial bélico ante posibles adversarios o de afirmar las pretensiones de soberanía sobre las zonas en las que se desarrollaban. El asesinado del Archiduque Francisco Fernando, que precipitó el inicio de la Primera Guerra Mundial, tuvo lugar al finalizar una de estas maniobras en territorio reivindicado por el nacionalismo servio.

La eficacia de las nuevas armas de fuego fue limitando progresivamente la actuación de la caballería. En la Guerra Civil americana los jinetes se vieron pronto reducidos a luchar desmontados, pero el cuestionamiento de la caballería en el campo de batalla fue resultado de la experiencia en la Guerra Franco-prusiana de 1870. Una simple descarga de la infantería alemana, armada aún con el ya anticuado fusil de aguja, deshizo la carga de la caballería francesa en Sedán. No obstante, estas tropas no aceptaban en ninguna parte su caducidad y seguían considerando que su papel

continuaba siendo básicamente el mismo que en los días de Napoleón I: la carga que daba el *coup de gráce* a la batida infantería y la persecución que podía transformar una retirada en derrota. Su resistencia se tradujo finalmente en adaptación, viéndose obligada la caballería a asumir funciones de reconocimiento o la realización de profundas incursiones para interrumpir las comunicaciones enemigas.

Pero la tradición y el sentimentalismo influían de tal manera en estas aristocratizadas tropas que un cuestionamiento de plano respecto a su eficacia en el combate tenía implicaciones que transcendían la esfera puramente militar. Por eso los ejércitos europeos mantuvieron aún durante más de medio siglo una gran fuerza de caballería, y durante la guerra de 1914-1918 sus dirigentes continuaron alimentando en vano su ilusión de repetir las decisivas cargas y las persecuciones de tiempos pasados.

Esta nostalgia del pasado se manifestó también en otras muchas cuestiones dando como resultado la mezcla de elementos modernos con otros antiguos. Por ejemplo el infante francés aún comenzó la Gran Guerra vistiendo el uniforme con pantalón rojo, lo que lo convertía en un magnífico blanco en la distancia. Los británicos habían cambiado sus casacas rojas por el caqui en la guerra con los boers, y el ejército alemán había adoptado ya un uniforme verde grisáceo que favorecía el mimetismo con el terreno; sin embargo sus soldados aún portaban el casco de cuero con espigón que sólo fue sustituido por uno liso de acero en 1915.

Los grandes cambios en la táctica vinieron dados por la precisión, el alcance y la velocidad de tiro en el armamento ligero, que hicieron necesaria la mejora de la artillería aumentando su potencia, lo que exigió a su vez el cambio en el modelo de fortificación. Mucho antes de 1870 se sabía ya que el sistema de bastión resultaba anticuado frente a los cañones rayados con un alcance de 1.500 metros. Había que disponer defensas exteriores cada vez más alejadas del lugar defendido, para mantener a distancia a los cañones enemigos, y como la construcción de un recinto continuo era a la sazón costosísima, se recurrió a la cadena de fuertes separados.

El nuevo sistema alcanzó su mayor perfección en las defensas de Amberes (comenzadas en 1859), que formaban un recinto «poligonal» de 14 kilómetros, con una ciudadela en el lado norte y 14 fuertes separados.

París también había sido fortificada siguiendo este principio de fuertes exteriores, como Issy, Vanves y Montrouge. Pero los fuertes no salvaron a la capital del bombardeo directo por los morteros Krupp de 210 mm en 1871.

Los fortines tuvieron que ir adelantándose cada vez más respecto de la fortaleza madre hasta llegar en 1898 a un diámetro mínimo de 18 km, área que se consideraba como segura. También se introdujo como nuevo material en las fortificaciones el resistente y maleable hormigón. Pero el sistema de fuertes separados no podía competir con el progreso de la artillería y de las granadas explosivas, y durante la década de 1890 el general belga Brialmont se dedicó a buscar nuevas soluciones basadas en grandes líneas fortificadas.

Estas líneas defensivas se componían de un entramado subterráneo que afloraba al exterior con cúpulas acorazas y giratorias diseminadas por el perímetro defensivo. Al concluir el siglo, las fortalezas de Amberes, Verdún, Posen y Lemberg constituían los centros de redes de fortificaciones, en gran medida invisibles, que se desplegaban en centenares de kilómetros cuadrados, y que exigían tanto para su construcción como para su mantenimiento una gran parte del presupuesto de guerra.

Sin embargo costó descubrir, por su sencillez, el método defensivo más eficaz ante las nuevas realidades del combate. En 1877, en el marco de la Guerra Ruso-Turca, Osman Pachá impidió el avance ruso en Plevna durante cinco meses mediante vulgares trincheras. El general turco se hizo fuerte en Plevna con 25.000 hombres y mandó fortificar las colinas. Las posiciones turcas se extendían sobre 35 kilómetros. Los reductos tenían en su parte delantera trincheras y abrigos escalonados, con terraplenes muy inclinados y ramales laterales y traseros. La red la componían 3 o 4 líneas de defensa en profundidad.

Aún no estaban terminados los trabajos cuando los rusos iniciaron un ataque con 35.000 hombres y 170 cañones, pero los defensores se plegaban sólidamente al terreno. Provistos de 600 cartuchos por hombre, los turcos efectuaban un tiro intenso, sin apuntar, con un alcance de hasta 2.000 metros; a veces no comenzaban hasta los 300 metros y después disparaban sin tregua durante el repliegue de las formaciones rusas, desarti-

culadas por un fuego tan mortífero. La resistencia se mantuvo hasta que los turcos abandonaron la plaza faltos de víveres y municiones.

La inesperada defensa de Plevna sorprendió a los tácticos e ingenieros militares y enseñó que la respuesta eficaz al rifle de retrocarga e incluso a la artillería era la pala y la zapa. Durante un tiempo se pensó que si la pala era la respuesta al rifle, la granada, el obús y el mortero serían la contestación de la artillería a la pala. Pero ningún avance de la artillería pudo contrarrestar la enorme ventaja que la pala y el rifle daban a la infantería en la defensa. Al terminar el siglo se aceptaba como una cosa normal el que la infantería se atrincherara al ponerse a la defensiva, llegando a ser usual que los soldados llevasen en su equipo personal una herramienta para cavar.

Realmente las tácticas tradicionales ya habían sido cuestionadas en la Guerra Civil americana: en ella habían desaparecido las sólidas formaciones de infantería propias del pasado, se había descartado también la acción de la caballería contra la infantería, la pala se convirtió en utensilio útil en el combate, y habían ya hecho su aparición los parapetos y los pozos de tirador. Sin embargo, los mandos europeos fueron incapaces de extraer rápidas conclusiones. Plevna dejó perplejos a los tácticos al hacer patente que una infantería que asaltase posiciones defensivas, aun cuando lograra atravesar intacta el cinturón de los 3.000 metros, en donde el fuego de la artillería tenía su máxima eficacia, tendría que cruzar otros dos mil en las que sería segada por los rifles de un enemigo atrincherado e invisible.

La cuestión se convirtió en un problema teórico. Muchos se preguntaban si una infantería atrincherada podría resultar vulnerable a un asalto realizado por otros infantes adversarios que avanzasen en campo abierto. Las dos respuestas oficiales eran, según el reglamento alemán, un avance tan lento y bien preparado que podía durar varios días. Según el mando francés todo se confiaba a la tradicional moral y *élan* de su infantería capaz de superar todos los obstáculos. Ambas nos indican la pobreza teórica del período.

Aunque lo cierto es que las cuestiones militares despertaron un interés generalizado y en la segunda mitad del siglo se produjo una profusa literatura, profesional y aficionada, que iba desde extensos diccionarios

militares y estudios en múltiples volúmenes a innumerables panfletos, pasando por revistas especializadas. Los Estados Mayores europeos crearon secciones históricas que publicaban análisis detallados de las guerras pasadas y contemporáneas, en tanto que sus departamentos de información y topografía recopilaban datos igualmente precisos acerca de los recursos y las fuerzas de sus potenciales aliados y adversarios, apoyados en esta tarea por rudimentarios sistemas de espionaje cuya contribución bien puede decirse que ayudaba más a la literatura imaginativa que al mando militar.

De entre los autores que podríamos denominar como «aficionados» cabe destacar las aportaciones hechas por Engels, el compañero de Marx. A través de colaboraciones en la prensa y en otro tipo de publicaciones, Marx y sobre todo Engels (1968) se interesaron por las cuestiones militares, analizando desde una óptica materialista e histórica algunos aspectos de los grandes conflictos de su tiempo. La agudeza a la hora de enjuiciar los cambios que se estaban operando, tanto en lo tecnológico como en lo social, siguen siendo apreciables y contribuyen a comprender mejor las orientaciones que en el terreno político adoptaron los partidos socialistas a finales del siglo.

En esta línea se debe destacar la aportación hecha por el líder del socialismo francés Jean Jaurés con su obra *L'Armée nouvelle* (Jaurés: 1910/1932). Jaurés, que sería asesinado por sus ideas pacifistas al inicio de la Primera Guerra Mundial, realiza un enorme estudio sobre la historia del ejército creado por la Revolución Francesa, aunque su propósito último era apoyar la creación de un ejército popular. El ejército de recluta constituía para el socialista francés la institución que mejor plasmaba la igualdad social. Sin duda la conscripción obligatoria que se estaba produciendo en casi toda Europa era el punto de partida para su análisis. Retomando la vieja idea del soldado-ciudadano, Jaurés consideraba que el origen y la inspiración del ejército moderno eran democráticas y nacidas de las grandes revoluciones burguesas.

Para Jaurés, el ejército popular era pues el arma de la democracia y como tal sólo lo concebía como defensivo, aunque eso no implicaba que fuera vigoroso en la respuesta en caso de necesidad. Para su constitución preconizaba una instrucción inicial de cinco o seis meses para todos los

ciudadanos, seguida de cortos períodos en el curso de los cuales esa instrucción se renovaría constantemente y se completaría. Aunque sobre todo insistía en evitar que el ejército apareciera como una casta separada de la nación y, menos todavía, como el instrumento del poder conservador. También abogaba por hacer comprender al proletariado la nobleza de la milicia ofreciéndole los medios para acceder a la oficialía. Algunas de sus reflexiones serán retomadas o reinterpretadas por distintos ejércitos a lo largo del siglo XX, de ahí la modernidad de su obra en el momento en que fue escrita.

El teórico más eminente en los años previos a la guerra del 14 fue el general Foch, que en su obra *La doctrina francesa de la guerra* basará sus teorías sobre esas mismas ideas expuestas de modo más académico. Foch consideraba la guerra moderna como un desafío al que se enfrenta toda la nación y la respuesta no podía ser otra que la guerra absoluta. Condenaba la teoría de la victoria sin batallas y rememoraba a Clausewitz al afirmar que la victoria sólo se alcanza pagando el precio de la sangre. Realmente el general francés seguirá soñando con la batalla decisiva, planteada por sorpresa con el máximo de medios y en el instante oportuno. Con estos planteamientos se oponía a la «batalla paralela», esa batalla oscura que los subordinados riñen a lo largo de todo el frente. A ese tipo de confrontación, que era la batalla de desgaste, lo consideraba como una forma de combate inferior. Como la mayoría de sus contemporáneos, Foch no comprendió el sentido exacto de la moderna potencia de fuego de las nuevas armas y cuando se vio inmerso en la Primera Guerra Mundial, lo que precisamente se encontró fue con los frentes detenidos y con las batallas de desgaste que tanto despreciaba.

Los alemanes también apostarán por la guerra ofensiva pero la concebirán más como una maniobra envolvente que como un choque frontal. Siguiendo la obsesión de Moltke de estudiar el caso concreto más que un sistema en abstracto, Von Schlieffen, jefe durante años del Estado Mayor Central, ideará el plan con el que los alemanes entrarán en guerra en 1914. Gran estudioso del combate en Cannas, soñaba también con una batalla de aniquilamiento y estaba verdaderamente fascinado por el comportamiento de Aníbal que con sus 50.000 hombres había sabido vencer a los 80.000 de Varrón, extendiendo su frente con objeto de constituir dos masas de

maniobra destinadas a desbordar al enemigo por ambas alas y a caer sobre su retaguardia. De hecho su estudio sobre Cannas se puede considerar obra capital del pensamiento militar alemán en vísperas de la guerra y el plan de ataque a Francia que él ideó, violando la neutralidad belga para envolver por el flanco al grueso del ejército francés obligándole así a rendirse en pocas semanas, no era otra cosa que una recreación a gran escala de esa batalla antigua.

Sólo cuando las teorías francesas y alemanas choquen, en agosto de 1914, con la ametralladora, la trinchera y la alambrada se podrá apreciar la pobreza del pensamiento militar anterior a la guerra. La única aportación desde este campo que influirá poderosamente en los conflictos del futuro vendrá del otro lado del océano y será un alegato al poderío naval.

En vísperas de la masacre

El vapor que había puesto en marcha la Revolución Industrial tardó en llegar al mar. Fue en la segunda mitad del siglo XIX cuando la hélice empezó a mover los primeros barcos en Francia e Inglaterra. Pero hasta 1870 la marina británica no abandonó la vela por completo, aunque por esas fechas casi se habían duplicado los caballos de vapor en un buque, y las flotas de guerra no podían ser indiferentes a los adelantos técnicos.

En 1837 la armada francesa había introducido cañones que disparaban granadas en lugar de proyectiles sólidos, lo que convertía en mucho más vulnerables los barcos de madera. La lógica contramedida fue la protección de los buques con blindajes. En principio se trató de recubrir el casco con un cinturón de hierro de un determinado grosor y fueron los franceses los pioneros al empezar en 1857 a construir una flota acorazada por ese procedimiento. Los dos primeros buques de guerra acorazados fueron el francés *La Gloire* y el británico *Warrior*.

Este último consagró la definitiva ruptura con el pasado ya que supuso el abandono de la madera como materia prima para su construcción. Hemos de tener en cuenta que el hierro abundaba en la Inglaterra industrializada mientras que la madera no. Con la botadura del *Warrior* en 1859 Inglaterra lanzó al mar su primer barco de guerra construido en hierro.

Francia fue más lenta en abandonar los navíos de madera acorazados que había contribuido a introducir y que servían adecuadamente a sus más limitados propósitos navales. Fue en 1872, después de la guerra, cuando en su primer programa de construcción naval, Francia adoptó también el hierro como materia prima. Después de esto, la madera fue prácticamente abandonada, y las crecientes industrias metalúrgicas del continente prosperaron con los contratos de los armadores.

Estos primeros acorazados contribuyeron a acrecentar la potencia de los cañones con el fin de contrarrestar la coraza, pero esto obligaba a aumentar el tamaño de las piezas y a localizarlas en cubierta. Esta nueva ubicación de la artillería naval condujo al diseñó de la torreta giratoria y armada. El combate librado en Hampton Roads durante la Guerra Civil norteamericana, en 1862, entre el *Merrimac* y el *Monitor*, fue el primer encuentro entre naves acorazadas y demostró el valor de la torreta giratoria al posibilitar el disparo en 360º.

Pero el peso de los cañones en la década de 1870 siguió aumentando desde cinco toneladas a ochenta. Las mayores cargas explosivas hicieron necesario primero el que se reforzara la culata de las piezas, y también una mayor longitud del cañón lo que obligó al Almirantazgo británico a abandonar los cañones de avancarga a los cuales se mantuvo fiel hasta 1880.

Por estas fechas aparecieron otras tres invenciones en el dominio de la guerra en el mar. En 1855, Rusia experimentó por primera vez el uso de las minas flotantes que dieron un buen resultado en la Guerra de Crimea. En 1864, durante la Guerra Civil norteamericana, los pequeños semisumergibles del Sur, llamados «David», causaron daños a la navegación norteña. Pero estos primitivos modelos de submarino debieron ser muy perfeccionados antes de alcanzar un relativo grado de operatividad. Primero fue el invento holandés, en 1877, del timón horizontal y luego el desarrollo de la batería de acumuladores para la utilización de energía eléctrica lo que permitió que, en 1899, Francia pusiera en marcha el *Gustave Zédé*, un navío capaz de desarrollar una velocidad de ocho nudos a una profundidad de 18 metros, al que podemos considerar el primer sumergible concebido como un arma de guerra.

También en 1856 Arthur Whitehead había patentado el primer torpedo. Tras numerosas rectificaciones, en 1877, los rusos lo emplearon con

éxito contra los anticuados barcos turcos, y el torpedo quedó así integrado en la nueva guerra naval. Estas invenciones fueron explotadas inicialmente por potencias navales inferiores, y luego fueron adoptadas por las grandes. Mientras la guerra naval iba así transformándose, Gran Bretaña mantenía su posición de primera potencia marítima.

Al terminar el siglo, los barcos de guerra tenían de 14.000 a 15.000 toneladas de desplazamiento, podían navegar a unos 18 nudos y montaban cañones 150 ó de 235 milímetros con un enorme poder destructor y un alcance efectivo de 3.600 metros.

Frente a estos barcos la flota más débil, una vez localizada, apenas si podía mantenerse en el mar. En 1898 la armada americana en Manila y Santiago enfrentada a los viejos buques españoles demostró que era posible infligir una derrota total sin ni siquiera acercarse a la flota enemiga. Los navíos más rápidos, los mejor acorazados, los de más potentes cañones y los más disciplinados serían los que obtendrían la victoria.

La Royal Navy ya tenía esta certeza y había comenzado a trabajar para no perder la hegemonía de los mares de la que había gozado a lo largo del siglo. Para ello se proponía mantener una armada equivalente a la de las flotas combinadas de las dos potencias marítimas que la siguieran en importancia. Para llevar a efecto esta política se aprobó en 1889 el *Naval defence act*, un paso que dio lugar a una carrera de armamentos de una intensidad totalmente nueva.

El desarrollo técnico y los temores alimentados por las tradicionales rivalidades coloniales bastaron para dar el pistoletazo de salida a la carrera naval con la que dio comienzo el siglo XX. Si los gobiernos de las grandes potencias iban a dar a su comercio la protección a que tradicionalmente estaba acostumbrado, habrían de contar con poderosas flotas y éstas necesitarían de bases de aprovisionamiento si se quería que los barcos estuviesen dispuestos para la acción en aguas distantes. Esas bases de aprovisionamiento exigían, a su vez, intensificar las políticas expansivas para hacerse con el control de los enclaves estratégicos. Por esta razón, la carrera naval procedió no sólo de los círculos militares encargados de las cuestiones de seguridad, sino que fue demandada también por los múltiples intereses comerciales y financieros de la Europa occidental y de los Estados

Unidos. A todo esto se unió la presión de las grandes industrias navieras, metalúrgicas y de armamentos en favor de una política que no sólo protegía los intereses nacionales sino los suyos propios.

Fue entonces cuando apareció la obra del almirante americano Alfred Mahan. En 1890 Mahan publicó las conferencias sobre la influencia del poderío marítimo en la historia que había dado en el Colegio naval de los Estados Unidos. Éstas consistían en su mayor parte en un concienzudo análisis de las tácticas y la estrategia de la guerra naval en los siglos XVII y XVIII, pero contenían generalizaciones acerca del poderío marítimo y de su relación con la prosperidad nacional.

Las expresiones de Mahan tenían un halo magistral y convincente eso facilitaba que fueran citadas con frecuencia y que sus conferencias fueran pronto traducidas a otros idiomas. Pero sobre todo respondían a las necesidades de expansionismo económico de las grandes potencias. Las tesis de Mahan eran tremendamente claras y simplistas. Sin una marina no puede haber comercio. Y el comercio y la marina necesitan bases en ultramar. Por tanto el control de los mares es el principal de los elementos materiales del poder y la prosperidad de las naciones.

En los Estados Unidos el libro *La influencia del poder naval en la historia* (1890/2007) convirtió rápidamente a los industriales —que recibirían los encargos del gobierno— en entusiastas devotos de Mahan; también se sumaron al coro de admiradores los comerciantes que abrían los mercados del Extremo Oriente. Y el público en general, consciente del claro destino de América como gran potencia, acogió así mismo con fervor las ideas del almirante.

Otro de los grandes seguidores de Mahan surgió al otro lado del Atlántico y éste fue el kaiser del Imperio alemán. Guillermo II devoraba a Mahan, y había puesto traducciones suyas a bordo de todos los navíos de la armada alemana. En 1892 concedió a su jefe del Estado Mayor Naval, almirante Tirpitz, el derecho de acceso directo como consejero. Este fue el primer paso para convertir a Alemania en una gran potencia naval, lo que implicó una completa ruptura con su tradición militar.

Fue así como el siglo XX se inauguró con la decisión alemana de construir una formidable flota de combate, y los ingleses no tardaron

mucho tiempo en llegar a la conclusión de que ésta estaría dirigida principalmente contra ellos, aunque estos dos países no fueron los únicos en sumarse a la carrera naval.

Hasta la década de 1880 los Estados Unidos no sintieron la necesidad de unirse a la costosa competición de acorazados que obsesionaba a las potencias de Europa. La ausencia de intereses ultramarinos, la confianza en su aislamiento, la obsesión por los asuntos internos contribuyeron en conjunto a retrasar su desarrollo naval. Hasta 1883 la marina estadounidense estuvo formada por barcos de madera; e incluso los tres navíos de acero botados aquel año eran cruceros ligeros que iban provistos de todo el aparejo. Que esta armada era inadecuada para sus intereses se puso de manifiesto cuando las repúblicas de América del Sur comenzaron a adquirir navíos modernos en los astilleros europeos que podían poner en fuga a toda la flota estadounidense. Fue esta razón la que llevó a los norteamericanos a dotarse de una poderosa armada.

En 1906 Gran Bretaña botó el primer acorazado con propulsor a turbina y equipado exclusivamente con cañones de gran calibre: el *HMS Dreadnought*. El buque era revolucionario, por cuanto disponía de diez cañones de 305 mm, dos en cada una de las cinco torres del acorazado y aptos para abrir fuego en cualquier dirección con un alcance considerable. Los expertos en artillería habían observado que si un acorazado podía enfrentarse con un adversario a una distancia realmente grande, de nada servían los cañones de 152 y de 234 mm, por eso, dado el enorme alcance ahora posible con los cañones de 305 mm (13.000 m o más), sólo resultaban útiles las piezas de calibre más elevado.

La nueva unidad del *Dreadnought* inglés superaba todos los otros tipos de navíos existentes, pero también Alemania sabía construir dreadnoughts. En la marina alemana, los viejos pre-dreadnoughts fueron muy pronto definidos como *fünf-minuten-Schiffe* («navíos de cinco minutos»), o sea, capaces de sobrevivir sólo cinco minutos a las salvas de un dreadnought. De esta forma, la carrera naval podía empezar de nuevo casi a partir de cero con la construcción de estos enormes buques. Así, aunque los grandes acorazados iban a desempeñar un papel secundario en la guerra que se avecinaba, su construcción por parte de potencias rivales contribuyó a aumentar la tensión y a preparar el camino a la misma.

En los años que precedieron al estallido de la Primera Guerra Mundial, dos conflictos de envergadura atrajeron la atención de los Estados Mayores: la guerra librada por los británicos en Sudáfrica con los bóers y la que enfrentó al Imperio ruso con Japón, nueva potencia emergente en Asia. En ambas confrontaciones se produjeron hechos que anunciaban algunos de los rasgos que iba adquirir la guerra en el siglo XX, aunque ninguno de ellos fueron tenidos inicialmente en cuenta por los futuros beligerantes.

La segunda guerra de los bóers —llamada entre los afrikáners la «Segunda Guerra por la Libertad»— enfrentó a un pequeño ejército de granjeros contra todo el poderío militar del Imperio británico. Era evidente que, al final, Gran Bretaña se alzaría con la victoria, pero sólo después de que los efectivos implicados en el conflicto aumentaran hasta 450.000 británicos, que luchaban con los 25.000 bóers que todavía quedaban en el campo de batalla en 1902.

Algunos de los rasgos de esta guerra se recrearán muchos años después, por ejemplo el numeroso contingente de la fuerza expedicionaria combatiendo en un territorio alejado miles de kilómetros del país de origen, en un medio relativamente desconocido y frente a un ejército formado por milicias civiles. El choque entre soldados profesionales y guerrilleros que dominan muy bien el territorio en el que combaten será un tipo de lucha que se dará con frecuencia en la segunda mitad del siglo XX.

En el plano puramente táctico la eficacia de la lucha guerrillera perpetrada por los bóers, que eran magníficos tiradores y estaban armados con excelentes fusiles alemanes máuser, causó estragos entre los ingleses minando su moral, como ocurrió en Spion Kop. En este encuentro, bajo el sofocante calor tropical de un día de verano, unos 2.000 hombres de infantería británica, apiñados al descubierto y sin agua en el reducido espacio de la cima de una colina, fueron hostigados desde los picos circundantes y recibieron una lluvia de balas de los fusiles de los bóers, que les causaron unos 1.000 muertos o heridos entre oficiales y soldados, incluido el primer comandante al mando. Los datos completos de la batalla no fueron revelados al público británico, introduciéndose la censura militar, otro elemento de la guerra actual que muy pronto se haría frecuente en la medida en que crecía el consumo de prensa y la influencia de la opinión pública.

La guerra ruso-japonesa tuvo una naturaleza y una escala totalmente diferentes al conflicto anglo-bóer. En primer lugar podemos señalar el empleo masivo del ferrocarril. Los rusos no tenían otra línea de comunicaciones que el tren Transiberiano que debía cubrir, desde la frontera rusa hasta Mukden, en Manchuria, unos 6.000 kilómetros. El tráfico inicial fue de seis trenes de ida y vuelta al día pero aumentó progresivamente hasta llegar a los 16 trenes diarios. Esta estrecha vía de comunicación resultó desde el primer momento vital porque sólo a través de ella se podía alimentar y hacer combatir a casi un millón de hombres.

Los japoneses, que tenían más próximas sus bases de aprovisionamiento, tuvieron, no obstante, que enfrentarse a otras dificultades ya que las estaciones de avituallamiento, al final de las líneas férreas, distaban cientos de kilómetros de las tropas en acción. Hubo que recurrir a primitivos medios de transporte en zonas en las que las carreteras eran prácticamente inexistentes. Así, la llamada «ruta de los mandarines» era una verdadera marisma en la época de las lluvias. Esta campaña sirvió para poner al descubierto la necesidad de una estrategia de movilidad basada en un nuevo medio de transporte: el automóvil, que se convertiría en crucial en futuros conflictos.

Entre las innovaciones tecnológicas introducidas por el ejército japonés cabe destacar la telegrafía sin hilos inventada por Marconi, llamada a tener un gran futuro. Estos nuevos telégrafos instalados en embarcaciones pesqueras sirvieron para transmitir los mensajes procedentes de una vasta y eficaz red de espionaje, en la que participaban hasta oficiales japoneses sirviendo como criados en elevados círculos rusos. En el frente los japoneses adoptaron también el teléfono de campaña para las operaciones terrestres, mientras que reservaban principalmente la telegrafía sin hilos para la comunicación por mar.

Así mismo en el combate directo se utilizaron por primera vez grandes reflectores eléctricos que permitieron realizar operaciones nocturnas en pequeñas zonas del frente. La ametralladora Hotchkiss, de refrigeración por aire y de fabricación austríaca, fue empleada por los japoneses, y los rusos utilizaron así mismo diversos modelos de este tipo de arma, dando como resultado que el número de bajas cosechado por las ametralladoras a lo largo del conflicto se elevara a casi la mitad de todas las contabilizadas.

También se pudo apreciar la eficacia del fusil de combate de pequeño calibre. La utilización de la pólvora sin humo, consistente en gránulos de una mezcla de nitroglicerina y algodón-pólvora, permitía dejar tan pocas huellas sobre la posición del soldado que resultaba casi imposible detectar al tirador. Pero la ventaja más importante que ofrecía este nuevo propelente era su combustión lenta, que impulsaba una bala de pequeño calibre con un alcance superior y una velocidad mayor que las de los fusiles tradicionales.

En 1886, Francia adoptó el fusil de repetición Lebel, de sólo 31 mm de calibre. Los japoneses durante la guerra utilizaron el modelo Arisaka, también conocido como «Meiji Año 38», al haber sido fabricado durante el trigésimo octavo año del reinado del emperador Meiji. Su bajo calibre permitía dotar al soldado de casi el doble de munición. Estos nuevos fusiles de ánima pequeña tenían un alcance de 2.700 metros, eran menos pesados pero igual de efectivos, lo que significaba que la infantería, convenientemente resguardada, podía mantener a las piezas de campaña a una distancia más respetable.

Ambos ejércitos pudieron confirmar lo que ya se teorizaba, que la única defensa contra el fusil y la ametralladora sólo la ofrecía la azada. Al hacer su aparición las lluvias de otoño en 1904, las fuerzas oponentes quedaron situadas cara a cara en un vastísimo frente de trincheras paralelas y tras formidables laberintos de enmarañadas alambradas. Esta estabilización de los frentes supuso que se formaran una sucesión de hasta tres líneas de trincheras-refugios, parapetos elevados o trincheras profundas, según el terreno. Estos frentes estáticos vieron nacer los turnos de las unidades en el sector, con tres clases de servicios: en línea, en reserva y en los vivacs. Caminos militares con puesto de control, ferrocarril de campaña, cocinas rodantes... En definitiva exactamente todo lo que la estabilización de los frentes obligará a los Estados Mayores a «volver a descubrir» en la Primera Guerra Mundial.

También hemos de señalar que en la batalla de Mukden que tuvo lugar del 23 de febrero al 8 de marzo de 1905, se alcanzaron por primera vez en la historia de los enfrentamientos bélicos magnitudes hasta entonces nunca experimentadas. El frente total llegó a extenderse sobre 130 kilómetros. En él se movieron inimaginables masas de hombres y mate-

rial en un solo combate: 650.000 hombres, 2.200 bocas de fuego y más de 300 ametralladoras.

No obstante la batalla decisiva se libró en el mar. Del 26 al 28 de mayo de 1905 la flota japonesa del almirante Togo destruyó la flota rusa del Báltico en Tsushima, el combate naval más importante hasta ese momento desde Trafalgar. En la mañana del 27 de mayo, fue avistado el primer navío ruso en aguas entre Japón y Corea, y la flota japonesa se lanzó a la acción a una velocidad de 16 nudos, siendo la del enemigo sólo de 10 nudos. A primera hora de la tarde se estableció contacto al este de la isla de Tsushima. En la primera media hora de confrontación, la superioridad artillera japonesa permitió hundir un acorazado ruso y hacer desaparecer a otro de la formación. Para la caída de la noche, tres acorazados rusos más habían sido enviados al fondo de los mares, y el resto de la flota huía hacia Vladivostok. El almirante japonés Togo adelantó entonces sus torpederos y destructores. Durante toda la noche, estos buques más veloces acosaron al enemigo herido, destruyendo tres unidades acorazadas. Al día siguiente continuó la cacería y hasta el mismo almirante ruso terminó por ser hecho prisionero, habiendo perdido los japoneses solamente tres torpederos.

Las implicaciones políticas para ambos contendientes fueron más allá de las reflejadas en el tratado de paz que puso fin a las hostilidades. La derrota precipitó la revolución en Rusia. Desde el principio de la guerra el ministro del Interior había dicho: «Necesitamos una pequeña guerra victoriosa para vencer la marea de la revolución». Sin embargo la derrota contribuyó a que los revolucionarios se lanzaran a las calles de San Petersburgo, y Lenin consideró esta revolución como el ensayo general de la que estallaría en febrero de 1917. Este fenómeno revolucionario como colofón al fracaso en los frentes no era nuevo pero se dará con mucha frecuencia a lo largo del siglo que comenzaba.

Por otra parte la victoria de un pueblo asiático, como era el japonés, sobre una gran potencia europea, también marcó un punto de inflexión en el proceso de expansión imperialista del hombre blanco por el mundo. Tanto la batalla de Yalu, la primera victoria que obtuvieron los japoneses sobre los rusos en 1904, como Tsushima, fueron celebradas en Japón como el nacimiento de una nueva era y, ciertamente, con el nuevo siglo se iniciará la decadencia de determinadas formas de dominación colonial.

Pero quizás el aspecto más relevante que aportaron estos conflictos en el inicio de la centuria fue la asimilación de la idea de guerra total formulada por Clausewitz. La implicación de la población civil en la confrontación anglo-bóer y los métodos represivos, indiscriminados, adoptados por los británicos para acabar con la resistencia de los colonos será un rasgo característico de otras conflagraciones en épocas más recientes.

De hecho ese tipo de guerra devastadora ya se había dado en la contemporaneidad. Durante la Guerra de Secesión americana, el general Sherman la había practicado para minar la capacidad estratégica, económica y psicológica de la Confederación. El avance de Sherman a través de Georgia y Carolina del Sur supuso la destrucción generalizada de suministros civiles e infraestructuras, acompañado de acciones de saqueo, que, aunque estaban oficialmente prohibidas, se llevaron a cabo con el conocimiento de los mandos. Sherman escribía: «No luchamos sólo contra ejércitos enemigos, sino también contra un pueblo hostil, y hemos de procurar que viejos y jóvenes, ricos y pobres, sientan la mano dura de la guerra...» (Fuller, 1965: 97). El concepto de Guerra Total que en su momento apuntara Clausewitz estaba impregnando el espíritu del alto mando en todos los ejércitos.

En este sentido la guerra anglo-bóer iba a confirmarlo, por eso hacia el final de 1901 casi toda la colonia se hallaba bajo la ley marcial y el general británico Kitchener recurrió a la política de «tierra quemada» para acabar con la rebelión. Columnas de tropas arrasaban la campiña, ahuyentando los rebaños de ganado vacuno y lanar, incendiando las casas de campo y quemando las cosechas. El objetivo era dificultar los movimientos de los bóers, o por lo menos el de sus aprovisionamientos.

A esto se sumaban las ejecuciones en el campo de batalla. La pena de muerte era impuesta algunas veces por rebelión, otras veces por haber dado muerte a no europeos. Ambas partes se habían puesto de acuerdo en que aquella guerra había de ser una guerra entre hombres blancos. Como Kitchener alistó unos 10.000 negros y los empleó como conductores de carretas, mensajeros y guardias de blocaos, los bóers los fusilaban si eran capturados; por su parte los británicos ejecutaban, por asesinato, a los boers prisioneros. En la colonia de El Cabo comandos bóers incendiaron edificios públicos como parte de las acciones de guerra, así los incendios

fueron añadidos a los delitos por los que los colonos podían ser condenados a pena de muerte.

A principios de siglo esa concepción del conflicto armado parecía ya normal en los círculos militares. En 1902, en un fascículo sobre *Las leyes de la guerra continental*, publicado por el Estado Mayor alemán se decía: « ...Una guerra conducida de una manera enérgica no puede ser dirigida únicamente contra el enemigo combatiente y sus dispositivos de defensa, sino que propenderá igualmente a destruir sus recursos materiales y morales. Las consideraciones humanitarias... carecen de peso, a no ser que convengan a la naturaleza y finalidad de la guerra» (Schneider, 1966: 85). Sólo en el primer mes del conflicto que estalló en 1914 conocido como Primera Guerra Mundial murieron 6.500 civiles franceses y belgas, incluidos mujeres y niños. El siglo XX acababa de comenzar.

La batalla: Verdún

La batalla de Verdún, ejemplifica, tal vez como ninguna otra, lo que fue la Gran Guerra: estancamiento de los frentes e inútil derroche de vidas, a causa de la potencia de fuego del nuevo material, en una lucha guiada por estrategias caducas o inhumanas. La batalla, dada su envergadura y significado, ha sido objeto de atención por parte de numerosos historiadores militares (Canini, 1998; Blon, 2008), aunque la obra clásica sobre el tema sigue siendo *The Price of Glory: Verdun 1916* de Alistair Horne.

Hacia fines de 1915, tras casi año y medio de conflicto, la situación en el frente occidental se había traducido en una completa inmovilidad. Una gran cicatriz de trincheras que iba desde Suiza hasta el Canal de la Mancha surcaba Europa y enfrentaba a los ejércitos contendientes sin que los respectivos Estados Mayores supieran cómo superar la inercia en la que estaban sumidos ambos bandos. Fue entonces cuando se planearon de cara al año que iba a comenzar dos grandes batallas terrestres que se iban a convertir en el trágico símbolo de la Primera Guerra Mundial: Verdún y el Somme.

En el invierno de 1915, los Estados Mayores de la Entente habían llegado, por fin, a una conclusión: la necesidad de establecer una coordinación entre las ofensivas que pudieran lanzar cada uno de ellos, para impedir que el ejército alemán desplazara sus divisiones de un frente a otro para neutralizarlas. Con ese fin se reunieron en Chantilly del 6 al 8 de diciembre en una conferencia militar interaliada para planificar las campañas del año 1916. Aunque se vio la necesidad de lanzar una ofensiva simultánea, con todos los medios posibles, en el frente occidental, el frente italiano y el frente ruso, la conferencia se separó sin haber fijado una fecha.

A esa reunión ya acudió en representación francesa el general Joffre, el «vencedor del Marne», que cuatro días antes había sido nombrado generalísimo de las fuerzas francesas en todo el mundo. También se habían producido cambios en el mando británico: Sir Douglas Haig acababa de sustituir al general French como comandante en jefe de las tropas inglesas en Francia. Los nuevos mandos, interesados en priorizar el frente occidental, hicieron un esfuerzo de coordinación y, tras varias entrevistas, llegaron al acuerdo de que la gran ofensiva del frente oeste se realizaría en el Somme

antes de acabar el verano, pero en ningún caso parecieron temer que una ofensiva alemana se les adelantase en el frente occidental. Sin embargo, en el otro lado del frente, el jefe del Estado Mayor alemán, general Erich von Falkenhayn, tenía también sus planes y los alemanes se estaban preparando para atacar a los aliados.

Falkenhayn había expuesto su propio plan en un informe presentado al emperador Guillermo también en diciembre de 1915. En él se argumentaba que Rusia, tras sus derrotas, ya no era el principal adversario de Alemania; el verdadero enemigo era Gran Bretaña. Pero Alemania no podía erosionar su poder sino a través de una estrategia indirecta: reanudando la guerra submarina para bloquear su abastecimiento y obligarle a asumir el peso principal de la lucha en tierra. Para esto, era necesario desangrar al ejército francés que constituía, según el alemán, «el instrumento» de la política inglesa en el continente. Por consiguiente, el ejército alemán debía apostar por una batalla de desgaste en la que el mando francés se viera obligado a hacer intervenir poco a poco todas sus reservas.

La idea de Falkenhayn era extremadamente simple y se basaba en el símil de una gigantesca «máquina trituradora» que funcionaría del siguiente modo: las fuerzas alemanas efectuarían una serie de ataques limitados contra una posición indefendible pero vital para el enemigo, consiguiendo así atraer hacia esa zona al ejército francés, en la que sería gradualmente destruido por la artillería alemana. La única posición que reunía todas las condiciones que requería el plan de Falkenhayn era Verdún.

Verdún constituía todo un símbolo de la resistencia francesa. En el siglo XVII, Vauban, el ingeniero militar de Luis XIV, había hecho de Verdún la fortaleza más sólida de todo el cordón que protegía Francia; y en la Guerra Franco-prusiana de 1870 había sido la última de las grandes plazas en rendirse, resistiendo más que Sedán, Metz y Estrasburgo. Después de 1870 se había convertido en el bastión principal de la cadena de fortificaciones que guardaban la frontera con Alemania. Por todo esto Falkenhayn deducía que Francia se vería obligada a defender hasta el último hombre esa ciudadela casi sagrada.

En palabras del mismo Falkenhayn, Francia iba a sufrir en Verdún una «sangría» definitiva. En el plan alemán, no se trataba de hacerse con

Verdún; la conquista de la fortificación era un objetivo secundario; el propósito del ataque consistiría en atraer a las fuerzas francesas a ese campo de batalla para que lo defendieran palmo a palmo, causándoles pérdidas de las que no pudieran recuperarse. Eso suponía que el ejército alemán sufriera menos que el adversario. Falkenhayn estaba convencido de que las pérdidas alemanas y francesas serían proporcionalmente de dos contra cinco. Esta nueva teoría era la formulación explícita de lo que se iba a conocer como «batalla de desgaste». Una concepción totalmente nueva en la historia de la guerra, en la que la vida de los combatientes no cuenta y puede ser sacrificada sin ningún reparo siempre que el número de bajas del adversario sea superior.

Aprobado el plan de Falkenhayn, éste quiso comprometer a la misma casa real en la aventura y consiguió que fuera el V Ejército, al mando del heredero del Káiser, el Kronprinz, el designado para llevar a cabo esta victoriosa operación. Día y noche, los grandes cañones y los trenes repletos de municiones empezaron a afluir hacia el V Ejército. Con la ayuda de los ferrocarriles que había tras el frente, los preparativos se hicieron con asombrosa rapidez. A comienzos de febrero de 1916 ya se habían emplazado más de 1.200 cañones sobre un frente de apenas 13 kilómetros. Más de 500 de estos cañones eran «pesados», entre ellos 13 morteros «Gran Berta» de 420 milímetros, el arma que en 1914 había hecho pedazos los fuertes belgas supuestamente inexpugnables. Nunca se había visto una concentración semejante de artillería.

Verdún, que estaba situada en el tortuoso curso del Mosa, formaba en el frente francés un saliente a menos de 16 kilómetros de las líneas alemanas. La mayoría de sus 15.000 habitantes habían abandonado la ciudad y sus calles estaban ahora llenas de tropas. Rodeada por escarpadas colinas presentaba una sólida línea de defensas naturales que había sido reforzada por tres círculos concéntricos de poderosas fortalezas, con un total de 20 fortificaciones principales y 40 accesorias localizadas entre 8 y 16 kilómetros de la ciudad.

Algunos de los fuertes principales, como por ejemplo el de Douaumont, estaban provistos de artillería pesada y de ametralladoras que disparaban desde torretas retráctiles de acero. Los fortines, situados en posiciones elevadas, estaban unidos entre sí por pasadizos subterráneos y

en cada uno de sus sótanos cabía hasta un batallón de infantería. Entre ellos y la tierra de nadie se extendía una red de trincheras, reductos y alambradas semejante a la que podía verse a lo largo de todo el frente del Oeste.

No obstante, en vísperas de la batalla, Verdún presentaba una serie de debilidades y la primera de éstas era sus comunicaciones. La plaza sólo podía ser abastecida por medio de un ferrocarril local, la línea de Bar-le-Duc a Verdún, ya que los ferrocarriles normales no eran utilizables al estar ocupadas las terminales por tropas alemanas o batidas las vías por el fuego de la artillería enemiga. Por otra parte la suerte que habían corrido los fuertes belgas en los inicios del conflicto, tomados con suma facilidad por los alemanes, había movido al Estado Mayor francés a retirar de los fuertes de Verdún muchos de sus cañones. La medida se ajustaba a una nueva doctrina según la cual las plazas fuertes no debían ser defendidas como tales. Era el ejército francés en campaña quien tenía que protegerlas y si éste se veía obligado a replegarse, la plaza debía ser evacuada.

Por último el número y la calidad de las tropas acuarteladas en la plaza también dejaba mucho que desear. Las unidades destinadas a Verdún, relajadas por una estancia de tantos meses en un sector tranquilo y «seguro», sufrían además la perniciosa influencia de uno de los climas más húmedos de toda Francia. Y, en contraste con los 62 batallones de tropas de asalto que el Kronprinz tenía dispuestos para el ataque, en las trincheras francesas sólo había 34 batallones, algunos de los cuales eran unidades de segunda clase.

En diciembre, un eminente oficial francés, el teniente coronel Emile Driant, diputado de la Asamblea Nacional, que mandaba dos batallones de *chasseurs* en el mismo extremo del saliente, previno al Alto Mando de las malas condiciones en que se encontraban las defensas de Verdún, pero el imperturbable general Joffre apenas le prestó atención. No obstante, en enero los preparativos alemanes para el ataque ya no podían pasar desapercibidos. El general Herr, que estaba al mando de la región fortificada de Verdún, constataba en sus informes la llegada de baterías alemanas y la construcción de ferrocarriles de vía estrecha para el avituallamiento del enemigo. Por fin el 11 de febrero el servicio de información confirmó que los alemanes iban a intentar una gran ofensiva en la región. Fue entonces cuando se reconoció la poca resistencia de las defensas de primera línea, que habían comenzado a ser reforzadas a finales de enero.

Pero el Estado Mayor seguía siendo reticente. Los numerosos ataques de distracción realizados por tropas alemanas en Champaña y en el Artois surtieron su efecto, y el Estado Mayor francés cayó en la trampa al considerar que una ofensiva enemiga era posible en esos sectores del frente antes que en Verdún. No obstante, ante la duda, por fin, el 20 de febrero se le concedió al general Herr una división de refuerzo y se decidió dirigir el XX cuerpo de ejército de la reserva hacia Bar-le-Duc.

En vísperas de la gran ofensiva el campo de batalla de Verdún estaba dividido en dos partes casi iguales por el río Mosa. Falkenhayn había decidido inicialmente que sus «ataques limitados» deberían realizarse solamente sobre la orilla oriental. Así cuando amaneció el 12 de febrero de 1916, día fijado para el ataque en ese sector, fue una copiosa nevada que impedía ver los objetivos a la artillería lo que salvó momentáneamente a las defensas francesas de una destrucción instantánea.

El bombardeo inicial empezó al amanecer del 21 de febrero con toda la intensidad con que se había planeado. Aquella tormenta de fuego continuó durante nueve horas en las que se dispararon un millón de obuses, siendo especialmente eficaces las baterías de 210 mm, situadas a intervalos de 150 m una de otra. Nunca se había visto nada igual. Las trincheras francesas fueron arrasadas y muchos de sus defensores enterrados vivos. Entre las unidades que soportaron el embate del bombardeo figuraban los *chasseurs* de Driant.

Al cesar el bombardeo por la tarde, los alemanes no corrieron ningún riesgo. En vez de atacar en largas, apretadas y vulnerables líneas, su infantería avanzó aquel primer día en diseminadas patrullas de combate, utilizando el terreno con habilidad y dirigiéndose a los sectores que ofrecían menor resistencia utilizando una nueva arma: los lanzallamas, que causaron el pánico en las filas francesas. Pero los alemanes no deseaban agrandar las cuñas creadas por sus incursiones hasta el día siguiente, cuando iba a producirse el ataque en masa.

A la mañana siguiente, 22 de febrero, el bombardeo empezó de nuevo. Por la tarde la primera oleada del grueso de la infantería alemana se lanzó al asalto. La línea defensiva cedió; Driant fue muerto por un tiro en la cabeza cuando se retiraba con los restos de sus *chasseurs*. De estos dos batallo-

nes, formados por unos 1.200 hombres, sólo un puñado de oficiales y unos 500 soldados, muchos de ellos heridos, consiguieron huir a la desbandada hacia su retaguardia. Pero las tropas asaltantes no progresaban como estaba previsto y el fuego lateral de las baterías francesas sobre la orilla izquierda del Mosa empezaba a molestar a los alemanes.

El 23 de febrero hubo indicios de creciente confusión en las líneas francesas. Las comunicaciones telefónicas estaban cortadas; los correos no acertaban a abrirse paso; unidades enteras desaparecían de la vista de sus jefes. Una a una las baterías francesas fueron suspendiendo el fuego, mientras algunas bombardeaban sus propias posiciones creyendo que éstas habían sido ya abandonadas al enemigo. Esta confusión engañó a los alemanes, que en el Bois des Caures realizaron un asalto típico del frente occidental: en apretada formación, ola tras ola, para morir víctimas de las ametralladoras. Las crónicas oficiales alemanas califican aquel día como «un día de horror».

Finalmente el 24 de febrero la resistencia francesa se quebró: una división alemana fresca, subdividida en pequeños grupos, irrumpió bajo el bombardeo y toda la segunda línea de las defensas cayó en cuestión de horas. La 37 división africana, los temidos zuavos y *tirailleurs* marroquíes, acobardados por la dureza del frío y bajo el mando de oficiales coloniales, huyeron despavoridos. En el curso de esta jornada, las conquistas de los alemanes igualaron a las que habían logrado durante los tres primeros días. El 24 de febrero por la noche la moral de los franceses se estaba derrumbando. Sus hospitales de campaña rebosantes de heridos no podían ser evacuados ya que los alemanes habían cortado con su artillería la única línea de ferrocarril que salía de Verdún. Los refuerzos que llegaban del frente de Lorena, helados de frío, hambrientos y agotados, tuvieron que ser lanzados inmediatamente a la batalla.

A la mañana siguiente Joffre ordenó que la margen derecha del Mosa fuera defendida a cualquier precio y encomendó al general Pétain el mando del saliente. Así se tomó la terrible decisión de defender Verdún hasta el límite, tal como Falkenhayn había previsto en el memorándum de diciembre.

La preocupación de Pétain se concentró en la precaria situación de las comunicaciones. Inutilizado el ferrocarril, la única alternativa era el trans-

porte motorizado por una carretera de segunda clase, la de Bar-le-Duc. Se requisaron camiones y se destinó un número aproximado de una división de soldados para dedicarse completamente a la conservación de esa carretera, por la que comenzó un incesante tráfico motorizado en ambas direcciones. Solamente durante la primera crítica semana de marzo 190.000 hombres pasaron por ella. En muchas ocasiones, los vehículos transitaban horas y horas a razón de uno cada cinco segundos. Todo camión que se estropeaba era arrojado a la cuneta.

Resulta sorprendente que los alemanes jamás pensaran en bombardear este camino de 7 metros de ancho que tan fácilmente habría podido ser bloqueado. La importancia de esta vía de comunicación fue vital en el desarrollo de la batalla y el nacionalista francés Maurice Barrés le dio el rimbombante nombre de la *Voie sacrée*.

La mañana del 25 de febrero entre los alemanes y Verdún sólo se alzabas las líneas de los fuertes que rodeaban la ciudad, sobre todo Douaumont, el más poderoso. Pero de hecho sólo estaba ocupado por un reducido grupo de tiradores territoriales, que contaban con algunos cañones de 150 mm, que habían sobrevivido a la purga. En él los alemanes conseguirán uno de sus mayores éxitos cuando un pequeño destacamento del Regimiento de Brandenburgo logró introducirse en el fuerte sin perder un solo hombre. En Alemania se echaron a vuelo las campanas de todas las iglesias para celebrar la captura de Douaumont. En Francia esa pérdida fue considerada como un desastre nacional de primera magnitud

Pero el ataque alemán empezaba a perder ímpetu. Las bajas habían sido ya muy superiores a las que había previsto Falkenhayn, muchas de ellas producidas por el fuego lateral de los cañones franceses emplazados al otro lado del Mosa. Los franceses habían pasado de tener 164 cañones pesados en el saliente a más de 500, y estaban lanzando obuses contra la infantería alemana con disparos continuos y efectivos desde la margen izquierda del río.

Fue entonces cuando, para poner fin a la amenaza de la artillería francesa, Falkenhayn accedió de mala gana a extender la ofensiva a la orilla izquierda del Mosa. Empezaba así la mortal escalada de Verdún. De esta forma, si bien se concentraron cada vez más divisiones de infantería francesa en el combate, ocurrió lo propio por parte alemana, hasta que llegó

un momento en el que el número de soldados involucrados en la batalla de «trituración» era similar en uno y otro bando. A partir de entonces la batalla comenzó a aumentar en intensidad, ya que pareció que las tropas germanas podrían realizar la ruptura decisiva para tomar Verdún.

El Kronprinz lanzó el 6 de marzo un nuevo y violentísimo ataque a lo largo de la orilla izquierda en dirección a una pequeña loma llamada Mort-Homme. En este reducido sector se estableció un monótono y sangriento proceso que fue característico de toda la batalla de Verdún: después de horas enteras de martillear las posiciones con la artillería, las tropas de asalto alemanas atacaban para apoderarse de lo que quedase de la línea de frente francesa, que ya no eran propiamente trincheras, sino el conjunto de agujeros hechos por los obuses. Después los franceses contraatacaban y hacían retroceder a los alemanes sobrevivientes. Pero este flujo y reflujo de la marea ponía la línea de demarcación alemana cada vez un poco más lejos.

En el intento de conquistar el Mort-Homme, para alejar la artillería francesa de su flanco, los alemanes se habían puesto a sí mismos bajo un nuevo ángulo de tiro, el de la vecina colina denominada Cota 304, al oeste de Mort-Homme, por lo cual ésta también debía ser atacada y tomada. Falkenhayn tuvo que destinar nuevas divisiones para apoderarse de ella. Después de tres días de duro y ensañado combate, la Cota 304 pasó a poder de los alemanes. Sólo allí murieron unos 10.000 franceses. A finales de mayo los alemanes habían conseguido tomar también el Mort-Homme.

Hasta finales del mes no se completó la operación alemana de «limpieza» en la orilla izquierda del Mosa. Este empeño había detenido a los alemanes tres meses y les había costado tantas vidas como toda la lucha en el lado derecho. Comenzaba a haber indicios de que la tasa de las bajas alemanas podría quizá incluso superar la del bando francés. Sin embargo, Falkenhayn se mostraba satisfecho: según sus previsiones, el ejército francés se estaba entregando totalmente para defender Verdún. Lo que no tenía en cuenta el alemán es que el «desgaste» se estaba produciendo en ambos bandos.

Por su parte Joffre se mantenía firme. Había comprendido que el plan alemán se proponía «agotar las disponibilidades del ejército francés» y consideraba que lo importante era seguir con la preparación de la ofensiva

general prevista en el Somme; por eso se negaba a utilizar excesivas reservas en auxilio de Verdún. Pétain, responsable de la defensa y consciente del enorme esfuerzo que estaba realizando su ejército, reclamaba refuerzos. El general, para no agotar en exceso a los soldados en el frente, había estableció el sistema de la «noria», es decir, una rápida rotación de las unidades, así ninguna división permanecía más de unos pocos días bajo el fuego enemigo. Como resultado de ello, dos tercios del ejército francés estaban siendo destinados a servir de alimento a la «trituradora» de Verdún.

Las discrepancias entre Joffre y Pétain se solventaron cuando este último fue ascendido y reemplazado por dos personajes más despiadados: el general Robert Nivelle y el general Charles Mangin, apodado «El Carnicero», un duro oficial ex colonial. La idea de recuperar Fort Douaumont obsesionaba a Mangin, que obtuvo de Nivelle el permiso de atacarlo el 22 de mayo; pero después de una matanza de dos días, los restos de la 51 división regresaron, arrastrándose, a sus líneas sin haber conseguido el objetivo.

El 26 de mayo, Joffre, alarmado por el número de bajas francesas que por entonces se elevaba ya a 190.000, visitó al británico Haig en su cuartel general y le pidió insistentemente que adelantara la fecha de la ofensiva del Somme consiguiendo que el ataque se fijara para el primero de julio.

Pero a medida que se prolongaba la lucha, Falkenhayn empezaba a dudar sobre su propósito de «desgastar las fuerzas francesas». El Kronprinz de Prusia compartía estas dudas y estimaba que «el éxito definitivo en Verdún sólo podía asegurarse al precio de sacrificios durísimos, superiores en mucho a lo que se deseaba ganar con ellos». Sin embargo el general von Knobelsdorff mantenía que había que continuar el esfuerzo y su decisión es la que terminó triunfando al convencer a Falkenhayn de que permitiera al V ejército emprender un nuevo ataque masivo a la margen derecha.

En Verdún, el comienzo de un tórrido mes de junio marcó el inicio de la fase más mortífera de los tres meses y medio que duró la batalla. Los alemanes atacaban con una violencia comparable a la del mes de febrero, pero esta vez concentrada a lo largo de un frente que, en vez de tener una anchura de 13 kilómetros, sólo tenía cinco. Los combates llegaron a Vaux,

el segundo de los grandes fuertes, donde 600 hombres al mando del comandante Raynal resistieron, en una defensa épica, el embate principal del V Ejército alemán durante toda una semana, hasta que la sed los obligó a rendirse. En el asedio los alemanes habían ocupado la superestructura del fuerte mientras que los franceses se mantenían en sus galerías por debajo de aquéllos. Día tras día se desarrolló una terrible lucha en los pasillos subterráneos en medio de una absoluta oscuridad.

Desde el fuerte Vaux la periferia de Verdún parecía estar al alcance de la mano y, en el intento de conseguir una victoria de gran resonancia, los alemanes se olvidaron de los ataques limitados empeñándose en una auténtica ofensiva, alimentada por un número cada vez mayor de unidades. La arremetida del V ejército contra el fuerte Souville y las últimas alturas situadas ante Verdún se inició el 22 de junio con una fuerte barrera de obuses conteniendo, por primera vez, gas fosgeno. Los ataques alemanes continuaron a primeras horas del día 23 utilizando en un estrecho frente más de 30.000 hombres. En su avance incluso algunas unidades alemanas lograron disparar sus ametralladoras en las calles de Verdún. Pero hacia el final de aquel día crítico, la ofensiva empezó a decaer; el frente era demasiado estrecho, las reservas demasiado escasas, faltaba el agua y los franceses tuvieron tiempo de restablecer el equilibrio.

El 24 de junio, el «Carnicero» Mangin emprendió una serie de contraataques y aquel mismo día, más hacia el oeste, los cañones británicos abrieron fuego hacia el Norte del Somme. El estruendo se oía desde el cuartel general del mando supremo alemán en Charleville-Méziéres. A partir de este momento, la suerte de la gran batalla estaba echada. Falkenhayn, consciente de que la ofensiva aliada se iba a producir en otro punto del frente, detuvo el envío de municiones y divisiones de relevo a Verdún. No obstante los combates en el saliente iban a seguir seis meses más, pero la crisis había pasado.

El ejército alemán había fracasado, no sólo porque no había tomado Verdún —«objetivo secundario»—, sino también y sobre todo porque la «estrategia de desgaste», concebida por Falkenhayn, había resultado ineficaz. Los cálculos alemanes, que fijaban las pérdidas en una proporción de cinco frente a dos, quedaban desmentidos. Las bajas alemanas alcanzaban ya los 240.000 hombres, mientras que el ejército francés había perdido

275.000 soldados, y Falkenhayn sabía que cuanto más se prolongara la lucha, más se equilibrarían las pérdidas.

La batalla de Verdún puede ser considerada como uno de los mayores encuentros bélicos de todos los tiempos, pues aunque ha habido batallas en las que han participado más hombres y mayor cantidad de material, o que han producido mayores resultados para uno u otro bando, el de Verdún fue un enfrentamiento que mantuvo su ferocidad durante varios meses sin otro objetivo que la eliminación de los hombres en contienda. El resultado fue terrorífico para los combatientes implicados en esa lucha estéril, donde rara vez fueron capaces de vislumbrar a sus adversarios, ya que la masa de reclutas luchaba contra la potencia de fuego industrializada.

Los numerosísimos relatos que nos han llegado de esa experiencia confirman lo terrible de la misma. En un campo de batalla destrozado por la artillería, donde el avituallamiento y los relevos, a través de una zona azotada por el bombardeo, eran tan difíciles como la defensa de las líneas, la lucha se libraba con una saña sin igual. Fue un tipo de guerra llevada a cabo por los jefes de batallón, los comandantes de compañía y a veces por grupos aislados. En ningún otro tipo de conflicto la iniciativa de los mandos subalternos desempeñó tan importante papel.

El pintor alemán Franz Marc escribió en una carta desde el frente el 3 de marzo: «Durante días y días he visto las cosas más terribles que pueden tomar figura en la imaginación humana». Al día siguiente murió víctima de un obús francés. «Comemos y bebemos al lado de los muertos, dormimos en medio de los agonizantes, reímos y cantamos en compañía de cadáveres», escribía Georges Duhamel, el novelista francés que servía como médico.

Al leer recuerdos de los protagonistas, podemos preguntarnos cómo pudieron estos hombres «resistir» la tensión y la angustia de este tipo de combate. Lo podríamos explicar en parte por un posicionamiento ante la muerte que era todavía propio del pasado, y no el actual. Ante la posibilidad de morir en cualquier momento, el sencillo soldado del frente adoptaba una postura de resignada normalidad. La media de vida, sobre todo en el mundo rural, a comienzos de siglo XX rondaba los 37 años. La muerte

Batalla de Verdún (Febrero-Agosto 1916)

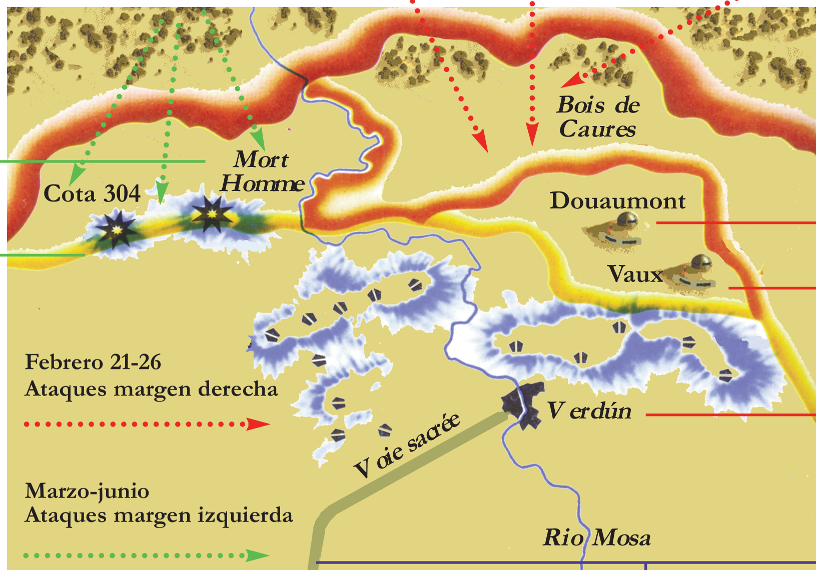
1 El 21 de febrero se inicia el bombardeo.

2 El 22 de febrero se inicia el asalto alemán.

3 El día 24 de febrero las líneas francesas se rompen, pero los alemanes sufren un gran número de bajas en el *Bois de Caures*.

7 El 6 de marzo los alemanes lanzan un violento ataque contra *Mort Homme*, en la orilla izquierda.

9 A finales de marzo los alemanes han podido conquistar la Cota 304 y *Mort Homme*.



5 El 25 de febrero los alemanes conquistán Douaumont.

10 En junio los alemanes conquistan el fuerte de Vaux.

11 El 23 de junio los alemanes llegan a los arrabales de Verdún pero son inmovilizados.

4 El día 25 de febrero Petaín activa la carretera de Verdún con el fín de recibir refuerzos.

8 Petaín hace «rotar» a los regimientos en el frente de Verdún, que se convierte en una «trituradora» de hombres».

6 Sólo en la primera semana de marzo 190.000 vehículos atraviesan la *Voi sacrée*.

era un hecho habitual con el que el hombre de la época estaba familiarizado desde la infancia. Las elevadas tasas de mortalidad infantil, el efecto de numerosas enfermedades y en general las penalidades de una vida, en muchas ocasiones, muy dura permiten entender esa postura. Esta idea resignada cambiará durante el período de entreguerras y sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la mejora en las condiciones materiales y los adelantos médicos, como los antibióticos, la cirugía cardiaca, etc. hagan concebir al hombre de la sociedad contemporánea una expectativa de vida más prolongada y sobre todo menos penosa que en el pasado, lo que le llevará a una vivencia de la muerte mucho más angustiosa.

Pero aun teniendo en cuenta esa resignación ante el hecho, el horror del campo de batalla estremecía. Las tropas de relevo que se aproximaban a Verdún oían «como una fragua gigantesca que nunca paraba ni de día ni de noche» y los aviadores que sobrevolaban las posiciones sólo vislumbraban «un siniestro cinturón pardo, una franja de naturaleza muerta que parecía de otro mundo y en la que todo signo de humanidad había sido eliminado».

En medio de toda esta destrucción sistemática quizá los más valerosos fueron los que tenían asignadas las tareas menos heroicas, como eran los encargados de repartir la comida. Los *hommes soupe* franceses, que regresaban con el alba en medio del fuego de los cañones, declaraban que no harían más este trabajo; sin embargo, por la tarde se les veía emprender de nuevo su incierto viaje a través de campos y barrancos para que comieran algo sus compañeros. Y es que en los mataderos, como fue Verdún, todo, hasta el valor, es prosaico.

Al finalizar la guerra, Verdún, Somme o Passchendaele darán origen a la proliferación de un tipo muy característico de monumento cívico: el memorial a los caídos. La Primera Guerra Mundial será como ninguna otra la contienda del soldado-masa, del combatiente anónimo, y las autoridades lo reconocerán con la construcción de numerosos cenotafios dedicados al «soldado desconocido». Las asociaciones de excombatientes, las corporaciones y los municipios también querrán contribuir a honrar la memoria de las victimas y se multiplicarán este tipo de monumentos. Sólo en Francia habrá más de treinta y siete mil de esos memoriales, y casi todos los municipios erigen e inauguran uno de ellos antes de 1922.

Los habrá de cuatro tipos: el monumento cívico, muy sobrio, consistirá en una lista de muertos, y eventualmente una cruz de guerra; el monumento patriótico, con un «valiente soldado» esculpido en granito, tendrá más entidad y ocupara un espacio en alguna de las plazas de la villa; el monumento funerario patriótico, mucho más dramático, solía reflejar la muerte del «valiente soldado» rodeado de dos siluetas que sugerían las figuras de la madre y la esposa. Se buscaba así unir en el doloroso recuerdo a toda la «nación», —solidaria más allá de cualquier diferencia social— ante cualquier nuevo peligro. Pero también se erigirán memoriales pacifistas, e incluso antimilitarista, como por ejemplo el de Saint-Martin d'Estréaux (Loire) en el que se puede leer: «Balance de la guerra: más de 12 millones de muertos... Escandalosas fortunas construidas sobre las miserias humanas. Inocentes llevados al paredón. Culpables condecorados... ¡Maldita sea la guerra y sus autores!». Después de inútiles matanzas como la de Verdún no puede extrañarnos el epitafio.



Ingenio, industria y armamento

Desde los orígenes más remotos, la forja y fabricación de armas ha tenido la más alta valoración y ha estado envuelta en el misterio. Se creía que los herreros, como más tarde se pensará de los alquimistas, conseguían por medio del trabajo en el fuego el cambio de naturaleza de las sustancias, en un proceso mágico y vedado para el resto de los mortales. Si en ese proceso lo que se producía eran armas, éstas servirían para derrotar a los enemigos y vencer al mal, de ahí que en muchas mitologías aparecieran divinidades especializadas en la fabricación de panoplias para los dioses y los héroes, como es la figura del dios Hefaistos/Vulcano en el mundo clásico.

Pero más allá de estas creencias, la fabricación de armas ha estado vinculada, también desde la Antigüedad, a la economía de las sociedades humanas así como al desarrollo tecno-científico de las mismas. En ese sentido la ciencia y la industria han desempeñado un importante papel en este singular proceso productivo en el que el ingenio y el lucro han ido parejos a la evolución del armamento a lo largo de la historia.

En la Atenas del siglo V a. n. e. sabemos que los talleres artesanales que absorbían más mano de obra eran los dedicados precisamente a la manufactura de armas. Podemos decir que, exceptuando la minería y los astilleros, las factorías industrial más importantes ya eran entonces las especializadas en esta actividad. Lisias y su hermano Polemarco heredaron una armería en la que trabajaban 120 esclavos, y el gran orador Demóstenes poseía otra con 33 armeros y 20 carpinteros, cifras verdaderamente importantes ya que un taller corriente en otras ramas de la producción sólo daba ocupación de promedio a una decena de obreros y a menudo menos.

Los datos que poseemos, relativos al Mundo Antiguo, sobre la cuestión son muy escasos, pero podemos deducir que esta industria siguió la misma pauta, incluso incrementada, en épocas posteriores, por ejemplo en el mundo romano. Lo cierto es que, aunque la guerra emprendida no fuera cuestión de Estado, las armas resultaban imprescindibles para cualquier

grupo en conflicto con otros. En la sublevación de esclavos que se produjo en Sicilia en 135-132 a. n. e., los rebeldes, tras asesinar a la mayor parte de la población libre de la ciudad de Enna, perdonaron la vida, por orden expresa de su cabecilla, a los armeros, que, encerrados en prisión, debían preparar armas para los revoltosos.

La producción de armamento ha ido acompañada en ocasiones de la innovación. En ese sentido la técnica y la ciencia han sido aliadas en el empeño de dotar a las sociedades de un armamento cada vez más eficaz y más complejo. El primer ejemplo clásico de un hombre de ciencia comprometido en la fabricación de nuevos artilugios de combate inspirados en sus conocimientos es el de Arquímedes.

Durante el asedio de Siracusa, llevado a cabo por Roma en 213-211 a. n. e., Arquímedes se puso a disposición del tirano Hierón para defender su ciudad natal. A lo largo de los meses que duró el sitio, el sabio griego desarrolló complejas máquinas de guerra para hacer fracasar los ataques de los asaltantes. Se le atribuye la creación de un sistema de espejos y lentes que incendiaba los barcos enemigos al concentrar los rayos del sol. Era suficiente ver asomar tras las murallas algún soldado con cualquier objeto que despidiera reflejos brillantes para que cundiera la alarma entre el ejército sitiador. A pesar de todos sus esfuerzos, los romanos acabaron ocupando la ciudad y el genial Arquímedes terminó su vida a manos de un legionario que, contraviniendo las órdenes del cónsul Marco Claudio Marcelo, le dio muerte mientras el griego se hallaba enfrascado en sus cálculos.

Las innovaciones y el perfeccionamiento de las técnicas en los procesos de fabricación de armas muy pronto fueron considerados por quienes los poseían como secretos de Estado que debían ser guardados celosamente intentando evitar su difusión. El Código de Justiniano castigaba con pena de muerte a todo aquel que enseñara a los bárbaros las técnicas de navegación o de la construcción naval; y la fórmula del famoso «fuego griego», utilizado por los bizantinos, nos sigue siendo hoy desconocida.

En otros casos los gobernantes intentaban evitar la comercialización de alguna manufactura en la que los artesanos del país habían alcanzado particular habilidad. Así Carlomagno prohibió la exportación de armaduras forjadas en sus reinos. Esta prohibición hizo que la coraza fuera una

particularidad, e incluso se puede decir que un monopolio, del ejército franco. Se conservan numerosas capitulares como la de Thionville del año 805, en las que se explicita claramente que queda prohibido exportar la coraza al extranjero, en especial a los países escandinavos y eslavos, y a los habitados por musulmanes. La frecuente repetición de estas prohibiciones y las meticulosas medidas adoptadas en las fronteras para prevenir las salidas demuestran la existencia de una intensa y constante demanda de corazas francas, que queda ratificada por el hecho de que los normandos procuraban hacerse con ellas en sus incursiones en Francia.

Durante la Baja Edad Media la documentación sobre el tema comienza a ser más abundante. El fortalecimiento del Estado, el desarrollo manufacturero y el aumento de la actividad comercial explican el fenómeno y permiten proyectar alguna luz sobre la industria armamentística. Hacia 1300 los fundidores de las orillas del Rin aprovecharon la fuerza hidráulica para mover unos grandes fuelles, lo que les permitió elevar la temperatura de sus hornos hasta lograr que el hierro fluyese a los moldes desde el fondo. También junto al Rin y en la misma época, batanes accionados por corriente de agua, diseñados en principio para apelmazar el tejido de lana, fueron modificados para forjar hierro y acero. La utilización de la fuerza hidráulica en las minas y las forjas produjo tal vez el impacto más importante en el desarrollo de esta industria a lo largo de toda la Baja Edad Media. Hasta entonces, los requisitos principales de los metalúrgicos consistían en un buen surtido de minerales, chapa o lingotes, carbón vegetal para los hornos y buenas comunicaciones con los mercados. Al aumentar el empleo de la fuerza hidráulica, se hicieron menos importantes los dos elementos últimos y se montaron talleres en regiones en las que abundaban ríos de corriente rápida.

Estos adelantos permitieron que durante el siglo XIV las compras de armas se hicieran masivas. Ya en 1295 Felipe el Hermoso mandó comprar, en Toulouse, 2.000 ballestas de uno y dos pies para la guerra de Aquitania, además de 1.000 cotas, 3.000 bacinetes y 3.000 gorgueras. En 1314, el arsenal de Venecia contaba con 3.067 corazas, 2.770 cascos de hierro y 2.950 gorgueras. En estos arsenales se valoraban las armaduras procedentes del norte de Italia, especialmente de Milán. Piezas bien facturadas pero muy caras ya que, al coste del acero, que era elevado, y a la mano de obra de

artesanos especializados, todavía más cara, se debía añadir el transporte, lo que daba como resultado que el precio subiese vertiginosamente.

Otro de los factores que encarecían estos productos era el relativo retraso tecnológico en el tratamiento del mineral. Hasta que no apareció en el siglo XVI una eficaz máquina trituradora de mineral era necesario un volumen de trabajo enorme para extraer de la mena el hierro suficiente para forjar un casco. Por otra parte los mejores minerales no rendían más del 55% y había menas que no pasaban del 20% en contenido ferroso. Todavía en el siglo XVI los herreros tenían que triturar 50 kg de mineral de hierro para producir 6 kg del metal.

Estas limitaciones propiciaban el comercio de armas y materias primas a larga distancia. Tenemos noticia de que hacia 1375 tres mercaderes toscanos establecieron una sociedad en Aviñón. Toro di Berto, Niccoló di Bernardo y Francesco di Marco Datini empezaron comerciando con armas, para las que existía en aquella ciudad un mercado boyante debido a la presencia de los soldados de la corte papal, así como de los mercenarios bretones e ingleses que buscaban trabajo en la Guerra de los Cien Años. Como tantos otros comerciantes en armas, antes y después, los toscanos no tuvieron escrúpulos en vendérselas a los dos bandos contendientes. El consabido razonamiento de que «si yo no les vendo ballestas o corazas, algún otro lo hará» ya se utilizaba en esta época como luego se ha utilizado para justificar las ventas del gas mostaza, de napalm o de cualquier otra arma.

La mayor parte del material que comercializaban los toscanos procedía de Italia. En 1370 recibieron una partida enviada por Basciarnuolo de Pescina, consistente en 11 fardos de armaduras, por valor de 744 libras; cada fardo venía cuidadosamente empaquetado a base de paja y lona, para resistir el viaje de tres semanas a lomos de mula a través de los Alpes. Pero su gran fuente abastecedora era Milán, aunque también compraban material en Lyon. La importancia de la empresa se pone de manifiesto por sus intentos de vender en 1394 sus ejemplares de armaduras milanesas en Barcelona con un beneficio adicional del 15%. Al año siguiente adquirieron acero español con destino a una firma de Milán.

El estallido de la prosperidad en Alemania meridional a finales del siglo XV reflejó el auge de la minería en esas partes de Europa; también lo

reflejó el imperio financiero erigido por los Fugger y otros banqueros del sur de Alemania, quienes rivalizaron brevemente con los antiguos centros italianos por la dirección de las empresas económicas interregionales a gran escala. Así los mejores cañones del período fueron alemanes, construidos en las factorías de Beck en Augsburgo y de Sattler en Nuremberg.

La aparición de las armas de fuego había dado un renovado impulso a tan lucrativo comercio, sobre todo la fabricación de cañones. Tras numerosos experimentos, las grandes piezas de artillería se terminaron fundiendo en un solo bloque de cobre valiéndose de las técnicas ya conocidas por los fabricantes europeos de campanas. El bronce fue pues el metal dominante hasta mediados del siglo XVI, cuando se comenzaron a fundir, con resultados satisfactorios, cañones de hierro. Por tanto, en 1450 los suministros de cobre y estaño para hacer bronce, y de cobre y cinc para hacer latón se convirtieron en una prioridad para los gobernantes de Europa. Algún historiador (Macneill, 1988) ha llegado a hablar de «una segunda edad del bronce» que duró aproximadamente un siglo, hasta que se impuso el hierro, abaratando las grandes armas de fuego en cerca de una duodécima parte de su coste anterior.

Estas empresas suponían grandes inversiones que en la mayor parte de los casos acometía el tesoro real. En 1550 aparecieron los primeros altos hornos en Francia, y a finales del siglo existían 13 fundiciones en el reino, todas trabajando para el Estado y dedicadas a la fabricación de cañones. En ese sentido el desarrollo de la artillería pesada en los siglos XV y XVI y el consumo consiguiente de hierro, madera y carbón planteó nuevas demandas en las minas, bosques y talleres de artesanía de toda Europa. Surgieron con ellas necesidades financieras que obligaron a los reyes a recurrir a los grandes prestamistas. Éstos a su vez se apoderaron de muchas minas propiedad de la realeza como garantía de sus préstamos. El poder económico-político se forjó en esta época sobre la interdependencia de las guerras, las finanzas y la minería semi-mecanizada, que se había convertido en la industria clave. De la tierra se sacaban el hierro, el cobre, el cinc y el estaño, así como el salitre y el azufre necesarios para hacer pólvora negra. El hacha del leñador no sólo suministraba madera para las cureñas de cañones y otros ingenios bélicos, sino también el carbón vegetal que calentaba la forja del herrero y el horno del fundidor.

En 1541 se produjo un importante avance cuando el reverendo William Levett empezó a construir cañones de hierro en Aslidown Forest, Inglaterra. Aunque los cañones de hierro eran frágiles, muy pesados y generalmente menos eficientes que los de bronce, resultaban mucho más baratos y populares. En 1574 se estaban ya exportando tantos cañones de hierro desde las islas, que los políticos se alarmaron y fue prohibido su comercio. Así pues, estrictamente hablando, la «segunda Edad del Bronce» duró menos de un siglo (1453-1543). Pero los fabricantes de hierro ingleses no podían abastecer a todos los gobernantes de Europa; e incluso después de que suecos y holandeses desarrollasen un comercio internacional de armas de fuego de hierro en la década de 1620, los cañones de bronce y latón siguieron siendo muy usados.

También en los tradicionales centros productores de armas italianos aparecieron empresarios que, animados por el espíritu del capitalismo, se aventuraron en estos negocios de envergadura, que por otra parte tenían un mercado garantizado. Bartolomeo di Bereti en 1500 comenzó a forjar cañones encargados por la República de Venecia, dando origen a la fábrica de armas Beretta en la zona del río Meccia, rica en hierro, y que tenía antecedentes en la fabricación de armas. La sociedad fue oficialmente inscripta en el registro de Brescia por Pietro Beretta de Lodovico hacia el año 1680, y la tradición armera de la empresa pasó de padres a hijos por 12 generaciones, perpetuando el nombre Beretta hasta nuestros días.

Pero el desarrollo de la artillería no sólo aceleró nuevas y más complejas técnicas económicas y productivas sino que también propició el avance de los conocimientos científicos. Un autor de máxima importancia involucrado en el perfeccionamiento de la nueva arma fue Niccoló Tartaglia, uno de los primeros matemáticos en investigar el movimiento de los proyectiles. Tartaglia fue probablemente el inventor del cuadrante de artillero, empleado para fijar el ángulo de elevación, y a través de él, el alcance de las piezas. Pero tal vez más importante que ese invento sea la actitud que el matemático adoptó respecto a sus conocimientos en relación con la guerra, ya que Tartaglia puede que fuera el primer científico consciente de su responsabilidad social por las implicaciones bélicas de sus descubrimientos.

Hacia 1531 se le preguntó al italiano qué elevación había que dársele a un cañón para lograr el máximo alcance, cuestión que se convirtió en

todo un semillero de hipótesis matemáticas. Pero Tartaglia sumaba a sus cálculos una reflexión moral ya que el avance en ese conocimiento iba a servir para la destrucción de la vida humana. Por eso nuestro matemático no dio a conocer los resultados de todas sus hallazgos. Sin embargo una amenaza a la religión o a la patria ha hecho cambiar más de una vez ese enfoque en los científicos. Así para Tartaglia fue suficiente el rumor de un inminente ataque de Solimán I contra la cristiandad para que redactara las conclusiones a las que había llegado y las imprimiera en 1537 bajo el título de *Nuova Scientia*.

Años antes de la publicación de la *Nuova Scientia*, Leonardo da Vinci había apuntado ya algunas hipótesis sobre la trayectoria de los proyectiles, pero al parecer los cálculos le fastidiaban y le dejó a Tartaglia el papel de padre de la balística. Hasta entonces los artilleros creían que sus proyectiles seguía una línea recta después de salir del cañón, pero Tartaglia se dio cuenta del error y expuso el hecho cierto de que cuanto mayor es la velocidad de un proyectil más plana es su trayectoria, aunque seguía faltando toda justificación lógica o matemática del fenómeno. Esa justificación la terminó dando Galileo.

Galileo Galilei, mientras fue profesor en Padua, tuvo ocasión de ocuparse de estas cuestiones que expuso en su primera obra impresa: *Le operazioni del compasso geometrico e militare*, de 1606, donde demostró que la trayectoria de un proyectil es una parábola y calculó una tabla de distancias y elevaciones. Diseñado en un principio para resolver un problema práctico de artillería, el *compasso* no tardó en ser perfeccionado por Galileo, que amplió su uso en la solución de muchas otras cuestiones. La utilidad del dispositivo, en un momento en que no se habían introducido todavía los logaritmos, le permitió al científico obtener algunos ingresos mediante su fabricación y comercialización.

Al terminar el siglo XVI la industria del hierro comenzaba su trascendental asociación con el carbón, asociación que determinaría el curso de la futura Revolución Industrial. En la centuria siguiente la sustitución de los cañones de bronce y latón por los de hierro acabó con la prosperidad minera de Europa central, pero el declive en esta zona se vio compensado por el auge en otras partes del continente.

Suecia se aprovechó de forma directa de la nueva importancia del hierro para la fabricación de cañones. Las frecuentes guerras y los nuevos medios para llevarlas a cabo incrementaron la demanda de este mineral. Tilly, por ejemplo, gastó de 12.000 a 18.000 balas de cañón de hierro fundido al día durante los dos meses que duró el asedio de Magdeburgo en 1631. Pero el salto definitivo en el consumo lo dio Francia en la década de 1660, cuando Colbert se dispuso a construir una poderosa flota y necesitó miles de armas de fuego para sus barcos y sus instalaciones en tierra, armas e instalaciones en las que el hierro era un componente fundamental.

En Suecia el hombre que contribuyó a la creación de una artillería moderna fue Lottis de Geer, gran comerciante, industrial y financiero, al que podemos considerar el padre de la industria del hierro y del armamento sueca. Tenía una estrecha relación con el rey Gustavo Adolfo, y aunque su importancia fue posiblemente más económica que militar, no cabe subestimar su influencia en este último campo. Louis de Geer, que era uno de los más hábiles *entrepreneurs* holandeses, sólo fue el más famoso de entre los muchos financieros y fabricantes de armas que llegaron de los Países Bajos y de Alemania acompañados de obreros especializados y técnicos para instalarse en Suecia. Estos financieros y artesanos respondieron a la llamada sueca porque existían en el país unas posibilidades inmejorables para desarrollar este tipo de producción: combustible económico, yacimientos de mineral sumamente extensos, bajo costo de la mano de obra y abundante energía hidráulica, sin contar los muchos privilegios y ventajas fiscales que ofrecía la corona. Todo esto hacía posible que la joven industria sueca de armamento ofreciera unos precios realmente competitivos en el mercado europeo. Fue así como en 1630 Suecia ya era autosuficiente por lo que se refiere a sus necesidades bélicas y empezaba a exportar sus cañones a otras partes del continente.

Durante el siglo XVIII las nuevas potencias militares se fueron sumando a los tradicionales países productores de armas y, como había ocurrido en el caso sueco, esto fue un factor determinante en su ascenso político. El principal éxito militar de Federico II de Prusia consistió en conseguir armar a sus tropas en base a una producción propia. Las fábricas de armamento de Splitgerber y Daum, en Potsdam, por ejemplo, pro-

ducían 15.000 mosquetes al año en el decenio de 1740, mientras que la fabricación anual de pólvora creció en Prusia desde 448.000 libras en 1746 hasta 560.000 libras en 1756.

Hasta Rusia llegó también la fiebre de la industria armamentística. Hacia finales del siglo XVI ya se había establecido una fundición de cañones a unos 190 km al sur de Moscú, pero fue en 1705 cuando Pedro I fundó en Tula una factoría estatal para fabricar armamento ligero para el ejército y la armada rusos. Al principio hacían las armas siguiendo un proceso de fabricación artesanal. Los armeros trabajaban a domicilio, ateniéndose a una cuota de entrega de espadas o armas de fuego de uso militar y los mejores artesanos producían también una cantidad limitada de armas para la corte imperial. Pero en la segunda década del siglo ese método de producción quedó sobrepasado por la construcción de naves de fabricación y la instalación de maquinaria movida por fuerza hidráulica, lo que convirtió Tula en un importante centro productor de armamento hasta el siglo XX.

El impulso estatal se combinaba con el interés privado, y el tráfico de armas pronto cruzó los océanos. En 1660 iniciaba sus actividades comerciales la Compañía de la Bahía de Hudson y sus artículos más solicitados eran armas de fuego, cuchillos y hachas. Al principio se trataba de versiones baratas de las armas largas en boga en los países productores, pero ya en 1650 los indios de Norteamérica mostraron su preferencia por armas de chispa de pequeño calibre y cañón muy largo. En 1759 se fijó una base de trueque de 16 pieles de ciervo por un mosquete, y una piel de ciervo por 450 gramos de pólvora, 30 balas o 10 pedernales.

En África, la Compañía Británica Africana cambiaba un mosquete por un esclavo. A pesar de las pérdidas por enfermedad durante el viaje, los negreros seguían ganando mucho, dado que las fábricas de armas de Birmingham y Lieja podían suministrar al precio de una libra todas las escopetas que hicieran falta, adornadas con pintura escarlata, clavos de latón y un burdo tallado.

Hacia finales de siglo la Revolución Industrial produjo en este campo del armamento un gigantesco salto cualitativo. La copiosa demanda por parte de los militares tanto de hierro como de cobre aceleró nuevas inven-

ciones y descubrimientos capaces de cubrirla. John Smeaton ya triplicaba en 1761 la producción de un alto horno impulsando sus bombas de aire mediante ruedas hidráulicas, y en 1769, James Watt patentó su máquina de vapor. En 1784 el proceso de pudelación patentado por Henry Cort permitió a Gran Bretaña colocarse durante las guerras napoleónicas como la primera potencia exportadora de acero.

En 1713 los adelantos introducidos en el perforado de los cañones por el suizo Jean Maritz ofrecían a los fundidores la posibilidad de fundir las piezas macizas y perforarles el ánima con un taladro horizontal. En 1774 se le concedió a John Wilkinson una patente sobre un método de perforar los cañones con una máquina movida a vapor o por fuerza hidráulica. La precisión del cañón por el método de Wilkinson era muy superior a los fabricados por otros procedimientos.

Una de las aportaciones más importantes en este campo fue la realizada antes de 1785 por Le Blanc un armero francés, que logró fabricar piezas de fusil al por mayor en tamaños estándar y perfectamente intercambiables. La producción en serie para satisfacer la creciente presión de la demanda militar aceleró una nueva organización de las fábricas de armamento que dejaron de ser talleres artesanales. El método cruzó rápidamente el Atlántico, y el inventor, Eli Whitney, consiguió en 1798 un contrato para suministrar al gobierno de los Estados Unidos 10.000 fusiles estandarizados, al precio de 13,40 dólares cada uno. Los fusiles tenían que basarse en el modelo Charleville, comprado a Francia 20 años antes a 5 dólares la unidad para armar al ejército independentista.

El proceso de mecanización significaba que la pericia básica no tendría que depender en lo sucesivo de las manos de los hombres que hacían las piezas de las armas, sino de los constructores de las máquinas herramientas. El siguiente salto en este sentido se dio cuando el arsenal de Springfield, Massachusetts, en los Estados Unidos, empezó a utilizar fresadoras automáticas para cortar los componentes. Estas máquinas producían piezas intercambiables con enorme precisión y muy rápidamente. Como es obvio, las fresadoras eran costosas, y también derrochaban material, ya que efectuaban más recortes que un artesano diestro con un martillo y una lima. Pero si se necesitaba una gran cantidad de armas de fuego, la automatización compensaba con creces, gracias a la economía de esca-

la. En 1863 el arsenal británico de Enfield era capaz siguiendo estos procedimientos de producir 100.000 fusiles al año.

La patente de Bessemer concedida en 1856 para fundir el acero, unida al proceso de Siemens-Martin, produjeron en la artillería un auge nunca visto. Tres décadas después la artillería pesada y el blindaje se habían convertido en los factores determinantes de la marina de guerra. Fue entonces cuando el acorazado, con sus cañones de gran alcance, se convirtió en el más tremendo consumidor de los recursos de las grandes naciones. Surgieron ejércitos y armadas dotadas de cañones cada vez mayores y de navíos cada vez más sofisticados. Así el camino del imperialismo y la carrera armamentística quedaba abierto en el último tercio del siglo XIX gracias al desarrollo tecnocientífico y al impulso del capitalismo industrial.

Los cálculos de la producción de hierro en Europa occidental en 1850 eran de 2.100.000. toneladas, mientras que en 1910 ascendían ya a 60 millones de toneladas. En 1820 el mundo disponía de sólo 778 toneladas métricas de energía mecánica (expresada en carbón de combustión y potencia hidroeléctrica), comparadas con los 15 millones de toneladas que se poseían en 1893. La productividad del individuo había aumentado en la misma proporción. En los Estados Unidos, y en el mismo período, la población se había duplicado y la producción fabril per cápita se cuadruplicó.

En este tiempo, Gran Bretaña adquirió 4.700.000 millas cuadradas de territorio; Francia, 3.600.000; Alemania, 1.000.000, y Bélgica las aumentó en 900.000, es decir, 77 veces su propio territorio.

Los beneficios de Aceros Carnegie se elevaron de seis millones de dólares en 1896, a cuarenta en 1900. Un importante adelanto, el motor de combustión interna, sucedió a la máquina de vapor y dio origen a la industria petrolífera. La turbina de vapor y el motor diesel incrementaron la potencia motriz; la fuerza hidroeléctrica puso en marcha las dínamos. Aumentaron el tonelaje y la velocidad de los buques de vapor. El número de invenciones llegó a su punto álgido en la última década del siglo. Se desarrollaron el aluminio y otras aleaciones livianas; la industria química creó nuevos materiales y procesos. El sistema de producción en serie, conocido como «taylorismo», comenzó a aplicarse en todos los países industrializados.

En medio de todo este impresionante despliegue una serie de grandes empresas engrosaban de un modo asombroso sus beneficios gracias a la atención que prestaban a sus ramas dedicadas a la producción de armamento. Algunas de ellas tenían sus orígenes en pequeños talleres artesanales de época anterior, otras habían nacido al calor de la industrialización en sus respectivos países como modernas factorías destinadas específicamente a ese fin.

En Francia, la familia de industriales Schneider instaló, hacia 1836, en la pequeña villa de Creusot, un complejo industrial que, aplicando las más modernas tecnologías de la época, pronto destacó por su producción armamentística de gran calidad. Su réplica en Alemania fue el industrial Friedrich Krupp, quien en 1811 levantó su primera factoría para fundir acero en Essen, aunque los antecedentes familiares en el negocio se remontaban a la Guerra de los Treinta Años. La dinastía Krupp logró a lo largo del siglo crear un auténtico imperio productivo basado en el armamento. Alfred Krupp era conocido como «el rey del cañón» y hacia finales de la centuria empleaba a 53.000 obreros y a 5.000 ingenieros. En el momento de máxima actividad de la empresa, durante la Gran Guerra, Krupp producía al mes 9.000.000 de granadas y 3.000 piezas de artillería, cifras que no llegó a igualar ninguna otra firma europea.

Con una larga tradición que se remontaba al siglo XIV, la ciudad de Steyr (Alta Austria) albergaba un centro productor de armas que a mediados del siglo XIX experimentó una profunda renovación Josef Werndl. Tras una serie de fusiones empresariales surgió Steyr Mannlicher como empresa fabricante de fusiles para el Imperio austro-húngaro, aunque sus modelos se vendían a muchos ejércitos en Europa y en otros continentes. Al comienzo de la Primera Guerra Mundial su producción diaria era de 4.000 fusiles y en sus factorías trabajaban 15.000 obreros. En el mismo Imperio austro-hungaro el empresario Emil Skoda había fundado en 1869 en Pilsen una factoría que se especializó en armamento pesado, convirtiéndose en uno de los principales proveedores de morteros en el mercado mundial.

Todas estas empresas invertían en la innovación y mejora de sus productos, y todas influían en sus gobiernos para obtener sustanciosos contratos de suministros para el ejército de la nación. Podemos decir que la

relación entre política exterior, industria armamentística y negocio se fraguó en este período.

En la primera mitad del siglo XIX la producción de armamento aún descansaba en los grandes arsenales estatales y en las comisiones militares que decidían sobre las innovaciones que presentaban los particulares. Si el prototipo parecía interesante se adquiría la patente del invento o se integraba la empresa privada en el arsenal estatal. Así por ejemplo en 1846, el gobierno británico le pagó 20.000 libras esterlinas al francés Minié por la patente de su efectiva bala cónica. No obstante, a medidos del siglo, algunas de estas empresas privadas comenzaban a ofrecer sus productos en el mercado mundial y los Estados Mayores se vieron obligados a prestar atención a esas industrias. Una buena muestra de lo que estamos diciendo fue Samuel Colt, un auténtico maestro en las ventas durante la Guerra Civil en Norteamérica, que consiguió que el ejército del Norte le comprara 35.000 revólveres, 113.980 mosquetes y 7.000 rifles.

El paso siguiente en este proceso fue vincular a esas empresas de armamento con el interés nacional, aunque la tarea no resultó fácil. La clase militar de la época miraba con desprecio a aquellos negociantes que labraban su fortunas poniendo precio a las armas destinadas a engrandecer la patria, pero, por otra parte, cada vez más, los Estados Mayores sabían que el éxito militar dependía de un suministro fluido y masivo del nuevo tipo de armamento.

Poco a poco el entramado entre intereses industriales, políticos y militares se fue haciendo más estrecho. El proceso culminó cuando, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, la carrera naval entre las grandes potencias implicaba tales desembolsos que sólo los gobiernos podían sostener e impulsar los nuevos logros armamentísticos.

Los gastos totales de defensa de las principales potencias europeas se incrementaron entre 1874 y 1896 en algo más del 50%. Los del Imperio alemán, durante este período, se elevaron en un 79%, y los de Rusia en un 75%, en tanto que Inglaterra, Francia y Austria-Hungría iban detrás con un 47%, un 43 y un 21% respectivamente.

En esos momentos ya no eran los ingenieros los que ofrecían sus inventos a las comisiones de armamento, sino que los Estados Mayores

precisaban cuáles eran las características que debían tener las nuevas armas. Tampoco las grandes empresas podían acometer la producción de según qué piezas por su cuenta sin contar con que las fuertes inversiones que suponían estuvieran respaldadas por una fuente casi inagotable de dinero público. Por su parte los gobiernos no se atrevían a aprobar tales inversiones sin convencer a la opinión pública de la necesidad nacional de llevarlas a cabo. En 1884 el Primer ministro británico Gladstone ofreció un ejemplo de cómo se podían acometer con éxito esas políticas.

En el año 1884 la economía inglesa estaba pasando por un período de profunda depresión. En situaciones parecidas los gobiernos de turno eran muy cuidadosos con el gasto, incluso con el militar, ya que al existir el sufragio censatario los votantes seguían siendo una minoría perteneciente a las clases acomodadas. A estos pocos votantes, que a su vez eran contribuyentes, no les gustaba el dispendio por parte de sus gobiernos, aunque el gasto estuviera destinado a garantizar la supremacía imperial. Sin embargo el Primer ministro Gladstone y algunos oficiales del Almirantazgo esperaban que se diera vía libre a un presupuesto extraordinario para renovar la artillería de la armada. La tarea no era fácil ya que el proyecto no contaba con la mayoría parlamentaria, según estaba compuesta la cámara en aquel momento. Pero con ayuda de la prensa sensacionalista, determinados sectores industriales y militares lanzaron una campaña destinada a convencer a la opinión pública agitando un doble mensaje: si se aprobaba el presupuesto la flota británica volvería a ser la primera del mundo y los trabajadores de los astilleros, que se encontraban en el paro, podrían llevar un jornal a sus casas.

Fue entonces cuando Gladstone presentó un proyecto de ley que ampliaba sustancialmente el derecho de voto, consiguiendo que la gran masa de nuevos votantes apoyara sus políticas. Ningún Parlamento podía resistir durante mucho tiempo las presiones de los votantes desempleados, respaldados por empresarios ansiosos de conseguir contratos gubernamentales. Después de todo, los contratos de armas podían restablecer tanto los salarios como las ganancias, fortaleciendo al mismo tiempo la posición internacional de Gran Bretaña. Finalmente el presupuesto fue aprobado, iniciándose así una política en la que, cada vez más, los astilleros y las empresas de armas privadas iban a ir desplazando a los viejos arsenales del Estado.

En Alemania el procedimiento fue otro. También había que conseguir enormes recursos financieros para la armada. Ahora bien, los alemanes, en su mayor parte, no parecían demasiado dispuestos a aceptar semejantes sacrificios. Mostraban poco interés por la política naval que rompía con una larga tradición de cuidar de modo particular el ejército de tierra. Los terratenientes, jefes del ejército, burgueses liberales y las clases medias y populares se mostraban francamente hostiles. En 1897 el Reichstag rechazó un aumento del presupuesto de Marina. Para atraerse una opinión pública tan reacia, fue necesario lanzar a través del país una gran campaña propagandística. El Gobierno tomó parte influyendo en los principales periódicos y en las Cámaras de Comercio. Los bancos y los grandes industriales, especialmente Krupp, patrocinaron y subvencionaron una organización de masas, la Liga naval, que movilizó a universitarios y publicistas para demostrar las ventajas y la necesidad de apresurar la construcción de una gran flota. La Liga en 1913 contaba ya con 3.845 secciones locales y con más de un millón de afiliados. Estos potentes medios de acción provocaron un cambio en la opinión de los alemanes. De este modo, el Reichstag consiguió votar una serie de leyes navales. En 1913, la flota alemana se había convertido en la segunda del mundo.

A lo largo del siglo XIX las aportaciones de la ciencia a la industria armamentística fueron más bien limitadas ya que la mayor parte de los adelantos se produjeron como resultado de la aplicación de una tecnología cada vez más avanzada. De la idea brillante del pequeño armero se pasó al tablero de dibujo de los ingenieros industriales. Poco a poco el ingeniero civil que aportaba nuevas soluciones dejó paso al ingeniero militar especializado en este tipo de diseños. De hecho hacia 1880 la ingeniería militar había comenzado a superar a la civil invirtiéndose la relación existente 30 años antes.

La única rama de la ciencia que se involucró de modo directo en la producción de nuevas armas fue la química; en ella destacaron los descubrimientos hechos por el sueco Alfred Nobel (1833-1896). Nobel, que era hijo de un fabricante de armas que tuvo poco éxito en sus negocios, consiguió en 1863 controlar mediante un detonador las explosiones de la nitroglicerina, inventada por el italiano Ascanio Sobrero. En 1865 perfeccionó el sistema con un detonador de mercurio; y en 1867 consiguió fabricar por primera vez la dinamita.

Nobel, que patentó todos sus inventos y fundó compañías para fabricarlos y comercializarlos, hizo posible con su invento las excavaciones intensivas en las minas y canteras y permitió la ejecución de trabajos colosales, como el túnel del Simplón y el canal de Panamá; pero sus productos fueron también de enorme importancia en la industria militar para la cual Nobel diseñó algunos de ellos de modo específico, como la balistita que sirvió de base para la pólvora sin humo.

En las guerras modernas, el mayor desplazamiento de riquezas en el interior de un mismo país se efectúa en beneficio de ciertas categorías de la población, que se lucran de tan trágicas circunstancias. En primer lugar, dentro de estas categorías, tenemos a los industriales encargados de los suministros de guerra, los que fabrican armas, municiones y equipos; y a los intermediarios de todas clases, que abastecen al ejército o proporcionan a éste todo lo necesario. En ese sentido la Primera Guerra Mundial supuso una época dorada para la industria vinculada a la guerra. El fenómeno no era nuevo pero nunca hasta entonces había alcanzado la escala que alcanzó en esos cuatro años de conflicto.

En abril de 1917 un diputado francés revelaba en la Cámara que una sociedad con un capital de 125.000 francos había realizado dos millones de beneficios en un año. Los beneficios de guerra en la industria de los cueros y en las industrias químicas fueron espectaculares y los dividendos pasaron en dos años del 20,3% al 37,7% y del 19 al 31%. Para los grandes patronos alemanes, «la expansión» se produjo en 1917 cuando Hindenburg dejó rienda suelta a los industriales «para que se acrecentase la producción»: en seis meses, sus beneficios declarados llegaron a los 10.000 millones de marcos.

Se dieron casos todavía más impresionantes en Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Por ejemplo, la Anglo Persian Oil Company, tenía un déficit de 26.700 libras esterlinas en 1914; sin embargo en 1918 sus balances registraban unos beneficios de 1.090.200 libras. La misma progresión geométrica se produjo en el caucho, donde las ganancias se acrecentaron en 40 veces entre 1914 y 1918. En las industrias químicas, metalúrgicas, etc., los beneficios fueron igualmente considerables; en tres años la Workington Iron Steel pasaba de los 184 millones de libras esterlinas a los 485; Henry Briggs Sons & Company, de 81 millones, a 184. Entre los alia-

dos eran las empresas de municiones, de explosivos y de automóviles las que más beneficios proporcionaban. El caso del trust Dupont de Nemours es ilustrativo a este respecto; sus beneficios netos durante la guerra fueron de 266 millones de dólares en total, mientras que antes de la guerra la media anual no rebasaba los 6 millones. Es cierto que Dupont fue el mayor proveedor de municiones de los aliados; estas ganancias le permitieron adquirir el 23% del capital de la General Motors.

En los Estados Unidos, los beneficios de la Anaconda Cooper pasaron, entre 1915 y 1916, de los nueve millones de dólares, a los 51; los de la Bethlehem Steel Company, de los nueve, a los 43 millones; los de la General Motors, de los siete, a los 25 millones. Todas estas empresas, al igual que Krupp en Alemania, Zakhorov en Rusia y Vickers en Gran Bretaña, veían extenderse su imperio gracias a los campos de muerte europeos.

Lejos del patriotismo, que los fabricantes de armas habían contribuido a fomentar, la guerra ofrecía una oportunidad para el negocio y el beneficio que no se podía desaprovechar. A partir de 1915 el ejército alemán comenzó a exigir obuses del mejor acero, por esta razón el Ministerio rechazó los tipo Thomas. Los industriales, a regañadientes, comenzaron a transformar poco a poco su mercancía, fabricando obuses de tipo Martin, pero los *stocks* de obuses Thomas fueron vendidos, a través de Suiza, al enemigo, en concreto a Francia e Italia. No obstante, los fabricantes siguieron descontentos con los precios que el Ministerio quería pagarles, ya que obtenían mejores beneficios vendiendo el antiguo modelo a los adversarios. En la batalla del Somme el alto mando alemán se encontró por vez primera peor aprovisionado de municiones que el enemigo. Entonces exigió con urgencia el máximo de obuses. Los productores se los ofrecieron al Ministerio pero al precio de cártel, si no, se negaban a entregarlos. Esta situación no duró mucho ya que Hindenburg necesitaba a los fabricantes de armas y ordenó al Ministerio que les pagase «el precio que quisieran».

Tras la borrachera llegó la resaca. Los años de la inmediata posguerra señalaron un *impasse* en la producción armamentística, pero el ascenso de los fascismos y, sobre todo, la crisis del 29 con sus millones de parados, reactivaron el mecanismo de la industria del armamento en la década de los años 30.

En cuanto llegó al poder, el fascismo italiano hizo importantes encargos de armas a la industria pesada. Durante sus primeros años gastó de 5.000 a 6.000 millones de liras anuales para dotar al país de un ejército, una marina de guerra y una aviación que no guardaban relación alguna con las necesidades de su defensa nacional. Pero fue, sobre todo, a partir de 1934 cuando se aceleró la producción de armamentos. El índice de la producción industrial, que era de 75 en el año 1934 (sobre 100 en 1928), llegó a 105 en abril de 1935 y ese aumento se concentró casi exclusivamente en la industria pesada, susceptible de trabajar para el ejército.

En 1933 se creó un *holding* público para salvar los bancos y las industrias de las consecuencias de la crisis de 1929 que se convirtió en ente permanente en 1937 y que llegó a controlar el 100% de la siderurgia bélica y el 90% de los astilleros navales. Estas actividades seguían, sin embargo, divididas en varias empresas (Ansaldo, O.T.O., Cantieri Riuniti, Armstrong, etc.). En 1935 fue creado el Commissariato Generale per le Fabbricazioni di Guerra y también el Consiglio Nazionale delle Ricerche, al que le fueron confiadas tareas específicas en la investigación científica, especialmente para el descubrimiento de sucedáneos que pudiesen sustituir las materias primas que faltasen en caso de guerra

La Alemania nazi siguió el mismo camino. De hecho el ascenso al poder de Hitler estuvo en buena medida financiado por la gran industria alemana, en particular por las poderosas empresas de acero y armamento como Thyssen o Krupp. En junio de 1932, seis meses antes de la llegada de los nazis al poder, Thyssen, Vöegler, Krupp y algún otro industrial convinieron en establecer un lazo entre la gran empresa y Hitler. Por parte de los industriales se realizaría un esfuerzo financiero a cambio de que los dirigentes nazis aceptasen un asesoramiento económico «sensato».

Si desde el punto de vista social el nacionalsocialismo consideraba primordial la lucha contra el paro laboral, desde el punto de vista nacional consideraba imprescindible el restablecimiento de un poderoso ejército como instrumento indispensable para la conquista del «espacio vital». Así pues el maridaje entre nazismo e industria armamentística será uno de los pilares básicos sobre los que descansará la política belicista hitleriana.

Desde enero de 1933 el plan de cuatro años sometido por Hitler, convertido ya en canciller, al presidente de la república, mariscal Hindenburg,

preveía la reabsorción del paro forzoso por el desarrollo masivo y rápido de la producción de armamentos. No podemos saber con exactitud la amplitud de los pedidos de armamento, puesto que desde 1934 no se publicaron las cifras del presupuesto del Reich, y nos tenemos que limitar a hacer estimaciones. Parece que para 1937-1938 los gastos militares podían estimarse en 15.000 millones de marcos y para el período de 1938-1939, en 17 o 18.000 millones cuando menos. En el año 1938-1939 los gastos de armamento equivalían aproximadamente a un cuarto de la renta nacional del país.

Esta política benefició de modo particular a empresas como la Krupp cuyo valor estimado pasó de 75.962.000 marcos en 1933 a 237.316.093 marcos en octubre de 1943, con beneficios anuales que llegaron a superar los 100.000.000 de marcos. Terminada la contienda se pretendió juzgar en el proceso de Nuremberg a Gustav Krupp von Böhlen. El acta de acusación rezaba: « ... después de la conquista del poder por los nazis, a la que habían contribuido (…) Han participado en todos los planes militares y, económicos y en los preparativos para la guerra de agresión. Han dirigido y autorizado crímenes contra la humanidad, sobre todo, la explotación y abuso de hombres en el trabajo destinado a esa guerra». (Heydecker-Leeb, 1966: 103). Finalmente el estado de salud del industrial le evitó sentarse en el banquillo de los acusados.

En los Estados Unidos la política del New Deal, proclamada por el presidente F. D. Roosevelt en 1933, tuvo también como primer objetivo tratar de hacer frente a la depresión que había dejado a unos 13 millones de personas sin trabajo desde 1929. Como Hitler, Roosevelt intentó en sus primeros años en el poder absorber el desempleo mediante programas de obras públicas y no mediante una movilización militar; pero sólo cuando la movilización militar alcanzó niveles significativos, iniciada ya la contienda, logró realmente el gobierno norteamericano eliminar el desempleo.

Sin embargo, en Francia y Gran Bretaña una sincera aversión a una nueva guerra frenó la marcha hacia el rearme. Los pedidos de nuevas armas se hicieron a una escala mucho menor que en Alemania, y el desempleo continuó siendo un problema hasta que estalló la guerra. Rusia, por el contrario, respondió a las amenazas de Hitler con un esfuerzo a gran escala para reequipar el Ejército Rojo y la fuerza aérea.

A medida que los principales países industrializados del mundo, uno tras otro, incrementaban la producción de armamento, el ritmo del progreso en el desarrollo de las armas, que se había detenido drásticamente al término de la Primera Guerra Mundial, se aceleró repentinamente, sobre todo en lo concerniente a aviones y tanques. Cuando por fin estalló la Segunda Guerra Mundial, esa carrera por la innovación iniciada desde mediados de la década de 1930 hizo que todos los beligerantes movilizaran a sus científicos, técnicos, ingenieros de diseño y expertos en eficiencia para mejorar las armas existentes y para inventar otras a una escala mucho mayor que antes.

La experiencia en el campo de batalla era rápidamente transmitida a los comités de expertos encargados de corregir los fallos de las máquinas existentes y diseñar otras nuevas para lograr mejores resultados. Los administradores alemanes y británicos tendieron a preferir la calidad y a efectuar muchas modificaciones, mientras que los norteamericanos y los rusos optaron por la cantidad y se abstuvieron de introducir modificaciones que obstaculizaran la plena utilización de la cadena de montaje. Eso no impidió que Alemania aumentara, también, espectacularmente su producción. De un total de 113.514 aparatos fabricados durante la guerra, 40.593 fueron producidos en 1944 en vísperas de finalizar el conflicto. Incluso en 1945, la producción de cazas casi alcanzó un total de 5.000 durante los cuatro meses antes de que la guerra terminara.

El modelo de un flujo continuo de todos los factores de producción que permitía prosperar a las grandes empresas modernas se aplicó durante la guerra al montaje de los factores de destrucción que eran las armas, consiguiendo así reducir los costes e incrementar el volumen producido. En resumen, la guerra se industrializó plenamente, del mismo modo que la industria se militarizó casi totalmente.

Pero tan significativo como esto fue la completa implicación del mundo científico y el impulso espectacular en hallazgos y descubrimientos, inicialmente bélicos, que tendrían una enorme repercusión en décadas posteriores. En un principio, el radar constituyó la más notable de estas innovaciones. Científicos e ingenieros británicos descubrieron cómo utilizar la reflexión de ondas cortas de radio para localizar aviones a una distancia que permitiera a pilotos de cazas interceptarlos durante la batalla de Inglaterra.

También el cohete V2, utilizado por los alemanes y diseñado por Ernest von Braun fue el precursor de los cohetes espaciales utilizados por Estados Unidos y la Unión Soviética en su ulterior carrera al espacio. Hacia el final de la guerra, Von Braun pudo contactar con los aliados y preparó su rendición ante las fuerzas estadounidenses, quienes desarrollaban la operación «Paperclip» para capturar a científicos alemanes y ponerlos al servicio del bando aliado. El alemán se entregó junto a otros 500 científicos de su equipo, sus diseños y varios vehículos de prueba.

La máquina *Colossus* fue el primitivo aparato calculador que permitió a los británicos leer las comunicaciones cifradas alemanas durante la guerra. Este ingenio fue uno de los primeros computadores digitales. El prototipo, *Colossus Mark I*, entró en funcionamiento en febrero de 1944 y tuvo influencia directa en el desarrollo de los posteriores ordenadores.

La lista, que podría ser muy larga, culmina con el Proyecto Manhattan, que posibilitó la construcción de la primera bomba atómica. Las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki a principios de agosto de 1945 fueron desarrolladas en el laboratorio de Los Álamos (Nuevo México), creado para este fin a principios de 1943. El Proyecto Manhattan, financiado con el 2% del PIB norteamericano, logró su objetivo en poco más de dos años gracias a la colaboración de los mejores científicos americanos y europeos encabezados por J. Robert Oppenheimer. En el grupo de expertos destacaron el italiano Fermi y el danés Niels Bohr. Este ilustre físico, premio Nobel de 1922, de ascendencia parcialmente judía, quiso quedarse en su país cuando fue ocupado por los nazis, a fin de proteger su magnífico instituto —fundación científica financiada por la casa de cervezas Carlsberg— de la infiltración alemana. Puesto en contacto con la resistencia, informaba a Londres del fruto de sus investigaciones. A fines de la primavera de 1943, Bohr pudo comunicar a Inglaterra que la ciencia alemana no había avanzado en el estudio de la bomba atómica y que no había por qué temer este sector de la actividad científica enemiga. En octubre de 1943, la situación de Bohr en el país ocupado se hizo difícil y escapó a Suecia. Tras una corta estancia en Londres, pasó a Estados Unidos, y fue consejero del laboratorio de Los Álamos.

Fueron sobre todo los científicos europeos refugiados y las circunstancias de la guerra, quienes persuadieron a los gobiernos británico y nor-

teamericano para realizar el enorme esfuerzo de investigación y desarrollo requerido para producir la primera bomba atómica, ya que es difícil creer que un gobierno se hubiera atrevido a acometer el gasto de un proyecto tan arriesgado en tiempos de paz. Cuando el Proyecto Manhattan se hallaba en su punto culminante, 120.000 personas trabajaban en él. El coste fue de más de 2.000 millones de dólares; y hasta las pruebas finales nadie pudo estar totalmente seguro de que la teoría atómica podría plasmarse en la construcción de una cabeza explosiva.

El final de la guerra comportó dos novedades respecto a etapas anteriores. La primera fue que la producción armamentística no se detuvo entre las grandes potencias vencedoras; la segunda que a partir de ese momento el mundo científico se implicó de lleno en la consecución de nuevas armas cada vez más temibles.

La Guerra Fría, con su carrera de armamentos entre la URSS y los EE. UU., y la lucha contra el colonialismo permitieron alimentar la industria de las armas hasta tal punto que el propio presidente de los EE UU Dwight Eisenhower en su discurso de despedida de enero de 1961, utilizó la expresión «complejo industrial militar» para designar el entramado de intereses económicos y militares que funcionaba en su país, previniendo al poder político de la influencia que llegaba a ejercer, y advirtiendo de los peligros que podían correr las libertades. La advertencia, viniendo de un militar y hecha por un político de talante conservador, no se podía tomar en vano.

Sin embargo, la carrera no cesó, dotándose las grandes potencias de un poder de destrucción que podía aniquilar varias veces la vida en el planeta. Desde entonces la política armamentística ha adquirido una doble vertiente: por un lado se ha venido desarrollando un potencial nuclear en manos de algunos países, cada vez más, que sin haber sido utilizado hasta el momento en ninguno de los conflictos habidos supone un peligro de destrucción masiva que sigue cuestionando la pervivencia de la humanidad; por otro, la producción y perfeccionamiento de las armas llamadas ahora «convencionales» continúa alimentando cotidianamente las guerras que se producen en el mundo.

En las guerras habidas desde 1945, han sido las armas ligeras las principales causantes de las víctimas producidas en estos conflictos. Se calcula

que de unos 30 millones de personas que han perecido en las diferentes contiendas que han sucedido en el planeta, 26 millones de ellas lo han hecho a consecuencia del impacto de armas ligeras. Estas armas, y no los grandes buques o los sofisticados aviones de combate, son las responsables materiales de cuatro de cada cinco víctimas de la guerra actual.

Por último no podemos dejar de mencionar que los avances, tanto en la carrera nuclear como en el perfeccionamiento del armamento convencional, sólo han sido posibles por el concurso cómplice de la tecnología y de la ciencia, aunque la postura de los científicos al respecto no ha sido homogénea. En este sentido los casos más emblemáticos puede que sean los de Robert Oppenheimer y Edward Teller. Ambos habían trabajado en el Proyecto Manhattan, pero tras las explosiones en Hiroshima y Nagasaki, Oppenheimer, que había dirigido el proyecto, adoptó una postura muy crítica sobre este tipo de armamento oponiéndose enérgicamente al desarrollo de la bomba de hidrógeno, lo que le valió el ser investigado por el FBI para intentar vincularlo con el movimiento comunista. Víctima de la «caza de brujas» Oppenheimer terminó siendo apartado de los puestos de responsabilidad que ocupaba.

En la comisión de investigación ante la que compareció Oppenheimer, su antiguo colega en Los Álamos, el también físico Edward Teller, testificó contra él. Teller, considerado el padre de la bomba de hidrógeno, tuvo «una dedicación religiosa a las armas termonucleares», en palabras del historiador de la tecnología David F. Noble; y su fervor por la investigación científica al servicio de la guerra no decayó con los años, puesto que fue también un ardiente defensor de la *Guerra de las Galaxias* durante la Administración del presidente Reagan. Su figura sirvió de inspiración al director de cine Stanley Kubrick para recrear el personaje del doctor Strangelove, el científico loco obsesionado con la destrucción masiva en la película de 1964 *¿Teléfono Rojo? Volamos hacia Moscú*.

La complicidad de la ciencia moderna con la guerra queda demostrada por el hecho de que a comienzos de la década de los 80 se calculaba que unos 500.000 científicos en todo el mundo trabajaban en el desarrollo de los más variados tipos de armamento. Los proyectos de investigación militar se han convertido en una de las principales fuentes de financiación para los equipos científicos, produciéndose la paradoja de que algunos de estos

proyectos terminaron careciendo de viabilidad como instrumentos bélicos pero se tradujeron en logros para la tecnología civil. Por ejemplo Internet, que nació como resultado de las investigaciones llevadas a cabo por los EE.UU. para mantener las comunicaciones vitales del país en el posible caso de una guerra nuclear.

Este hecho ha dado pie a la perversa argumentación del supuesto beneficio de trasvase de tecnología militar a industrias pacíficas de distintos sectores, que hoy sirve como coartada para continuar alimentando ese círculo vicioso de ciencia y belicismo. De hecho, en los Presupuestos Generales del Estado español para el año 2007, las partidas destinadas explícitamente a I+D militar ascendían a 1.586,10 millones de euros (263.0094 millones de pesetas), con un aumento en el número de programas de desarrollo de armamentos, que pasaban de 9 a 13. En cambio, la suma de presupuestos para investigación científica (que incluye todas las ciencias sociales y naturales), sanitaria, educativa, medioambiental, agraria, geológica, oceanográfica y energética apenas asciende a 1.387,17 millones de euros; 200 millones menos de los que recibe la investigación militar.

La práctica totalidad de esos fondos se destinaban al diseño y construcción o modernización de 13 tipos distintos de armamento de carácter ofensivo, e iban a parar a siete compañías especializadas en la fabricación de armas, entre las que ocupaba un papel destacado General Dynamics, compañía norteamericana que está entre los cinco principales proveedores del Pentágono. General Dynamics, que trabaja en nuestro país, había comprado la antigua empresa estatal de armas Santa Bárbara, que se vendió a la estadounidense por el módico precio de cinco millones de euros.

También el mercado de las armas sigue floreciente. Los cinco países que más fabrican y más venden son justo los cinco países con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. EE. UU. con unas ventas estimadas en 14.000 millones de dólares, Gran Bretaña con casi 5.000 millones, Rusia y Francia con 3.500 millones y China con más de 500 millones de dólares son las naciones que exportan el 80% de las armas del planeta. España, en la undécima posición, asume solamente un 1% del total de ese comercio, aunque en los últimos años ha dado un salto espectacular ya que entre 2000 y 2004 las ventas al exterior pasaron de 138 millones de euros a 405 millones.

Este comercio se sigue apoyando en una poderosa industria que, luego del petróleo, es la que más dinero mueve en el mundo. Se calcula que unos 25 millones de personas del planeta trabajan en la fabricación de armas de modo directo e indirecto. Solamente en EE. UU. hay millón y medio de empleos directos en el sector de la defensa, según la Oficina de Estadísticas Laborales del Departamento de Trabajo. En total, un 2,3% de la población trabaja en o para el Pentágono. En nuestro país las cifras son más modestas y el sector industrial del armamento sólo genera unos 13.500 puestos de trabajo (2005).

El entramado industrial, político y militar que naciera a finales del siglo XIX sigue vivo y mucho más consolidado que antaño. En el momento de la Guerra de Irak, al menos 32 importantes responsables de la administración Bush eran o bien antiguos miembros de consejos de administración, o bien importantes accionistas de sociedades que proporcionaban armamento al ejército, y 17 de esos responsables, nombrados por el círculo presidencial, tenían lazos con suministradores decisivos del sistema de defensa por misiles: Lockheed Martin, Raytheon, Boeing y Northrop Grumman. Este hecho hacía decir a W. H. Hartung, en el *Washington Post* del 18 de agosto de 2002: «En definitiva, la industria del armamento nuclear no tiene necesidad de grupos de presión en la administración Bush ya que en un alto grado, ellos son la administración Bush».

Todos estos datos nos indican que la fragua de Vulcano sigue trabajando en nuestros días a pleno rendimiento y continúa su labor de transmutar por el fuego la naturaleza de las cosas al convertir la muerte en dinero a través de la forja de las armas.



IV
Treinta años de guerra total

De una guerra a otra

La primera mitad del siglo XX estuvo marcada por una tremenda conflictividad bélica que tuvo hondas repercusiones en los más diversos campos de la vida social y en los pueblos de todas las latitudes del globo. En 1914 comenzó la que sería llamada Gran Guerra, en la que se vieron envueltas naciones de todo el mundo. Convertida en la mayor contienda de la historia hasta ese momento, en sus cuatro años de duración, cambió las condiciones políticas, económicas y sociales tanto de vencedores como de vencidos y ocasionó 10.000.000 de víctimas.

Dos décadas después se iniciaba otra conflagración a escala mucho mayor. Tomando como referencia la anterior ésta será denominada Segunda Guerra Mundial. En ella se combatió en la práctica totalidad de la superficie del planeta, se vieron enfrentados enormes ejércitos, la padecieron en directo y de modo brutal millones de civiles, se utilizaron armas de tremendo poder destructivo, y terminó

por arrojar como saldo, al finalizar en 1945, una cifra incalculable de víctimas que podía rondar los 50.000.000 de muertos.

Entre una y otra contienda la paz no llegó al mundo. Ni uno sólo de esos veinte años que separan ambas conflictos transcurrió sin registrar una guerra en alguna parte del planeta. Muchos opinan que el tiempo transcurrido de 1914 a 1945 constituye un único período de conflictividad continuada. La idea de considerar esa época como una nueva Guerra de los Treinta Años ha sido aceptada por distintos historiadores (Mayer, 1984: 298; Hobsbawm, 1995: 63). No sólo la cronología sino también la crueldad desplegada ayudarían a avalar la similitud, si salvamos las magnitudes entre la época que analizamos y las guerras que sacudieron Centroeuropa de 1618 a 1648. La continuidad entre la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial ya fue vaticinada por algunos al finalizar la primera. Así, el mariscal Foch al conocer los detalles de la Paz de Versalles (1919) auguró que no se trataba de una paz duradera sino de un simple armisticio de veinte años y sólo se equivocó por algunos meses. Lo cierto es que en el plano militar la Gran Guerra ya parecía preanunciar, de modo embrionario, algunos de los elementos sustanciales que se iban a desarrollar en la segunda.

La conflagración que se inició en agosto de 1914 se ajustó en sus comienzos al meticuloso planeamiento trazado en su día por el fallecido jefe del Estado Mayor alemán, mariscal de campo Von Schlieffen. El plan del mariscal contemplaba que Alemania debería batirse en dos frentes, por eso se pretendía neutralizar rápidamente uno de ellos en los primeros días del conflicto. Así, confiando en la lenta movilización rusa, Von Schlieffen había ideado un fulgurante ataque a través de la neutral Bélgica para penetrar con siete cuerpos de ejército en territorio francés. El ala derecha alemana avanzaría, girando sobre Metz, en un movimiento envolvente sobre las líneas galas, lo que le permitiría al alemán colocar en tres semanas el grueso de su ejército a las espaldas del frente francés y a pocos kilómetros de París.

Pero los alemanes fracasaron en su objetivo estratégico de rodear París y obligar a los franceses a rendirse. La resistencia belga fue

muy enconada y retrasó a las tropas alemanas. La agresión a ese país neutral precipitó la entrada en la contienda de Inglaterra, que vino a reforzar el frente francés. Por otra parte, la movilización en Rusia fue más acelerada de lo que había previsto el Estado Mayor alemán, lo que le obligó a retirar efectivos del frente occidental para ayudar a sus aliados austriacos que estaban siendo derrotados por los rusos. En estas circunstancias, el ala derecha del ejército alemán, bastante debilitada, se aprestó a una carrera hacia París que le alejó del grueso del ejército. Fue entonces cuando los franceses contraatacaron a la desesperada cerca del Marne. Los generales alemanes, ante el temor de ser copados, ordenaron la retirada hasta igualar el ala derecha con la izquierda, formando un solo frente sobre el territorio franco-belga. En aquel momento cesó la guerra de movimientos para ser remplazada por la guerra de trincheras.

En el invierno de 1914 los combatientes se adaptaron a una guerra de sitio moderna, librada en las trincheras que corrían desde el mar, cerca de Nieuport en la costa belga, hasta la frontera suiza, al sur de Belfort. Se abrió así una enorme «cicatriz» en el suelo europeo de unos 700 kilómetros. Las trincheras, defendidas por alambre de espinos y ametralladoras, iban a permanecer en una posición muy similar durante los siguientes cuatro años. Ninguno de los contendientes consiguió, a lo largo de toda la contienda, modificar su trazado de modo permanente en más de 16 kilómetros.

Los ejércitos enfrentados, una vez semiestabilizada una posición, se apresuraban a colocar alambradas, simultáneamente se excavaban las trincheras y se confeccionaban sacos terreros para protegerse de los bombardeos. En las trincheras, que se sucedían en varias líneas, se construían refugios, puestos de observación y nidos de ametralladoras, así como pasadizos para conectar unas con otras, convirtiéndose en auténticas redes infranqueables para las tropas adversarias. En la trinchera la principal arma de defensa era la ametralladora. Situadas en emplazamientos bien preparados y cuidadosamente protegidos, las ametralladoras, provistas de amplios stocks de munición y contando con campos de fuego cruzados, podían tomar por enfilada a la infantería que avanzaba y causar una terri-

ble matanza. De hecho, buena parte del conflicto se redujo a reproducir de modo ritual esas matanzas sin obtener ningún resultado significativo.

Las tácticas seguidas para romper el frente enemigo eran tan simples como inútiles. Primero se efectuaba un bombardeo de artillería, más o menos prolongado según la disponibilidad de munición, que pretendía abrir huecos en las alambradas y que obligaba a los defensores a ocultarse tras los blocaos; luego se alzaba la barrera de artillería y atacaban los infantes. A menudo eran barridos por el fuego de rifles y ametralladoras antes de que hubiesen logrado alcanzar las alambradas del enemigo. Si llegaban a ellas, era muy probable que se encontrasen con que el alambre seguía intacto, ya que la cantidad de explosivo contenida en un proyectil de artillería era insuficiente para causar serios daños en un tupido campo de alambradas. Finalmente, si los atacantes conseguían atravesar el alambre de espino aún tenían que asaltar la trinchera de primera línea. Los defensores, que en general no habían sufrido grandes pérdidas como resultado del bombardeo, sabían perfectamente, por el cese de éste, cuándo iba a iniciarse la ofensiva enemiga, y cuando se producía ya estaban situados en sus puestos de combate con los dedos en los gatillos. Por último, si los atacantes conseguían tomar la primera trinchera había dos o tres más detrás, en las que se hallaban las reservas de los defensores que preparaban un contraataque.

Cómo romper esta inercia fue el gran problema irresuelto a lo largo de todo el conflicto, pero en la búsqueda de una solución se desarrollaron nuevas armas. Las tres más novedosas y espectaculares fueron: los tanques, la aviación y los gases. Sólo las dos primeras estaban llamadas a desempeñar un papel fundamental en conflagraciones futuras, aunque en la Gran Guerra su empleo no fue determinante. Sin embargo, los gases, por su naturaleza, dejaron una imagen terrible de esa contienda. Las espectrales imágenes de hombres y animales de combate, cubiertos con aparatosas máscaras antigás, agazapados en las trincheras llenas de barro y esperando la llegada de la nube letal, es todo un icono de la Primera Guerra Mundial.

La industria química alemana era entonces la más avanzada del mundo y fue el ejército alemán el primero en utilizar el gas veneno-

so. Tras una prueba en Rusia, fue el 22 de abril de 1915 en Langemark cuando los alemanes lanzaron por primera vez una cortina de cloro, por medio de cilindros, que fue arrastrada por el viento hacia las trincheras aliadas. El ensayo se llevó a cabo en un frente de seis kilómetros, duró cinco minutos y produjo una nube de 600 a 900 metros dotada de una velocidad de 2 a 3 m/s. El efecto fue inmediato y fulminante, pero los alemanes no supieron explotar el éxito porque las posiciones aliadas en profundidad no fueron afectadas por el gas, que terminó por dispersarse, y también porque las tropas alemanas carentes de máscaras ofrecieron resistencia a penetrar en las trincheras contaminadas.

El mando alemán consideraba este ataque como un experimento y les costaba admitir que el gas pudiera resolver el problema del estancamiento en el frente occidental, entre otras razones porque la orientación de sus posiciones suponía para ellos una desventaja, ya que los vientos del Oeste son los dominantes entre Flandes y Argonne. No obstante, siguieron utilizándolo y perfeccionaron su uso arrojándolo con proyectiles de artillería. Pronto, los Aliados sustituyeron los paños empapados en hiposulfito, con los que inicialmente se protegían, por máscaras antigás, de las que también se valieron los alemanes. Provistos de esas máscaras ambos ejércitos emplearon el gas con relativa frecuencia.

Los gases atacaban el aparato respiratorio y el sistema nervioso. Durante los años 1916 y 1917 Francia utilizó obuses de fosgeno, Alemania los gases verdes y amarillos y, hacia el final de la contienda, ambos bandos utilizaron la iperita o gas mostaza, que incapacitaba al producir llagas en la parte del cuerpo que tocase. El gas mostaza infectaba una región durante días enteros, contaminaba los vestidos y corroía la piel, y contra él no había ninguna protección adecuada. Sin embargo, la utilización de los gases no permitió nunca conseguir otra cosa que algún éxito local, debido la mayoría de las veces a la sorpresa. El gas no fue usado en la Segunda Guerra Mundial, no por razones humanitarias sino por su poca eficacia en la batalla.

Las nuevas armas que se ensayaron no devolvieron la movilidad a los ejércitos ni pusieron fin a la guerra. La contienda acabó por una

combinación de factores: el colapso económico y social de los Imperios Centrales, el refuerzo casi ilimitado que suponía la entrada en guerra de los EE. UU., y la agitación revolucionaria que sacudió toda la sociedad europea a raíz de la Revolución Rusa.

El agotamiento de la sociedad rusa por la funesta conducción del conflicto propició el estallido de la revolución en febrero de 1917. Con la llegada al poder de los bolcheviques, en octubre de ese mismo año, Rusia abrió conversaciones de paz por separado y abandonó la guerra. Aunque el cansancio de los combatientes se venía experimentando en todos los frentes con anterioridad a la primavera de 1917, las noticias de la revolución triunfante en Rusia terminaron por despertar el descontento latente que anidaba en muchos soldados, lo que se tradujo en toda una serie de motines y sediciones.

La desmoralización y el agotamiento se constataban ya en el Ejército galo mediado 1916. Pero fue el fracaso de la ofensiva dirigida en abril de 1917 en el frente de Chemin des Dames por el mariscal Nivelle la que dio lugar a los motines de abril y mayo. Algunos soldados se negaban a combatir y agredían a los oficiales. El movimiento se extendió como una mancha de aceite y alcanzó a un gran número de batallones, llegando a afectar a más de 40.000 hombres. En algunas unidades se propuso marchar sobre París, derribar al Gobierno y proclamar la paz. El Ministerio reaccionó nombrando a Pétain comandante en jefe de los Ejércitos del Norte y Noroeste en sustitución de Nivelle. Pétain suspendió la realización del plan de Nivelle e instruyó una serie de consejos de guerra que dictaron la condena de 3.427 amotinados, el 10% del total. De ellos, 554 fueron sentenciados a la pena capital, sin poderse hoy todavía precisar cuántas sentencias fueron ejecutadas.

Con menor intensidad, pero en la misma primavera de 1917, los motines aparecieron en Italia y en Alemania. En Italia los actos de indisciplina y las deserciones se multiplicaron entre mayo y julio. En Rávena las tropas se amotinaron al grito de «pan y permisos» y se fusiló a 48 soldados. Los motines de Catanzaro causaron asimismo 38 víctimas. El número de hombres pasados por las armas en ese año se elevó a 359. Según «El Centinela», periódico suizo de la

Chaux-de-Fonds, raro era el día en que los soldados no se negaban a obedecer. En este sentido la batalla de Caporetto, en octubre de 1917, fue un motín gigantesco o más bien una negativa general a combatir, que provocó la deserción de millares de soldados italianos. El Gobierno lo interpretó como obra del cansancio y de la propaganda socialista.

En Alemania fue la flota la que manifestó su descontento en agosto de 1917. Se rebelaron las dotaciones de alta mar y se produjo la negativa de un batallón de infantería de marina a marchar contra los sublevados. Al finalizar ese verano fue el ejército británico el que se sumó a las protestas. El 5 de septiembre se amotinaron dos compañías de *labour troops* destacadas en Bolonia, y el día 10 comenzó una cadena de actos de indisciplina en la base de Étaples cerca de Boulogne, que duraron más de una semana. Las algaradas, manifestaciones y huelgas de todo género se repitieron durante los siguientes dieciocho meses. En el transcurso de la batalla de Passchendaele fueron juzgados por deserción 7.361 hombres del ejército británico, de los cuales unos 250 fueron fusilados.

Los motines se reprodujeron en 1918 en los Ejércitos de Australia, Bulgaria, Turquía y Portugal. El 1 de febrero se sublevó la dotación de cuarenta naves de la flota austriaca fondeada en la bahía de Cattaro. Los sediciosos arrestaron a los oficiales e izaron la bandera roja, aunque terminaron rindiéndose ante la amenaza de las baterías de costa y del resto de la propia flota. Cuatro de los amotinados sufrieron pena de muerte. Pero fueron más importantes las deserciones. Se ha especulado con la presencia de 300.000 desertores en el interior del país dedicados al pillaje. Durante el mes de abril, en Bulgaria, regimientos enteros se negaron a atacar, y se produjeron también deserciones masivas. En el otoño, la falta de alimentos y las dificultades creadas por la contienda dieron pie a una situación de franca desmoralización en el ejército y en los medios civiles. Fue esta situación la que precipitó que Bulgaria abandonara la guerra. Las deserciones en el ejército turco, apenas conocidas, parece que afectaron al 50% de los refuerzos destinados a Mesopotamia y Palestina.

Pero los motines militares de 1917-1918 no incidieron sólo en los beligerantes ya que la inestabilidad política y social, como reflejo de la revolución, llegó mucho más lejos. En Suecia durante la primavera de 1917 la tropa de guarnición en la capital constituyó la Asociación de Obreros y Soldados de Estocolmo, remedo en alguna medida del Soviet de Petrogrado, y en España, las Juntas de Defensa, formadas por oficiales de baja graduación, con sus reivindicaciones corporativas fueron a coincidir con la huelga general obrera de agosto de ese mismo año.

El impacto del bolchevismo ruso en la Europa central —y aun occidental —, después de 1917, no puede explicarse únicamente por la propaganda socialista o anarquista. En un continente asolado por la más insensata de las guerras el resplandor de la revolución pareció el amanecer de una nueva esperanza para muchos. La inquebrantable oposición de Lenin a la guerra, reafirmada por el llamamiento soviético en favor de una paz inmediata sin anexiones ni reparaciones, le había dado un inmenso prestigio a los ojos de los intelectuales, los obreros y de muchos combatientes. Los prisioneros de guerra que regresaron a Alemania procedentes de Rusia contribuyeron también a propagar el pacifismo revolucionario. La mayoría llegaban transformados por la prueba del cautiverio o seducidos por la revolución. Su influencia, tanto sobre la población civil como sobre las extenuadas tropas que resistían las últimas embestidas de los aliados en el Oeste, fue determinante. Bajo el influjo de consignas tales como «paz y pan», unidades enteras se rindieron a los aliados en agosto de 1918.

Sin embargo, la subversión y el cansancio no fueron por sí solos los causantes del derrumbamiento alemán. En marzo de 1918, con Rusia fuera de combate y la mayoría de las tropas americanas en los campos de instrucción, el Estado Mayor alemán desencadenó la «batalla del káiser», que había de ser la última y fatal ofensiva contra los aliados en el frente occidental. El pomposo nombre dado a este ataque —o, mejor, a esta serie de ataques desarrollados en un frente de apenas 18 kilómetros sin un objetivo claro— resultó un cumplido injustificado a su Majestad imperial, ya que ninguno de los

mazazos descargados sobre los aliados resultó decisivo. En julio empezaron a cambiar los vientos, el general Ludendorff, jefe del Estado Mayor alemán, tenía que enfrentarse por un lado con el creciente poderío de las tropas americanas —el estadounidense general Pershing tenía ya 19 divisiones en el frente a primeros de agosto— y con el agotamiento de sus propias reservas por el otro. Alemania estaba exhausta.

Con la guerra la industria dejó de abastecer de abonos y de material agrícola; el paro de las importaciones de forrajes y las requisas a favor del ejército disminuyeron el número de animales de tiro y las dos terceras partes de la mano de obra rural terminaron siendo enviadas al frente. Todo esto produjo una sensible bajada en la producción agrícola. En 1917 las cosechas de cereales sólo representaban la mitad de las de 1913. A pesar de que el Estado instituyó «dos días sin carne» por semana y prescribió la fabricación de un «pan de guerra» (*kriegsbrot*), en el que patatas y nabos se mezclaban con la harina, tuvo que terminar por establecer cartillas de racionamiento incluso para el pan. Pero estas medidas no aliviaron el problema y la población civil, especialmente en las ciudades, padeció hambre a partir de 1917.

Así, la población, agotada por años de privaciones y sacrificios inútiles sólo quería acabar con la guerra. En septiembre de 1918 todas las ganancias de la gran ofensiva de primavera se habían perdido, y los baluartes exteriores de las potencias centrales empezaban a derrumbarse en todas partes. Austria comenzó a ceder y, el 26 de septiembre, Bulgaria abandonó el conflicto. El colofón a esta situación de agotamiento militar y de inestabilidad social y política fue el hundimiento de los Imperios Centrales.

Desde comienzos de 1918 los obreros alemanes realizaron grandes huelgas políticas exigiendo el derrocamiento del régimen monárquico y la firma de la paz. El 3 de noviembre, en la ciudad portuaria de Kiel, se produjo una sublevación de los marineros que se negaban a continuar la guerra. Simultáneamente se declararon en huelga general los obreros de la ciudad. Se creó un Consejo de Diputados de Obreros y Marineros, que tomaron el poder en sus manos. Tras

de ello, las manifestaciones revolucionarias cundieron por todas las grandes ciudades del país. El 9 de noviembre comenzó una huelga general en Berlín que se transformó en insurrección. Como resultado de la misma fue derrocada la monarquía, y el kaiser Guillermo II tuvo que fugarse del país. Algo parecido ocurrió con el Imperio Austro-Húngaro, que sumó a la oleada revolucionaria la implosión de los nacionalismos.

La Primera Guerra Mundial no sólo trajo la revolución sino que antes de su final engendró nuevas guerras. Con la llegada al poder de los bolcheviques Rusia se retiró del conflicto, pero de inmediato vio como se abrían nuevos frentes en el marco de una contienda civil entre «blancos» y «rojos». De todo este convulso período por el que atravesó el país de los soviets nacerá un nuevo ejército: el Ejército Rojo, y toda una poderosa corriente ideológica: el comunismo, destinados ambos a condicionar las formas de hacer la guerra hasta el final de la centuria.

Cuando en marzo de 1918 el Tratado de Brest-Litovsk puso fin oficialmente a la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial, los ejércitos rusos se encontraban desde hacía varios meses sacudidos por la convulsión revolucionaria. El deseo unánime de la tropa era terminar la guerra y liberarse del tiránico yugo de la oficialía. Las deserciones masivas, unidas a la formación de asambleas (soviets) de soldados, habían convertido a la mayor parte de las unidades en inoperantes para el combate. Sin embargo, el nuevo régimen se vio enfrentado desde sus inicios a diferentes ejércitos «blancos» reconstruidos por generales o almirantes zaristas, a los que hubo que hacer frente en el campo de batalla.

Durante el verano de 1919 las fuerzas soviéticas sólo controlaban la parte central de Rusia y se veían obligadas a combatir con distintos ejércitos contrarrevolucionarios y con fuerzas expedicionarias francesas, británicas y japonesas que también combatían a los comunistas. El Ejército Rojo sólo podía escapar de la asfixia practicando la defensa por líneas interiores y propiciando la desintegración de las tropas enemigas mediante la propaganda.

En pocos meses, a principios de 1920, se había superado la fase más crítica, pero fue precisamente entonces cuando Polonia, descontenta con sus fronteras y alentada por los franceses, declaró la guerra a Rusia. El joven general Tujachevsky, puesto a la cabeza del nuevo ejército soviético, derrotó a los polacos, los expulsó de Ucrania e invadió Polonia, valiéndose de una poderosa caballería mandada por Budienny, que encontró espacios y ocasiones de actuar con su masa y velocidad según las tradiciones del arma. Varsovia se llegó a ver amenazada por los soviéticos, aunque los polacos pudieron frenar el avance, bajo las órdenes del mariscal Pilsudski, ayudados por una misión militar francesa.

En 1919 Lenin había proclamado que un Estado obrero y campesino debía contar con un ejército fuerte, y que éste debía ser regular y bien disciplinado. Trotsky fue el primero en acometer la tarea. El bolchevique, cuando fue nombrado Comisario de la Guerra, carecía de experiencia militar, pero sabía que la guerra tenía sus propias reglas y su propia lógica. Hasta ese momento nadie en el campo revolucionario había creído en la necesidad de un ejército convencional; pero no existía otro instrumento para dirigir y unificar una fuerza armada que pudiera batirse en la inmensidad del territorio ruso contra un enemigo técnicamente muy superior y sostenido por las fuerzas de intervención extranjeras.

El punto de partida para ese nuevo ejército que comenzó a construir Trotsky fueron los restos de los antiguos batallones revolucionarios y de los Guardias Rojos (milicias obreras) de las ciudades industriales. El siguiente paso fue establecer una nueva jerarquía militar quitando atribuciones a los soviets de soldados. Pero el punto más escandaloso surgió cuando Trotsky integró en las filas de ese ejército a un gran número de oficiales zaristas. En 1920 el Ejército Rojo contaba aún con 62.000 oficiales de la época imperial y los reglamentos zaristas seguían en vigor y no fueron sustituidos hasta 1929. No obstante, todas las medidas terminaron demostrando ser eficaces y del embrión inicial se pasó con los años a la consolidación de un ejército regular, aunque esta tarea no fue rápida ni fácil.

Algunos militares, como Frunze, Gusef, Vorochilof y Budienny pensaban que un ejército proletario debía poseer una doctrina pro-

pia. Frunze, que reemplazó a Trotsky en 1924, hacía hincapié en la formación de los mandos y del soldado en un sentido ideológico. El nuevo responsable rechazaba el «fetichismo de la técnica» y quería hacerle frente por medio de la educación, pues consideraba que sólo una disciplina consciente puede ser una disciplina férrea. En 1921 comenzó la desmovilización en masa del ejército y la marina, que concluyó dos años después, reduciendo sus efectivos a 516.000 hombres. Los jefes de la Revolución eran todos civiles y desconfiaban de los oficiales y jefes militares, que para ellos simbolizaban el antiguo régimen; por lo demás, estimaban que el país no estaba ni mucho menos en condiciones de soportar los gastos que hubiera requerido el mantenimiento de un ejército más numeroso.

Estas orientaciones sólo empezaron a cambiar en 1936, cuando alemanes y japoneses firmaron un pacto «antikomintern», que los soviéticos interpretaron como una alianza directamente dirigida contra la URSS. Por eso, en la Constitución de 1936, la defensa de la patria se incluyó entre los deberes más sagrados de los ciudadanos soviéticos. Se disolvieron las milicias populares y todos los jóvenes, cualquiera que fuese su origen social, quedaron sujetos a la obligación de cumplir un servicio militar tradicional. Ya en 1934 se habían suprimido los comisarios políticos y se había recuperado la figura del Estado Mayor. También se rebajó la edad de entrada en quintas a los 19 años, medida que permitió aumentar considerablemente los efectivos. A finales de 1938 había ya 1.600.000 hombres bajo las armas y en el momento de la agresión nazi (1941) se elevaban a tres millones de soldados.

Durante el tercer Plan Quinquenal, iniciado en 1938, el aumento anual de la industria de guerra se cifró en el 39%. Se invirtieron en ella 15.600 millones de rublos, lo que representaba una cuarta parte de todas las inversiones en la industria. En el primer semestre de 1941, la producción de guerra se había elevado en cuatro veces con respecto a 1937. A pesar de todo, el Ejército Rojo presentaba numerosas carencias y aún no había ultimado su transformación. Será la Segunda Guerra Mundial la que termine de configurarlo como una poderosa maquinaria militar.

Así pues, uno de los saldos de la Gran Guerra fue haber propiciado el nacimiento de la URSS y del comunismo, lo que iba a orientar el sentido de muchas contiendas futuras. No obstante, el origen de las mismas siguió guardando relación con intereses ya conocidos: expansión territorial, control y dominio económico sobre fuentes de recursos y mercados, mantenimiento del colonialismo, etc. Pero sobre esas motivaciones clásicas, y por encima del enfrentamiento entre Estados, gravitó desde entonces la lucha ideológica entre concepciones del mundo muy distintas.

Ejemplo paradigmático de lo que estamos diciendo será la Guerra Civil Española que, teniendo su origen en un golpe militar de corte fascista en julio de 1936, supondría el fin de la república democrática en 1939. Desde el punto de vista ideológico y militar esta guerra enfrentará a las corrientes políticas del momento en el solar hispano y servirá como banco de pruebas para el moderno armamento en vísperas del estallido de la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, algunas operaciones tuvieron en su momento una cierta relevancia que fue rápidamente eclipsada por la magnitud del conflicto mundial. Así, al inicio de la guerra, el puente aéreo que permitió el traslado por parte de los sublevados de tropas coloniales a la Península fue una experiencia militar sin precedentes, aunque de una envergadura relativa. Lo mismo sucedió con la utilización de modernos tanques y aviones, cuyos últimos modelos fueron experimentados en nuestra Guerra Civil tanto por las potencias fascistas como por la misma URSS.

Otro gran conflicto atravesado por los enfrentamientos ideológicos fue la guerra chino-japonesa. El expansionismo imperialista nipón agredió a China en septiembre de 1931. Las tropas japonesas, en medio de un rápido proceso de fascistización del país, entraron en Manchuria atraídas por sus riquezas y por su importante situación estratégica. Pero China se hallaba sumida en una guerra civil. El Gobierno del Guomindang, encabezado por Chiang Kaishek, quería aniquilar las bases de apoyo del Partido Comunista chino. La agresión japonesa permitió crear las condiciones para la formación de un amplio frente nacional, pero la rivalidad latente, y en muchos

casos abierta, entre los nacionalistas del Guomindang y el PCCh, comandado por Mao Ze Dong, estuvo viva hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando se volvió a reanudar de modo abierto la guerra civil.

En la misma línea de expansionismo imperialista seguida por Japón debemos enmarcar la agresión e invasión de Etiopía por parte de la Italia fascista. En 1935, desde sus posesiones coloniales en Eritrea y Somalia, los italianos iniciaron la ocupación militar del territorio etíope. La guerra siguió el modelo clásico de las intervenciones coloniales. La superioridad armamentística de los italianos suplió con mucho las torpezas cometidas en el desarrollo de la campaña por los italianos y pronto los etíopes se vieron desbordados por una tecnología militar que no poseían. Gases, tanques y aviación permitieron la conquista del país en pocos meses, a pesar de la condena formal de la Sociedad de Naciones.

Tampoco faltaron en el período de entreguerras los conflictos de naturaleza puramente colonial, como la sublevación que protagonizaron los rifeños frente al dominio hispano-francés en el protectorado de Marruecos. Acaudillada por Mohammed Abd al-Karim al-Jattabi, conocido en la historiografía española como Abd el-Krim, la revuelta mantuvo en jaque al ejército español de 1920 a 1926, ocasionándole serios descalabros como el de Annual (1921). Sólo con el apoyo de Francia, que golpeaba a los rifeños por el sur empleando en ocasiones el bombardeo con armas químicas, pudo recuperarse parte del territorio perdido. Finalmente, en septiembre de 1925 el ejército español, con ayuda del francés, realizó un desembarco en la bahía de Alhucemas que puso, meses después, fin a la guerra.

Las confrontaciones bélicas por disputas basadas en territorios fronterizos también estuvieron presentes durante estos años. Como resultado del Tratado de Versalles, el decadente Imperio Turco, que se contaba entre las potencias derrotadas, vio sensiblemente reducido su territorio. Las cesiones que se hicieron a los griegos, incluida la ciudad de Esmirna, levantaron la indignación de los nacionalistas turcos acaudillados por Mustafá Kemal Ataturk. La guerra se desarrolló en varios frentes. Entre 1920 y 1921 los nacionalistas turcos

acabaron con el nacionalismo armenio, masacrando miles de personas y obligando a los demás a huir a los países vecinos. Tras la victoria turca en la batalla de Dumlupinar frente a los griegos se recuperó Esmirna y Mustafá Kemal logró renegociar la paz con los aliados en el Tratado de Lausana (1923).

Al otro lado del mundo, otra vieja disputa fronteriza provocó la llamada Guerra del Chaco, que se libró desde 1932 hasta 1935 entre Bolivia y Paraguay por el control de la región del Chaco, de valor estratégico económico para ambos países, ya que ninguno de ellos contaba con una salida al mar. El control del río Paraguay suponía abrir una puerta al Océano Atlántico a la nación que se hiciera con el dominio de esa zona, donde se creía también que podían existir yacimientos petrolíferos. Durante tres años Bolivia y Paraguay entablaron una guerra salvaje que resultó un desastre para ambos países. Paraguay fue el mayor beneficiado del acuerdo de paz que puso fin a la contienda, aunque años después terminó por descubrirse que no existían yacimientos petrolíferos en el Chaco. Y es que, ya en aquellos momentos, el petróleo empezaba a desempeñar un importante papel en la economía y en la guerra moderna.

Motores e ideologías

La Primera Guerra Mundial comenzó dependiendo de la caldera de vapor de los trenes que transportaban las tropas al frente, pero terminó anunciando uno de los grandes cambios que se iba a producir en la forma de hacer la guerra: la utilización masiva del motor de explosión.

El petróleo, que desde 1859 había aparecido en Pensilvania en grandes cantidades, se convirtió en una nueva fuente de energía. En 1873 comenzaron a realizarse pruebas para la construcción de máquinas a base de derivados del petróleo (gasolina, aceite de parafinas, aceite pesado) como combustible. Fue Gottlieb Daimler quien comprobó las ventajas de aumentar la energía de estos motores mediante una elevada velocidad de rotación. Realmente las modernas máquinas a gasolina se derivan de la que él puso en funciona-

miento en el año 1885. La máquina de Karl Benz, del mismo año, introdujo un sistema de encendido eléctrico, que muy pronto quedó generalizado. Para finales de siglo podemos decir que ya habían tomado cuerpo todas las características principales de los modernos motores de gasolina. Por los mismos años tenía lugar el desarrollo de máquinas que funcionaban con aceites pesados como el motor Diesel, que data de 1892 y que pronto rivalizó con el vapor para la producción de electricidad y en la propulsión de buques. En 1930 un número considerable de embarcaciones de nueva construcción eran movidas con este tipo de motores, en proporción mayor que los movidos a vapor.

Los efectos del motor de gasolina se mostraron particularmente revolucionarios en el campo del transporte, primero en carretera, más tarde en el aire. En 1889 se construyó por primera vez un motor Daimler, concebido íntegramente como para un automóvil. El desarrollo subsiguiente de estos nuevos vehículos fue menos cuestión de inventos que de producción en serie. Para 1913 había unos 200.000 automóviles a motor en Gran Bretaña y 600.000 en EE. UU., y para el final de 1919 el sistema de trabajo en cadena, aplicado por Henry Ford en su factoría, se había impuesto ampliamente.

Las empresas de armamento, sensibles a las novedades del siglo, vieron la posible aplicación del nuevo invento a la guerra. En el Salón del Motor de París en 1902 fue exhibida una *automitralleuse* semiacorazada —coche blindado provisto de ametralladoras—, construida por Charron, Girardot y Volgt. Luego, en los años anteriores a la guerra, fueron construidos numerosos vehículos blindados experimentales. En general estos artefactos consistían en automóviles o pequeños camiones modificados, que estaban armados con una ametralladora y provistos de planchas acorazadas. Una torreta giratoria les permitía disparar en todas direcciones.

En 1914, tres meses después del estallido de la guerra, gran número de vehículos motorizados —quizá llegasen a veinte mil— habían sido ya confiscados por el bando aliado para ser utilizados como medio de transporte y suministro. El episodio más conocido en la utilización del automóvil en esta primera fase del conflicto fue

la intervención de taxis parisinos en la batalla del Marne. Con unos 600 coches, cada uno de ellos transportando 5 soldados y efectuando dos veces el recorrido de 70 kilómetros hasta el frente de Ourcq, se pudieron trasladar 6.000 hombres a primera línea donde se necesitaban con toda urgencia. Sin embargo, cuando la guerra se quedó atascada pocos vehículos a motor demostraron ser capaces de avanzar a través del barro que rodeaba el área de combate, aunque siguió creciendo su utilización como medio de trasporte, tal y como quedó demostrado en el caso de la *Voie sacrée* durante la batalla de Verdún

El incremento de su uso a lo largo de la contienda queda reflejado en que frente a los 6.000 vehículos con los que contaba el parque militar francés al comienzo del conflicto pasó a disponer de 95.000 al finalizar la guerra. El ejército británico, por esas mismas fechas, también contaba con unos 45.000 y de otros tantos disponían los americanos. Se calcula que más de 200.000 vehículos a motor estaban en servicio en los frentes aliados a finales del año 1918. En ese sentido no puede extrañarnos que la sociedad de motores Daimler detentase la mejor marca de rentabilidad del capital de todas las industrias beneficiadas por la guerra. El caso de Renault en Francia, sin ser tan envidiable, era igualmente llamativo. Pero la motorización militar tardó aún años en imponerse, baste apuntar que en 1928 el presupuesto en el ejército británico para forraje seguía siendo más elevado que el de fuel-oil.

Sin embargo, en la Segunda Guerra mundial el motor fue el gran protagonista del conflicto. Todo era movido por aparatos mecánicos: tanques y aviones, barcos de guerra y transportes terrestres o marítimos. Los hombres participaron en las batallas decisivas sobre medios motorizados y la artillería, trasladada por potentes tractores diesel, se convirtió a partir de un cierto momento en semoviente.

La capacidad de movimiento se había convertido en determinante y ésta dependía de la producción industrial de motores. La aportación de los EE. UU., en este sentido, fue decisiva. Un dato sobre las construcciones aeronáuticas resultará suficientemente esclarecedor. Desde el primero de julio de 1940 al 31 de agosto de 1945 se construyeron en los Estados Unidos 800.2000 motores.

Esta producción era al final de la guerra cincuenta veces mayor que la del inicio y representaba el triple que la alemana. En consonancia con este dato podemos apuntar que en el ejército americano existía un vehículo por cada cuatro hombres y al terminar el conflicto se habían fabricado más de 640.000 unidades del popular Jeep, que siguió siendo utilizado como un vehículo todo-terreno durante décadas.

Esta nueva forma de hacer la guerra supuso un cambio de tal envergadura que hizo que el potencial mecánico superase en importancia al potencial humano. Desde el final de la Primera Guerra Mundial, un país con deficiente equipo mecánico y tecnológico difícilmente podrá resistir una guerra prolongada si es atacado por otro país mejor equipado. Aunque el país vencedor fuera superior tanto en potencial humano como en potencial mecánico, la verdadera causa de su victoria radicaría en su ventaja mecánica. Sin embargo, esto no debe llevarnos a subestimar el factor humano ni su capacidad de resistencia. La segunda mitad del siglo XX dará muestras sobradas de cómo la sola ventaja armamentística no es suficiente por sí misma para alcanzar el triunfo.

Movidas a motor eran las dos nuevas armas que empezaron a usarse en la Primera Guerra Mundial y que iban a determinar importantes cambios en el terreno militar. Nos referimos al tanque y al avión, que terminaron por dominar la suerte en la segunda gran conflagración mundial.

El tanque había nacido como un intento de recuperar la movilidad frente a la trinchera, el alambre de espino y la ametralladora. Para ello, los británicos idearon un vehículo oruga blindado y artillado. Para asegurar el secreto en el proceso de fabricación del artefacto hicieron creer a posibles espías que las placas de blindaje estaban destinadas a depósitos de petróleo; razón por la que bautizaron estos vehículos con el nombre de «tanques».

El primero que entró en acción fue el Mark 1, un carro de 26 toneladas con un blindaje de 10 mm de grosor. Sus enormes orugas en forma de rombo le permitían cruzar una trinchera de tres metros

de anchura. En sus laterales aparecían dos prominentes barbacanas o torretas fijas en las que llevaba dos cañones de 57 mm y cuatro ametralladoras. Este enorme artefacto requería que cuatro de sus ocho tripulantes interviniesen en su manejo y sólo alcanzaba los seis kilómetros por hora. Su blindaje apenas era suficiente para resistir el fuego de las ametralladoras, y desde luego no era ninguna protección contra un impacto directo de un proyectil de artillería de campaña normal. A pesar de esto, el tanque se reveló como un arma útil ya que era capaz de derribar las alambradas avanzando sobre las trincheras y eliminando los emplazamientos de ametralladoras con relativa impunidad. Su bautismo de fuego se produjo el 15 de septiembre de 1916 en la batalla del Somme, en la que intervinieron solamente 18 unidades que sufrieron graves pérdidas como consecuencia de la inexperiencia de sus tripulaciones y la poca seguridad mecánica de sus motores y transmisiones. Y, lo que fue aún más importante, los alemanes quedaron advertidos de su existencia y comenzaron a desarrollar primero un rifle y luego un cañón antitanque.

Los tanques británicos siguieron siendo utilizados en pequeño número y en apoyo de la infantería. No fue hasta la gran ofensiva de Cambrai, en noviembre de 1917, cuando se efectuó un ataque en masa de esos vehículos. El tanque Mark IV que fue utilizado en Cambrai era una mejora del Mark 1, aunque seguía su diseño general. Se emplearon 378 blindados sobre un frente de unos 12 kilómetros consiguiendo inicialmente una considerable penetración en las líneas enemigas. Pero la hábil utilización de la artillería por parte alemana, unida a una cierta improvisación después del éxito inicial, no permitió que la ofensiva se tradujera en victoria. En la operación, 179 carros quedaron fuera de combate, 65 por la artillería y 71 por avería. En la población de Flesquières una sola pieza de campaña alemana de 77 mm destruyó 16 blindados.

Dado que los británicos habían sido incapaces de aprovecharse de las ventajas logradas por su uso, la cuestión que se planteó era cómo se podía utilizar mejor el vehículo acorazado, no sólo para abrirse paso a través de las defensas enemigas, sino también para explotar los éxitos preliminares. La resolución a este problema supu-

so el diseño de nuevos carros acorazados y un replanteamiento táctico respecto a su empleo.

El primer aspecto dio como resultado la aparición de modelos como el Mark V, un vehículo que sólo necesitaba a un hombre para su conducción, eliminando la necesidad de tripulantes que se encargasen por separado de cada una de las orugas. Así mismo, tanto británicos como franceses se aplicaron en la construcción de un tanque más ligero y rápido. La solución británica fue el Whippet, un vehículo de unas 14 toneladas que llevaba cuatro ametralladoras y era capaz de recorrer 13 kilómetros por hora. El Whippet entró en acción en 1918 y demostró su valía en Amiens. Por su parte los franceses pusieron en funcionamiento el FT, un tanque ligero de la casa Renault, que fue el primer blindado con una torreta móvil armada con un cañón de 37 mm. El sistema de torreta, apartándose de las engorrosas barbacanas de los anteriores vehículos, era un avance fundamental. Este carro, cuyo reducido costo era sólo de 50.000 francos, logró su primer gran éxito en Villers-Cotterét, en julio de 1918. En noviembre había más de 2.000 de estos blindados en la línea de combate; y pronto recibieron el nombre de «carros de la victoria».

No obstante, la cuestión del empleo estratégico-táctico de la nueva arma iba a alimentar el debate militar que siguió a la guerra y que enfrentó a los miembros de la vieja escuela con quienes apostaban claramente por una mecanización de los ejércitos. En esta polémica los británicos abrieron brecha. Para los franceses y estadounidenses los tanques se convirtieron en parte integrante de la infantería, y cuando la Unión Soviética comenzó a crear una fuerza de tanques también siguió este precepto. Sin embargo, fue el capitán inglés John Fuller, nombrado jefe de Estado Mayor del «Tanks Corps» en abril de 1917, quien primero elaboró un plan de empleo masivo del tanque. A él se debió en parte que en Gran Bretaña el cuerpo de blindados pudiera retener su identidad como un arma separada de las tradicionales. Fuller, en 1924, había sometido a la consideración de la Office War un plan que se basaba en que la tarea de la infantería en el un futuro sería defender el terreno conquistado por los tanques.

En 1927 el «Royal Tanks Corps» formó el núcleo de la Fuerza Mecanizada Experimental que se reunió para efectuar maniobras en la llanura de Salisbury. Las maniobras fueron un hito importante en el desarrollo de la guerra acorazada, aunque los ejercicios mostraron más carencias que logros. Por aquel tiempo, el diseño de los tanques había avanzado más allá del concepto original de un vehículo capaz de aplastar alambradas y cruzar trincheras, y la nueva Fuerza Mecanizada contenía un número sustancial de los nuevos tanques medios Vickers Mark II, que habían entrado en servicio en 1922. No obstante, el problema fundamental de cómo operar en la batalla y cómo articular su uso con el resto de las armas seguía sin resolver.

Fuller no era el único que luchaba por la implantación de los carros acorazados. El coronel De Gaulle, del ejército francés, se convirtió también en el campeón de una política militar ofensiva basada en los blindados. En su libro *Hacia el ejército profesional*, proponía la creación de un «ejército de maniobra y de choque mecánico, acorazado, formado por un personal escogido».

En la polémica sobre el uso del tanque se siguió con atención el empleo que se hizo del mismo en la Guerra Civil Española, en la que tanto un bando como otro utilizaron carros acorazados alemanes y soviéticos. Estos últimos proporcionaron a los republicanos los T-26, el modelo mejor y más avanzado en este tipo arma. Unos 70 de estos vehículos participaron en la ofensiva de Brunete, pero diseminados en apoyo de la infantería no obtuvieron el resultado que se esperaba. Los alemanes experimentaron su Panzer Ausf I, pero Von Thoma, el responsable alemán de estos vehículos, tenía tan poco aprecio por ellos que ofrecía recompensas de 500 pesetas por cada T-26 capturado. Habrá que esperar al inicio de la Segunda Guerra Mundial para que la combinación del tanque con la aviación demuestre su eficacia.

Los motores de la aviación de combate también se dejaron oír en la Primera Guerra Mundial pero su sonido tuvo que acallar primero el de los dirigibles. Al principio, las aeronaves de 120 metros de largo del conde Ferdinand Von Zeppelin les habían parecido a muchos la forma de arma aérea más útil. Podía ser empleada para

observar movimientos de tropas o buques y también podían dejar caer bombas. Sin embargo, esos aparatos más ligeros que el aire resultaron ser unos objetivos extraordinariamente vulnerables en cuanto se encontraban dentro del campo de acción de los cañones enemigos, siendo también poco seguros cuando las condiciones atmosféricas eran malas. De las 71 de estas aeronaves construidas por Alemania sólo diez sobrevivieron a la guerra.

Por el contrario, las máquinas más pesadas que el aire dieron grandes pasos hacia adelante en los años transcurridos entre su primer vuelo, efectuado 1903, y el comienzo de la contienda mundial. Al estallar la guerra, los británicos tenían 55 aeroplanos en servicio, los franceses 155 y los alemanes 260. En el invierno de 1914 esos aparatos no podían hacer otra cosa que ofrecer a los ejércitos terrestres la colaboración de sus vuelos de reconocimiento. También, los aviadores podían atacar a la infantería con pequeñas flechas de acero de unos 20 gramos de peso, que resultaban mortales a causa de su velocidad de 100 m/s. Pero del mismo modo que los vehículos a motor, los aeroplanos tampoco podían alterar la inmovilidad que se daba en las trincheras.

Con el desarrollo del conflicto, los aviones terminaron siendo armados con ametralladoras, sobre todo para impedir que los aviadores enemigos lograsen llevar a cabo sus reconocimientos, y también como medida de autoprotección del propio aparato. El problema era que estas armas debían ser manejadas por un copiloto y la puntería era muy precaria. La solución radicaba en un sistema que permitiera al piloto operar con las armas al tiempo que controlaba los mandos del avión. Eventualmente se recurrió a colocar las ametralladoras enfiladas con el morro del aparato y con un disparador accionado por el piloto. Esto mejoraba la puntería pero requería que las palas de la hélice fueran protegidas con unas placas blindadas especiales. La revolución se produjo cuando el avión del francés Roland Garros cayó en manos alemanas y su sistema de disparo fue copiado por la casa alemana Fokker que perfeccionó un mecanismo interruptor que impedía que el arma disparase cuando una pala de la hélice pasaba frente a la boca de las ametralladoras. Utilizando este

sistema los monoplanos Fokker barrieron a todos sus rivales del cielo hasta mayo de 1916. Hasta fines de 1917 duró la época de los grandes duelos entre los «ases» de la aviación en esta contienda. De entre ellos cabe destacar al alemán Richthofen, con 80 victorias confirmadas antes de caer él mismo derribado.

La gran innovación del año 1918 fue la creación, por parte de Alemania, de las escuadras de ataque y protección, flotillas que, volando bajo, apoyaban la marcha de la infantería. Pero desde el verano de ese mismo año los aliados disponían ya de una superioridad absoluta del aire. Al finalizar la guerra Francia tenía 3.437 aviones en la línea de fuego, es decir, muchos más que en 1940.

En la posguerra el avión, como nueva arma, también fue objeto de debate. El mando aéreo de Gran Bretaña, bajo la dirección de Lord Trenchard, sustentó el criterio de que el bombardero sería el factor decisivo en la guerra del futuro, ya que podría destruir los recursos industriales del adversario. Esta tesis, de funestas consecuencias, pronto fue asumida por otros teóricos de la guerra aérea, como el italiano Douhet o el general de brigada estadounidense Mitchell.

El desarrollo de estas nuevas armas iba a propiciar la aparición de tácticas y estrategias ajustadas a las mismas. La idea de combinar tanques y aviones en operaciones concertadas recibió mucha más atención en la derrotada Alemania que entre las potencias victoriosas. La guerra mecanizada, sumando al poder del tanque al del bombardero para obtener un efecto múltiple, se adaptaba de modo particular a un programa de agresión, ya que ofrecía mayores probabilidades de un rápido final en cualquier ofensiva. El ejército alemán, —que nunca terminó de admitir su derrota militar y comenzó a preparar su desquite desde la misma firma del armisticio— fue el primero en desarrollar esa estrategia agresiva buscando una victoria fulminante. Los autores alemanes, ya desde el tratado de Versalles, opinaban que cuando se produjese la próxima guerra, en la que el tiempo trabajaría en favor de los francobritánicos, —en la medida en que éstos disponían de un hinterland mundial gracias a sus colonias— tan sólo una victoria total y fulgurante podría salvar a Alemania. Era

preciso, por tanto, huir a cualquier precio de una guerra de posiciones. En esta cuestión el acuerdo entre los autores alemanes era bastante general, incluso antes del advenimiento de Hitler al poder.

Al factor sorpresa, que tan buenos resultados había dado en 1914, era preciso añadir la potencia de ataque, tanto para la penetración como para la explotación del éxito inicial. Esta potencia la proporcionaría el arma blindada y motorizada. Además, una poderosa aviación de apoyo permitirá desarrollar, de modo coordinado, esa fulminante acción tanque-avión.

Quien pondrá a punto, tanto en el aspecto teórico como en el práctico, esas ideas será el general Guderian. Al alemán le habían llamado la atención los libros y artículos de John Fuller y de Liddell Hart. Desde 1924 Guderian hizo que se estudiase el empleo de las unidades motorizadas en combinación con la aviación, y examinó en profundidad la pasada acción de la caballería para sustituirla por la motorización. Desde 1929 este general alemán estaba convencido de que el arma blindada debía actuar en estrecha conexión con las otras armas, convertidas en colaboradoras, pero con la misma velocidad y movilidad. En definitiva, esa fue la idea capital que condujo a la creación de divisiones blindadas.

Guderian expuso sus teorías en el opúsculo *Las tropas blindadas y su enlace con las otras armas*, publicado en 1937, cuando la aviación alemana, la Luftwaffe, estaba aún en embrión, ya que sólo en 1934 se había organizado como tal. Pero los estudios y ensayos experimentales estaban tan avanzados que el ritmo de producción de aviones y carros fue muy rápido. La Guerra Civil Española permitió la puesta en práctica y la corrección de errores. Así, las autoridades militares alemanas terminaron de perfilar la táctica de bombardeos masivos y precisos, no contra objetivos situados en profundidad con respecto al dispositivo enemigo, sino contra objetivos militares en primera línea. Esto les llevó a desarrollar un aparato táctico, rápido y manejable, pero con escaso cargamento de bombas. De esa experimentación salió el modelo Stuka.

Frente a estos planteamientos los vencedores de la pasada contienda postulaban en general por una estrategia de contención

defensiva. La noción que dominaba entonces entre los teóricos franceses, los más reputados del mundo, era la de un frente fijo y continuo en el que la infantería seguiría desempeñando un papel preponderante y en el que las nuevas armas, como la aviación y los blindados, continuarían prestando básicamente apoyo. Todo se resumía en organizar el máximo de divisiones para cubrir sectores cuidadosamente calculados en función de los batallones disponibles.

El alto mando francés, convencido del valor del frente continuo, llegó a pensar en 1929 que éste sería totalmente impenetrable si se le aplicaban todos los recursos de la técnica. De esta actitud defensiva nació la Línea Maginot, un sistema de fortificaciones sobre 400 kilómetros de frontera desde el Rin hasta Bélgica. La línea Maginot, edificada entre 1930 y 1935, estaba compuesta por dos regiones fortificadas, una entre el Rin y los Vosgos (la Lauter) y otra, entre el Nied francés y Longuyon, unidas por el sector defensivo, menos denso en fortificaciones, del Sarre y completadas, a lo largo del Rin, por una cadena de casamatas.

Toda la línea estaba formada por tres clases de obras. En la zona más avanzada, una red fija de puestos de observación y de primera detención, barreras anticarro, alambradas, ametralladoras y piezas contra carro. Después había fortificaciones que aseguraban un obstáculo continuo, para evitar infiltraciones. Los fuertes, con cúpulas de acero de 50 cm de espesor apenas sobresalían del terreno, y estaban armados de cañones de medio y grueso calibre. También había torretas con periscopios y pozos de los que emergían ametralladoras, quedando rodeado todo el conjunto de zanjas y obstáculos anticarro.

Por último, en una tercera línea se encontraban las fortificaciones de mayor tamaño y complejidad, armadas con cañones de grueso calibre.

En el subsuelo, entre murallas de cemento de 3 a 4 metros de espesor, estaban montados los alojamientos, enfermerías, almacenes, centrales eléctricas y telefónicas, ascensores e instalaciones de ventilación y calefacción. Ferrocarriles subterráneos comunicaban todo el

sistema. De hecho, la línea era inatacable en condiciones normales, pero tenía un defecto principal: no continuaba al este del Mosa por donde penetraron los blindados germanos en 1940.

Un año antes de estallar la Segunda Guerra Mundial los carros acorazados aún tenían que demostrar su eficacia. Los oficiales británicos que asistieron a las maniobras alemanas de otoño de 1937, en las que actuó una división blindada, permanecieron escépticos. La participación de una Panzer Division en el «Anschluss» en marzo de 1938, que supuso la anexión forzada de Austria a la Alemania nazi, acrecentó aún más el escepticismo general. Se afirmó que un 30% de los blindados se habían averiado, obviando que se trataba de una operación improvisada con una etapa de 700 kilómetros cubierta en menos de 48 horas, sin disponer de aprovisionamiento regular de gasolina, ni de servicios de reparación.

Sin embargo, al comenzar la guerra un año después todo el mundo pudo comprobar que la teoría avión-tanque resultaba tremendamente eficaz. Ajustándose a ella el nuevo ejército alemán, considerablemente blindado y motorizado, directamente apoyado por una nutrida aviación, conseguirá sorprendentes victorias gracias a su agilidad debida a la fuerza y velocidad de las máquinas terrestres y aéreas movidas a motor.

Pero si los motores iban a mover la guerra del futuro las ideologías moverían a muchos de los hombres que las hicieran. La ideología, concebida como un sistema más o menos armónico de opiniones, postulados e ideas políticas y filosóficas, había nacido con la Revolución francesa, convirtiéndose desde entonces en un factor de confrontación y de división en el seno de las sociedades modernas.

La ideología nacional-patriótica fue la que alentó la Primera Guerra Mundial. El filólogo Karl Vossler en una carta a Benedetto Croce hablaba al referirse a la contienda que acababa de estallar «del magnífico drama de la exaltación de una nación de setenta millones de habitantes, en la que sin excepción... cada uno vive para todos, para la madre patria...» (Stromberg, 1995: 337). Manifestaciones de este tenor se multiplicaron en un bando y en otro.

En un principio, la guerra fue muy popular en todos los países. Los jóvenes poetas, artistas, universitarios e intelectuales estuvieron a la vanguardia de los voluntarios que se alistaban para ir al frente. Obviamente, muchos murieron durante la guerra. De los 161 alumnos de la famosa *Ecole Normale Superieure* de Francia correspondientes a las promociones de 1911, 1912 y 1913, ochenta y uno murieron en la guerra y sesenta y cuatro fueron heridos. La nómina francesa de los escritores que perdieron la vida abarca más de quinientos nombres, entre los que se incluyen Péguy, Alain Fournier o Apollinaire.

Otros no murieron pero la justificaron con su pluma. Pensadores como Max Scheler, Bergson, Freud, o poetas y novelistas como Stefan George y Thomas Mann destacaron en este cometido tanto como historiadores y sociólogos, por ejemplo Durkheim o Max Weber, que se decantaron por bandos distintos. Incluso los socialistas olvidaron sus principios teóricos en contra de la guerra y se sumaron a la causa de sus respectivas naciones formando parte de gobiernos de coalición. Fue lo que ocurrió con los socialdemócratas alemanes, los socialistas franceses o los laboristas británicos. Sólo la izquierda socialista con Lenin, Rosa Luxemburgo o los socialistas italianos se mantuvieron firmes en su oposición a la guerra imperialista, aunque en algunos casos les costara la cárcel. Oponerse a la guerra era peligroso: en Inglaterra encarcelaron a Bertrand Russell, despreciaron y boicotearon a Shaw, y D. H. Lawrence experimentó un total aislamiento porque no fue capaz de participar en la mística de la contienda.

La situación cambió en cuanto la guerra se prolongó y perdió su «encanto». Muy pronto la gente se desilusionó profundamente y en 1917 se instaló un nuevo estado de ánimo que perduró en los desesperados años posbélicos. Sin embargo, para algunos la camaradería de las trincheras y la exaltación de la experiencia bélica siguió animando sus ideas y acciones en tiempos de paz. El fascismo italiano y el nazismo alemán fueron hasta cierto punto un remanente del conflicto. Así, nuevas ideologías surgieron para alimentar futuras guerras. Guerras en las que esas ideologías dividirían profundamen-

te a los países enfrentados como ocurrió en la Segunda Guerra Mundial. Fue esa dimensión ideológica de los conflictos la que contribuyó a revitalizar una vieja arma de guerra: la propaganda.

Desde que hay guerra hay propaganda. A lo largo de los siglos la propaganda y la guerra psicológica desplegada por los contendientes se han ido adecuando a los medios y a las ideas dominantes en cada período de la historia. El teatro, las canciones y romances populares, los panfletos o las imágenes han servido a lo largo de los tiempos a esos fines. Pero el primer conflicto bélico que adoptó su propaganda a técnicas modernas fue la guerra entre España y los EE. UU. por la independencia de Cuba en 1898. William Randolph Hearst, el magnate de la prensa estadounidense, contribuyó a través de sus publicaciones a que su país interviniera en el conflicto y el inventor Thomas Alba Edison realizó falsas filmaciones sobre el valor de los soldados americanos, que tuvieron gran éxito en los nikelodeon, barracas populares donde se exhibían las primeras películas del cinematógrafo. También los británicos produjeron este tipo de filmes en la guerra contra los bóers, denunciando la crueldad de los colonos de origen holandés. Pero fue en la Primera Guerra Mundial cuando la propaganda bélica moderna llegó a su mayoría de edad.

En septiembre de 1914, un mes después de iniciado el conflicto, se organizó en Londres una oficina especializada en esa forma de combate. El primer ministro, Asquith, nombró a un miembro de su gabinete, Charles Masterman, para hacerse cargo de ese frente. Masterman, presidente de la Comisión Nacional de Seguros en Wellington House, estableció allí su cuartel general desde el que desplegó sus habilidades como publicista de primera categoría.

Inicialmente la propaganda de guerra se centró en los intentos de influir en la opinión pública de los Estados neutrales, y los Estados Unidos se convirtieron en el principal objetivo para los ingleses. Masterman acuñó el inspirado eslogan «apretón de manos a través del océano», e inició la técnica de crear sencillas imágenes populares que impactaran en la población. En ese sentido, se puede decir que contribuyó en cierta medida a la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

La edición de panfletos y libros constituyó una notable parte de las actividades de Wellington House y su mayor logro fue el llamado «Informe Bryce», sobre las barbaridades realizadas por los alemanes tras la ocupación de Bélgica. El informe fue impreso en una treintena de idiomas y apareció el 14 de mayo de 1915, una semana después del hundimiento del «Lusitania», barco británico de pasajeros torpedeado por los alemanes. El informe plagado de exageraciones ponía de relieve la bestialidad del enemigo con casos como el de Edith Cavell, la enfermera ejecutada por ayudar a escapar a soldados aliados. Estos relatos, muchos de ellos sin contrastar, causaron un gran impacto en la opinión pública.

Mientras Asquith se mantuvo en el poder, Masterman pudo actuar con toda libertad, pero la situación cambió a principios de 1918, cuando lord Beaverbrook se hizo cargo del nuevo Ministerio de Información. Por entonces, la labor originariamente modesta de Masterman había llegado a ser una gran empresa gubernamental. Lord Beaverbrook, al desembarazarse de la oficina de Wellington House, pudo rebajar el presupuesto de su ministerio de 1.800.000 a 1.200.000 libras esterlinas. La obra de Masterman fue continuada por los dueños de la prensa, Beaverbrook, Rothermere y Northcliffe.

Podemos decir que en la Primera Guerra Mundial coexistían formas ya anticuadas de propaganda, como el cartel, con otras que estaban en vías de desarrollo, como la radio, y fueron entonces muy pocos los que supieron comprender el cambio que se estaba forjando. La constatación de que la opinión pública es universal contribuyó a reorientar la propaganda, que ya no se dirigirá exclusivamente al consumo interno o a la tropa combatiente para el fortalecimiento de su propia moral, sino que su mejor campo de acción iba a ser el de la opinión pública del bando enemigo. La profunda ideologización de los conflictos contribuirá a que la propaganda actúe al otro lado del frente y allí intente ganarse partidarios. Con este fin la radio vendrá a complementar al cartel.

En los años veinte la difusión de la radio alcanzó un desarrollo tal que este nuevo medio se transformó en el instrumento más ade-

cuado para hacer mella en la opinión del enemigo, minando su moral y haciéndole dudar sobre la legitimidad de la lucha o la viabilidad de la victoria. Con un receptor de radio ahora era posible recibir noticias en inglés o en alemán, en francés o en ruso, aunque lo normal era escucharlas en la propia lengua, hasta con modismos y referencias a sucesos concretos, todo ello gracias a las potentes emisoras que transmitían desde muy lejos con finalidades propagandísticas.

Antes de la Segunda Guerra Mundial la radio tuvo ya un carácter decisivo como arma de combate. Con ocasión de la Exposición de la Radio, en el año 1933, el gran propagandista nazi Joseph Goebbels manifestó que si en el siglo XIX una potencia de primer orden había sido la prensa, en el siglo XX lo era la radio, afirmando que sin la radio, la conquista y el ejercicio del poder por el nacional-socialismo en Alemania no hubieran sido posibles.

En ese sentido, no puede extrañarnos que en todo intento de asalto al poder, en toda revolución, en todo golpe de Estado, uno de sus objetivos prioritarios de los rebeldes fuera poner bajo su control las emisoras de radio. A raíz del golpe militar contra la República española en julio de 1936 el general faccioso Queipo del Llano utilizó Radio Sevilla para ejercer una eficaz propaganda bélica a favor de los rebeldes. Sus peculiares arengas, en un lenguaje populachero y llenas de groserías, lo convirtieron en la voz más oída por todos los partidarios de la sublevación estuvieran donde estuviesen.

Así mismo, el llamamiento realizado el 18 de junio de 1940 por el General De Gaulle desde los micrófonos de la BBC en Londres fue un auténtico catalizador de la resistencia en la Francia ocupada por los nazis. El discurso permitió a De Gaulle presentarse como el jefe de la Francia Libre, ante el régimen colaboracionista de Vichy. El Gobierno británico intentó oponerse a su difusión en esos términos, ya que la situación respecto de Francia distaba de estar aclarada, pero Churchill apoyó decididamente la postura de De Gaulle.

Con el tiempo, la BBC cobró una enorme importancia gracias a las emisiones que realizaba para los países ocupados durante guerra. Los programas en francés de la BBC fueron seguidos durante años

por miles de franceses que simpatizaban con la causa aliada. Las noticias eran retransmitidas a intervalos fijos doce veces al día. El programa de las nueve y media de la noche, se componía de cinco minutos de propaganda gaullista, y de media hora de variedades, «Franceses hablando a franceses». Más adelante, cuando se organizaron grupos de resistentes, se empezaron a radiar tres veces al día «Mensajes personales». Estos mensajes no eran otra cosa que frases convenidas para indicar el lanzamiento en paracaídas de agentes o el aterrizaje de aviones, la llegada de embarcaciones submarinas, o acciones específicas de la resistencia. No consistían en sentencias cifradas, sino en frases arbitrarias que funcionaban como contraseñas, por ejemplo: «A María no le gustan las ostras» o «Mi mujer tiene unos ojos saltones». El mensaje que anunció el desembarco aliado en Normandía era un verso del poeta simbolista Verlaine: «Los largos sollozos de los violines en otoño hieren mi corazón con monótona languidez».

Muy pronto, los alemanes se dieron cuenta del impacto de estas emisiones y prohibieron escuchar las emisoras que emitían desde el extranjero, intentando interferirlas para impedir que se captaran. En la misma línea de guerra propagandística a través de la radio, los alemanes o los japoneses crearon programas con los que minar la moral de sus adversarios. Quince días después del estallido de la Segunda Guerra Mundial, los ingleses oyeron por radio una voz que hablaba un inglés que no podría hablar jamás un extranjero. La voz venía de Alemania y celebraba las victorias de los nazis. Muy pronto, el público dio un nombre a aquella voz. La gente le llamaba «Lord Haw Haw» y le oía y discutía sobre lo que había dicho el día anterior. Al terminar la guerra se supo que aquella voz correspondía a William Joyce, un irlandés nacido en los Estados Unidos que simpatizaba con el fascismo. Lo mismo sucedía con los programas que desde Japón emitía, la que los soldados americanos destinados en el frente del Pacífico conocían como, «Rosa de Tokio». En realidad, la desconocida se llamaba Iva Toguri y había nacido en Los Ángeles pero de padres japoneses. Sus retrasmisiones contaron siempre con una gran audiencia por la magnífica selección de jazz con la que amenizaba sus comentarios.

La radio introdujo también en los hogares el relato directo del conflicto. En Londres, el locutor estadounidense Ed Murrow radió, desde el año 1940, los bombardeos nocturnos sobre la ciudad. Godfrey Talbot, de la BBC, siguió el recorrido de las tropas británicas en el Norte de África a lo largo de buena parte de su campaña, y George Hicks llegó a retrasmitir desde un barco de apoyo los incidentes del desembarco en Normandía el mismo día 6 de junio de 1944.

También, el cinematógrafo, por medio de documentales propagandísticos o de películas de ficción, desarrolló una importante función en este tipo de guerra y Hollywood, la gran «fábrica de sueños», destacó de un modo particular en este cometido. Antes de la agresión japonesa a Pearl Harbour, la meca del cine adoptó una actitud prudente respecto a la Alemania nazi para no excitar los ánimos de los políticos aislacionistas pero, tras la entrada en guerra de EE. UU., buena parte de su producción se volcó en el esfuerzo patriótico. En el primer año de la guerra el 12% de los empleados de la industria del cine entraron en las Fuerzas Armadas, pero al final de la guerra ya eran un cuarto de los hombres que trabajaban en Hollywood los que vestían uniforme.

Así mismo, de los aproximadamente 1.700 largometrajes producidos entre 1942 y 1945, más de 500 fueron películas bélicas de uno u otro tipo, ya que la contienda se plasmó en todos los géneros habituales, desde la comedia, como en el film de Ernst Lubitsch *Ser o no ser*, hasta en musicales como *Yanqui Dandy* (1942), interpretada por Jarnes Cagney encarnando a George M. Cohan, el autor de la canción «Over There», el mayor éxito musical de la Primera Guerra Mundial, pasando por melodramas como *Casablanca* (1942) o los filmes propiamente bélicos.

Estos últimos, muy abundantes, fueron por lo general producciones mediocres y manipuladoras. Ya en mayo de 1942, la revista *Variety* divulgó las conversaciones entre representantes del gobierno y las productoras en las que se había tomado la decisión de mostrar a Hitler y a Hiro-Hito como símbolos personales de la maldad alemana y japonesa. Al público americano se le debía explicar con estas

películas que los pueblos alemán y japonés eran igualmente responsables por tolerar y cooperar con tales dirigentes.

Esta filmografía de guerra estaba sobre todo destinada a exaltar el valor, la lealtad y campechanería de los combatientes de a pie, mostrando su elevado espíritu de sacrificio y sus proezas. Los escenarios preferidos para estas producciones, —por lo general con decorados de bajo costo— eran los del Pacífico, donde los americanos estaban librando sus más duros combates, y en ellas sus aliados en la lucha apenas cobraban protagonismo. En el film *Objetivo Birmania* (1945), de Raoul Walsh, el protagonista interpretado por Errol Flynn parecía como si conquistara Birmania sin ayuda de nadie. Esta visión totalmente sesgada y proamericana ofendió tanto a los civiles como a los militares ingleses, sobre todo a los que habían combatido en la selva birmana y obligó a la productora Warner Brothers a retirar la película de las pantallas británicas.

El enfoque de la guerra como una excitante aventura, en la que la muerte era algo indoloro y, en último extremo, un supremo gesto de heroísmo patriótico, se fue matizando conforme avanzaba la contienda. El idealismo y el escapismo empezaron a verse reemplazados por un mayor realismo y honradez en el tratamiento de los temas, mostrando la dureza del combate, la sombría necesidad de librar una guerra «justa» pero terrible, y la banalidad de la muerte con la camaradería como única recompensa del soldado.

La mejor producción de todos estos años fue *También somos seres humanos* (*The Story of GI Joe*) de 1945, dirigida por William Wellman. En la película no había ningún falso heroísmo, sólo el hambre, el miedo, el aburrimiento y el cansancio de los soldados de infantería sometidos a las confusas pesadillas de continuos avances y maniobras militares en el camino desde el Norte de África hasta Roma, pasando por Sicilia, Italia del Sur y Montecasino. La película también se atrevía a mostrar los cuerpos de los soldados muertos en un deprimente final que contradecía la euforia del momento y que parece ser el responsable de la mala acogida de la que fue objeto.

Pero esta película fue la excepción ya que la guerra disparó la asistencia del público a las salas de cine a cifras récords que alcanza-

ban los 90 millones de espectadores semanales. En ningún otro momento de su historia Hollywood logró cifras parecidas a las que obtuvo los años de la guerra, que fueron para la industria de cine americana años de oro.

Sin duda, en la primera mitad del siglo XX las publicaciones, los carteles, la radio o el cine fueron instrumentos útiles a esa modernizada arma que era la propaganda. La TV en el último tercio de la centuria aún desempeñará, en ese sentido, un papel más importante en los conflictos bélicos.

Los ejércitos de la gran contienda

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, los aliados se propusieron destruir el poder militar de Alemania mediante la reducción de su ejército que constaría, según las disposiciones del Tratado de Versalles, de 100.000 hombres: 4.000 oficiales; 40.000 suboficiales y 56.000 soldados. No habría estado mayor, ni escuela de guerra, ni escuelas militares al estilo antiguo; tampoco habría aviones ni tanques, y sólo una escasa artillería. La marina quedaba privada de submarinos y ningún navío podía sobrepasar las 10.000 toneladas. Pero, desde el primer momento, la «Reichswerh», como se denominó a ese ejército durante la época de la república, cultivó cuidadosamente las viejas tradiciones militares y belicistas. En 1921 todavía el 23% de los oficiales procedían de la nobleza, y los judíos y la gente de izquierdas estaban excluidos del alistamiento en cualquiera de sus grados.

Con la llegada de Hitler al poder la movilización obligatoria en Alemania quedó restablecida en 1935. Así nació la Wehrmacht, el ejército de los nazis, que hacia 1939 contabilizaba alrededor de 1.200.000 soldados. En 1944 habían sido movilizados en Alemania unos 10.000.000 de hombres, aunque por esas fechas unos tres millones ya habían perecido en los distintos frentes. Al final del conflicto la sangría era tal que se decretó la movilización de todos los hombres de 15 a 65 años llegándose a llamar a filas a los nacidos en 1929.

Gran Bretaña y Estados Unidos, tras la Primera Guerra Mundial, renunciaron casi inmediatamente al reclutamiento forzoso y volvieron al modelo de ejército profesional. En el caso británico era el tipo de tropas más adecuado para el control del Imperio y en 1939 sólo contaba con 160.000 de estos hombres, aunque al final del año 1945, con la reintroducción de la recluta obligatoria, ascendía ya 4.653.000, a los que había que sumar otros tres millones de efectivos procedentes de Commwealth. No obstante, las bajas británicas durante la Segunda Guerra Mundial se elevaron a unas 360.000, menos que las sufridas por sus ejércitos en el último año de la Gran Guerra.

Los EE. UU. en 1939 alistaban unos 136.000 hombres, de los cuales 22.000 estaban en Filipinas y en la zona del canal de Panamá. A ello se podía añadir una Guardia Nacional de 186.000 hombres y reservas organizadas de 118.000 hombres (casi todos aspirantes a oficiales). Sin embargo, durante la guerra los americanos pudieron movilizar a más de 15 millones de personas que sirvieron en las fuerzas armadas: diez millones en el ejército, cuatro millones en la marina y guardia costera, y 600.000 en el cuerpo de infantes de marina. Unas 216.000 mujeres sirvieron también como enfermeras y en los cuerpos auxiliares o como marines femeninos. De todos estos efectivos murieron unos 300.000, una cifra muy superior a los 126.000 muertos que había padecido el ejército de los EE. UU. durante el primer gran conflicto del siglo.

En 1939, de entre los ejércitos de recluta, destacaba por su número el Ejército Rojo, que en el momento del ataque alemán a la URSS en agosto de 1941 tenía ya unos 2.900.000 efectivos. Aunque los datos son imprecisos sólo durante el primer año del conflicto se debieron movilizar en la URSS unos 12.000.000 de hombres. Se estima que de los 25.000.000 de víctimas que padeció el país durante la Segunda Guerra Mundial al menos unos siete u ocho millones perecieron en el frente o en los campos de prisioneros.

La otra gran potencia de recluta era el ejército francés, tenido en 1939 como el más poderoso de Europa, con sus cerca de 405.000 hombres en la metrópoli, y otros 250.000 de las colonias. En total,

más de 650.000 hombres que, decretada la movilización general, se convirtieron en unos 5.000.000, de los que al finalizar la guerra algo más de 250.000 habían perecido, lo que suponía solamente un sexto de los caídos en la guerra de 1914 a 1918.

Lo mismo sucedió con Italia que tuvo menos bajas en la Segunda Guerra Mundial que en la primera gran conflagración. En 1938 Italia contaba con unos 462.000 hombres bajo las armas, que incluían a las milicias de «Camisas negras», aunque en el momento de entrar en guerra (1940) esa cifra se había ya multiplicado por tres y la propaganda fascista la elevaba a «ocho millones de bayonetas». Realmente, el ejército italiano nunca alcanzó ni de lejos esa cifra, aunque padeció unas 300.000 bajas, doscientas mil menos que las que había sufrido en la Primera Guerra Mundial.

Fueron también millones los movilizados y los muertos en otros países implicados en la guerra de 1939 a 1945, como Polonia, Yugoslavia, Grecia, Hungría, Rumania, China… El conjunto de los efectivos llamados a las armas a lo largo de la Segunda Guerra Mundial no tiene parangón con los de ningún conflicto anterior ni posterior, ya que se calcula que más de 65.000.000 de hombres estuvieron implicados en los distintos frentes.

La estructura organizativa de las tropas contempló la formación de grandes unidades denominadas ejércitos o cuerpos de ejército. El VI Ejército alemán que participó en la batalla de Stalingrado estaba compuesto por 600.000 alemanes a los que había que sumar tropas húngaras, rumanas e italianas hasta totalizar el doble de efectivos.

La unidad operativa básica era la división que, compuesta por una fuerza que oscilaba entre 10.000 y 20.000 hombres, constituía la formación polivalente más pequeña capaz de operar de modo independiente en el campo de batalla. Dependiendo de las necesidades, las divisiones pasaban de uno a otro cuerpo de ejército, ya que éstos no contaban con un sistema fijo de organización. La estructura de la división era por lo general «triangular» y poseía diversas formaciones cada una de las cuales controlaba a su vez otras tres formaciones de menor tamaño.

La unidad administrativa básica era el batallón, compuesto por unos 800 hombres, pero la unidad social y táctica fundamental era el pelotón o la sección, formada por unos diez fusileros más una ametralladora ligera o pesada. Los elementos de dicha estructura se mantenían comunicados entre sí por medio de radios portátiles, con las que los altos oficiales podían «escuchar» el curso de una batalla demasiado extensa para ser supervisada por un solo hombre.

Todos los soldados de estos ejércitos poseían numerosos rasgos en común a pesar de la enorme diversidad que llegaron a tener algunos contingentes. A este respecto cabe señalar que, en un momento dado, el general británico Alexander, durante 1943, tuvo a sus órdenes en las operaciones contra la Línea Gustav en Italia a veinticinco nacionalidades o grupos lingüísticos distintos: americanos, franceses, brasileños, argelinos, marroquíes, canadienses, ingleses, sudafricanos —que incluían basutos—, indios —que incluían sikhs, malirattas, madrasis, jats, rapjuts, punjabís, pathanes, baluchis y gurkhas que, estrictamente hablando, venían del Nepal—, polacos, judíos de Palestina; nisei japoneses nacidos en Estados Unidos, griegos e italianos.

A pesar de las diferencias, la mayor parte de tropas regulares de ambos bandos compartían estar compuestas por reclutas uniformados de entre veinte y treinta años de edad, adiestrados a lo largo de un período de instrucción que podía variar de algunas semanas a unos pocos meses; y el grueso de las mismas estaba formado por hombres preparados para combatir como soldados de infantería.

Los uniformes que vestían presentaban diseños funcionales, inspirados en las ropas de trabajo de los obreros industriales y pretendían adaptarse a las condiciones de los distintos escenarios de combate, aunque eso no se conseguía siempre. Uno de los graves problemas a los que se enfrentó la Wehrmacht durante el invierno de 1941 en la campaña de Rusia fue la carencia de equipamiento adecuado para hacer frente a las bajas temperaturas.

Todas las prendas eran concebidas según el principio del camuflaje, dominando los colores caquis, grises, verdosos o blancos adecuados para la nieve. Determinadas unidades de comandos pensadas

para golpes de mano o combate nocturno acentuaban el camuflaje a base de manchas de distintos colores que favorecían el mimetismo con el terreno. También solían tiznarse la cara para evitar ser localizadas en la noche.

El uniforme era una garantía básica para poder acogerse, en el caso de caer prisionero, a las normas establecidas por la convención de Ginebra. El combatiente sin uniforme o con un uniforme del bando contrario podía ser pasado por las armas sin juicio previo, como ocurrió con algunos soldados alemanes que actuaron con uniforme americano en la ofensiva de las Ardenas (1945).

Las tropas estaban mandadas por generales y jefes profesionales que habían recibido una sólida formación militar de carácter teórico en sus respectivas academias. Los oficiales y suboficiales podían tener distinta procedencia, o bien eran también profesionales, o pertenecían a escalas de complemento creadas por las necesidades de la guerra. En ambos casos sus actuaciones podían suponer una promoción debida a méritos en campaña. En general, la extracción social del grueso de la oficialía procedía de clases medias, mientras que los suboficiales se nutrían de estratos populares.

El caso alemán presentaba algunas peculiaridades al respecto ya que la cúspide en la pirámide del mando seguía recogiendo un alto porcentaje de jefes pertenecientes a la vieja aristocracia. Sólo siete de los dieciocho mariscales de campo del Reich eran de origen burgués. No obstante, durante la Segunda Guerra Mundial veintiuno de cada veintiséis coroneles o generales alemanes eran de clase media.

El armamento básico de la infantería consistía en un casco de acero, la última reminiscencia del equipamiento defensivo en el soldado moderno. El arma ofensiva universal eran rifles automáticos o de cerrojo con alcances y capacidades de fuego que superaban las necesidades de la mayor parte de los enfrentamientos, librados generalmente a distancias inferiores a los 725 metros. En la mayoría de los ejércitos la bayoneta adoptaba forma de machete y podía acoplarse al fusil aunque raramente era utilizada, ya que los combates cuerpo a cuerpo no eran demasiado frecuentes.

La novedad se presentaba con la introducción, más o menos abundante, del subfusil o fusil ametrallador. Eran armas más cortas (unos 85 cm.) y menos pesadas (entre 3 y 4 kg) que el rifle y cuya eficacia residía en su enorme potencia de fuego en el combate a corta distancia, ya que podían efectuar entre 500 y 900 disparos teóricos por minuto. Estos fusiles ametralladores eran alimentados por medio de cargadores que podían contener entre 30 y 50 cartuchos de pequeño calibre. Algunos modelos, como el MP 40 alemán o el Sten británico, estaban fabricados enteramente de metal sin incorporar elementos de madera, desapareciendo así las pesadas culatas que eran sustituidas por culatas tubulares metálicas y plegables. Los modelos Thompson M1 americano y el PPSh 41 soviético aún incorporaban culatas de madera. De este último se fabricaron millones de unidades tanto en grandes fábricas como en pequeños talleres y los militares soviéticos, a diferencia de ingleses y americanos, equiparon con ellos a divisiones enteras. Estas armas de fácil manejo, frente a las de una mayor precisión, servían para suplir en parte las carencias que presentaban los reclutas tras un breve período de instrucción.

También solía llevar el infante granadas de mano, útiles en distancias cortas para el asalto a posiciones, y un macuto o mochila con un equipamiento básico. Todas las unidades operativas contaban a su vez con ametralladoras ligeras o pesadas. Las primeras, con unos 10 kilos de peso, se solían apoyar en un bípode y se alimentaban por medio de peines. El modelo más eficaz fue el Bren, de fabricación inglesa, que contempló numerosas variantes y fue copiado por otras marcas. Las ametralladoras pesadas doblaban en peso a las ligeras, se alimentaban por medio de una cinta de cartuchos y se las podía montar en un trípode. La MG 42 alemana fue la mejor arma de este tipo.

Los morteros desempeñaron un papel muy importante en la Segunda Guerra Mundial. Acompañaban a las unidades de infantería y su manejabilidad, tiro curvo, poco peso del proyectil y rapidez de disparo los convertían en muy útiles en los enfrentamientos entre infantes. En un informe fechado el 30 de julio de 1944, una Sección de Investigación Operacional británica apuntaba que los oficiales

médicos de cuatro divisiones diferentes atribuían el 70% de las bajas de sus unidades al fuego de los morteros.

Los carros de combate, a diferencia de la Primera Guerra Mundial, tuvieron un papel fundamental a lo largo de todo el conflicto en muchos de los escenarios de la guerra. Los Panzer alemanes, sobre todo su versión Mark IV, los Sherman M4 norteamericanos o los Cromwell británicos poseían una capacidad de combate equivalente. El tipo más perfecto de este tipo de arma fue el T34 soviético. Este vehículo combinaba un motor potente y seguro con un grueso blindaje en pendiente, soldado o fundido, no remachado, en la zona frontal. Contaba también con anchas orugas que le permitían tener una buena tracción sobre la nieve y el barro y estaba armado con un formidable cañón de 75 mm. Otras ventajas del T34 eran su fabricación económica y la facilidad de mantenimiento. Asimismo, todos los ejércitos contaban con algún modelo de carro de combate más lento, sólido y pesado y con algún tipo de arma (cañón o lanza cohetes) autopropulsada con los que proporcionar apoyo a la infantería.

La artillería se dividía en dos tipos principales: las armas antitanque directas, dotadas de una carga sólida capaz de penetrar el blindaje de los carros de combate, y piezas de fuego indirecto para uso general. Entre los primeros destacaba un cañón que los alemanes habían producido ya durante la Guerra Civil Española; se trataba del 88 mm, que iba a convertirse en un verdadero caballo de batalla, y fue utilizado como antitanque, antiaéreo y como cañón de campaña, todo en uno.

La infantería portaba igualmente armas tales como el bazooka norteamericano y el panzerfaust alemán, capaces de perforar el blindaje de los carros de combate gracias a su carga hueca, si bien su eficacia se reducía a alcances inferiores a los 90 metros. No obstante, ya en la Guerra Civil Española se había comprobado la vulnerabilidad de los blindados frente a elementos tan sencillos como una botella de gasolina provista de una mecha cuando era arrojada sobre el motor de la máquina. El llamado «cóctel molotov» fue muy utilizado frente a los tanques por unidades irregulares.

El apoyo aéreo directo corría a cargo de cazabombarderos monoplazas de hélice, dotados de hasta una tonelada de armamento y una velocidad máxima de 650 km por hora. En el inicio de la guerra, el alemán JU 87 Stuka fue el aparato que apoyó a los blindados en la «guerra relámpago», no obstante el Messerschmitt 109 resultó mucho más eficaz en los enfrentamientos que libró con el Spitfire británico durante la batalla sobre los cielos de Inglaterra. Los soviéticos perfeccionaron sus modelos hasta lograr un aparato versátil, el Ilyushin Il-2 Stormovik, que podía competir con los mejores cazas alemanes. Los americanos contaban con P51 Mustang y P47 Thunderbolt, provistos de capaces tanques de combustible que les garantizaban una gran autonomía. Fueron estos aviones los que hicieron frente a los aviones japoneses Mitsubishi A6M conocidos como los Zero.

La actitud frente a la guerra de estos soldados fue diversa y cambiante. En su fase inicial no se produjeron muestras de regocijo popular como en el inicio de la Primera Guerra Mundial sino más bien de consternación. Sólo las potencias agresores manifestaron su entusiasmo ante las primeras victorias, mientras que a franceses o británicos les costaba entender por qué sus respectivos gobiernos les arrastraban a un conflicto en el que tardaron en sentirse implicados. Fue cuando empezaron a sufrir el ataque directo y los bombardeos cuando se afianzó en estos combatientes el ánimo de lucha pero, en general, el recluta en todos los bandos siempre expresaba sus deseos de volver cuanto antes a la normalidad. Símbolo de esa nostalgia melancólica por el hogar y las novias que habían quedado atrás fue la popular canción alemana «Lily Marlene», oída hasta la saciedad por los combatientes de todos los ejércitos. Esta actitud generalizada de extrañamiento forzoso ante la guerra contrastaba con la de algunas unidades, sobre todo alemanas, como las formadas por los Wafen SS que, impregnadas de la ideología nazi, podían convertir la lucha en un acto de sacrificio por el Fhürer.

Los combatientes soviéticos, al principio desconcertados por la sorpresa del ataque, reaccionaron rápidamente con rabia ante la brutalidad del avance alemán en su país y, a lo largo de toda la contien-

da, mostraron su ansia de venganza frente al agresor. Entre los soldados estadounidenses era más fácil elevar la moral en la flota y el cuerpo de marines, cuyos reclutas eran voluntarios, que entre los «G. I.» (*General Issue*), mote que se daba al soldado de infantería en esta guerra. Al comenzar el conflicto en Europa, una encuesta realizada por la empresa Gallup arrojaba como resultado que aunque un 84% de los norteamericanos deseaban la victoria aliada, el 96% opinaba que su país debía quedar al margen de la contienda. Por eso al recluta americano, educado en el aislacionismo, le costó aceptar la leva, aun después del ataque japonés a Pearl Harbor. Combatir en escenarios tan lejanos de su país, cuyo territorio no había sido directamente agredido por el enemigo, le resultó mucho más penoso al G. I. que al «doughboy» de la primera guerra mundial que vivió la marcha a otro continente como una aventura.

El caso japonés fue particular. Educados en una cultura reverencial frente al poder representado por el Emperador, cuya figura tenía un carácter sagrado, los soldados japoneses dieron muestras de extremo fanatismo. Reacios a la rendición, preferían en muchos casos el suicidio, que practicaron de modo ritual los pilotos kamikazes, que hacia el final de la guerra se arrojaban con sus aviones cargados de explosivos para estrellarse contra los buques americanos.

La crueldad de todas estas tropas también ofrece un amplio abanico de comportamientos. Los alemanes fueron especialmente brutales pero su actitud dependió de distintos factores. En el frente oriental, azuzados por la ideología nazi, actuaron despiadadamente frente a los eslavos considerados infrahumanos, mientras que en el frente occidental cometieron menos desmanes. No obstante, la captura y ajusticiamiento de rehenes y las represalias sobre la población civil se dieron en todas partes. Se calcula que sólo en Francia fueron fusilados unos 30.000 rehenes durante la ocupación. La eliminación de prisioneros, especialmente prohibida por la Convención de Ginebra, ya se había producido en la Primera Guerra Mundial y se repitió por ambos bandos en la segunda.

Hubo unas cuantas atrocidades cometidas por las fuerzas aliadas que recibieron mucha publicidad: por ejemplo, el 14 de julio de

1943, tropas estadounidenses de la 45 División de Infantería masacraron cerca de 70 prisioneros de guerra italianos y alemanes en Biscari (Sicilia). Lo sucedido en Biscari no fue excepcional. La matanza indiscriminada de prisioneros llegó a ser un problema particularmente serio en el teatro del Pacífico donde entre diciembre de 1941 y julio de 1944 sólo se capturaron a 1.900 soldados japoneses. Ese bajo número se debía en parte a la actitud de los japoneses para los que la cautividad se consideraba una vergüenza, pero también respondía a la tendencia de las tropas aliadas a matar a todo aquel que intentaba rendirse. Un memorando confidencial de los servicios de inteligencia americanos del 22 de Julio de 1943 señalaba que había sido necesario sobornar a los soldados prometiéndoles helados y permisos de tres días de duración antes de que se consiguiera convencerlos de que debían mantener con vida a los prisioneros.

La disciplina entre estas tropas se mantenía por los procedimientos tradicionales y aunque en algunos ejércitos como el húngaro o el rumano les estaba permitido a los oficiales apalear a los soldados, lo normal era imponer otro tipo de castigos y ganarse la adhesión por métodos más persuasivos, por ejemplo la proximidad y camaradería practicada por los mandos más inmediatos. Otro recurso era la recompensa y el reconocimiento ante el servicio prestado. En este sentido, resulta asombroso el gran número de medallas concedidas durante la contienda. A principios de 1944 se habían concedido en Alemania más de medio millón de Cruces de Hierro de primera clase y más de 3 millones de segunda clase, es decir casi un tercio de los miembros Wehrmacht habían sido condecorados por heroísmo. En el ejército soviético al finalizar la guerra habían sido condecorados 7.580.000 militares de los cuales a 5.300.000 se les había otorgado la Orden de la Unión Soviética.

Esto no quiere decir que para mantener la disciplina y el espíritu combativo no se recurriera a los más duros métodos. Se calcula que unos 10.000 soldados alemanes fueron condenados a muerte por consejos de guerra. Sin embargo, en esta contienda se prestó mayor atención que en ninguna otra anterior al bienestar del combatiente, tanto en su dimensión material como psicológica. Por ejem-

plo, en los cuarteles subterráneos de la inoperante Línea Maginot se habían construido salas de cine e incluso se podían tomar baños de rayos ultravioletas para compensar el efecto del encierro. Los soldados alemanes, aun en los momentos más duros del conflicto cuando la población civil sufría el racionamiento, pudieron gozar de una dieta en calorías más alta que el resto. Mientras que los consumidores normales ingerían 2.334 calorías al día como media, los soldados recibían 3.720.

Incluso las necesidades sexuales de la tropa eran contempladas por los Estados Mayores. Se repartían preservativos a los soldados, que los alemanes denominaban «calcetines para combates cuerpo a cuerpo» y se organizaron burdeles en la retaguardia. Los japoneses utilizaron a mujeres chinas y coreanas para esta finalidad. El soldado mejor atendido en todos los aspectos fue sin duda el estadounidense. Incluso, las grandes estrellas del espectáculo se volcaron para realizar actuaciones en los distintos frentes con la finalidad de elevar la moral de las tropas. El conocido músico Glenn Miller murió en un accidente de aviación cuando prestaba este tipo de servicios.

También, el cuerpo médico efectuó un progreso notable. El desarrollo de las drogas a base de sulfamidas y de la penicilina, el uso del plasma en transfusiones, el control sobre los mosquitos y otros insectos, gracias a DDT, y las nuevas técnicas para tratar las quemaduras, así como la rápida evacuación de los heridos redujeron la tasa de mortalidad por heridas a menos de la mitad que en la guerra anterior. En el ejército estadounidense dos tercios de todos los heridos regresaban a la lucha.

Así mismo se prestó atención a la salud psicológica del combatiente. Ya durante la Primera Guerra Mundial se había comenzado a estudiar los efectos mentales de la guerra sobre el soldado expuesto al combate. Fue entonces cuando nació el término *Shell shock* para denominar la neurosis de guerra, y el ejército británico llego a detectar hasta 80.000 casos de este tipo de dolencia. Al comenzar la Segunda Guerra Mundial hubo un renovado interés médico por la neurosis de guerra, solo que entonces se le llamo «fatiga de combate». Se reconoció que cualquier persona podía derrumbarse bajo el

fuego y que las bajas psiquiátricas podían predecirse según la severidad de la exposición a la lucha atendiendo a su duración, intensidad y frecuencia. Se estableció que el punto límite soportado por una persona en combate, antes de gozar de un descanso en retaguardia, estaba entre doscientos y doscientos cuarenta días, lo que sirvió como referencia para establecer las rotaciones y permisos; reconociéndose también que nadie llegaba a acostumbrarse a esa tensión.

En los sondeos efectuados entre el ejército americano en Túnez y en el Pacífico sólo el 1% de los hombres declaró no haber tenido nunca miedo. Otras encuestas realizadas a aviadores americanos y entre los voluntarios de la Brigada Lincoln durante la Guerra Civil Española ofrecían resultados comparables. En definitiva, como ya había dicho hacía tiempo Ardant du Picq, los combatientes seguían siendo «pobres gentes desgarradas entre el miedo y la disciplina».

La atención de todo este tipo de servicios sumada a la complejidad de operaciones que implicaban a centenares de miles de hombres supuso un enorme incremento de la logística. En ese sentido el apoyo de las fuerzas en servicio fue muy importante. En esta guerra el soldado medio requería al menos doble equipo que en la Gran Guerra. Una división de infantería de 8.000 combatientes exigía otros 6.000 que les alimentaran, avituallaran, pagaran, prestaran cuidados médicos, divirtieran, transportaran y repararan su equipo. Los cuerpos de combate se hallaban compuestos por menos de la mitad de los miembros de cada división, y muy pocas tropas de cada ejército llegaban a intervenir directamente en combate. Una división de infantería británica completa, compuesta por 18.400 soldados, precisaba de otros 24.000 hombres a nivel de cuerpo de ejército —o superior— como apoyo, pero llegado el momento de atacar su línea frontal se componía de 32 secciones de infantería, esto es, menos de 300 hombres.

En paralelo a estos ejércitos regulares actuó durante la guerra un «ejército en las sombras». En todos los teatros de operaciones, y paralelamente a las acciones de guerra, se produjo una lucha clandestina con una amplitud desconocida hasta el momento. La resistencia fue, al principio, un combate por la liberación del país, pero el ocupante no

era sin más un invasor; era, en cierta medida, el portador de una doctrina y de un régimen político, razón por la que la resistencia fue también una lucha por la libertad y contra el fascismo.

En ese sentido, el marcado carácter ideológico de la contienda hizo que ésta cobrara naturaleza de guerra civil internacional (Michel, 1971; Nolte, 2000). Fascismo, comunismo y liberalismo democrático recorrerán transversalmente el conflicto mezclando la guerra entre Estados con la lucha político-ideológica en el seno de cada uno de ellos.

Los tradicionales valores de patriotismo y traición se deformaron en función de las ideologías y por doquier se produjo una enconada lucha entre los partidarios del Nuevo Orden instaurado por el nazi-fascismo y los resistentes. Así, el enfrentamiento entre colaboradores y resistencia vendrá a sumarse a la guerra abierta entre los aliados y las potencias del Eje. Los combatientes irregulares que protagonizaron esa lucha eran para algunos auténticos patriotas mientras que para alemanes y colaboracionistas se trataba simplemente de «terroristas».

Ese combate clandestino tuvo naturaleza, cronología y magnitudes muy distintas según los escenarios. En muchas ocasiones la resistencia se limitaba a difundir propaganda contra el ocupante, a facilitar la huida u ocultación de los perseguidos, a fomentar las huelgas y el sabotaje industrial o pasar información a los aliados. En la Europa occidental sólo adquirió forma militar en Francia e Italia donde actuaron maquis y partisanos. Como combatientes irregulares no estaban protegidos por la Convención de Ginebra por lo que podían ser pasados por las armas al ser capturados. Por otra parte, sus actuaciones podían repercutir en la población civil ya que los nazi-fascistas solían tomar represalias, por eso su actividad, en ocasiones, no era comprendida, aunque en general muchos la veían con simpatía.

La Resistencia francesa prestó útiles servicios durante la invasión de Normandía saboteando las vías férreas, estaciones de tren, autopistas y, en general, atacando los convoyes de abastecimientos alemanes. Con sus intervenciones, los partisanos retrasaron la llega-

da de los refuerzos alemanes a las playas del desembarco. El Cuartel General de las Fuerzas Especiales Aliadas calculó que a finales de julio de 1944 la *Resistance* contaba con unos 70.000 hombres armados en Francia. Los maquis franceses llegaron a controlar por esas fechas el área de Vercors, que se encuentra al este del departamento de Ain. Sin embargo un contraataque alemán dispersó las fuerzas guerrilleras en esa zona, confirmando las limitaciones de este tipo de lucha cuando la guerrilla pretende enfrentarse en campo abierto con el ejército regular.

En Italia se desarrolló también una guerra de guerrillas desde el otoño de1943, el peso de su actividad recayó en el Comité de Liberación Nacional del Norte de Italia. Los combatientes del norte eran «partisanos» encuadrados en el Cuerpo de los Voluntarios de la Liberación y, según un documento británico, en abril de 1945 eran casi 90.000 los que se batían al norte de los Apeninos. Estos grupos llegaron a cobrar tanta fuerza que no se limitaban a los sabotajes y emboscadas, sino que libraron, en ocasiones, duras batallas en posiciones arduamente fortificadas.

Los éxitos más espectaculares en el plano militar y político de estos irregulares se obtuvieron en la zona de los Balcanes donde, tanto la resistencia albanesa como yugoslava, lograron la liberación de sus respectivos países antes de que penetrara en ellos el Ejército Rojo. En el caso yugoslavo fue la guerrilla comunista mandada por Josif Broz «Tito», antiguo combatiente de las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil Española, la que, con apoyo británico y tras duros enfrentamientos con grupos rivales de tendencia conservadora, terminó por hacerse con el control del país expulsando a los nazis. Su actividad consiguió durante buena parte del conflicto inmovilizar sobre ese escenario de la guerra a 15 divisiones alemanas que no pudieron ser desplazadas a otros frentes.

Todos estos grupos, tanto en la Europa occidental como oriental, dependieron en gran medida de la ayuda táctica y material de los aliados, eso no influyó para que en su seno se manifestaran corrientes políticas muy distintas, con proyectos diferentes sobre el destino de sus respectivos países al finalizar la guerra. En la resistencia des-

empeñaron un importante papel los comunistas, que se sumaron masivamente a ella desde la invasión alemana a la URSS. Con experiencia en la organización clandestina, y acostumbrados a una férrea disciplina de partido, los comunistas demostraron una gran eficacia operativa, sin perder de vista sus objetivos políticos. Los grupos que controlaron se vieron enfrentados en más de una ocasión a otros grupos resistentes proclives a restaurar el viejo orden político y social anterior al conflicto. Este fue el caso yugoslavo y también el de el ELAS griego (Ejército Nacional de Liberación Popular), la guerrilla mayoritaria en el país y de tendencia comunista, que libró duros combates no sólo con los alemanes sino también con sus rivales del EDES (Ejército Griego Democrático Nacional) hasta el final de la guerra. De hecho el ELAS se negó a desarmarse tras la llegada de los británicos y la reinstauración en el trono de Jorge II que había acabado con la república con ayuda de los militares (1935) y había propiciado la implantación de una dictadura bajo el mando del general, Metaxás (1936). Así, este grupo guerrillero se vio involucrado en una cruenta guerra civil que será la primera de la posguerra en el continente europeo.

Un caso particular de esta lucha clandestina fue el protagonizado por los guerrilleros soviéticos ya que su combate se confundió siempre con el del propio Ejército Rojo. Los partisanos que actuaron en el territorio de la URSS nunca dependieron de la ayuda de ningún gobierno en el extranjero, ni tampoco manifestaron diferentes tendencias en su seno. Para todos los grupos que operaron tras las líneas alemanas el objetivo único era expulsar al invasor. La guerrilla soviética no tuvo que sustituir nunca a un poder colaboracionista y tampoco discutió jamás el régimen político ni elaboró planes para reemplazarlo.

Su origen está en grupos de combate, compuestos por militares y civiles que, espontáneamente y sin directrices ni ningún plan de conjunto, se lanzan a la lucha. Durante cerca de un año, el único vínculo entre los elementos dispuestos a combatir y las autoridades soviéticas fue Radio Moscú. En 1942 el gobierno soviético decidió apoyar sistemáticamente a estos grupos y creó un Estado Mayor del

Trabajo de Diversión en la retaguardia alemana. En Moscú, Leningrado y Stalingrado se instruyeron y prepararon radiotécnicos, instructores y saboteadores en escuelas especializadas y dos veces por semana la radio difundía cursos de guerrilla. En el transcurso de 1942 y 1943, solamente para Ucrania se destinaron millares de hombres preparados al objeto de trabajar en la retaguardia enemiga.

Aunque los guerrilleros se manifestaron por doquier, fue en la zona central con sus bosques y sus marismas, así como en los montes de Crimea y el Cáucaso, con refugios que la aviación no puede detectar y resultan difíciles para los carros de combate, donde las unidades de guerrilleros crecieron más. Si bien se beneficiaron siempre de la complicidad y ayuda de la mayoría de la población, sus efectivos no fueron nunca muy numerosos: 220.000 combatientes fueron «homologados» en Ucrania. En ese sentido su contribución a la lucha sólo podía servir de apoyo.

Una de las originalidades de la guerrilla soviética fue la organización de raids a larga distancia. El bosque de Briansk se convirtió al efecto en una especie de fortaleza desde donde se efectuaban salidas en todas direcciones con la intención de sembrar la inseguridad entre las líneas enemigas y desmoralizar al ocupante con ataques por sorpresa. Pero en las regiones próximas al frente el cometido de los partisanos fue el de convertirse en una verdadera avanzadilla del Ejército Rojo. Tan pronto eran liberados los territorios, las unidades de partisanos desaparecían y sus miembros quedaban absorbidos por el ejército regular.

La contrapartida del resistente durante la Segunda Guerra Mundial fue el colaboracionista o «quinta columnista». Este último calificativo en castellano procede de la expresión «Quinta columna» que utilizó el general golpista Emilio Mola, al inicio de la Guerra Civil Española, para referir a que mientras bajo su mando cuatro columnas se dirigían hacía la capital republicana para conquistarla, había una quinta formada por civiles que dentro de Madrid trabajaban clandestinamente en pro de la victoria franquista. El término aceptado por el vocabulario político internacional se usa desde entonces para definir a un sector de la población que, en caso de

conflicto, mantiene supuestas lealtades hacia algún país distinto a aquél donde reside o adopta posturas beligerantes frente al poder constituido debido a motivos ideológicos.

Los colaboracionistas, con el Nuevo Orden impuesto por los nazis tras sus victorias en Europa o con los japoneses en Asia, encontraron su expresión más acabada en el régimen de Vichy, acaudillado por el mariscal Petain en la Francia ocupada. Aunque casos de colaboracionismo se dieron en mayor o menor grado en Bélgica, Países Bajos, Croacia, Eslovaquia, Hungría y especialmente en Noruega, donde el fascista noruego Vidkun Quisling formó un gobierno títere al servicio del ocupante alemán, de ahí que el término *Quisling*, pasara a convertirse en sinónimo de traidor en muchos idiomas.

Los colaboracionistas participaron en la guerra fundamentalmente en el plano político y policial, trabajando estrechamente con la Gestapo, pero también tuvieron una cierta proyección militar. Por ejemplo, los fascistas croatas *ustacha*, que apoyaron a los nazis durante la invasión de Yugoslavia, estuvieron constantemente enfrentados a los partisanos de Tito.

A raíz de la invasión de la URSS por los alemanes voluntarios anticomunistas de distintos países, formaron unidades de combate integradas en la Wehrmacht. El ultraderechista católico León Degrelle, tras solicitar autorización especial de Hitler, creó la Legión Valonia (*Legion Wallonie*), un contingente belga que combatiría junto con el ejército del Reich. Aunque eran menos de un millar de hombres, esta unidad participó en la Operación Barbarroja antes de integrarse, junto con otros combatientes no germanos, en una brigada de las Waffen-SS.

Tal vez, el caso más llamativo de cambio de bando en el campo militar sea el del general del Ejército Rojo Andréi Vlásov que, tras ser hecho prisionero por los alemanes, se prestó liderar el llamado Ejército de Liberación Ruso o ROA (*Russkaya Osvoboditel'naya Armiya*), un ejército más propagandístico que operativo. Los pocos soldados rusos bajo el teórico mando de Vlásov fueron integrados

en grupos de la Wehrmacht y retirados del Frente Oriental para ser enviados a otros frentes.

Los avatares del conflicto también generaron enfrentamientos que se podrían considerar paradójicos y que nos señalan el marcado carácter político de la contienda. Así, los aliados de ayer podían pasar, de un día para otro, a convertirse en feroces enemigos. Veamos un ejemplo. Con la rendición de Francia a los alemanes y la constitución del gobierno de Vichy una buena parte del ejército francés, —todo el destinado en las colonias y, sobre todo, su poderosa armada bajo las órdenes del almirante Darlan— seguía operativo. Darlan no estaba dispuesto a entregar la flota a los alemanes y había cursado órdenes secretas para volar las naves en el caso de que los nazis se quisieran apoderar de ellas; al tiempo que garantizaba a los británicos su neutralidad. Sin embargo, los ingleses no se arriesgaron a que la flota francesa pudiera ser utilizada en cualquier operación contra el Reino Unido. El 3 de julio de 1940 la Royal Navy atacó a la escuadra francesa fondeada en Mers el-Kebir destruyéndola casi totalmente y causando 1.300 víctimas. De este modo, las mayores bajas de la marina francesa durante todo el conflicto las ocasionaron sus aliados británicos.

En las islas griegas de Cefalonia y Corfú, ocupadas por tropas ítalo-alemanas, se produjo otro hecho de parecidas características cuando, a raíz de la caída del régimen fascista en julio de 1943, el ejército italiano comenzó a ser visto por los alemanes con recelo. En septiembre, los nazis conminaron a los italianos a que entregaran sus armas. El mando italiano en las islas, siguiendo órdenes superiores, se negó a ello. El 15 de septiembre los alemanes iniciaron el ataque contra sus aliados de la víspera. La batalla duró ocho días pero la falta de refuerzos decidió la suerte de las tropas italianas. En el combate murieron unos 2.000 hombres de la División Acqui, pero en los días siguientes los nazis asesinaron a otros 1.200 italianos más. Los pelotones de ejecución estaban compuestos por hombres que unas semanas antes habían compartido rancho con las víctimas, dejando así bien claro que la crueldad de la guerra no hacía sino seguir el rastro de la política por los medios más terribles.

Estrategia y potencia económica

El binomio tanque-avión determinó en buena medida tanto la estrategia como la táctica durante la mayor parte de la guerra en Europa. El avance imparable del ejército alemán en los dos primeros años del conflicto se basó en el «blitzkrieg» o «guerra relámpago». Se trataba de un método específicamente alemán, ya que era la única potencia que no sólo poseía la herramienta precisa para este tipo de guerra sino que también era la única que había concebido su desarrollo teórico en obras como *Achtung! Panzer* del general Guderian. De hecho, Alemania disponía, en junio de 1940, de 10 divisiones acorazadas que totalizaban 3.000 tanques y cerca de 600 autos blindados, así como de una poderosa flota de caza bombarderos probados ya en la Guerra Civil Española.

La «blitzkrieg» consistía en una maniobra de ruptura, seguida de explotación y de cerco del territorio ocupado y basada en la velocidad. En una primera fase intervenía la aviación. Los JU 87 Stukas con sus bombardeos en picado destruían a las fuerzas aéreas enemigas en sus mismos aeródromos. Atacaban también las vías de comunicación para impedir la concentración de tropas y el envío de refuerzos, a la par que asolaban las ciudades para provocar el pánico. De hecho estos aparatos iban provistos con una potente sirena, denominada «trompeta de Jericó» que sonaba de modo aterrador al iniciar el avión su descenso en picado. En caso de ser necesario, intervenían también en esta primera fase fuerzas paracaidistas para tomar y preservar aquellos nudos de comunicaciones imprescindibles para el avance de las tropas alemanas.

En una segunda fase, entraban en acción los blindados en masa, arrollando las líneas enemigas e iniciando maniobras envolventes por los flancos con ayuda de la infantería motorizada. La aviación apoyaba el avance y bombardeaba a la población civil que huía de las ciudades bloqueando las carreteras y aumentando la confusión en la retaguardia enemiga.

La campaña de Polonia consagró por vez primera la doctrina de la guerra-relámpago, demostrando que esta estrategia unida al ataque

por sorpresa cosechaba un éxito fulgurante. Con la campaña de Francia se asistirá a la apoteosis de la «blitzkrieg». Los ejércitos belga y holandés, movilizados precipitadamente, fueron desarticulados con rapidez. Pero su mayor logro se obtuvo contra un ejército francés insuficientemente blindado y motorizado que fue sorprendido estratégicamente por la dirección del ataque alemán a través de las Ardenas.

Sin embargo, la «blitzkrieg», que brilló de modo esplendoroso durante dos años, obtendrá sus últimos éxitos en las llanuras rusas, donde será enterrada definitivamente. En 1941, los ejércitos del Reich emprendieron la invasión de la URSS con un asalto violento, a cargo de tres ejércitos acorazados que obtuvieron una rápida progresión de centenares de kilómetros. Contra la nueva falange blindada, el ejército soviético, que no disponía aún de los suficientes medios de fuego, fue impotente hasta que el alud alemán llegó a Stalingrado, donde el invierno, junto a los enormes bloques de hormigón, restos de las fábricas bombardeadas por los stukas, constituyeron un obstáculo infranqueable para los carros acorazados. El sistema tanque-stuka dejó de rendir los resultados anteriores, justo cuando los ejércitos alemanes comenzaban a estar exhaustos.

La línea de fuego en el frente ruso tenía, en mayo de 1943, un desarrollo de más de 2.000 kilómetros y para cubrir ese enorme teatro de guerra Hitler sólo disponía de 200 divisiones, algunas incompletas, y para apoyarlas, la Luftwaffe contaba tan sólo con 500 cazas y 1.200 bombarderos, cantidad netamente insuficiente para preservar a las tropas del Reich del ataque de los stormoviks rusos, e incapaz de garantizar la preparación, dentro de plazos aceptables, de los ataques o contraataques alemanes. En breve, la Wehrrnacht, con sus efectivos diezmados y su rala aviación, se encontró en las condiciones que había conocido el ejército francés en junio de 1940.

Los rusos, reactivada ya su industria armamentística, disponían de impresionantes contingentes humanos; de hecho, las ofensivas rusas se efectuarán bajo el signo de la superioridad numérica de los efectivos en una relación de dos a uno en el conjunto de un teatro de operaciones, y tres ó cuatro a uno en los frentes de ataque.

También disponían de magníficos blindados, así como de una buena aviación de caza y de las más poderosas masas artilleras de la historia con las que batir a los tanques alemanes. En la ofensiva contra el saliente de Orel en julio de 1943, los rusos lograron una densidad de 130 a 150 cañones por kilómetro en un frente de ataque de 80 kilómetros. Y cuando los soviéticos lleguen a Berlín pudieron colocar en batería más de 25.000 cañones, 610 piezas por kilómetro.

La superioridad del número había cambiado de campo y, a partir de julio de 1943, la iniciativa de las operaciones pasó por completo a manos del Ejército Rojo. Las breves reacciones alemanas se aplicarán a frentes cada vez más limitados. La más importante, la de Kurks, sólo se pudo extender sobre un frente de 400 kilómetros en el que se enfrentaron, en la mayor batalla de tanques de la guerra, más 6.000 vehículos acorazados. El fracaso de esta operación fijó a las grandes unidades alemanas y obligó a la Wehrmacht a pasar a la defensiva, comenzando una retirada sistemática ante el empuje ruso con objeto de combatir con los tanques enemigos fuera del terrible radio de acción de las masas artilleras del Ejército Rojo. Al desgastado ejército alemán le resultaba imposible resistir a un enemigo cada vez más numeroso y mejor equipado. De hecho, en el Vístula y el Oder los rusos acabaron avanzando a la velocidad de sus motores.

Invertido ya el signo de la contienda, la otra gran novedad estratégica, desplegada en este caso por los aliados, será el planning y ejecución de complejas operaciones anfibias, en algunos casos intercontinentales. En este tipo de estrategia la sorpresa y la velocidad dejan paso a la logística y a un largo y minucioso montaje de la operación. El planning del desembarco aliado en el norte de África (noviembre de 1942) o en Sicilia (julio de 1943), donde se recurrió incluso a la colaboración de la mafia, y sin duda el más complejo de todos en las costas de Normandía (junio de 1944) evidencian la gran cantidad de factores de distinta naturaleza que deben barajar ahora los Estados Mayores.

Estas operaciones de desembarco o de otro tipo, como las intervenciones de la aviación estratégica, constituyen ejemplos de esa otra característica de la Segunda Guerra Mundial, que supondrá una

de las grandes innovaciones de la guerra industrial y tecnológica. La guerra se había convertido en una empresa común que precisaba, al más alto nivel, de planes a escala incluso intercontinental. Estos planes preveían operaciones combinadas de una amplitud hasta entonces desconocida en la historia de los conflictos.

El gigantesco planning de estas operaciones requería de Estados Mayores enormes que se plantearan todos los aspectos: estratégicos, tácticos, económicos, financieros, políticos y sociales. En ellos trabajan militares y técnicos de toda clase, economistas, juristas e incluso psicólogos, realizando una inmensa labor de planteamiento y de retoque que, en el oportuno momento, desencadenaría la operación.

En el dominio de las operaciones anfibias la técnica fue elaborada y perfeccionada por los americanos y tuvo su inicio en el curso de la guerra en el Pacífico, donde la marina reapareció como una pieza fundamental.

La mundialización del conflicto obligó tanto a la marina mercante como de guerra a desempeñar un importante papel en las rutas de aprovisionamiento y en el control de las mismas. Desde el inicio de la Primera Guerra Mundial se había venido experimentando un declive de los grandes acorazados en el combate naval. De hecho, en el conflicto de 1914 a 1918 sólo se produjo un gran encuentro entre la poderosa marina británica y la flota alemana en Jutlandia (junio de 1916), con un resultado incierto y nada decisivo en la contienda. En ese sentido, los grandes buques artillados comenzaron a dejar paso a dos nuevos tipos de naves más operativas y eficaces: el submarino y el portaviones.

El submarino fue un arma especialmente utilizada por los alemanes para conseguir el bloqueo económico del Reino Unido. En 1917, este tipo de naves empezó a dominar los mares y su eficacia hizo que Gran Bretaña, una potencia naval muy superior, estuviese al borde de la derrota por hambre. A pesar de todo, al llegar la paz, el submarino quedó un tanto olvidado y la posibilidad de que pudiese volver a erigirse en una amenaza fue descartada por la gran mayoría de los almirantazgos, que se aferraban al espejismo de que las grandes unidades de superficie seguían siendo dueñas de los mares.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial ni siquiera Alemania tenía algo más que un puñado de submarinos. En 1939 sólo poseía 57 «U-Boote». Pero éstos fueron, muy pronto, un factor importante cuando aumentó su número. Aunque es necesario admitir que no tuvieron nunca el peso de la guerra precedente. En 1943, el creciente empleo de submarinos no podía ya seguir el ritmo de los astilleros aliados y de la mejora en los mecanismos de defensa, así de un total de 1.200 submarinos alemanes al finalizar la guerra más de la mitad habían sido hundidos.

Si el submarino fue el arma naval alemana, el portaviones será el tipo de nave preferido por los americanos, ya que en su lucha contra Japón, a falta de bases terrestres en número suficiente, la marina americana se vio obligada al empleo masivo del portaaviones. Durante la Primera guerra Mundial ya se había improvisado el lanzamiento de aviones desde barcos especialmente adaptados, pero no existían verdaderos portaaviones. En 1939, las principales potencias navales disponían de algunos portaaviones: Gran Bretaña tenía 11, Estados Unidos 6 y Japón 7. Estos buques, que servían de campo de aterrizaje en el mar, tenían estructura de isla, con la chimenea, el puente y otros centros de control situados a un lado para dejar libre una cubierta de vuelo. Esta cubierta tenía que ser forzosamente corta —hasta 300 m— y el aterrizaje de los aviones se ralentizaba por medio de cables tensados que se estiraban desde la cubierta. Los pilotos, guiados por el radar, la radio y las señales manuales, debían poseer una gran destreza para aterrizar.

Estos buques se desplazaban a la elevada velocidad de 30 nudos o más, pero resultaba muy difícil protegerlos de los ataques enemigos mientras los aviones estaban despegando o aterrizando; por este motivo, llevaban consigo baterías de cañones antiaéreos e iban escoltados por cruceros de batalla.

La trascendencia del portaaviones se puso de manifiesto en la guerra del Pacífico, donde la superioridad industrial estadounidense se impuso en la fabricación de este tipo de naves sobre Japón. El almirante japonés Yamamoto había diseñado un plan estratégico marítimo para la conquista de las tierras del océano Pacífico, pero tal

plan, que exigía una superioridad naval y aérea formidable, fue adoptado demasiado tarde. De hecho, el gran encuentro naval, decisivo en la marcha de la guerra contra Japón, fue protagonizado por portaviones. La batalla de Midway (junio 1942) señala la cresta máxima de la expansión japonesa en el Pacífico y, aunque inicialmente no se apreció con claridad, a partir de esa batalla Japón ya no volvió a llevar la iniciativa. Sus pérdidas de aviadores fueron mucho mayores que las de los americanos y fue prácticamente imposible reemplazar a aquellos pilotos. Tampoco sus astilleros pudieron restituir jamás los portaaviones perdidos, mientras que de los estadounidenses salían portaaviones casi en serie.

En la moderna guerra total se iba a evidenciar que la superioridad económica e industrial resultaba a la larga determinante. El resto de factores se plegaban finalmente ante la capacidad productiva de los contendientes. En ese sentido, la derrota de las potencias del eje se debió en gran medida a que no fueron capaces de movilizar y producir tanto como los aliados.

Cuando se inició el conflicto, paradójicamente, la economía alemana y su industria militar no estaban preparadas para una guerra total. Pero el rápido éxito de sus ejércitos en los años 1939 a 1941 contribuyó a disimular estas debilidades, lo que se tradujo a la larga en un grave problema. La industria de guerra, que debería haber sido organizada para hacer frente a un conflicto de mayor duración, acumulaba en el inicio de la contienda, según algunos expertos, un retraso de al menos cuatro años.

Se supuso que la concentración de la producción sobre algunos sectores bélicos, como la aviación y los carros de combate, debía asegurar la destrucción de las fuerzas enemigas, sin tener que acometer una remodelación completa del aparato económico. Sus primeras victorias afianzaron esas ilusiones y, al menos en dos momentos, en el verano de 1940, después de la derrota de Francia, y en el otoño de 1941, tras los primeros éxitos en la Unión Soviética, se ordenaron importantes reducciones en la fabricación de guerra. De hecho, después de las primeras victorias, la producción de armas descendió en 1941 por debajo del nivel de 1940. Durante el año

1941 la fabricación de municiones se redujo en un 38% en las de infantería y un 67% para la artillería.

A la precipitación agresiva de Hitler por entablar las hostilidades, se sumaban otros males. Uno de los principales fue el intento de conjugar guerra total e industrias de consumo. Una economía «militarizada» suponía una profunda transformación de la estructura productiva en detrimento de las industrias de consumo, que tendrían que haber sido ampliamente reducidas. Sin embargo, a comienzos de 1942, la producción de las industrias de consumo sólo había disminuido en un 3%. El general Thomas decía en sus discursos que no se podía «vencer a Inglaterra con aparatos de radio, aspiradoras y hornillos». Pero esa reorientación suponía una centralización de las decisiones y un control estricto de las industrias civiles, y ése era el segundo gran problema al que se enfrentaba el Reich.

Hasta el año 1942 la producción de guerra adoleció de una eficaz organización. Distintos jerarcas nazis administraban determinadas parcelas sin apenas coordinación. El giro de la economía alemana no se produjo hasta enero de 1942, cuando el arquitecto Albert Speer, uno de los allegados a Hitler, ajeno a los grupos de intereses que se enfrentaban por el control de la economía, fue nombrado ministro de la industria de armamento. Excelente organizador se rodeó de colaboradores jóvenes y activos, dentro de un espíritu poco burocrático, aunque no pudo imponerse realmente hasta 1943. El trabajo desarrollado por Speer supuso que la fabricación de armas, aviones y municiones se multiplicara por tres y la de carros por seis. En 1944, una racionalización del número de modelos de aviones permitió aumentar la producción de aparatos a pesar de los bombardeos aliados.

No obstante, la reorganización no fue tan profunda como las circunstancias habrían requerido. Esto se pudo apreciar en la lucha por el control de la mano de obra que enfrentó a Speer con Sauckel. Este último era el ministro encargado de la mano de obra, y no admitía las medidas radicales solicitadas por Speer respecto al trabajo de las mujeres o en lo relativo a la reducción de las industrias de consumo. En estas cuestiones detectamos el tercer gran problema que obstaculizó una producción eficaz.

La ideología nazi no sólo era respetuosa con los intereses de la industria privada y reacia a la militarización total, sino que también estaba sometida a los prejuicios de su propia doctrina. Mientras que en el caso británico la mujer se incorporó masivamente al esfuerzo de guerra supliendo a los combatientes en la cadena productiva, al punto de que una mujer soltera y sin cargas familiares estaba obligada a trabajar so pena de ir a la cárcel, la mujer alemana estaba destinada por los nazis al ámbito de los niños, la iglesia y la cocina (*Kinder, Kirche, Küche*). Así, cuando se propuso movilizar a tres millones de mujeres entre los diecisiete y los cuarenta y cinco años, sólo algo más de 900.000 se incorporaron de hecho al trabajo.

La movilización de la mano de obra femenina provocó también enfrentamientos de clase. Dado que las mujeres que trabajaban por necesidad económica estaban ya en las fábricas, los decretos de movilización llevaron a ellas a gran cantidad de mujeres de clase media, con lo que se produjeron insistentes quejas en el sentido de que las más acomodadas eludían sus obligaciones y de que los empresarios concedían a las nuevas trabajadoras privilegios que habían negado a sus compañeras más antiguas y socialmente inferiores. Así, de las mujeres reclutadas, nueve de cada diez solicitaron puestos en oficinas, pero descubrieron que habían sido acaparados por las esposas de los funcionarios nazis.

El caso soviético es totalmente distinto al alemán ya que, a pesar de no estar preparada para la guerra y de haber sufrido un descalabro de enorme magnitud en los primeros meses de la contienda, la reacción de la URSS fue fulgurante y total.

En 1941, la ocupación de los territorios occidentales de Rusia por los alemanes suponía la perdida de casi el 40% de la población total y alrededor del 50% del potencial industrial del país, ya que estos territorios aportaban el 63% del carbón, el 68% del hierro, el 58% del acero, y el 60% del aluminio de antes del conflicto. A estas pérdidas sufridas en 1941 hubo que añadir las experimentadas en 1942 por la nueva ofensiva nazi que se extendió hacía el Volga.

Frente al avance enemigo, los soviéticos no dudaron en realizar lo que se puede calificar como la más gigantesca maniobra de tras-

lado de fuerzas productivas (maquinaria y mano de obra) de la historia. En el curso de julio a noviembre de 1941 fueron evacuadas e instaladas en los Urales, Siberia, la región del Volga y el Kazajstán 1.523 empresas, entre ellas 1.360 grandes fábricas con que contaba la zona europea del país. Eso supuso que en poco más de cinco meses se movilizaron por ferrocarril en 1.500.000 vagones, todas las instalaciones evacuadas, a menudo en plena batalla y bajo bombardeos aéreos. Esta operación sin precedentes se pudo llevar a término gracias a una economía planificada y estatalizada.

La evacuación de la industria hacia el este comenzó a los pocos días de la invasión nazi, no solamente partiendo de los centros industriales inmediatamente amenazados, sino desde otros que no lo estaban tanto. Se pretendía su instalación en una retaguardia bien distante, donde quedaran fuera del radio de acción de la Luftwaffe. Con estas industrias viajaron centenares de miles de técnicos y de obreros que fueron también trasladados desde occidente a oriente, desde las regiones invadidas a las de los Urales e incluso más lejos.

El desplazamiento de las empresas de la industria pesada fue una tarea muy complicada, pues se trataba de enormes complejos metalúrgicos como Zaporozhstal y Dnieprospetsstal, la fábrica Kirov de Leningrado, las de Izhora, Novokramatorski y Mariúpol y las centrales eléctricas Zúevka y Shtérovka. En unas condiciones extraordinariamente difíciles, fue preciso desmontar cada fábrica, cargar sus instalaciones en el ferrocarril, transportarlas y ponerlas en servicio con la mayor rapidez posible en los nuevos emplazamientos. Con frecuencia, las fábricas tuvieron que empezar su segunda vida en parajes completamente despoblados, en la taiga, junto a cualquier perdido apeadero ferroviario. No obstante, el levantamiento de las nuevas naves, el montaje de la maquinaria y el comienzo de la producción casi fueron simultáneos. La principal fábrica de aviones del país, evacuada a la región del Volga, construyó el primer avión de caza catorce días después de la llegada del último tren con equipo industrial, y las máquinas empezaron a funcionar cuando todavía no tenían techo las naves de la empresa.

Menos éxito tuvieron los planes de traslado con ciertas fábricas del Donbass, que fue ocupado por los alemanes más pronto de lo

que se esperaba y, en consecuencia, tuvo que aplicarse con intensidad en esa zona la política, recomendada por Stalin, de «tierra quemada». De manera similar, la gran presa sobre el río Dnieper fue demolida parcialmente por los rusos en retirada. Sea como fuere, en conjunto el plan salió bien. Sin embargo, a finales de 1941 todavía no se satisfacían las crecientes necesidades del Ejército Rojo en armamento y material de guerra.

Otro arduo problema en esta operación fue asegurar mano de obra a la industria. Muchos obreros se habían incorporado al ejército y, aunque con las empresas había sido trasladado del 30 al 40% de los trabajadores, se hizo sentir la insuficiencia de especialistas y de montadores cualificados. Por este motivo se llevó a cabo una intensa labor para formar cuadros para la industria y enseñarles nuevas profesiones. Aunque la mujer ya se hallaba incorporada en un porcentaje mayor que en ningún otro país a la economía productiva en tareas tradicionalmente masculinas, la guerra amplió su intervención en los sectores más diversos, así en 1943 el 40% del censo obrero metalúrgico estaba compuesto por mujeres.

En el caso de la URSS también se introdujeron importantes cambios en el presupuesto del Estado. Se elevaron las asignaciones para las necesidades bélicas y disminuyeron las dedicadas al desarrollo de las ramas civiles de la economía y a las atenciones culturales y sociales. Durante la guerra, por decreto del 26 de junio de 1941 del Presidium del Soviet Supremo de la URSS fue alargada la jornada laboral y se suprimieron las vacaciones anuales. Al mismo tiempo, se decidió la conversión de buena parte de las industrias de consumo en industrias bélicas. Por ejemplo, la fábrica Gorki de automóviles, una de las más importantes del país, pasó a producir exclusivamente motores para tanques.

Todas estas medidas dieron como resultado que en 1943, la industria de aviación soviética fabricara alrededor de 35.000 aviones, o sea, el 37,4% más que en 1942 y 9.700 aviones más que la industria de Alemania. En el mismo año se fabricaron 24.000 tanques y cañones automotrices, mientras que la industria alemana rindió en los años de 1942 y 1943 nada más que 18.200 carros de combate. Así

mismo se produjeron 130.000 piezas de artillería de todos los tipos y se triplicó la producción de municiones en comparación con 1941.

El único país que pudo conjugar la política económica de «cañones más mantequilla» fue Estados Unidos, que era ya en 1939 una de las mayores potencias industriales del mundo. La producción estadounidense experimentó su gran expansión desde 1941 hasta 1944, y resultó decisiva para la victoria aliada. Desde el inicio del conflicto se constató que los aliados no eran capaces de producir suficiente material bélico por sí mismos, por lo que comenzaron a llover los pedidos a Estados Unidos y con ellos la economía estadounidense experimentó un enorme crecimiento antes incluso de entrar en la guerra. Cuando Francia cayó en manos de los alemanes en 1940, el Gobierno estadounidense se apresuró a poner en marcha su propio rearme, e instó a las fábricas del país a acelerar su producción.

En septiembre de 1940, Estados Unidos ofreció entregar 50 destructores a Gran Bretaña a cambio del alquiler a largo plazo de las bases británicas del Caribe. Estas negociaciones fueron las precursoras del procedimiento de «préstamo y arriendo», sugerido al presidente Franklin D. Roosevelt por el primer ministro británico Winston Churchill y aprobado por el Congreso estadounidense en marzo de 1941. Según la citada ley, se concedía al presidente de Estados Unidos poderes para prestar, arrendar o transferir equipo militar a cualquier nación, cuando él juzgara que la seguridad de esa nación redundaría en beneficio de Estados Unidos.

El presidente justificó esta ley ante el pueblo diciendo que era como «dejarle la manguera a un vecino para que apagara un incendio». La realidad era que el presidente quería convertir a su propio país en el «arsenal de la democracia», y ayudar al Reino Unido, incapaz de pagar las enormes cantidades de material que necesitaba con urgencia para combatir contra Alemania. Al término de la guerra las fuerzas aliadas habían recibido ayuda mediante el procedimiento de «préstamo y arriendo» por valor de más de 50.000 millones de dólares. La liquidación de estas cuentas continuaría haciéndose en etapas sucesivas hasta el año 1972.

Pero en el caso estadounidense la libre empresa marcó sus ritmos en el crecimiento de la industria bélica. El desarrollo de la economía de guerra dependía en primer término de la disposición de las grandes corporaciones a convertir sus empresas a la producción de guerra y en la práctica esto significaba que los industriales esperaban una gran afluencia de capitales gubernamentales para transformar su producción. Ejemplo de esta actitud fue la industria del automóvil, sin cuya participación no era posible poner en marcha una amplia producción armamentística. Las grandes marcas automovilísticas sólo aceptaron la reconversión cuando el tesoro federal añadió a la capacidad productiva valores por 1.100 millones de dólares (en 1941 el valor total de la industria del automóvil se calculaba en 3.000 millones de dólares). La producción de vehículos para el consumo sólo fue interrumpida en febrero de 1942, cuando los pedidos militares a la industria alcanzaron los 14.000 millones de dólares. Fue entonces cuando los empresarios se dieron cuenta que la guerra podía ser también un buen negocio

No obstante el 72% de las nuevas inversiones de capital en la industria y el trasporte las hizo el gobierno. Por ejemplo, de 3.800 millones de dólares colocados en la industria de aviación, un 89% correspondió al tesoro federal. La parte del capital privado creció fundamentalmente en las ramas de actividad en las que era posible volver sin excesivo costo a la producción de tiempos normales: la industria química, la del carbón, la alimentación, etc. Sin embargo, el proceso de ajuste a una economía de guerra se culminó en algo más de una año. Al terminar 1942 ya un 40% de la producción nacional trabajaba para la guerra, en comparación con el 1,5 de 1939 y el 1,9 de 1941.

Entre el ingente material de guerra necesario dos elementos eran particularmente importantes para EE UU: los aviones y los barcos, tanto de guerra como de transporte. Durante todo el año 1939, la industria aeronáutica norteamericana con fines militares sólo había podido producir unos 2.000 aviones. A lo largo de la guerra se fabricaron en EE. UU. 299.300 aviones (de ellos cerca de 200.000 eran de combate). Sólo en el año 1944, salieron de sus fábricas 96.356 aparatos.

En 1940, la producción de navíos comerciales apenas había sobrepasado las 600.000 toneladas. En 1944, la cifra fue de 16 millones. Durante el mismo período, el tonelaje de la flota de guerra pasó de 1.825.000 a 5.000.000 de toneladas. Antes de entrar en la guerra se había empezado a construir para ayudar a Inglaterra un tipo de buque mercante de bajo costo y rápido montaje. El primero de estos navíos llamados genéricamente *Liberty* fue botado en septiembre de 1941, y otros 139 se construyeron sólo en aquel año. Cada 14 días se podía botar uno de estos buques y a lo largo de la guerra se llegaron a producir 2.770. Desde 1942 se hizo posible la construcción de un destructor en cinco meses en lugar de en un año, y de un gran transporte en quince meses en vez de en treinta y dos.

Para la guerra anfibia se construyeron una nueva línea de naves «letradas», diseñadas especialmente para este tipo de lucha: el LSD (*Landing Ship, Dock*), que llevaba consigo un equipo de desembarco; el LST (*Landing Ship, Tank*), garaje flotante de dos puentes que se convirtió en caballo de batalla de la flota y el LCI (*Landing Craft, Infantry*) para llevar a los soldados directamente hasta la playa. También se produjeron 86.700 tanques, 320.000 piezas de artillería, y 4.200.000 toneladas de municiones. La producción de guerra no tuvo parangón ya que el incremento semestral de la misma era del 15%, en comparación con el 7% de 1914-18.

Las repercusiones sociales fueron impresionantes. En 1939 había 10.000.000 de desempleados en Estados Unidos; de esa cifra, cuando estalló la guerra, 7.000.000 pasaron a trabajar en las fábricas y los 3.000.000 restantes se enrolaron en las Fuerzas Armadas. La guerra acabó definitivamente con los efectos de la crisis del 29 y de la Gran Depresión. Más de 6.000.000 de personas se trasladaron a las ciudades para emplearse en las fábricas ya que los sueldos subieron en un 30% de media, y 4.500.000 de mujeres se sumaron a los 12.000.000 que ya trabajaban, llegando a representar el 36% de la mano de obra. Gracias al incremento en la producción, los ciudadanos estadounidenses pudieron disfrutar del mayor nivel de vida hasta entonces conocido.

Durante la expansión que tuvo lugar entre 1941 y 1944, el gasto de los consumidores se elevó en un 12%; y el consumo aumentó un

50%. Además, la guerra operó un efecto redistribuidor en las rentas. Al iniciarse el conflicto el 1% más rico de la población disfrutaba del 22% de la renta nacional, al terminar la contienda sólo disponía ya del 12%. El número de familias cuya renta anual era inferior a los 2.000 dólares bajó del 75% al 25%. Esa tendencia redistribuidora se mantuvo en la economía americana hasta la guerra del Vietnam con la que se volvió a invertir a favor de los más poderosos.

El punto máximo en la producción de guerra en Estados Unidos se alcanzó en 1944, el mismo año en el que lo lograba también Alemania bajo las directrices de Speer. Con todo, la carrera armamentista de Alemania ya no podía competir con la producción de sus enemigos, pese a que todavía contaba con 6.000.000 de trabajadores extranjeros. A finales de 1942 y principios de 1943, los reveses militares para el Reich habían adquirido dimensiones catastróficas. Stalingrado (casi 200.000 bajas) significó un viraje definitivo de la situación en Rusia. Tras la capitulación en África (250.000 prisioneros), la intervención aliada en Italia sacó a este país del pacto con Hitler, agravando aún más la situación.

En Casablanca, Churchill y Roosevelt trazaron ya en enero de 1943 los planes para una invasión de Francia, con la exigencia de una capitulación incondicional de Alemania que excluía la posibilidad de cualquier tipo particular de paz, aunque también brindaba magníficos argumentos a Goebbels y su propaganda para resistir a toda costa.

También Japón hubo de encajar sensibles derrotas, y ya no podía dudarse del desenlace de la guerra. En las conferencias de Teherán (diciembre de 1943) y Yalta (febrero de 1945) se decidió el destino de la Europa posterior a Hitler y se selló el resultado definitivo de la guerra.

La batalla: El desembarco en Normandía

«Overlord», nombre cifrado de la invasión aliada de Normandía que se inició desde Gran Bretaña el 6 de junio de 1944, resume muchas de las características de las grandes operaciones bélicas del siglo XX. La toma de decisiones al más alto nivel político, la acción combinada de las tres armas, la minuciosa preparación por un complejo Estado Mayor, la enorme envergadura de la operación, la suma importancia de la logística, así como de la información y contrainformación, y la relevancia del poderío económico en el resultado final, son rasgos propios de las grandes contiendas de la centuria.

La victoria aliada en general, y el resultado del desembarco en particular, dependieron desde el primer momento de los números. Quedaba claro de antemano que si los aliados podían conquistar una cabeza de puente, con la suficiente anchura y profundidad para organizar su fuerza al otro lado del Canal, era evidente que sus recursos totales serían mucho mayores que los del enemigo, de forma que los platillos de la balanza se inclinaran hacia una victoria, más pronto o más tarde.

Los dirigentes, los soldados y la opinión pública de ambos bandos esperaban la gran invasión que se creía iba a tener lugar en 1944. En un principio, británicos y estadounidenses se habían comprometido a efectuar un desembarco en la costa del canal en el mes de mayo, que iría acompañado, o seguido después, de otro en la costa mediterránea de Francia. A principios de abril, británicos y americanos habían comunicado a la Unión Soviética que la invasión empezaría el 31 de mayo o en alguna fecha cercana que el tiempo determinaría con exactitud. El mantenimiento de la presión soviética en el este era un requisito previo para cualquier desembarco en el oeste, y se esperaba que la prometida ofensiva rusa de verano impidiera a los germanos trasladar grandes unidades del frente del este al oeste una vez empezara la batalla... y, efectivamente, así sucedió.

El Estado Mayor aliado (COSSAC), que se encontraba a las órdenes del general Morgan, llevaba meses recogiendo información detallada y diseñando planes que proporcionarían la base para toda

la labor que se hiciera después. Eisenhower había sido nombrado comandante supremo y Montgomery dirigiría las fuerzas de tierra en el asalto, a la vez que el almirante Ramsay y el mariscal del aire sir Trafford Leigh-Mallory mandarían los contingentes naval y aéreo respectivamente.

El 1 de enero de 1944, Montgomery partió de Italia hacia Inglaterra, pero interrumpió su viaje en Marrakesh, donde Churchill estaba convaleciente, para mostrarle un bosquejo del plan «COSSAC», preparado por el general Morgan. Normandía era el único lugar de la costa de Francia donde los aliados podían desembarcar un gran contingente de hombres y material, y se sugería lanzar la invasión en la bahía del Sena, entre Gran Camp y Caen, con un Cuerpo de tres divisiones que al quinto día pudieran elevarse a nueve. Luego de su llegada a Inglaterra, Montgomery consideró en detalle dicho plan, llegando a la conclusión de que el frente era demasiado estrecho y las fuerzas de asalto muy débiles. En una conferencia con Ramsay y Leigh-Mallory se decidió que el asalto tuviese lugar en un frente más amplio con dos ejércitos: el Primer Ejército norteamericano a la derecha, con dos divisiones en la primera oleada, y el Segundo Ejército británico a la izquierda, con tres divisiones. El 21 de enero, Eisenhower aceptó el plan revisado.

Las fuerzas de desembarco aliadas tenían que ser lo bastante numerosas y potentes como para establecer una buena cabeza de playa pese a una resistencia que, sin duda, sería enérgica. En razón de esta exigencia, las fuerzas de asalto se habían incrementado de tres a cinco divisiones, a las que apoyarían tres divisiones aerotransportadas en lugar de una o dos como se había previsto al principio. Como este aumento de efectivos exigía contar con más barcos se aplazó la invasión de mayo a junio. La escasez de unidades de desembarco no era culpa de la producción, sino de la asignación, porque el 1 de mayo el almirante King, comandante en jefe de la flota estadounidense, tenía a su disposición el grueso de las unidades de desembarco; pero como estaba en el Pacífico y no en Europa, sólo transfirió una pequeña fracción de aquéllas como parte proporcional norteamericana a la «Overlord».

Al otro lado del canal, Eisenhower se enfrentaría al mariscal alemán Von Rundstedt, quien en marzo de 1942 había sido nombrado comandante en jefe del sector occidental, que incluía Francia, Bélgica y Holanda. Los alemanes disponían en total de 48 divisiones, de las que 38 se hallaban en la costa y 10 algo más atrás. De estas últimas, cinco estaban entre el Escalda y el Somme, dos entre el Somme y el Sena, y tres en Normandía.

La línea defensiva llamada por los alemanes «Muralla del Atlántico», que bordeaba las costas de Holanda, Bélgica y Francia, había sido levantada por la Organización Todt, y en 1943, exceptuando las defensas portuarias y la sección del paso de Calais, consistía en poco más que atrincheramientos. Sin embargo, en noviembre de 1943, cuando Rommel se hizo cargo del mando del grupo de Ejércitos B, recibió instrucciones para inspeccionar las defensas costeras independientemente de Rundstedt. Esto permitió al brillante general centrar la atención en la franja de Normandía, quizá porque Hitler era uno de los pocos convencidos de que el desembarco se efectuaría allí. El resultado fue que las defensas costeras de la bahía del Sena fueron considerablemente reforzadas.

Soldados y obreros de la Organización Todt se dedicaron a sembrar las posibles playas del desembarco de mortíferas minas Teller, en forma de plato, capaces de inmovilizar un carro pesado. Más de cinco millones de minas Schub fueron enterradas, y Rommel esperaba, antes del desembarco, tener tiempo para colocar hasta seis millones.

También se añadieron obras de cemento y alambradas, así como obstáculos antitanques en las playas y bajo el agua. Extensas zonas fueron inundadas en los terrenos pantanosos contiguos al estuario del Carentan. Y se construyeron bunkers hábilmente camuflados. Sin embargo, muchos de estos fortines no estaban aún terminados en el momento de la batalla. La escasez de materias primas se empezaba a notar y los cañones que debían albergar las casamatas mostraban esas carencias. Por ejemplo, en la zona de la playa que los aliados bautizarían con el nombre de Omaha se disponían cañones de 92 modelos diferentes que tenían que ser aprovisionados con 252

tipos de municiones distintas, de las que 47 habían dejado de fabricarse. Lo mismo sucedía con el transporte de tropas que dependía de la tracción animal o de un heteróclito parque móvil. Por ejemplo, el sexto regimiento de granaderos, en el momento del desembarco, tuvo que marchar a pie al combate. Esta unidad compuesta por 3.457 hombres, sólo tenía a su disposición setenta camiones que eran de cincuenta marcas distintas.

También, las tropas destacadas en ese sector, consideradas en su conjunto, eran de calidad mediocre. Es cierto que entre las fuerzas disponibles en el oeste había algunas excelentes divisiones blindadas y de infantería, pero una gran proporción de las unidades presentaban deficiencias. La edad media estaba por encima de los cuarenta años. Los mutilados leves, los congelados, los enfermos menos graves, habían sido asignados al frente occidental. Incluso había una división entera de infantería compuesta por dispépticos a los que se tenía que suministrar alimentación especial. Además, en el otoño de 1943 los alemanes habían trasladado al oeste las *Osttruppen*, unidades formadas por prisioneros de guerra soviéticos, cuyo entusiasmo por combatir era dudoso. Se daban casos aún más raros como el de Legión India, reclutada entre los prisioneros hechos en el norte de África e Italia, que formaba parte del Ejército Nacional Indio del independentista Bose.

La Muralla del Atlántico era en realidad, como la definió el mariscal Von Rundstedt, un enorme bluff utilizado por la propaganda nazi de cara al pueblo alemán.

Por otra parte, la cuestión sobre la disposición de los efectivos produjo una discusión académica en el mando alemán. Rommel opinaba que había que aplastar rápidamente a las tropas de desembarco en las mismas playas, por eso quería que las divisiones acorazadas estuvieran apostadas cerca de la costa, ya que sabía que su movilidad sería limitada dada la superioridad aérea aliada. Por el contrario, siguiendo un planteamiento clásico, el general Geyr pensaba que debían permanecer alejadas y emplearse contra la cabeza de playa cuando se viera claramente dónde había tenido lugar el desembarco principal. Rundstedt intentó encontrar una fórmula

que satisficiera a todos, pero el verdadero efecto de las disputas fue la separación de las divisiones acorazadas y la evidencia de una falta de unidad en el mando.

Los aliados poco conocedores de estas debilidades y sobrevalorando el mastodóntico complejo de obras defensivas de la Muralla atlántica, que había absorbido 13.000.000 metros cúbicos de hormigón, ideaban nuevos recursos para superarlo. Montgomery había decidido que el primer asalto fuera llevado a cabo por tanques por lo que se necesitaba un tipo de carro acorazado anfibio. El hombre que lo suministró fue el mayor general Hobart. Sus tanques «DD», provistos de un faldón neumático, podían propulsarse a sí mismos a través del agua, así como en tierra. Hobart, también ideó un tanque-mayal que llevaba una especie de pala rotatoria en un bastidor situado ante sus propias orugas para hacer detonar las minas terrestres; e ideó otro que podía tender una sólida alfombra para proporcionarle tracción sobre arena blanda o barro.

Los alemanes contaban con impedir que los aliados tomaran algún puerto de relevancia, y creían que sin un puerto que sirviera para desembarcar pertrechos y refuerzos sería factible destruir cualquier cabeza de playa. Pero los aliados, en vez de asaltar un puerto muy defendido, se habían propuesto desembarcar en las playas, y llevar consigo sus propios puertos hasta poderse apoderar de uno en tierra firme. Con ese fin, se construyeron en Inglaterra enormes segmentos de rompeolas de cemento que debían ser remolcados hasta la otra orilla del canal y hundidos en la costa francesa al llegar al sitio elegido —junto con gran número de barcos viejos— con la finalidad de construir dos puertos artificiales, los llamados *mulberries*, uno para las fuerzas británicas y canadienses, y otro para las estadounidenses. Así mismo, los aliados solventaron el problema relativo al abastecimiento de combustible construyendo un oleoducto (*Pluto*) que se tendería bajo el mar para abastecer de gasolina la cabeza de playa.

La confianza en el triunfo se basaba en impedir que los alemanes pudieran mandar suficientes refuerzos al punto donde se hubiera efectuado el desembarco. Por eso los ataques sistemáticos contra

el sistema de transportes en Francia eran necesarios para alcanzar dicho objetivo. Así se puso en marcha un plan de bombardeos que consistía no tan sólo en aislar la zona de desembarco aliada, sino también toda la zona avanzada de operaciones entre el Sena y el Loira, destrozando las vías y los puentes sobre dichos ríos. Esto dificultaría al enemigo el traslado de tropas del sur de Francia hacia el Norte del Loira. En el ataque a los ferrocarriles franceses el objetivo primordial fueron los depósitos de locomotoras. Ochenta de estos «centros nerviosos» quedaron seleccionados y, el día del desembarco, más de 50 habían sufrido considerables daños. Así mismo, era imposible suministrar carbón belga a los trenes y en la región norte, de 2.000 locomotoras, 1.500 estaban inmovilizadas. También de los 24 puentes ferroviarios y de carretera que cruzaban el Sena, entre París y el mar, 18 estaban destruidos.

Durante los tres meses anteriores a la invasión, se arrojaron 66.000 toneladas de bombas, en ataques preparatorios sobre las defensas costeras enemigas, las estaciones de radar y los aeródromos. La víspera del operativo, diez baterías extremadamente pesadas con visor de radar que se hallaban en la costa de Normandía quedaron deshechas.

Otra de las premisas básicas para el triunfo era la sorpresa. Un elaborado plan de enmascaramiento y engaños se llevó a cabo con el fin de cubrir las operaciones tácticas. Su propósito era confundir al enemigo acerca de la fecha del ataque, y hacerle creer que se realizaría en la zona del Paso de Calais. Para ello, por cada misión aérea efectuada sobre Normandía se llevaron a cabo dos en el Paso de Calais, y por cada tonelada de bombas lanzadas al oeste de El Havre, se lanzaron dos al norte del mismo. Además se reunieron en los puertos del sudeste de Inglaterra numerosos navíos de desembarco fingidos. Se tendieron también, en Sussex y Kent, carreteras y vías férreas, y se levantaron apartaderos, todos ellos irreales. Se crearon toda una serie de divisiones y cuerpos de ejército imaginarios, y se utilizaron tanques y aviones hinchables para confundir a los alemanes. Dentro de este plan de desinformación, denominado «Fortitude», se decidió que, aunque el Cuartel General de

Montgomery estaba en Portsmouth, su emisora de radio se instalara a unas cien millas al Este, en Kent.

La eficacia del engaño se vio reforzada por el hecho de que los británicos habían capturado a todos los espías alemanes que actuaban en el Reino Unido y, si no los habían ejecutado, les habían «dado la vuelta» poniéndolos a su servicio, por lo que los germanos recibieron una corriente de información errónea. Gracias a que anteriormente habían descifrado el código en clave alemán: «Enigma», los aliados pudieron comprobar siempre la eficacia del engaño. Por otra parte, para esta fase de la guerra la superioridad aérea aliada había hecho imposible que la Luftwaffe llevara a cabo vuelos sistemáticos de reconocimiento fotográfico sobre Gran Bretaña, en realidad, cualquier reconocimiento aéreo al oeste de Kent. Por eso, «Fortitude» fue un éxito y contribuyó a confirmar a Von Rundstedt en su equivocada creencia de que la invasión aliada principal tendría lugar en el Paso de Calais.

La simulación se prolongó hasta el último momento. La misma noche, víspera del desembarco, gran número de aviones dejaron caer al norte de Cap d'Antifer pequeñas hojas de papel de plata cuyas dimensiones eran múltiplos de las frecuencias de radar del enemigo. El objetivo era persuadir a los alemanes de que una gran escuadra de buques estaba avanzando hacia Calais. Debajo de los aviones, unas treinta pequeñas embarcaciones remolcaban globos para simular los ecos de radar producidos por grandes buques, transmitiendo un torrente de fingidos mensajes por radio. No obstante, ya tan sólo 18 estaciones de radio alemanas de 92, y 9 instalaciones de radar funcionaban en la noche del 5 al 6 de junio.

De los numerosos problemas a los que se enfrentaron los aliados, uno de los más complejos fue la elección del Día D. Parecía aconsejable que se aprovechara la marea media en las playas, cuarenta minutos después de amanecer, que no hubiera nubes tan espesas como para impedir el bombardeo y que el viento de superficie no superase las 13/18 millas por hora, a fin de que el mar estuviera relativamente tranquilo. Las mejores condiciones para las mareas, después del 31 de mayo, se conseguirían los días 5, 6 y 7 de junio. Pero

junio se inició con vientos fuertes y mar borrascosa. Eisenhower había elegido como fecha el lunes 5 de junio pero el meteorólogo del alto mando, el capitán Stagg de la RAF, aconsejó un aplazamiento. Aunque el día 5 las condiciones habían mejorado muy poco, a las cuatro de la madrugada se adoptó la atrevida decisión de lanzar el ataque el día 6. Fue el dominio del Atlántico Norte lo que permitió a los aliados detectar este breve intervalo de buen tiempo, que pasó inadvertido a los alemanes, toda vez que sus estaciones meteorológicas en Groenlandia y Canadá habían sido destruidas y sus barcos meteorológicos habían sido expulsados del Atlántico.

Las fuerzas preparadas en Inglaterra para la invasión, eran: 17 divisiones inglesas, entre ellas 3 canadienses; 20 divisiones americanas, una francesa y una polaca; 5.049 aviones de caza, 3.467 bombarderos pesados, 2.343 aparatos de otros tipos; 2.316 transportes aéreos y 2.591 planeadores. En las fuerzas de desembarco figuraban buques mercantes y barcos de guerra y lanchones en una cifra superior a las 7.000 unidades. Entre todas las armas sumaban un total de 2.876.439 oficiales y soldados; aunque el 6 de junio, de todo este enorme contingente, sólo una minoría iba a participar en los dos primeros días de la operación,

A efectos del desembarco, la orilla sur de la bahía del Sena había sido dividida en cinco playas. De Oeste a Este, sus nombres clave eran Utah, Omaha, Gold, Juno y Sword. La captura de Utah y Omaha estaba encomendada al lº Ejército de los Estados Unidos, mandado por el general Omar Bradley. El 5º Cuerpo americano, mandado por el general Collins, debía tomar Utah. El 6º Cuerpo, mandado por el general Gerow, tomaría la playa Omaha. Los británicos y los canadienses, unidos como 2º Ejército británico, debían tomar Gold, Juno y Sword. Dos grupos aerotransportados formarían los flancos; la 82 y 101 Divisiones aerotransportadas estadounidenses, alrededor de Ste. Mére-Eglise, a la derecha de la zona de asalto, y la 6ª División aerotransportada inglesa entre los ríos Orne y Dives, a su izquierda.

El movimiento de las tropas se realizó en tres fases: reagrupación, concentración, y embarque. En los días previos los hombres

fueron concentrados en las *marshalling areas* (áreas de reagrupación) con capacidad para miles de individuos y vehículos. En la víspera del día 6, las unidades se dirigieron hacia los 19 puntos de embarque previstos, para ocupar sus puestos en los transportes navales. En esta primera oleada, se movilizó un gigantesco convoy de 1.200 buques de guerra y de 5.700 buques de transporte. En total, se lanzarían 130.000 hombres y 20.000 vehículos en las tres primeras mareas. Quince barcos hospital estaban también preparados para intervenir, con 8.000 médicos que disponían de 450.000 litros de plasma y de 600.000 dosis de penicilina.

Ya en alta mar, independientemente de su puerto de salida, todos los navíos (excepto las chalanas de asalto, que se habían enviado en buques más grandes) se reagruparon a 30 kilómetros al sureste de la isla de Wight en un punto Z apodado «Piccadilly Circus». Precedidos por 25 flotillas de dragaminas, los convoyes siguieron 10 canales, limpios de minas, y señalizados con boyas luminosas (es decir, dos canales por playa, con un pasillo «rápido» y otro «lento»). Los dragaminas se vieron, por lo tanto, obligados a empezar su trabajo durante la tarde del día anterior a la invasión, abriendo diez amplios pasillos desde la zona de reunión, frente a la isla de Wight, hasta la cabeza de playa, y llegando a la vista de la costa francesa antes de anochecer.

Cada uno de los soldados embarcados llevaba su arma individual, doscientos cartuchos, granadas, un paquete de vendas, 10 comprimidos contra el mareo y pastillas para purificar el agua, raciones alimenticias para dos días, un instrumento de trabajo (pico o pala), una máscara de gas, un chaleco salvavidas y un impermeable. También habían recibido, 200 francos, un opúsculo sobre Francia, sus gentes y costumbres, e incluso un paquete de preservativos. A esto había que añadir los equipos colectivos. En teoría, un soldado de infantería cargaba con 20 kilos de equipamiento; en la práctica, a menudo cargaba con más de 30. Esta pesada impedimenta resultaría fatal para muchos de ellos que se vieron obligados a saltar al mar.

Teniendo en cuenta el desfase entre las mareas, el asalto se iniciaría a las 6:30 h, en el sector americano, a las 7:25, en Sword y

Gold, y a las 7:45 en Juno. Pero como el primer objetivo de las fuerzas invasoras era asegurar los dos flancos de la cabeza de puente quienes primero entraron en acción fueron las tropas aerotransportadas. En 2.395 aparatos y 867 planeadores estas fuerzas debían tomar tierra a las dos de la madrugada.

En general, los aterrizajes de tropas aerotransportadas salieron bien. Se alcanzaron los objetivos fundamentales en ambos flancos y, a pesar del elevado número de bajas, las cifras no alcanzaron ni la mitad de las previstas por el mando. Hay que tener en cuenta que las tareas de estas tres divisiones eran cruciales. Los ingleses se apoderaron de los puentes sobre el Orne y volaron los del Dives; y los americanos, no obstante su amplia dispersión, ocuparon el pueblo de Ste. Mére-Eglise, al oeste de la playa Utah, bloqueando la carretera Caen-Carentan-Cherburgo y protegiendo así la retaguardia del desembarco en esta zona.

Los desembarcos en las playas corrieron distinta suerte. En la playa Utah el bombardeo aéreo que precedió a la llegada de las barcazas fue un éxito. La aviación utilizó en el conjunto de la operación 3.467 bombarderos pesados y 1.645 bombarderos medianos para pulverizar las defensas costeras. También jugó a favor de las tropas desembarcadas en Utah que los obstáculos sembrados por los alemanes no estaban cubiertos por la marea alta y el cuerpo de ingenieros los destruyó rápidamente. Por otro lado, 28 tanques DD de 32 llegaron a buen puerto, y pudieron apoyar a los soldados de infantería con su fuego. La noche del 6 junio las salidas de la playa Utah estaban abiertas y 21.300 hombres habían desembarcado. La 4ª División estadounidense, que había penetrado unos 10 kilómetros, ya había estableciendo contacto con la 101 División aerotransportada.

Las cosas fueron muy distintas en Omaha. Esta playa se extendía a lo largo de seis kilómetros de arena con marea baja, y tenía una cuesta muy pronunciada. En su parte superior acababa con un talud de guijarros, rodeado por un murete de piedras. Semejante disposición había facilitado que los alemanes dispusieran numerosas defensas. Ocho casamatas de artillería fija, 35 blocaos para

cañones ligeros y ametralladoras, 18 cañones antitanques, 4 baterías de artillería, 6 morteros, 35 lanzacohetes con tubos cuádruples y 85 nidos de ametralladoras componían sus posiciones defensivas que, en el momento del desembarco, se hallaban casi intactas porque el bombardeo aéreo había sido fallido, y el naval fue más breve que en otros lugares.

En Omaha las barcazas de asalto se vieron sometidas a un intenso fuego durante los últimos 700 m de su recorrido. Por otro lado, en cuanto a los carros anfibios, fueron lanzados 32, pero con mar gruesa y —sin duda a causa del miedo— demasiado lejos de tierra. Veintisiete se hundieron con su tripulación completa. Los americanos, una vez en tierra, se vieron inmovilizados por el fuego continuo que se hacia contra ellos desde por lo menos dos fortines que se mantenían intactos. Algunos soldados pretendieron refugiarse en el mar y se ahogaron, corriendo la misma suerte que aquellos cuya embarcación era alcanzada y hundida en aguas profundas. Debido a los disparos, los equipos de demolición no habían podido trabajar, por lo que no habían sido destruidos muchos de los obstáculos submarinos.

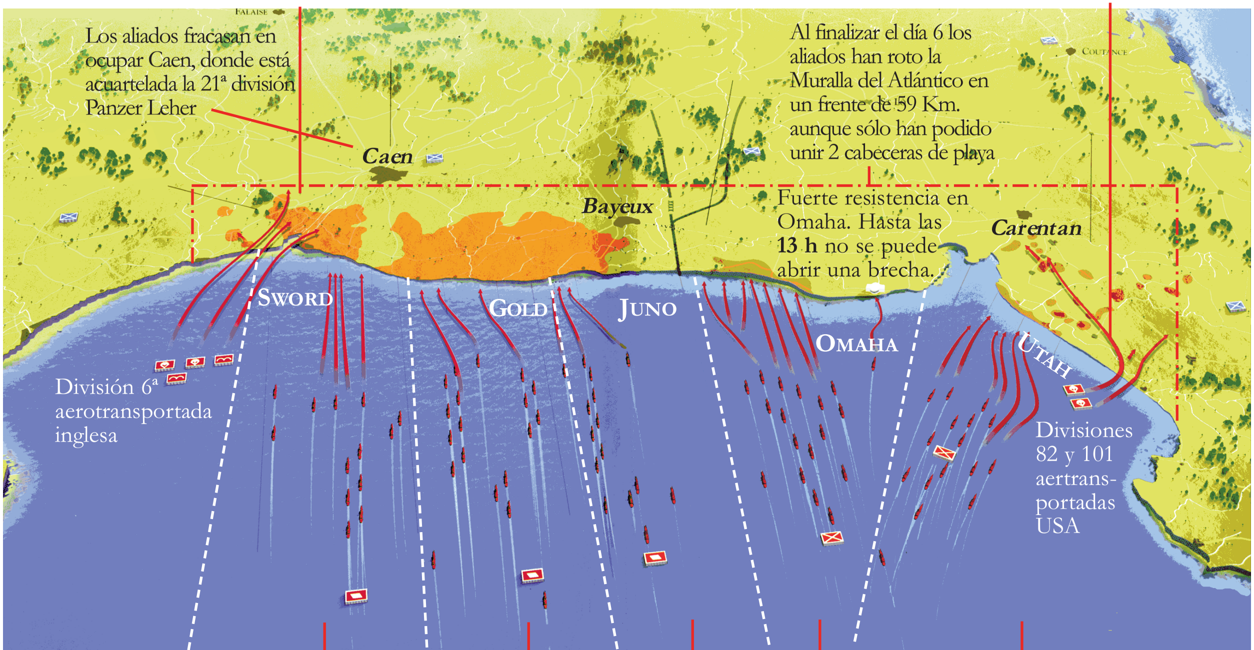
La situación se volvió enseguida tan alarmante que, a las 8:30 horas los mandos interrumpieron todos los movimientos de material, y en cierto momento, Bradley consideró seriamente la posibilidad de desviar a otras playas las fuerzas siguientes destinadas a Omaha. El sesgo de los acontecimientos sólo cambio cuando los destructores: *Shubrick*, *McCook* y *Satterlee*, entre otros, se acercaron a la costa y apoyaron con su fuego a los combatientes. Después, el cuerpo de ingenieros militares se puso manos a la obra. A las 13 horas, se abrió una primera salida. Pero la limpieza de la playa en sentido estricto no empezó hasta avanzada la tarde. Por la noche, tres salidas estaban operativas, permitiendo descongestionar el lugar. En total, el 5º cuerpo sufrió 3.000 bajas, muertos, heridos o desaparecidos, entre los 34.000 hombres desembarcados, es decir un porcentaje del 8,8% de los implicados.

El Segundo Ejército inglés, que se apoyó en tanques anfibios (96 en Gold, 88 en Juno, y 47 en Sword), fue más afortunado porque,

El desembarco en Normandía (1944)

A las **12 h p. m.** del día 5 las tropas aerotrasportadas inglesas se apoderan de los puentes sobre el Orne y vuelan los del río Dives.

A la **1 h a. m.** tropas aerotrasportadas americanas ocupan Saint-Mére Eglise y bloquean la carretera de Caen-Carentan-Cherburgo



El desembarco en las playas transcurre según los palenes previstos y con un número de bajas inferior al estimado.

aunque la derecha de la 50ª División en la playa Gold sufrió fuerte oposición, su izquierda avanzó rápidamente hasta casi la carretera Bayeux-Caen. La 3ª División canadiense tropezó en la playa Juno con férrea resistencia, pero consiguió avanzar hasta una profundidad de casi 11 kilómetros. El asalto a la playa Sword se desarrolló de acuerdo con el plan previsto, pero fracasó en el intento de capturar Caen el primer día.

Caen, punto clave del área de invasión, era una ciudad que Montgomery había esperado ocupar inmediatamente. Pero la 21ª división Panzer —la única acorazada que quedaba en todo el área de Normandía y que los británicos ignoraban se hallaba acuartelada en la zona— entró en escena y detuvo el avance. Al día siguiente llegó una segunda división Panzer y pasó más de un mes antes que la ciudad fuera conquistada, después de fuertes combates. A pesar de ello, las tres cabezas de puente británico-canadienses habían quedado unidas para el anochecer del 6 de junio, y Bayeux, Creully, Douvres Ouistreham, se hallaban en manos aliadas.

Al contrario de la leyenda que se extendió, las pérdidas en esta fase de la operación fueron relativamente escasas. Mientras que los aliados preveían 25.000 bajas, sólo se produjeron 10.000 entre muertos, heridos o desaparecidos. La cuarta parte de estas cifras se registraron en Omaha, otra cuarta parte correspondió a las divisiones 82 y 101 aerotransportadas. Sin embargo, las pérdidas británicas sólo fueron el 2% de las fuerzas terrestres que participaron en el operativo. También fue clave para el éxito del desembarco que el dominio aliado del aire fuera total. La Luftwaffe no derribó un solo aparato en las 14.600 salidas efectuadas por los aliados en aquella jornada.

La reacción alemana estuvo condicionada por el efecto «sorpresa» y por la falta de unidad en el mando. Aunque la sorpresa no fue total, ya que entre las 9:15 y las 9:30 de la noche del 5 de junio los alemanes habían interceptado y descifrado una comunicación telegráfica que incitaba a la resistencia francesa a emprender el combate a medianoche del 5 al 6 de junio. A las 10:30, los Grupos de Ejército B y G, y la Tercera Flota aérea, se hallaban en estado de alerta pero, desgraciadamente para los alemanes, les engañó el mal tiem-

po. Negándose a creer que con un mar borrascoso realmente había llegado el momento decisivo, y todavía convencidos de que Normandía era una operación de distracción para el desembarco definitivo en Calais, los alemanes dejaron pasar varias horas sin saber qué hacer, mientras sus mandos se hallaban ausentes de sus puestos o no querían correr riesgos

Rommel se había trasladado a Heerlingen, cerca de Ulm, con el fin de visitar a su esposa; Sepp Dietrich, comandante del 1 Cuerpo Panzer S.S., estaba en Bruselas, y Dollmann, comandante en jefe del Séptimo Ejército, había ido a Rennes a dirigir unos ejercicios de lectura de mapas. Hacia la una de la madrugada del 6 de junio, se informó al Cuartel General (OKW) del mensaje interceptado, y entre las dos y las tres se le comunicó también del lanzamiento de tropas aerotransportadas. Al anunciarse el desembarco, Rundstedt solicitó del OKW que pusiera a su disposición las divisiones blindadas de la reserva, pero el permiso llegó entre las tres y las cuatro de la tarde.

Hitler dormía y había ordenado que no le despertaran y Jodl estaba decidido a que el OKW no permitiera que Rundstedt y Rommel hicieran uso de los blindados de reserva bajo su control. Todo esto cambió a partir de las primeras horas de la tarde del día D, pero entonces la demora ya era fatal. No obstante, en ausencia de Rommel, el general Speidel había ordenado avanzar a la 21 División Panzer. Pero, entretanto, su jefe, el general Edgar Feuchtinger, había lanzado parte de la misma contra las tropas aerotransportadas enemigas al este del Orne y antes de cumplir esa tarea recibió orden de suspenderla para enfrentarse a la crítica situación creada al oeste del mismo río. Producto de esto, la 21 División no pudo intervenir de modo eficaz hasta las tres de la tarde del día 6 y por falta de suficiente apoyo de infantería su contraataque, luego de penetrar hasta la costa, fue rechazado por la artillería antitanque aliada.

Al finalizar la jornada Montgomery había establecido firmemente su cabeza de puente entre el Vire y el Orne. Los aliados habían roto la Muralla del Atlántico en un frente de aproximadamente 50 kilómetros; y aunque las brechas entre los lugares del desembarco todavía debían de ser cerradas, los atacantes habían logrado desem-

barcar 326.000 hombres, 54.000 vehículos y 104.000 toneladas de pertrechos.

La pregunta clave que todo el mundo se hizo en los días siguientes fue si serían los aliados o los alemanes los que podrían llevar refuerzos con mayor rapidez a la zona, y, especialmente, si un contraataque coordinado germano podría penetrar en la cabeza de playa. Para Rommel la respuesta quedó clara a las pocas horas. El mismo día 10, en un largo informe librado a Hitler, el mariscal alemán escribía: «Durante el día, prácticamente todo nuestro tránsito en carreteras, vías férreas y campo través queda inmovilizado por poderosas formaciones de caza-bombarderos y de bombarderos, con el resultado de que los movimientos de nuestras tropas en el campo de batalla se paralizan casi por completo, mientras el enemigo maniobra ligeramente. Todo el tránsito en las zonas de retaguardia se encuentra bajo ataques continuos y es muy difícil conseguir suministros y munición esenciales, así como gasolina» (Fuller 1985, T. III: 635).

Aunque los aliados no alcanzaron los objetivos previstos para el día D, y hasta el 12 de junio no pudieron formar un frente continuo uniendo sus cinco cabezas de playa, sí que obligaron al enemigo desde el primer momento a retroceder ininterrumpidamente, aunque con lentitud. Tal como fueron las cosas, la prolongación de la «Batalla en la Cabeza de Puente» les ofrecía una evidente ventaja. Así el poderío económico-industrial de los aliados iba a decidir la campaña desde el segundo día de su inicio.

Daños colaterales

Durante la Guerra de Vietnam apareció por primera vez la expresión «daños colaterales» como un eufemismo utilizado por el Departamento de Prensa del ejército americano para designar los efectos de la contienda entre la población civil. El concepto pretende que, en situaciones de guerra, se puede establecer una clara distinción entre población combatiente y no combatiente, y que ésta última puede y debe ser preservada de los efectos destructores de la contienda, aunque en ocasiones resulte imposible, produciéndose entonces indeseados «daños colaterales».

Lo cierto es que la moderna expresión «daños colaterales» no deja de ser una falacia que nace del enjuiciamiento que hoy hacen de las guerras la mayor parte de las sociedades, lo que obliga a los gobiernos y a los ejércitos a enmascarar las repercusiones del enfrentamiento armado entre la población civil.

La distinción entre ejército y población civil siempre ha sido difusa. En numerosas confrontaciones a lo largo de la historia los ejércitos han ido acompañados por una hueste de seguidores, en su mayoría mujeres y niños, que procuraban alimentos, los guisaban, atendían a los heridos y ayudaban a construir las fortificaciones. En el siglo XVI los alemanes disponían de un oficial especial, el *Hurenweibel*, que se ocupaba de ellos, y en la Guerra de los Treinta Años, Van Wallhausen calculaba que por cada 3.000 soldados alemanes había más de 4.000 civiles, entre prostitutas, familiares y otros no combatientes estrechamente vinculados a los ejércitos, como por ejemplo los comerciantes que seguían a las tropas con la esperanza de hacer su negocio cambiando por dinero el producto del botín.

En la Antigüedad, la distinción entre el guerrero y el resto de la comunidad dependía de diversos factores, sobre todo, del grado de compromiso con el que un pueblo secundaba la lucha frente a otro, convirtiendo a toda la población en potencial enemigo del adversa-

rio. Si su vinculación en la contienda era débil y el resultado de la guerra adverso, el pueblo derrotado pasaba a ser sometido a un nuevo poder y sufría unos costos más livianos que si se encarnizaba en la resistencia, convirtiéndose así en un peligro para los planes del vencedor.

Las políticas de conquista daban como resultado en numerosas ocasiones el sometimiento sin más, e incluso con el tiempo, la fusión cultural. Pero en otros enfrentamientos la derrota podía suponer el exterminio sin ningún tipo de consideración. El episodio de la conquista de la ciudad de Jasor que nos narra el *Libro de Josué* en la Biblia es uno de los muchos ejemplos de este comportamiento. Tras la toma de la ciudadela, los israelitas «mataron toda cosa viva en ella, y la arrasaron entera; no perdonaron nada que tuviese aliento, y la destruyeron por el fuego» (Jos, 11, 16).

Los reflexivos griegos no actuaron de otro modo llegado el caso. La pequeña isla de Egina, frente al puerto de Atenas —una nube en el ojo del Pireo, en palabras de Pericles— había desarrollado hacia el siglo V a. n. e. una próspera industria basada en la cerámica barata y la quincallería de metal. No obstante, su poder económico llegó a ser tan considerable que impuso su sistema monetario a todo el Peloponeso, la Grecia central y Tesalia. Su moneda junto con la de Atenas fue la única que logró penetrar en la misma Persia aqueménida. Semejante prosperidad no podía dejar de despertar la envidia de su poderosa vecina, que comenzó el cerco al sistema económico de su rival. En el 458, Egina se alió con Esparta, y Atenas la asedió durante más de un año y la venció. En el 431 expulsó a los habitantes de su isla repoblándola con colonos. Pero no satisfechos los atenienses, en el 424, tras una expedición por mar, destruyeron el nuevo emplazamiento que los egineses habían construido en Tirea de Cinuria, y todos los prisioneros fueron llevados a Atenas y degollados en masa.

Roma fue especialmente despiadada incluso con quienes consentían en entregarse a su discreción (*venire in fidem*), e implacable con quienes le ofrecieron resistencia y eran derrotados. Es el caso de Cartago destruida al final de la Tercera Guerra Púnica. La ciudad no

sólo fue arrasada y todos sus habitantes muertos o reducidos a la esclavitud, sino que también, simbólicamente, los romanos sembraron sus campos de sal y maldijeron esas tierras.

Los judíos que vivieron la sublevación contra Roma acaudillada por Bar Kochba en el 133 se convirtieron todos ellos en sospechosos de haber apoyado la revuelta y sufrieron por igual los efectos de la represión. Israel quedó casi deshabitado. Todas las ciudades, pueblos y lugares que habían ofrecido resistencia fueron reducidos a cenizas por los romanos. Y los judíos que habían sido hechos prisioneros, entre ellos mujeres y niños, fueron vendidos en los mercados de esclavos en Mainré y Gaza, o deportados a Egipto. Se puede decir que fue entonces cuando el pueblo judío se convirtió en una comunidad errante.

Los ejemplos de este tipo de prácticas se podrían multiplicar, y es que durante siglos las poblaciones civiles sospechosas de apoyar a los combatientes podían ser exterminadas sin contemplación. El jefe inglés, sir Humphrey Gilbert, que operó en la conquistada Irlanda en el decenio de 1570, según su cronista personal, recibió esta orden tajante: «que siempre que él hiciese una correría, o incursión, en los países enemigos, matase hombres, mujeres y niños, y arruinase, dilapidase y quemase, asolándolo, todo lo que pudiese; no dejando a salvo nada de los enemigos...» (Parker, 1990: 56).

Estos efectos —nada colaterales— sobre los civiles han adquirido otras formas en la guerra contemporánea, cuando la actividad guerrillera ha ido en aumento contribuyendo a difuminar aún más la distinción entre combatientes y no combatientes. Estas formas de lucha han dando paso a las represalias puntuales, a la ejecución de rehenes, y a la deportación o concentración de las poblaciones en las condiciones más penosas.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los nazis, en respuesta a los ataques de la resistencia en los territorios ocupados, practicaron con mucha frecuencia las más brutales represalias, como ocurrió en Marzabotto a comienzos del otoño de 1944.

En pleno hundimiento del frente italiano, el feldmariscal Kesserling, jefe de las tropas alemanas en el país, había dado orden

a las SS que protegían su retirada que organizaran cierta reserva de rehenes en aquellas localidades donde resultase haber bandas de partisanos. La orden era explícita, ya que estos rehenes debían ser «pasados por las armas» cuando ocurrieran actos de sabotaje o de resistencia. Dado que a poca distancia del frente se encontraba la brigada partisana *Stella Rossa* —que según los fascistas del lugar estaba apoyada por todos los habitantes de la zona—, se procedió en algunos pueblos a dar un escarmiento ejemplar.

En el poblado Casaglia de Marzabotto los SS sacaron a los habitantes del templo donde se habían reunido y los llevaron al cementerio asesinándolos con ráfagas de ametralladora. Allí los muertos fueron 147; de ellos, 50 niños. En Caprara, otro poblado de Marzabotto, los 108 habitantes fueron reunidos en la hostería del pueblo y exterminados con bombas de mano. Los asesinatos fueron acompañados por la devastación. En Marzabotto fueron destruidas 800 viviendas correspondientes a quince calles de la localidad, 2.500 cabezas de ganado bovino fueron robadas o muertas; volados los acueductos, y entregados a las llamas los huertos, viñedos, castañales y bosques. Desgraciadamente en la historia de las guerras ha habido muchos Marzabotto.

Menos sangrienta, aunque no menos terrible, ha sido la medida de deportar y concentrar a la población civil para aislarla de la guerrilla. Este tipo de actuación fue aplicada por primera vez por los españoles en Cuba durante la guerra por la independencia de la isla (1898). En 1895 se produjo una insurrección en la isla a la que un ejército español no lograba poner fin. El general Martínez Campos, en un mensaje confidencial dirigido al Presidente del gobierno Cánovas del Castillo, fue el que propuso por primera vez «reconcentrar» a las familias campesinas en los poblados, al objeto de acabar, o al menos limitar, el espionaje que practicaban las mujeres y los niños. Martínez Campos reconocía en el informa que la miseria y el hambre podían afectar a las poblaciones reagrupadas, pero también destacaba las ventajas de privar a la guerrilla de su base social.

A comienzos de1896, Martínez Campos fue sustituido por Valeriano Weyler como capitán general de la isla. Fue éste el que

decidió, como se decía en la época, hacer «la guerra a la guerra» y dio la orden de reagrupar a los civiles en lugares concretos y vigilados. Lo que pretendía Weyler era arrebatar a los mambises —nombre que recibían los insurrectos— sus medios de subsistencia, impedir que los campesinos pudieran pasar información a los rebeldes, reducir la propaganda revolucionaria, y desmoralizar a los guerrilleros, convirtiendo a sus familias en rehenes de los españoles. Este último aspecto de guerra psicológica, involucrando directamente en el conflicto a la población civil, será muy característico de la guerra en el siglo XX.

Los campamentos de barracones se construyeron, en el mejor de los casos, como alojamientos de urgencia y la afluencia de hombres, mujeres y niños fue tan numerosa que las condiciones de vida pronto se hicieron terribles. Dado que estaba prohibido cultivar maíz o plátanos, y después caña de azúcar, pasado un radio de 500 metros más allá de los puestos de vigilancia, los campesinos terminaron alimentándose con las sobras de las tropas españolas, se excluía de esa ayuda a aquellos cuyo padre, hermano o marido se hubiese unido a los insurrectos. En estas condiciones, muy pronto, aparecieron enfermedades como la fiebre tifoidea, el paludismo, la disentería, y otras que causaron terribles estragos.

Para completar el cerco a los rebeldes, los españoles destruyeron las cosechas, mataron los animales, y envenenaron el agua, con lo que la producción agrícola disminuyó drásticamente y el hambre hizo su aparición también en las ciudades. En esas condiciones, los muertos pronto se contaron por miles. Uno de los primeros cálculos, de 1925, apunta la cifra de 90.000 fallecidos «no combatientes» durante los años de la «reconcentración».

Consecuencia o no de la «reconcentración», Weyler consiguió encauzar la situación militar. A finales de 1896 se había conseguido pacificar las provincias occidentales de Pinar del Río, La Habana y Matanzas. Pero la cruel medida le sirvió de excusa a los Estados Unidos para inmiscuirse en el conflicto. El presidente Mac Kinley envió, a través de su embajador en Madrid, un ultimátum al gobierno español. En marzo de1898 se abandonó la política de reconcen-

tración, pero no sirvió de nada. Los reportajes, de la cadena de periódicos controlada por el magnate Hearst, partidario de la intervención armada, prepararon a la opinión pública estadounidense para involucrarse en la guerra alegando, entre otras, razones humanitarias.

La política seguida por los españoles en la isla caribeña fue aplicada de modo masivo y mucho más coherente por los británicos en la Guerra Anglo-boer en la que por primera vez apareció el término «campo de concentración». Esta estrategia militar, a pesar de sus terribles efectos sobre la población civil, no debe inducirnos al error ya que los campos de los que estamos hablando, tanto españoles como británicos, no fueron penales para condenados, políticos o comunes, ni lugares de exterminio premeditado, como los campos nazis, ni meros campos de refugiados en los que acoger a poblaciones que se desplazan masivamente. Estos lugares de internamiento fueron recursos estratégicos puestos en marcha por los Estados Mayores para obtener una victoria militar. En ese sentido podemos decir que era la guerra de modo directo la que acarreaba ese efecto sobre la población no combatiente.

En la Guerra Anglo-boer, cuando el enfrentamiento entre los colonos sudafricanos y los ingleses entró en una fase de lucha guerrillera, fue el Estado Mayor británico el que a instancias de Lord Kitchener decidió aplicar esos métodos. Se dividió toda la zona de conflicto en cuadrículas, en cada una de ellas se construyeron fortines para destacamentos encargados de la vigilancia, y se comenzaron a vaciar de población civil. Cualquier granja desde la que se hubiese disparado o fuera susceptible de prestar ayuda a la guerrilla era incendiada y sus moradores trasladados a un campo de internamiento. Para ello se construyeron un total de 45 campos de tiendas para los bóers y 64 para los africanos negros, y a ellos se deportó a toda la población en un área de 6.000 km^2. Los campos bóers albergaban fundamentalmente a ancianos, mujeres y niños, ya que de los aproximadamente 28.000 prisioneros de la primera fase de la guerra, unos 25.000 habían sido recluidos a miles de kilómetros en campos de Santa Elena o Ceilán.

Las condiciones en estos lugares de internamiento de la población civil eran terribles y la comida escasa. A las mujeres e hijos de los combatientes, las raciones que se les suministraban eran aún más pequeñas que al resto de los internados. Sólo la publicación en Gran Bretaña de un libro sobre el asunto, escrito por Emily Hobhouse, que había visitado los campos en 1901, conmovió a la opinión publica inglesa e hizo que sir Henry Campbell-Bannerman, el líder de la oposición, describiera las actividades del ejército británico como «métodos propios de bárbaros». En un informe realizado al finalizar la guerra se concluía que 27.927 bóers, de los cuales 22.074 eran niños, y 14.155 africanos negros, habían muerto de hambre o enfermedad. Así, aproximadamente un 25% de los internados habrían perecido víctimas de la reclusión.

La sospecha sobre las poblaciones civiles siguió propiciando este tipo de medidas durante la Segunda Guerra Mundial. En 1939 el gobierno británico internó en campos a ciudadanos y refugiados supuestamente desleales originarios de países enemigos, y en Estados Unidos, las fuerzas militares transportaron a 70.000 ciudadanos de origen japonés y a 42.000 residentes japoneses desde la costa oeste a centros de realojamiento en el interior. Aunque hemos de decir que en estos casos las condiciones del internamiento no tuvieron los catastróficos efectos de las experiencias antes mencionadas, ni respondieron a los mismos supuestos militares de Cuba o Sudáfrica.

Fue después de la Segunda Guerra Mundial cuando, en el marco de las luchas por la descolonización, se volvió a reactivar la estrategia de la concentración como medida estratégica de guerra. En 1948 el Reino Unido emprendió la erradicación del Partido Comunista Malayo antes de concederle la independencia a la colonia, para poder así mantener la explotación económica del país. En ese teatro de operaciones, la Corona recurrió de nuevo al reagrupamiento forzado de la población aunque eludió utilizar el término «campos de concentración». El plan inicial en Malasia, llamado «Plan Briggs», preveía el desplazamiento de aproximadamente 500.000 habitantes de aldeas retiradas, en su mayoría de origen chino, hacia nuevas alde-

as rodeadas de alambradas y estrechamente vigiladas. La medida se tradujo en un relativo éxito lo que permitió que los Estados Mayores la siguieran considerando como un arma eficaz en la lucha contrainsurgente.

Por eso, en Vietnam, los departamentos de Estado y de Defensa de Estados Unidos volvieron a recurrir para luchar contra la guerrilla a los mismos métodos, aunque en esta ocasión bautizaron a los lugares de internamiento con el nombre de «aldeas estratégicas». El plan fue puesto en marcha en 1959 por el gobierno de Ngo Dinh Diem de Vietnam del Sur. A las «aldeas estratégicas», rodeadas de alambradas y empalizadas de bambú y vigiladas por soldados del ejército sudvietnamita, se querían trasladar hasta 8.000.000 de campesinos, el 60% de la población del Vietnam del Sur, arrancándolos de sus poblados y deportándolos a 6.000 localidades nuevas.

El Partido Demócrata de Vietnam, anticomunista pero opuesto a Diem y a la política practicada por Estados Unidos, denunciaba en un Libro Blanco publicado en el año 1962 el mecanismo del reasentamiento: «Primero se incendian sus casas, sus propiedades, sus cosechas y se les conduce a estos campos de concentración, en los que se obliga a entrar a punta de fusil» (Russell, 1968: 123). El programa fue en realidad un desastre que ayudó a crear una profunda brecha entre los campesinos corrientes y el gobierno.

El hermano del presidente Diem, encargado de aplicar el plan, cuando anunció en septiembre de 1962 que 4.322.034 personas estaban ya asentadas en Aldeas Estratégicas, ignoró el hecho de que las células del Vietcong, infiltradas en el campesinado, habían sido trasladadas con los habitantes de los poblados a las nuevas aldeas. Por otra parte, la corrupción endémica del gobierno del Sur dio como resultado que el dinero previsto para trabajos de regadíos, semillas, fertilizantes y cuidados médicos desapareciera en las manos de los oficiales locales. Por eso las «aldeas estratégicas» constituyeron un completo fracaso. En pocos años, más de la mitad de ellas fueron desmanteladas desde el interior cuando no liberadas por los guerrilleros.

Pero los efectos colaterales han ido siempre más allá de identificar a la población civil como combatiente potencial, ya que todos los conflictos armados han golpeado de modo terrible y de formas muy distintas a los habitantes de los territorios implicados. A lo largo de la historia, el jinete de la guerra ha arrastrado tras de sí a sus apocalípticos compañeros, y el hambre y la enfermedad han diezmado a las poblaciones no combatientes.

El hambre siempre ha estado presente. Durante siglos los ejércitos han vivido sobre el terreno. Todos tenían destacamentos de forrajeadores, cuya misión principal era la de buscar por los alrededores las provisiones y el heno necesarios para los caballos, animales que los ejércitos frecuentemente robaban para acrecentar así su yeguada. La escasez de caballos después de una prolongada guerra era causa importantísima de daño a la agricultura al verse privados los campesinos de estos animales de tiro. Los forrajeadores se comportaban como auténticos depredadores al requisar el ganado, el grano, etc., sembrando el terror entre los habitantes de la zona.

Estas expediciones solían ir acompañadas de exacciones de todas clases, de violencias, malos tratos y torturas destinadas a arrancar a aquellos desgraciados el secreto de sus reservas y economías. El escritor alemán Grimmelshausen (1620-1670) nos deja un testimonio literario, pero verosímil, de una de estas incursiones de la soldadesca en casa de unos labriegos: «Los soldados empezaron… martirizando a los pobres bribones como si fueran brujas. Uno de ellos estaba ya en el horno, acorralado por el fuego, a pesar de lo cual no había confesado nada. A otro le ataron una cuerda alrededor de la frente y con una vara como torniquete apretaron hasta que la sangre empezó a brotarle por la boca, nariz y oídos. Cada uno disponía de métodos propios para afligir y atormentar a los desdichados campesinos… mi padre fue el que salió mejor parado, ya que pudo confesar… el lugar donde había enterrado su tesoro» (Grimmelshausen, 1668/1985: 20). Este fragmento perteneciente a *El aventurero Simplicissimus* novela escrita por Grimmelshausen, un testigo de la Guerra de los Treinta Años, es un botón de muestra que ilustra los estragos de estas prácticas entre la población.

Al pillaje había que sumar que la guerra podía separar a los campesinos de la tierra durante períodos muy prolongados, reduciendo así la producción de alimentos en mayor medida de lo que lo haría una mala cosecha. En el mejor de los casos, la guerra significaba también tener que abonar fuertes impuestos, que arrebataban los escasos medios de subsistencia que poseían a aquellos que más los necesitaban para sobrevivir.

Pero el fenómeno de las requisas no lo debemos imaginar circunscrito a épocas pasadas ya que de modo mucho más sistemático y masivo lo siguieron practicando los nazis durante la Segunda Guerra Mundial en los territorios ocupados. La Oficina de Alimentos del Reich prescribía la producción, y dictaba cuotas, precios, subsidios y tarifas de piensos y semillas. A través de ella, Alemania esperaba obtener de estos territorios la mayor parte de sus alimentos, por lo tanto los mantuvo al principio bien equipados de maquinaria agrícola y fertilizantes, pero a partir de 1942, las exigencias de la campaña rusa interrumpieron esta política.

Antes de que la guerra terminara la producción alimenticia de la Europa ocupada descendió cerca de una cuarta parte, y la mayoría de ella era requisada, ya que se obligó a la Europa ocupada a ceder 25 millones de toneladas de alimentos para Reich. Las requisas iban dirigidas por lo general contra un labrador individual, al que se le ordenaba entregar su producto a cambio de un formulario de reclamación con el cual se le dejaba conseguir la indemnización que pudiera de su gobierno. En Rusia la situación se convirtió en una trágica farsa. El producto del gran granero de Ucrania fue acopiado para el Reich, pero se dejó pudrir porque no había suficientes trenes para transportarlo, hasta que el comisario del Reich, Erich Korch, tuvo la idea de distribuir los excedentes almacenados a los soldados con permiso en la forma de «paquetes de comida del Führer». No obstante, Alemania sacó menos de la URSS después de que la hubo invadido que antes.

Pero si la requisa iba encaminada a aprovisionar los ejércitos y a beneficiar a quienes la ejercían, el hambre también podía utilizarse conscientemente como un arma estratégica para lograr ventaja

en lo militar. La expresión más concreta de lo que estamos diciendo se ha dado en el cerco y sitio de fortalezas o ciudades. En estos casos, tanto atacantes como asediados han priorizado a los combatientes frente a la población civil, considerada en general como *bouches inutiles*.

En el cerco de Alesia por Julio César, los 80.000 galos combatientes, más la población del reducto, pronto se vieron enfrentados al problema de la subsistencia. Los mandubios, la tribu gala a la que pertenecía la fortaleza, decidieron expulsar a las mujeres y los niños de la ciudadela, esperando con ello ahorrar comida para los guerreros, y suponiendo que César les dejaría escapar. Sin embargo, el romano ordenó que no se hiciese nada por esos civiles, y las mujeres y niños se vieron desamparados en tierra de nadie esperando la muerte por hambre entre las paredes de su ciudad y la circunvalación de fortificaciones construidas por los sitiadores.

En otro cerco célebre, el del castillo de Château Gaillard, llevado a cabo en 1203 por Felipe Augusto, el plan consistió, como en tantos otros casos, en debilitar a la guarnición por medio del hambre. Cuando las provisiones del castillo empezaron a escasear, el alcaide, Roger de Lacy, hizo salir a 400 mujeres, niños y enfermos, pero de nuevo en esta ocasión los franceses también se negaron a dejarlos pasar. Como la guarnición no quiso volver a recibirlos, aquellos desventurados primero se comieron a los perros y luego a los niños, y finalmente perecieron todos antes de que la fortaleza fuera definitivamente asaltada.

En la contemporaneidad las cosas han cambiado en algunos aspectos y se han suavizado algunas prácticas pero la lógica del conflicto siempre se ha impuesto en situaciones similares. El cerco más impresionante que ha conocido la historia de la guerra es el sufrido por la ciudad de Leningrado durante el invierno de 1941 a 1942, en el que 3.000.000 de personas quedaron atrapadas por los ejércitos del Reich y sus aliados, condenadas a morir de hambre. Nunca había padecido una ciudad de tal número de habitantes lo que Leningrado soportó en «el invierno del hambre».

En noviembre de 1941, la población de la ciudad —en primer lugar los ancianos— empezó a morir de inanición, descrita eufemísticamente como «distrofia alimenticia». En ese solo mes fallecieron 11.000 personas. En diciembre murieron otras 52.000; tantas como antes en un año, mientras que en enero de 1942, se registró una media de defunciones de entre 3.500 y 4.000 personas diarias. En conjunto ambos meses arrojan una cifra de mortalidad que ronda los 200.000 fallecidos. Aun cuando para enero de 1942 las condiciones mejoraron, los efectos o consecuencias posteriores del hambre iban a sentirse entre la población durante meses y meses. En total, de acuerdo con las cifras que los rusos comunicaron a los tribunales de Nuremberg, en Leningrado perecieron durante el cerco 632.000 personas.

No hay cifras exactas sobre el número de niños que murió de inanición, pero su tasa de mortalidad resultó al parecer más bien baja dadas las circunstancias, quizá por la frecuencia con que los padres sacrificaban sus escasas raciones en favor de sus hijos.

Para llenar el estómago, para reducir los intensos sufrimientos causados por el hambre, la gente buscaba sustitutivos increíbles. Intentaban cazar cuervos o grajos, o cualquier gato o perro que, de alguna forma, hubiera logrado sobrevivir. Buscaban en el cajón de medicamentos los que tuvieran un vehículo aceitoso, o tragaban brillantina para el pelo, vaselina, glicerina, etc. Trataban de cocinar sopas o jaleas con la cola de carpintero extraída de los muebles despedazados o del papel arrancado de las paredes.

Las raciones decretadas el 20 de noviembre de 1941 por las autoridades contemplaban sobre el papel —pero, sólo sobre el papel— un aporte de calorías diarias para diferentes categorías de la población según la siguiente clasificación: especialistas 1.087 calorías, empleados en general 581, familiares 466, y niños 684. Pero el contenido real en calorías de las raciones de Leningrado resultaba todavía más bajo, excepto, así se asegura, en el caso de los niños. Sin embargo las raciones del Ejército Rojo, legisladas con fecha 20 de septiembre de 1941, suponían un aporte diario de 3.450 para las tropas con destino en la línea de fuego, y de 2.659 a las que prestaban servicios de retaguardia. Aunque ante las circunstancias del cerco de

la urbe dichas raciones fueron disminuidas siempre estuvieron muy por encima de las de la población civil. Entre mediados de noviembre de 1941 y febrero de 1942, la ración de los combatientes de primera línea pasó a ser de 2.593 calorías, y la de los de retaguardia de 1.605.

Sin padecer un cerco las poblaciones involucradas en la guerra siempre han estado expuestas al hambre. En 1918 la mitad de la población infantil alemana padecía anemia. En ocasiones, cuando la carestía ha sido muy aguda y la maquinaria de Estado muy rudimentaria, o deteriorada por la marcha del conflicto, las situaciones generadas han podido ser espantosas, como ocurrió en determinadas zonas de la URSS durante la guerra civil.

En 1920, el área sembrada de la región del Volga se había reducido en una cuarta parte desde 1917 debido a los efectos de la revolución y de la guerra. En la primavera de 1921 se anunciaba una mala cosecha, pero lo que hizo que resultara desastrosa fue la guerra. Para evadir las requisas de los ejércitos los campesinos habían reducido su producción a unos niveles de mera subsistencia, cultivando el grano suficiente para alimentarse ellos y para dar de comer a su ganado y contar con simiente. En otras palabras, no dejaron ningún margen de reservas como habían hecho siempre. De manera que, cuando la cosecha fue mala, el resultado se tradujo en una hambruna terrible.

En la provincia de Samara casi 2.000.000 de personas (tres cuartas partes de la población) murieron a causa de la hambruna en el otoño de 1921. Los campesinos hambrientos recurrieron a comer hierba, maleza, hojas, musgo, cortezas de los árboles, cubiertas de tejados y harina hecha con bellotas, serrín, barro y estiércol de caballo. Mataron el ganado y cazaron roedores, gatos y perros. El hambre convirtió a muchas personas en caníbales. En la región Bashkir y en las estepas en torno a Pugachov y Buzuluk, donde el estrago alcanzó su punto más álgido, se informó de millares de casos de canibalismo.

No obstante, para los nazis, en la política que siguieron en el este de la Europa ocupada, el hambre se convirtió en un arma estra-

tégica al servicio de sus planes de sometimiento. El mariscal de campo Von Manstein notificaba a las tropas bajo su mando que: «en las ciudades enemigas, deberá morir de hambre una gran parte de la población. Pese a esto, un equivocado concepto de la humanidad no debe llevar a distribuir alimentos entre los prisioneros y la población local, pues son bienes de los que se priva nuestro país por nosotros». (Grun-Beger, 1971: 163). Pero, en 1943, fueron esos mismos alemanes cercados en Stalingrado los que llegaron a padecer un hambre tan lacerante que algunos de ellos se entregaron al canibalismo.

Sin llegar a estos extremos muchas poblaciones civiles se han enfrentado en épocas recientes al fenómeno del racionamiento como producto de los conflictos bélicos. Durante la Segunda Guerra Mundial, fue introducido en toda la Europa ocupada y, mientras que la gente del campo se las arreglaba con frecuencia para mantener un régimen alimenticio parecido al habitual, la población urbana se vio obligada a sobrevivir en el mejor de los casos con dos tercios o la mitad de lo que era normal en el período anterior a la guerra.

En ciertas áreas, y en momentos determinados, la dieta diaria descendió catastróficamente. Los peores ejemplos fueron Atenas y algunas de las islas griegas, donde la dieta llego a ser de 800 a 600 calorías en el invierno de 1941-1942, y también en algunas ciudades holandesas, donde descendió a 500 calorías en el invierno de 1944-1945. El hambre se hacía aún más insoportable por el frío. Tanto las ropas como el combustible eran cada vez más difíciles de obtener. Los habitantes de las ciudades holandesas se vieron reducidos a cortar los árboles de los parques y a robar cualquier basura que pudieran encontrar para quemar, con objeto de mantener calientes sus desnutridos cuerpos.

Resulta difícil presentar un cuadro general de estos efectos entre la población ya que las condiciones variaron enormemente de un lugar a otro y de un mes al siguiente. En Francia sabemos que el coste oficial de un kilo de mantequilla subió de 40 a 71 francos durante 1942-1943, pero este precio era del todo irreal, porque cuando había mantequilla en la capital llegaba a valer de 600 a 800 fran-

cos, como fue el caso en 1943. Este fenómeno se debía tanto a la escasez provocada por la guerra como a la aparición del mercado negro, ya que la guerra perjudica a la mayoría pero siempre beneficia a unos pocos. Se llegó a estimar que nueve de cada diez de los huevos que se compraban en el Departamento del Sena, se vendían en el mercado negro.

El tabaco y el vino se racionaron a razón de un paquete diario y un litro por adulto a la semana, pero las raciones eran ideales y los precios del mercado negro eran diez o doce veces más altos que los oficiales. En 1943 un par de zapatos absorbía el salario de seis semanas, un traje el de cuatro a cinco meses. El carbón y la electricidad estaban tan restringidos que la ración de combustible no bastaba ni para cocinar. En París una tonelada de carbón llegó a valer el equivalente al salario de dos a cuatro meses.

En la guerra junto al hambre aparece la enfermedad. Tucídides (II, 52-54) ya nos habla de los estragos de la «Gran Peste» en Atenas como efecto de la guerra con Esparta en el 429 (a. n. e.). Dos años antes de que se declarara la epidemia habían comenzado las Guerras del Peloponeso. Atenas había desarrollado un poder marítimo que le permitía contar con una flota muy poderosa y se protegía tras unas murallas prácticamente inexpugnables, lo que le brindaba una magnífica defensa por tierra al tiempo que podía avituallarse por mar. Sin embargo, su política defensiva de protegerse tras sus muros resultó poco favorable, pues en el 430 una plaga asoló la ciudad, que se hallaba superpoblada. En realidad, la naturaleza de esta plaga y su origen nos es desconocido. La descripción que nos da Tucídides (II, 48-54) hace pensar en una forma maligna de escarlatina. Cualquiera que haya sido la infección las condiciones generadas por la guerra convirtieron sus efectos en devastadores. La quinta parte de la población de Atenas murió a causa de la epidemia y entre sus víctimas estuvo Pericles y su compañera, Aspasia.

A lo largo de los siglos las guerras han propiciado los desplazamientos forzados de las poblaciones en condiciones de absoluta precariedad fomentando así las plagas. Los civiles que se refugiaban en las fortalezas o en las ciudades, que terminaban siendo sitiadas, lo

hacían en condiciones de hacinamiento contribuyendo a la aparición de focos infecciosos que luego los ejércitos propagaban a medida que se movían, extendiéndolas a grandes zonas. No es casual que cuando las tropas napoleónicas ocuparon finalmente la ciudad de Zaragoza tras un prolongado asedio en febrero de 1809, luego de asegurar algunos enclaves vitales, se retiraran a sus campamentos fuera del recinto urbano para evitar el contagio de las enfermedades que asolaban a la población conquistada.

Es cierto que las grandes epidemias que han castigado a la humanidad no han tenido su orígenes en los conflictos bélicos, pero las guerras han contribuido a propagarlas o fomentarlas. A finales de la Primera Guerra Mundial, durante las últimas semanas y en la inmediata posguerra, una grave epidemia de gripe, llamada «española», provocó una sobremortalidad impresionante y se extendió rápidamente por buena parte del planeta. La plaga debemos vincularla a los efectos de la guerra: la fatiga de los combatientes, la debilidad de las poblaciones subalimentadas, y la miseria de los campos de prisioneros ofrecieron a la gripe un terreno demasiado favorable para su propagación. Únicamente en 1918 —la epidemia se prolongó hasta 1919—, Alemania registró 187.000 fallecimientos por esta causa, Inglaterra 112.000, Francia más de 91.000 e Italia 274.000.

Pero la enfermedad no ha sido solo producto inevitable de las penalidades del conflicto, también se ha intentado utilizarla como un arma de guerra más. La historia militar nos presenta algunos sucesos en que se han producido episodios relativamente menores de lo que podríamos denominar «guerra biológica».

La primitiva artillería de trabuco en la Baja Edad Media no tenía como único objetivo la demolición y destrucción de las fortificaciones, sino también la introducción de epidemias en las plazas sitiadas. En 1332, en el sitio del castillo de Schwanau, los habitantes de Estrasburgo hicieron sesenta prisioneros, de los que mataron a cuarenta y ocho. Tres de ellos fueron metidos en toneles, junto con diversas inmundicias, y los catapultaron al interior del castillo con la esperanza de provocar la peste. Años más tarde, en el asedio de Caffa (1346), los tártaros hicieron lo mismo, lanzado cadáveres den-

tro de la plaza sitiada para infectar a los resistentes genoveses y así conseguir la rendición.

Entre 1754 y 1767, el ejército británico comandado por Sir Jefferey Amherst, en su lucha contra los indios leales a los franceses en Canadá, introdujo entre las tribus enemigas mantas de afectados de viruela que estaban siendo atendidos en Fort Pitt. Los indios murieron en gran número mientras defendían Fort Carrillon, ya que tenían una nula resistencia a este virus desconocido. Y en la guerra contra China (1941), los japoneses propagaron la bacteria de la peste en las ciudades al norte del país valiéndose de ratas. Según los datos conocidos murieron al menos 700 personas.

Pero las armas biológicas son difíciles de controlar y su uso ha sido hasta la fecha muy restringido. Los agentes patógenos tienen tendencia a morir rápidamente, a menos que se encuentren en un entorno casi perfecto, y resulta muy difícil controlar su propagación. En la vida civil las epidemias aparecen y desaparecen misteriosamente; por ejemplo las epidemias de peste. Muchas veces se extinguen inexplicablemente, lo que para las organizaciones militares que desean hacer uso de ellas las convierten en armas poco fiables. Además, las enfermedades no toman partido, y podría suceder que atacaran a las tropas del país interesado tanto como a las del país enemigo. El argumento definitivo, y un tanto cínico, que se opone a la utilización militar de las armas biológicas es que, en ocasiones, tardan mucho tiempo en surtir efecto. Esos reparos no han impedido que se experimentara con ellas, como lo hicieron los ingleses durante la Segunda Guerra Mundial, en la que científicos británicos pusieron a prueba un arma para propagar el ántrax en la isla de Gruinard (1942), dejándola tan contaminada que se declaró inhabitable hasta 1990.

Pero la táctica que más «daños colaterales» ha cosechado en época contemporánea ha sido el bombardeo sobre la población civil. Ya en la segunda mitad del siglo XIX el bombardeo artillero sobre algunas ciudades causó numerosas víctimas, como el llevado a cabo por los españoles desde sus buques sobre la población chilena de Valparaíso (1866), o el perpetrado por los británicos sobre la ciudad egipcia de Alejandría (1882), este último justificado por el primer

ministro Gladstone como un derecho de injerencia en los asuntos de otros Estados en aras de la paz, la humanidad y el progreso, argumento que desde entonces se ha repetido en numerosas ocasiones hasta el presente. El objetivo real del bombardeo era aplastar una revuelta nacionalista contra las fuerzas aliadas francesas y británicas, y el resultado fue que Egipto se convirtió durante medio siglo en colonia británica.

Sin embargo, será el uso de la aviación en esta práctica del bombardeo la que arrojará resultados más devastadores. La primera vez que un avión lanzó una bomba sobre un objetivo pretendidamente militar fue en noviembre de 1911 en el marco de la guerra colonial que Italia sostuvo para arrebatar Trípoli a los turcos. El teniente Cavotti dejó caer de modo manual cuatro bombas sobre blancos enemigos. Estas bombas eran simples granadas de mano suecas de dos kilos de peso. Los turcos, pocos días después, protestaron por el bombardeo aéreo del hospital militar de Ain Zara. Los italianos quedaron sorprendidos por la protesta turca y alegaron que el campamento de Ain Zara había sido bombardeado anteriormente por la armada italiana, que había lanzado no menos de 152 obuses pesadas desde sus barcos sin recibir ninguna protesta turca con ocasión de este bombardeo «convencional». Siguió entonces una animada discusión en las prensas italiana, turca y neutral sobre la ética de los bombardeos aéreos, pero los ejércitos ya habían apreciado su posible utilidad.

Durante la Primera Guerra Mundial, los zeppelines alemanes llevaron a cabo misiones de bombardeo sobre París y Londres. El 19 de enero de 1915, seis zepelines atravesaron el mar del Norte, lanzaron bombas sobre la capital inglesa y volvieron intactos a su base. Londres aún sufriría otros bombardeos de similares características pero sus efectos en conjunto fueron relativamente menores, ya que a lo largo de toda la guerra sólo produjeron 216 víctimas. Las incursiones inglesas sobre Cuxhaven o las expediciones francesas sobre Friburgo de Brisgovia tuvieron también las mismas características, aunque, en el otoño de 1918, la firma británica Handley Page ya fabricaba aparatos bimotores capaces de llevar una bomba de 750 kilos o su peso equivalente en bombas más pequeñas.

En el primer tercio de siglo, el bombardeo aéreo se empleó sobre todo contra las colonias insurrectas con el ánimo de aterrorizar a la población desde la superioridad militar que la aviación proporcionaba y castigarla por organizar levantamientos nacionalistas. Así, los ejércitos francés y español arrojaron bombas convencionales y de gas sobre las aldeas rebeldes de Marruecos (1912-1913 y 1925). De estas incursiones merece destacarse la padecida por la ciudad Xauen en 1925, perpetrada, por un escuadrón de pilotos mercenarios norteamericanos (*Escadrille Chérifienne*) al servicio de las fuerzas aéreas francesas, cuando era sabido que todos los habitantes varones capaces de manejar un arma estaban ausentes de la ciudad.

Realmente el ataque a Xauen es muy significativo, tanto por los efectos que produjo sobre la población civil como por lo que movió a realizarlo. Francia y España se habían repartido Marruecos en 1912, pero los españoles sólo llegaron a ocupar una estrecha franja del litoral y, en 1921, sufrieron una terrible derrota en Annual. La respuesta fue la ocupación de la ciudad sagrada de Xauen, en la que tan sólo tres europeos habían puesto sus pies anteriormente. Los españoles pronto se vieron atrapados allí y en el otoño de 1924 tuvieron que emprender una retirada forzosa. La retirada, de apenas diez kilómetros, fue un auténtico desastre, se prolongó durante un mes y costó la vida a miles de hombres. Ésta fue la razón por la que Xauen quedó reducida a escombros. El ataque aéreo efectuado por los aliados franceses a requerimiento del mando español no fue una operación militar, fue un acto de venganza utilizando a la población no combatiente como blanco.

Del mismo modo operaron los británicos cuando bombardearon Egipto (1916 y 1920), Darfur (1917), Afganistán (1919), Irán (1920) y Cisjordania (1920); o los estadounidenses cuando arrojaron sus bombas sobre los campesinos revolucionarios de Nicaragua (1921-1928). No obstante, estos bombardeos eran vistos por la opinión pública como «normales», puesto que sus objetivos no eran poblaciones «civilizadas».

Más inquietantes empezaron a ser este tipo de incursiones en la década de los años 30, por ejemplo el bombardeo que sufrió Shangai

por las fuerzas aéreas japonesas (1932), que causó miles de víctimas; o los bombardeos de la aviación italiana fascista sobre Etiopía (1936), denunciados por Hailie Selassie ante la Sociedad de Naciones. Así fue como se hizo general el miedo a los bombardeos aéreos de las ciudades y varios países como Polonia, Francia, Alemania, Italia y Rusia estudiaron poner en marcha métodos de defensa pasiva. En Francia, el mariscal Pétain mandó difundir en los municipios y las fábricas instrucciones detalladas; en Alemania edificaron abrigos a prueba de bombas y gases; en 1933, Italia proyectó la distribución de máscaras antigás a toda la población. Pero fue la Guerra Civil Española la que despertó la alarma sobre estos métodos de lucha, y más en concreto el bombardeo sobre Guernica.

Cuando se bombardeó esta pequeña población vasca, Madrid y Barcelona ya habían sufrido numerosos ataques aéreos, de hecho se calcula que a lo largo del conflicto la aviación fascista arrojó sobre ambas capitales más de 29 toneladas de bombas, todo un record para la época. Sin embargo, fue Guernica la que se convirtió en el símbolo devastador de esta forma de guerra contra la población civil. Dos razones que ayudan a explicar este hecho son, que las 5.771 bombas que cayeron arrasaron casi totalmente la pequeña localidad, aunque sólo causaron unas 150 muertos, la otra es que la tragedia quedó inmortalizada en un cuadro de Picasso, convertido en un icono del siglo XX sobre el sufrimiento de los inocentes en las guerras.

Sin embargo, para entonces, la teoría sobre esa nueva estrategia militar que convertía a los no combatientes en objetivo prioritario para ganar una contienda ya había sido elaborada. El primero en reconocer abiertamente lo que otros ocultaban fue el italiano Giulio Douhet que, en 1921, publicó un libro sobre el asunto titulado *El dominio del aire*. El argumento principal de la obra era que en la guerra del futuro, gracias a la aviación se podría doblegar la voluntad del adversario hasta la rendición. El método consistiría en castigar de tal forma a la población civil que ésta, harta de tanto padecimiento, obligaría a su propio gobierno a la búsqueda de la paz: «Hoy en día ya no resulta admisible la distinción entre beligerantes y no belige-

rantes, ni en la teoría, ni en la práctica… La gente llora cuando oye hablar de unos pocos niños y mujeres que han muerto durante un ataque aéreo, —escribió Douhet— pero, en cambio, se muestran impasibles cuando caen miles de soldados en acción. Todas las vidas humanas son, por descontado, igualmente valiosas, pero la de un soldado, la de un hombre joven y robusto, puede considerarse como un valor individual máximo en la economía general de la humanidad». En medio de esta idea, que invertía los patrones de la guerra tradicional, Douhet deslizaba una verdad profética: «Hoy en día la ofensiva puede alcanzar a cualquiera. Parece que el lugar más seguro en guerras venideras será la trinchera». (Lindqvist, 1999: 134-135).

Los Estados Mayores de los ejércitos, conocieran o no la obra de Douhet, habían llegado a esas alturas del siglo a las mismas conclusiones y las pusieron en práctica durante la Segunda Guerra Mundial. Fueron los nazis los que, tras la experiencia adquirida en España, abrieron el fuego con bombardeos sobre poblaciones civiles como Rotterdam, Varsovia o Coventry. De septiembre a noviembre de 1940, Londres fue bombardeada 87 noches seguidas, con una media de 200 bombarderos cada vez. En total fueron arrojadas en la ciudad 14.000 toneladas de bombas, y los muertos empezaron a contarse por miles. El 29 de diciembre cayeron en Londres 3.000 bombas incendiarias en la peor incursión que tuvo que padecer la capital inglesa. Al finalizar la guerra, 60.000 británicos habían perdido la vida en este tipo de ataques.

Estas criminales incursiones parecieron ofrecer la justificación para que los aliados practicaran, en cuando pudieron, los mismos procedimientos. Inicialmente el Mando de Bombarderos británico quiso ceñirse a objetivos militares, pero su incapacidad técnica para hacer blanco efectivo facilitó que el Estado Mayor del Aire aceptase que «el único objetivo sobre el que los bombardeos nocturnos podían infligir un daño efectivo era sobre una ciudad alemana en conjunto» (Hart, 1991, T. II: 218). Se podría decir que, siguiendo a Douhet, se dio cada vez mayor importancia a los efectos de los bombardeos sobre la moral de la población civil; en una palabra, a sembrar el

terror. El quebrantar la voluntad del pueblo enemigo se hizo más importante que quebrantar los medios de combate del enemigo.

En una directriz al Mando de Bombarderos, del 14 de febrero de 1942, se insistía en que la campaña de bombardeos tenía ahora que «centrarse en la moral de la población civil enemiga y en particular de los obreros industriales». Este sería el «objetivo primordial» (Hart, 1991, T. II: 219). Por consiguiente, el terror se convirtió sin reservas en la política definitiva del Gobierno británico, aunque hubo que disfrazar la auténtica naturaleza de las operaciones ante las preguntas de algunos parlamentarios. De esta política se derivó que el Mando de Bombarderos dedicara en este período el 53% de sus bombas a áreas ciudadanas, comparado con sólo el 14% a las refinerías, y el 15% a objetivos de transporte. Estas cifras siguieron la misma pauta, con pequeñas variaciones, hasta el final de la guerra.

La culminación de esta estrategia se concretó en los bombardeos de castigo a ciudades indefensas que fueron sometidas a un trabajo de destrucción científicamente planificado. En una serie de ataques efectuados las noches del 24 al 27 de julio de 1943, unos 2.350 bombarderos británicos, ayudados por centenares de B-17 estadounidenses, arrojaron sobre Hamburgo más de 9.000 toneladas de bombas de todo tipo. Hasta 1957 no lograron las autoridades civiles de la ciudad alemana redactar la lista aproximada de unos 55.000 muertos en esta incursión. Por primera vez este cataclismo provocó lo que los alemanes llamaron *Feuersturm* (tempestad de fuego). El aire fresco de los campos circundantes fue atraído por las altísimas temperaturas causadas por el bombardeo provocando un intenso huracán que agravó los sufrimientos.

La triste primacía europea en este tipo de ataques pertenece, sin embargo, a Dresde, bombardeada por la RAF según un plan estratégico que respondía a los principios de Douhet. La población de la ciudad en el momento del ataque había aumentado considerablemente, porque un gran número de fugitivos procedentes del Este habían encontrado allí un refugio provisional. La presencia de esta masa de personas —más de medio millón— constituyó uno de los motivos por los que Dresde fue elegida por los estrategas del Mando

de Bombarderos. Suponían que el terror desatado por el ataque colapsaría la red ferroviaria y el nudo de carreteras. Decenas de miles de prófugos intentarían huir y provocarían la parálisis total del tráfico durante días, afectando así a los transportes militares.

A las 22 horas del 13 de febrero de 1943, cerca de 250 aparatos Lancasters se desplegaron sobre la indefensa Dresde sembrando destrucción y muerte. En un cuarto de hora pareció acabar todo, pero no era más que el principio. A las 1:30 de la noche, una segunda oleada de 529 bombarderos pesados regó sobre la ciudad su carga de bombas de fragmentación y fósforo. Los británicos calcularon cuidadosamente el intervalo entre el primer ataque y el segundo. La razón estribaba en que el Mando de Bombarderos había previsto que así podría desbaratar también los medios de socorro que hubieran acudido a las primeras llamadas de auxilio. Y eso fue lo que sucedió.

Pero el ataque sobre Dresde no había terminado. Poco después de las 12 horas del día siguiente, 300 bombarderos B-17 americanos cayeron por tercera vez sobre la ciudad alemana, concentrando su acción en el casco histórico y arrojando sobre él 700 toneladas de bombas, la temperatura en esa zona se elevo a 1000 grados centígrados. Para concluir, el 15 de febrero una última formación de B-17 dio el golpe de gracia a los moribundos con 416 toneladas de bombas. En esta ocasión, como ocurrió en Hamburgo, también fue imposible hacer un balance exacto de las víctimas, aunque una cifra verosímil es que, las sucesivas oleadas, pudieron provocar unas 140.000 muertes. Con posterioridad, los debates entre investigadores han dado como resultado la drástica reducción de esta cifra a menos de la cuarta parte. Se ha sostenido que son los historiadores «revisionistas», proclives a los nazis, quienes han magnificado esta tragedia. La realidad es que nunca podremos saber el número, ni siquiera aproximado, aunque esto no ha impedido conocer cuáles eran los reales propósitos de la operación.

En febrero de 1945, mientras los marines norteamericanos estaban peleando por la conquista del monte Suribachi en Iwo Jima, el Alto Mando estadounidense decidió intensificar su ofensiva aérea

sobre Japón siguiendo los mismos presupuestos que habían animado los ataques a ciudades alemanas. El 9 de marzo de 1945, mientras se estaba terminando la conquista de Iwo Jima, 333 aparatos B-29 despegaron de las bases de Saipán, Guam y Tinian y llegaron a Tokio poco después de la medianoche del 10. Los gigantescos bombarderos bajaron a la altura prevista y descargaron sus bombas de dentro de la zona delimitada por algunas bombas incendiarias lanzadas anteriormente. El bombardeo prosiguió por cerca de tres horas, y fue el más espantoso de toda la guerra. El 20% de la superficie de la capital, cerca de 26 kilómetros cuadrados, quedó completamente destruido, y se calcula que perdieron la vida 124.000 personas, aunque el argumento esgrimido para justificar el ataque fue minar el potencial industrial del Japón.

Algunas semanas después ya no se utilizó la misma justificación, simplemente el presidente de los EE UU pretextando ahorrar vidas de soldados americanos decidió cambiarlas por las de civiles japoneses. Hoy se sabe que en el momento de tomar la decisión de arrojar sendas bombas atómicas sobre ciudades indefensas el gobierno americano era consciente de que Japón buscaba desesperadamente la rendición. No obstante, el uso de tan terrible arma pretendía, no tanto el final de la guerra con los nipones como evitar que la URSS atacara a Japón, cobrando así un mayor protagonismo en el desenlace de la contienda.

Las ciudades bombardeadas de Hiroshima y Nagasaki quedaron en pocos segundos devastadas. Se calcula que en Hiroshima la bomba mató a más de 120.000 personas de una población de 450.000 habitantes, causando otros 70.000 heridos, y destruyendo la ciudad casi en su totalidad. En Nagasaki, el número de víctimas provocadas directamente por la explosión se estima en 50.000 mortales y 30.000 heridos, sobre una población de 195.000 habitantes. A estas víctimas hay que sumar las causadas por los efectos de la radiación nuclear. De una población de 645.000 habitantes, el número de víctimas pudo sobrepasar las 400.000 o 500.000, de ellas, 200.000 o 250.000 mortales.

El efecto aterrador de esta práctica bélica, que impactó directamente sobre la población civil, ha hecho que, de momento, sean los

dos únicos artefactos de esta naturaleza empleados en una guerra. Las explosiones nucleares de 1945 fueron preludio de una nueva era en los conflictos armados ya que quedó demostrada la espantosa capacidad para aniquilar en un abrir y cerrar de ojos una ciudad y a sus habitantes con una sola arma, muy pequeña, arrojada desde un avión. Desde entonces, y gracias a la continua corriente de avances tecnológicos y científicos, se ha multiplicado por mil la potencia de estos artefactos, se han realizado diversas mejoras en los mismos y se han desarrollado precisos sistemas de lanzamiento de alcance intercontinental. En la actualidad, varias naciones almacenan estas eficaces armas de destrucción masiva para su aplicación inmediata.

Pero la contención nuclear no ha impedido que el llamado «bombardeo convencional» se haya seguido utilizando el las guerras de la posguerra. Con el conflicto de Vietnam se batió un record, al arrojar los americanos 14 millones de toneladas de bombas, diez veces las lanzadas en la Segunda Guerra Mundial, y se demostró, una vez más, la eficacia limitada de esa estrategia. En lugar de dividir y desmoralizar a la población, el bombardeo hizo que aumentara la solidaridad entre ella, unida en su rechazo al atacante.

Pero el bombardeo aéreo evidencia que la guerra actual se ceba con la población civil más que en ningún otro momento de la historia; aunque también, dada su relativa imprecisión, llega a afectar directamente a quienes lo practican, siendo una de las principales causas del llamado: «fuego amigo». Esta es una expresión eufemística con la que se pretende aludir a las bajas provocadas durante el combate entre las propias filas por el fuego efectuado procedente del mismo bando. En la Segunda Guerra Mundial, el mando americano de más alta graduación muerto en la contienda, el teniente general Leslie McNair, lo fue por «fuego amigo», cuando una bomba aliada cayó donde no debía; y durante la Guerra del Golfo (1991) el 17% de las bajas estadounidenses se debieron a la misma circunstancia, llegando a producirse la paradoja de que, en la misma contienda, el mayor número de víctimas británicas lo fue como producto del fuego aliado.

Antes de acabar el apartado mencionaremos un último efecto de terribles consecuencias sobre la población civil. Nos referimos a

la violación, y vejaciones de todo tipo, que puede padecer la mujer en las guerras. Este tipo de agresión sobre ese grupo genérico no combatiente ha acompañado a la guerra desde sus orígenes. La mujer como parte del botín aparece ya en la Ilíada y el emperador bizantino Alexius alababa la belleza de las mujeres griegas para hacer más atractivo su llamamiento a la Primera Cruzada.

El hecho de las violaciones en tiempo de guerra no puede desvincularse de la cultura patriarcal dominante en todas las sociedades históricas. La consideración de la mujer como un ser inferior y cosificado al servicio del hombre alcanza su apogeo en la guerra, máxima expresión de la virilidad más exaltada. Por eso, la sumisión física de la mujer al vencedor se ha considerado durante siglos como una brutal manifestación de la victoria, y como trofeo vivo del que servirse del modo más brutal.

En la Antigüedad, las comunidades enfrentadas daban por descontado lo que sucedería con las mujeres de ser vencidas, y pocos relatos históricos se molestaban en recoger lo que acaecía, o lo abordaban con la mayor trivialidad. El historiador británico Gibbon (1737-1794) al referirse al saqueo de Roma por Alarico en el 410, comentaba con burda ironía que la falta de juventud o belleza protegió a la mayoría de las mujeres romanas del peligro del estupro.

Con el despertar del feminismo de segunda generación en la década de los años 70 del siglo XX se ha comenzado a denunciar de modo sistemático este particular tipo de agresión en las guerras, y la obra de Susan Brownmiller *Contra nuestra voluntad* (1975) marcó un hito en ese camino. Esta investigadora estadounidense cita algunos ejemplos históricos y señala también contados intentos en el pasado para poner freno a este tipo de actos. La violación y el saqueo fueron mano a mano en la conquista de casi todas las ciudades antiguas, algo que viene confirmado por puntuales referencias como la del cronista Montrelet al relatar la captura Soissons, en 1414, en la que los nobles se unieron a los soldados rasos en «la violación indiscriminada de mujeres de todos los rangos».

Un caso al que Brownmiller le dedica una particular atención es el de las tropas inglesas tras la batalla de Culloden. En abril de 1746,

el ejército del rey Jorge conducido por el duque de Cumberland sofocó una insurrección en las tierras altas de Escocia. Los clanes que se pusieron bajo la bandera del príncipe Carlos fueron derrotados en Culloden, lo que precipitó la más brutal represión en el país. La estudiosa americana considera que las violaciones que se sucedieron durante meses en el territorio ocupado respondían al propósito de humillar a los rebeldes, dejar patente el poder de los ingleses tras la victoria militar y destruir los lazos de convivencia que unían a los clanes escoceses en aquellas tierras.

Tradicionalmente, los hombres de un pueblo conquistado consideran la violación de «sus mujeres» como la mayor humillación y como una agresión más del enemigo por destruir su identidad. Aparte de una preocupación genuina por las esposas e hijas queridas y cercanas, la violación perpetrada por un conquistador es prueba evidente de la impotencia masculina del vencido. La defensa de las mujeres siempre ha sido señal de orgullo masculino, de la misma manera que la posesión de las mujeres lo ha sido de su éxito. Por tanto, la violación perpetrada por un soldado conquistador destruye todas las ilusiones de poder y propiedad en los hombres del bando derrotado. Por eso es muy común durante la guerra que en una violación se obligue al marido o al padre a mirar cómo se perpetra el acto, ya que es tanto un ataque ejercido por el violador contra el cuerpo de la mujer como contra el varón vencido. Por otra parte, la reacción muy frecuente es que los esposos se aparten asqueados de sus mujeres violadas. En la guerra como en la paz, los maridos de las mujeres agredidas culpan más del hecho a las víctimas que a los atacantes y los vínculos relacionales suelen romperse a raíz de estos actos.

Brownmiller (1975: 32) también señala que el hecho de la violación en la guerra ha sido condenado por algunos monarcas desde época temprana, y cita que en el reglamento militar de Ricardo II de Inglaterra, que data de 1386, se decretaba que «nadie sea tan brutal como para... forzar ninguna mujer, bajo pena de linchamiento». Una pena igual que la reservada para el que robaba en una iglesia. En las Reales Ordenanzas Militares (1768) de Carlos III, las primeras que

intentaban modernizar el ejército hispánico, en el capítulo de disciplina también se decía: «El que forzare a muger honrada, casada, viuda, o doncella, será pasado por las Armas…». Más recientemente, en la Convención de Ginebra, norma internacional que pretende regir los conflictos armados en la actualidad, se afirma: «Las mujeres serán especialmente protegidas... contra la violación, la prostitución forzada y todo atentado a su pudor».

Pero mucho después de que las mujeres de los enemigos hubieran perdido su valor utilitario como esclavas o trofeos de batalla, y mucho después de que la violación fuera desautorizada por los reyes y generales más civilizados, o que las convenciones internacionales la prohibieran, la violación ha seguido acompañando a la guerra. Se dio en diferentes escenarios durante la Primera Guerra Mundial y también en la Segunda, en la que muchas mujeres fueron forzadas por las tropas nazis, sobre todo en el Este de Europa, aunque también se registraron casos en Francia, Bélgica y Holanda.

Posteriormente se produjo la violación de mujeres alemanas por soldados soviéticos en su avance por el III Reich. En la capital, Berlín, hubo un particular ensañamiento en los días posteriores a la conquista, a modo de cruel venganza por las atrocidades alemanas. El mando militar estadounidense, que vigiló de modo particular este tipo de agresiones, procesó a lo largo de todo el conflicto a 971 soldados acusados de violación.

En la guerra en Asia también sufrieron este tipo de ataques muchas mujeres coreanas, chinas y filipinas, que fueron violadas, en ocasiones repetidamente, por las tropas japonesas. El gobierno chino todavía reclama indemnizaciones económicas para las mujeres víctimas de este tipo de agresión durante la invasión nipona. En guerras posteriores se han seguido produciendo violaciones, como las perpetradas por los soldados de Estados Unidos en Vietnam o las más recientes en las guerras de Croacia y Bosnia-Herzegovina. En este último país se calcula que 20.000 mujeres fueron violadas por los serbios durante estas guerras.

Podemos decir que hoy, desgraciadamente, el cuerpo de la mujer continúa siendo una extensión más del campo de batalla, y la viola-

ción una terrible arma de guerra utilizada conscientemente en muchos escenarios de conflicto, como ha venido ocurriendo en África Central. El hecho de que con frecuencia los gobiernos de todo el mundo no investiguen ni castiguen los abusos que cometen sus fuerzas armadas ha permitido que este tipo de agresión siga funcionando como un arma de estrategia militar, un arma de terribles efectos que se ceba en más de la mitad de la población no combatiente, siendo las mujeres las que padecen daños psicológicos que duran toda la vida, graves lesiones físicas, embarazos no deseados, enfermedad y muerte.

El balance general que podemos hacer en la actualidad sobre los daños colaterales es desalentador. En las sociedades muy pequeñas del mundo antiguo la guerra absorbía a buena parte de su población masculina y repercutía sobre el conjunto de los habitantes. Con la formación de grandes Estados se tendió a hacer una especialidad del oficio de las armas y los ejércitos estaban compuestos, sobre todo, por mercenarios o profesionales y, aunque su tamaño aumentó, la implicación de la población civil quedó sujeta a los avatares del conflicto. De esto se podría deducir que durante siglos la guerra afectó más a los combatientes que a la población civil, aunque siempre ha sacudido a toda la sociedad. Sin embargo, con la contemporaneidad y la aparición del moderno concepto de «guerra total», los conflictos han ido implicando a sectores cada vez más amplios de la población, a la par que se ha ido difuminando la distinción entre combatientes y no combatientes. Esto ha dado como resultado que la población no combatiente se haya visto, cada vez más, afectada en los conflictos. Se ha cuantificado que en las dos guerras mundiales se pasó del 13% al 70% de bajas civiles, sobre las bajas totales, estimándose que en las guerras de Corea y de Vietnam esta proporción llegó a ser superior al 80% (Prats, 1973: 34).

Un ejemplo de esta trágica progresión podía ser el conflicto que asoló Líbano en el verano de 2006. Todo se inició en una incursión de la guerrilla islamista de Hizbolá, este grupo capturó a dos soldados israelíes y mató a otros tres cerca de la frontera israelo-libanesa. La respuesta inmediata de las fuerzas armadas de Israel consistió en

bombardeos aéreos masivos en gran parte del país. Para cuando se decretó el cese del fuego, a mediados del mes de agosto, habían muerto 1.200 civiles libaneses y otros 4.500 habían resultado heridos. Del lado israelí, murieron 43 civiles y otros 1.350 sufrieron heridas. Más de un millón de libaneses se vieron obligados a desplazarse de sus hogares. Además, gran parte de la infraestructura civil de Líbano y unas 15.000 viviendas de este país fueron destruidas. Hizbolá confesó 250 muertes entre sus combatientes e Israel 119. Lo que había pronosticado Douhet sobre que en la guerra moderna era más seguro ser combatiente que civil parecía cumplirse.

V
Las guerras de la periferia

Nuevos escenarios

La guerra en la segunda mitad del siglo XX presenta rasgos novedosos respecto a períodos anteriores que van más allá de los cambios experimentados por el armamento, las estrategias desarrolladas, la configuración de los ejércitos o el tipo de combatiente. El primero de estos rasgos, y tal vez más reseñable, sería el relativo a los escenarios del conflicto. Los países más ricos y desarrollados han logrado, en la mayoría de los casos, evitar que las contiendas habidas afecten de modo directo a sus territorios nacionales o, lo que es lo mismo, han conseguido librar las guerras en las que muchas veces han estado implicados en la periferia del sistema económico-político mundial, y lejos de sus fronteras.

La localización de las guerras sigue una lógica histórica propia que se mantiene desde los tiempos de los imperios clásicos, pasando por la época medieval de los caballeros, por los siglos plagados de conflictos bélicos de la Nación-Estado y llega hasta las campañas de los nuevos imperios en los siglos XIX y XX. En ese sentido, la zona más castigada por la guerra en

todo el mundo ha sido la que corresponde a las tierras bajas del noroeste de Europa, zona relativamente pequeña, pero que en los últimos mil años se ha convertido en el escenario de más guerras y más derramamiento de sangre que cualquier otra parte del planeta.

Algunos generales, como Marlborough, se labraron allí su reputación, y otros, como Haig y Ludendorff, la perdieron en los mismos campos embarrados de Flandes. Los holandeses lucharon por su libertad entre la maraña de canales contra españoles, austriacos, franceses, alemanes, y también entre sí. En 1914 y 1940, esa zona se convirtió en la ruta que siguieron los ejércitos alemanes en sus grandes ataques para conquistar el continente europeo y, aún en la década de los ochenta, era la zona en que se podía decidir cualquier batalla que se hubiese librado entre la OTAN y el Pacto de Varsovia. Pero, en la segunda mitad del siglo XX, esa zona no sólo ha logrado vivir en paz sino que todo el continente europeo lo ha conseguido, si exceptuamos algunos conflictos muy localizados como la Guerra Civil Griega (1946-1949), el conflicto chipriota, que se arrastró durante los años 60 hasta la guerra greco-turca de 1974, y los conflictos nacionalistas en la antigua Yugoslavia, que han jalonado el final de siglo.

Es cierto que también se han producido enfrentamientos armados de una relativa intensidad, producto del descontento político frente a los regímenes existentes, como los protagonizados por el «maquis» español, la guerrilla antifranquista, en el período que se extiende del año 1945 a 1952, o la sublevación húngara de 1956, pero en general el viejo continente ha conocido una relativa paz. Decimos relativa ya que distintos países europeos han intervenido intensamente en numerosas guerras libradas siempre en lejanos escenarios, bien en lucha por mantener sus colonias o en el marco de alianzas internacionales. En este tipo de supuestos, el Reino Unido, después de la Segunda Guerra Mundial, ha participado en muchos más conflictos que ningún otro país.

No obstante, esta paz beligerante de la que los países más ricos han disfrutado desde 1945 ha sido mucho más violenta que las que hubo entre 1815 y 1854, 1870 y 1914 o 1918 y 1939, dibujándose así nuevas zonas en el planeta especialmente castigadas por la guerra. En primer lugar deberíamos mencionar el Este Asiático donde, desde la guerra de Corea o la lucha del pueblo del Vietnam por su independencia hasta el apaciguamien-

to del área en los años 90, se ha vivido una guerra casi continua. Aún hoy, la reminiscencia de dos Coreas producto de la Guerra Fría, sigue generando inestabilidad en esa parte del mundo. Otra zona donde se han multiplicado los conflictos ha sido el Oriente Próximo, en el que los enfrentamientos se han sucedido hasta el presente, como lo testimonia la reciente invasión de Irak, estando hoy todavía muy lejos de haberse alcanzado una solución a las tensiones que gravitan sobre toda el área. En las últimas décadas se han concretado otras «zonas calientes» como Afganistán y la región del Cáucaso, donde la conflictividad se ha visto agravada con la desaparición de la URSS y la implosión de los nacionalismos. No obstante, la guerra, en alguna de sus manifestaciones, ha azotado a otros muchos puntos del globo, sobre todo al lacerado continente africano. Así pues, se puede afirmar que en conjunto las guerras posteriores a la Segunda Guerra Mundial han tenido lugar en el Tercer Mundo.

Hasta 1995, el 92% de los conflictos (137) se han desarrollado en la periferia del sistema y han contabilizado unos 20 millones de muertos, aunque esta cifra ha de considerarse como relativa, ya que el cálculo se refiere sólo a grandes conflictos (Corea, Vietnam, intervención soviética de Afganistán, etcétera), pero no incorpora datos de conflictos locales que no son fiables (Angola, Eritrea, Somalia, Etiopía, Colombia, etc.).

Las contiendas libradas en este período han cobrado formas distintas, permitiendo así establecer una tipología de los conflictos modernos. Éste sería el segundo rasgo novedoso que presentaría la guerra durante este período. Podríamos clasificar las guerras desde 1945 en cuatro grandes grupos. La guerra atómica, que no ha llegado a librarse, pero que durante décadas alimentó la tensión bélica entre dos poderosos bloques militares enfrentados ideológicamente en la llamada Guerra Fría. A la par se han producido también guerras denominadas «convencionales», por seguir el patrón de enfrentamiento entre Estados propio de la primera mitad del siglo. En tercer lugar debemos señalar el tipo de conflictos más numerosos en estos años, que son los protagonizados por las guerrillas frente a ejércitos regulares. Por último, se podría apuntar un cuarto tipo, producto de una combinación de guerra convencional con una nutrida participación de la guerrilla, sobre todo en el marco de guerras civiles o de guerras entre Estados pero con un fuerte componente ideológico derivado del enfrenta-

miento propio de la Guerra Fría. Vietnam sería el ejemplo más claro de este tipo de conflicto.

Las causas de las contiendas han seguido patrones ya conocidos: influencia sobre áreas de dominio, enfrentamientos político-ideológicos, querellas fronterizas… Pero las guerras más numerosas desde 1945 se han desatado en la lucha por la independencia nacional en el marco de los procesos de descolonización frente a las antiguas metrópolis. Al principio, eran guerras para sacudirse el dominio imperial; después, guerras entre los herederos de ese poder, a las que no eran ajenas los antiguos colonizadores. En su agonía, esos viejos imperios, al intentar mantener su influencia sobre las primitivas posesiones produjeron las causas para desencadenar más guerras: Congo 1960-1967; Biafra 1967-1971; Bangladesh 1971, etc. Así, la motivación económica ha seguido operando como telón de fondo en la mayor parte de estas contiendas, y aunque no sea la única, la lucha por los recursos naturales como el petróleo o el coltan utilizado en la fabricación de teléfonos móviles, figura como causa última en la mayoría de los conflictos.

Muchas de estas guerras han sido amparadas por los intereses de las superpotencias. Al tejerse nuevas redes de poder internacional, EE. UU., la URSS o China han intervenido activamente en la mayoría de ellas: armando a los combatientes, con consejeros, patrocinadores, soldados... Tras esas guerras calientes, y en su seno, aleteaba la confrontación entre los dos bloques y sus aliados. Por ese motivo, también muchos de estos conflictos han tenido un marcado carácter revolucionario. En ese aspecto las guerras de los últimos años han diferido asimismo del modelo tradicional. Las guerras civiles se han internacionalizado, no sólo por la participación directa de una superpotencia o de otro Estado en nombre de una superpotencia, sino por su exportación mediante el envío de contingentes armados o fomentando la guerra revolucionaria.

Esta diversidad ha mantenido viva a la guerra en nuestra historia más reciente, siendo influidos los conflictos armados por todos los enormes cambios experimentados por la sociedad. El nacimiento de nuevas naciones producto de la descolonización, el enorme desarrollo tecnológico, la globalización de la economía y las desigualdades planetarias, la aparición de corrientes de pensamiento como el ecologismo, la transformación de valo-

res morales tradicionales y la tremenda influencia de los medios de comunicación han contribuido a modelar viejas y nuevas formas en la manera de hacer la guerra.

La guerra que no estalló

Después de la victoria de 1945, los británicos y norteamericanos procedieron al licenciamiento del grueso de sus fuerzas armadas, cediendo a las instancias de sus respectivas opiniones públicas; mientras tanto, los países europeos se ocupaban en restañar sus heridas. Al propio tiempo, se iniciaban en todo el mundo (Grecia, Irán, China), una serie de movimientos de rebelión interna y se despertaban los pueblos colonizados (Corea, Indochina, Malasia), estimulados por los partidos comunistas. Además, la URSS, deseosa de rodearse de un cinturón de Estados satélites, patrocinaba el nacimiento de las Democracias Populares en el este de Europa.

En este contexto, los gobiernos de los países occidentales desarrollaron la idea de un pacto político-militar que Churchill había ya propuesto en una visita a los EE. UU. en 1946 y que, finalmente, fue firmado el 17 de marzo de 1948 con el nombre de Tratado de Bruselas. Se trataba de un tipo de alianza más estrecha que las coaliciones del pasado y su objetivo fundamental era combatir la extensión del comunismo y relanzar la economía capitalista tras la guerra. Los firmantes del pacto fueron: Bélgica, Francia, Luxemburgo, Países Bajos y Reino Unido. Estos países, a la vez que reforzaban sus lazos económicos, se comprometían a constituir un sistema defensivo común, con ayuda de los EE. UU. Más tarde, esta alianza se amplió con el Tratado del Atlántico Norte (OTAN), firmado el 4 de abril de 1949 e integrado por los antiguos aliados, los Estados Unidos, Canadá, Dinamarca, Italia, Noruega y Portugal, a los que se adhirieron Grecia y Turquía en 1952, la Alemania Occidental en 1955 y otros países europeos hacia finales del siglo. Este tratado, firmado por un plazo de veinte años, establecía esencialmente la garantía de la asistencia armada de los miembros de la alianza en caso de agresión contra uno de ellos.

Ante esa posible eventualidad la alianza debía estar preparada y eso significaba que cada miembro, según sus posibilidades, proporcionaría la ayuda que se le pidiese: fuerzas armadas, instalaciones o prestaciones

diversas. Tal obligación acarreaba la necesidad de un mando conjunto, una estrategia hasta cierto punto común y la relativa estandarización del material. Este tipo de organización daba origen a un nuevo modelo de la coalición militar basado en la preparación de la guerra de modo conjunto en tiempo de paz. Para ello, una inmensa máquina interaliada se encargaría de coordinar las políticas militares de los países miembros, así como del entrenamiento y el equipo de las fuerzas puestas al servicio de la alianza y sometidas en gran parte a Estados Mayores «integrados».

La respuesta de los soviéticos se produjo con retraso. Hubo que esperar a la muerte de Stalin para que la URSS se decidiera a crear una coalición militar de características similares a la OTAN alineando en ella a los países de la Europa del Este bajo su influencia directa. Así, en 1955 nació el Pacto de Varsovia tratado de «amistad, cooperación y asistencia mutua» que fue la réplica al rearme alemán y a la integración de la República Federal Alemana en la Alianza Atlántica. El Pacto de Varsovia reunió bajo el comando militar soviético a todas las fuerzas armadas de las «democracias populares» (Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Hungría, Polonia y Rumanía), con la excepción de Yugoslavia. Posteriormente, Albania abandonó de hecho el Pacto en 1962, tras la ruptura chino-soviética, y formalmente en 1968. Con la desintegración de la URSS, el Pacto de Varsovia quedó disuelto, aunque no ocurrió lo mismo con la OTAN, y se produjo la paradoja de que varios de los Estados del Pacto solicitaron y obtuvieron su adhesión al Tratado del Atlántico Norte.

La OTAN en su origen elaboró una concepción estratégica pensada fundamentalmente para Europa y basada en lo que se denominó el «escudo» y la «espada». Esta concepción descansaba en una cobertura o «escudo» que comprendía un conjunto de divisiones de tipo convencional, apoyadas por las fuerzas aéreas y encargadas de la defensa del territorio en contacto directo con los países del este. Al amparo de esta cobertura, se respondería a una eventual agresión rusa con la «espada» atómica. Así, desde su nacimiento, la estrategia de la OTAN estuvo en buena medida determinada por el hecho de que EE. UU. poseía la bomba atómica, lo que no situaba a todos los miembros de la coalición en par de igualdad.

Gran Bretaña, que había contribuido de modo importante al «Proyecto Manhattan» que dio vida a la primera bomba atómica, esperaba

compartir los resultados finales del experimento, pero estaba equivocada, ya que Estados Unidos pretendía conservar el monopolio de la energía nuclear. Este hecho llevó a los británicos a iniciar la fabricación de su propia bomba atómica, realizando la primera prueba en octubre de 1952; mientras que Francia hizo lo propio diez años después.

Para la Unión Soviética, excluida por sus aliados de la investigación científica del «Proyecto Manhattan», la explosión de las bombas en Hiroshima y en Nagasaki fue una demostración de poder devastador que señalaba la tendencia estadounidense hacia la supremacía mundial en el período de la posguerra. Es más, el momento del ataque fue percibido acertadamente por Moscú como una medida para prevenir la invasión soviética de Japón. Por eso, al saber que los norteamericanos y posiblemente también los ingleses estaban en posesión de este tipo de artefactos, la URSS quiso desarrollar, como era lógico en una política que cada vez más conducía al enfrentamiento, su propio programa de fabricación atómica, y ese fue el disparo de salida para una confrontación larga e insidiosa bautizada como: Guerra Fría.

Cuando en junio de 1948 los soviéticos bloquearon Berlín, los americanos mandaron inmediatamente a sus bombarderos B-29, calificados como «con capacidad atómica», a Alemania y Gran Bretaña para advertir a los comunistas. Pero el anuncio en septiembre del año siguiente de que los rusos habían hecho explotar un artefacto atómico sorprendió a los políticos americanos, aunque no a los científicos quienes habían considerado el descubrimiento soviético como algo inminente. Sin embargo, la paranoia anticomunista de la época exigía que el éxito soviético se atribuyera a la traición del «espía atómico» Klaus Fuchs, que fue arrestado el 2 de febrero de 1950 en Gran Bretaña. Para los americanos, lo más preocupante de todo era que la posesión del artilugio atómico por la Unión Soviética socavaba la estrategia militar estadounidense basada en la superioridad nuclear de Norte América. Esa circunstancia precipitó el nacimiento de la OTAN, pero también impidió que el presidente Truman diera luz verde a las pretensiones del general Douglas MacArthur que, ante la marcha adversa de la guerra en Corea (1950-1953), proponía emplear armamento atómico.

La aparición de la bomba atómica como ingenio aniquilador iba a trastocar todos los supuestos militares existentes. En principio se preten-

dió que prevaleciera la idea de que no se trataba de un arma resolutiva en el campo de batalla frente a una potencia continental. Las cifras ponían de relieve que los primeros tipos de bombas atómicas fabricados causaban aproximadamente la misma destrucción que 2.000 toneladas de bombas convencionales. Por tanto, para infligir el mismo daño que se le había hecho a Alemania, sobre la que se arrojaron 2,7 millones de toneladas de bombas, habrían sido necesarios más de 1.000 artefactos del tipo de Hiroshima. Para superar estas limitaciones y contrarrestar la bomba que los soviéticos ya poseían, Estados Unidos apostó por desarrollar la bomba de hidrógeno.

El 1 de noviembre de 1952 explotó una bomba-H americana en el atolón de Eniwetok en el Pacífico, con una fuerza equivalente a 10,4 millones de toneladas de TNT: mil veces mayor que la de Hiroshima. En el plazo de nueve meses, el dirigente soviético Grigoriy Malenkov anunció que Estados Unidos ya no disponía del monopolio de la bomba H, una declaración que los científicos americanos confirmaron al examinar las muestras de aire a raíz de una prueba atómica de los soviéticos. Se daba así un paso más en la carrera nuclear.

Tras la llegada al poder en EE UU de la nueva administración republicana con la presidencia de Dwight Eisenhower, Washington adoptó unas directrices en política exterior inspiradas por el nuevo secretario de Estado, Foster Dulles. En enero de 1954 se enunció por primera vez la doctrina conocida como Represalias Masivas, inspirada en la superioridad norteamericana en el terreno atómico y el papel clave de sus superbombarderos agrupados en el Strategic Air Command (SAC). En esencia esta estrategia establecía que en caso de un ataque soviético, Estados Unidos no dudaría en lanzar represalias masivas utilizando el arma nuclear. La respuesta no tendría que darse necesariamente en el lugar donde se hubiera producido la agresión. Cualquier territorio del bloque comunista, incluida la URSS, sería susceptible de ser atacado.

En esta primera fase histórica de la era nuclear las bombas eran muy voluminosas y para transportarlas no podía emplearse otro «vector» que el avión. En ese sentido, los Estados Unidos gozaban de ventaja ya que los bombarderos del Mando Aéreo Estratégico con base en el continente europeo, islas Británicas, norte de África y en el propio territorio nortea-

mericano podían alcanzar los grandes centros de población de la URSS. Por eso cierto número de aviones B-47 y B-52 se mantenían continuamente en vuelo, con bombas atómicas y con objetivos prefijados de antemano para entrar en acción al recibir las órdenes oportunas.

Esa ventaja pronto fue igualada por los soviéticos. El Primero de Mayo de 1954, en el desfile celebrado en la Plaza Roja del Kremlin una estremecida cohorte de observadores occidentales pudieron contemplar cómo sobre sus cabezas pasaba rugiendo una flotilla de superbombarderos. Se trataba de un nuevo aparato bautizado en el código de la OTAN como «Bison» y al que los soviéticos habían denominado con el nombre clave de «Molot» (Martillo), aunque en la serie oficial se trataba del Myasishchev M-4. Ese aparato era la contrapartida soviética del B-52, y se le presuponía la capacidad de lanzar la bomba H sobre los EE. UU. y regresar a su base. Aunque los portavoces del complejo militar-industrial norteamericano —y en general de los países de la OTAN— hicieron todo lo posible para presentar la amenaza de los bombarderos atómicos soviéticos bajo los tintes más negros, lo cierto era que su poder ofensivo estaba muy por debajo del disponible por el SAC.

Realmente, en esos momentos se estaba a punto de entrar en una nueva fase de la amenaza nuclear que se iba a encarnar en el misil. Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, Hitler había sorprendido a los aliados con sus armas secretas. Se trataba de las V-1 y las V-2. La V-1 era una bomba volante que pesaba una tonelada y tenía la forma de un avión sin piloto. Su radio de acción era de unos 240 km y su velocidad entre 320 y 640 km por hora. Volaba a una altura constante y se le podía seguir por radar; por consiguiente, podía ser derribada por los cazas y también era vulnerable a las explosiones cercanas de los proyectiles de la artillería antiaérea. Por el contrario la V-2 era bastante más peligrosa. Se trataba de un cohete de casi 14 metros de largo con un radio de acción de 320 a 350 km. Su cabeza explosiva también pesaba una tonelada. Su trayectoria se alzaba hasta un máximo de 80 km de altura y era tan rápida que no podía ser vista en vuelo. Descendía a más de 3.200 km por hora y jamás fue descubierta una defensa efectiva contra ella.

Al finalizar la contienda los estadounidenses capturaron un buen número de V-2 en buen uso, así como al equipo de diseño de cohetes ale-

mán liderado por Wernher Von Braun, que pronto tuvo un papel decisivo en el desarrollo de los misiles norteamericanos. La URSS también capturó motores V-2, y los diseñadores rusos, dirigidos por Valentin Glushko y Sergei Korolev, copiaron esos cohetes y luego pasaron a desarrollar los suyos propios, más potentes.

En los EE. UU., a mediados de los años 50, ya se habían conseguido los cohetes Thor y Júpiter, con un alcance de 2.000-3.000 km, y estaban desplegados o en proceso de despliegue en suelo aliado europeo y a las puertas de la URSS, aunque en número muy limitado. Esto, unido al poder de sus bombarderos, les daba una superioridad nuclear tranquilizadora frente al adversario. Pero esa confianza pronto quedó defraudada cuando el 26 de agosto de 1957 los soviéticos anunciaban al mundo la posesión de un «Misil Balístico Intercontinental» (ICBM) operativo. La noticia, como es obvio, causó sensación, sobre todo en los Estados Unidos, donde se veía desvanecer la esperanza de que el continente americano continuase siendo una zona libre de destrucción en caso de conflicto bélico.

Para demostrar al mundo que sus afirmaciones eran ciertas el 4 de octubre del mismo año 1957, los soviéticos pusieron en órbita circular por encima de la atmósfera el primer satélite ruso (sputnik), causando una gran conmoción en todo el mundo. El sputnik fue visto como un reto a la tecnología americana y evidenciaba que los misiles soviéticos eran efectivamente de alcance intercontinental. Los EE. UU., por entonces, estaban desarrollando ya su propio ICBM, al que llamarían Atlas. Temerosos de que algo fallara durante la fase de su diseño, el Departamento de Defensa trabajó en otro ICBM, el Titán-I, que más adelante evolucionaría en sucesivas versiones tanto para tareas militares como espaciales. De una manera o de otra, ambas potencias tenían ya las herramientas fundamentales para iniciar una nueva era tecnológica y militar en la que a la potencia atómica se sumaba el disparo de misiles desde largas distancias.

La ascensión al poder en EE. UU. del equipo de intelectuales que rodeaban al presidente John F. Kennedy (noviembre de 1960 a noviembre de 1963) implicó una cierta innovación en el campo de la estrategia nuclear. La nueva administración estaba obsesionada por la presumible superioridad de los soviéticos y se propuso, desde el primer momento, emprender una política de rearme con fuertes inversiones en este campo, al tiempo

que el nuevo secretario de defensa, Robert MacNamara, formulaba una línea estratégica que iba a ser conocida como: «destrucción mutua asegurada» (*mutual assured destruction*) o MAD, siglas que forman la palabra «loco» en inglés.

La destrucción mutua asegurada realmente venía a sancionar el equilibrio del terror. Su formulación no partía ya de una superioridad estadounidense en la guerra atómica sino del desarrollo de una fuerza equivalente a la de la URSS, y capaz de infligir daños irreparables al adversario. Cualquier uso de armamento nuclear por cualquiera de los bandos opuestos podría resultar la completa destrucción de ambos, atacante y defensor. Lo realmente terrible de este principio era que las represalias en caso de ataque se iban a centrar en las ciudades y los grandes centros industriales. De hecho los americanos calculaban poder eliminar en su ataque al 25% de la población de la URSS, y destruir la mitad de su capacidad industrial.

Para asegurar los resultados de esta estrategia se requería que ante un ataque sorpresa que afectara a las bases de lanzamiento de los propios misiles se pudiera producir la consiguiente respuesta de represalia sobre la que reposaba el principio de la disuasión. Los primeros ICBM que habían entrado en servicio en 1957 como el Atlas, eran impulsados con propergol, combustible líquido no almacenable, por lo que su lanzamiento debía realizarse desde la superficie. Sin embargo, el Titan introducía ya la novedad de permanecer enterrado en un silo profundo e inexpugnable hasta minutos antes de su lanzamiento en que debía ser izado a la superficie para proceder a la carga de propergol y al inmediato disparo.

Estos minutos de exposición fueron eliminados en el Minuteman, desarrollado a partir de 1962. Con este nuevo modelo se podían usar propergoles sólidos lo permitía que el disparo se efectuase desde la misma profundidad del silo. No obstante, la respuesta más eficaz ante ese pretendido ataque sorpresa parecía residir en el Polaris, primer misil de largo alcance que podía ser lanzado desde un submarino sin necesidad de que éste aflorase a la superficie, es decir, sin posibilidad de ser descubierto.

En medio de esta carrera desbocada hacia una guerra apocalíptica, en octubre de 1962, el descubrimiento por parte de Estados Unidos de bases de misiles nucleares soviéticas en territorio cubano precipitó una crisis que

puso al mundo al borde de la catástrofe. Superado ese momento crucial, en el que la Guerra Fría estuvo a punto de convertirse en un cataclismo planetario, las dos superpotencias decidieron establecer el llamado «teléfono rojo», una línea directa entre la Casa Blanca y el Kremlin que tenía como finalidad agilizar las conversaciones entre ambos países durante períodos de crisis.

El paso siguiente lo dio la Unión Soviética y supuso un giro radical en la estrategia nuclear desarrollada hasta entonces ya que los soviéticos comenzaron a producir misiles defensivos (ABM o *Anti Balistic Missile*) y no solamente, como había venido sucediendo hasta ese momento, misiles ofensivos. La existencia de los ABM venía a desestabilizar la política basada en la «disuasión», ya que al neutralizar la respuesta del adversario desaparecía el equilibrio en el que se basaba el MAD. Así, el despliegue de la red soviética Galosh alrededor de Moscú, red puramente defensiva, fue percibida por los norteamericanos como una auténtica agresión.

Los americanos también habían contemplado esa posibilidad y en 1966, el programa «Sentinel» planteaba instalar silos de misiles interceptores en torno a algunas ciudades estadounidenses para proteger los grandes centros de población, probables objetivos soviéticos. Pero ante la fuerte reacción de los ciudadanos estadounidenses que no concebían vivir con armas nucleares en su puerta y, sobre todo, ante el elevadísimo costo del programa, los EE. UU. trabajaron en otro sentido. Fue así como aparecieron los MIRV (*Multiple Independently Re-entry Vehicles*) unos misiles ofensivos dotados de cabezas múltiples con objetivos independientes que tenían como principal finalidad anular de facto los escudos antimisiles ya que se requería de un «paraguas» defensivo cuyo costo para hacer frente a las cabezas múltiples desbordaba cualquier presupuesto militar, sin garantizar una eficacia al cien por cien, al tener que ser localizada y destruida por un antimisil cada cabeza u ojiva nuclear.

A comienzos de los años 70 la escalada atómica suponía que las dos superpotencias invertían al día 50.000.000 de dólares en esta locura y que la suma de la capacidad explosiva de ambos arsenales nucleares equivalía a unas tres toneladas de TNT por cada habitante del planeta. Por eso, los Estados Unidos y la URSS se propusieron, a partir de 1969, a través de unas conversaciones sobre limitación de armamentos estratégicos (*Strategic*

Arm: Limitation Talka, SALT) fijar un techo a la posible progresión de sus arsenales nucleares, lo que les permitiría moderar sus respectivos gastos en armamento.

Las negociaciones se abrieron en Helsinki en noviembre de 1969 y se llegaron a firmar dos acuerdos SALT, en 1972 y 1974. No obstante, los tan celebrados acuerdos SALT lo que venían era a ratificar la estrategia del terror al centrar el grueso de la negociación en la reducción de los misiles defensivos, los más costosos, limitándose a equilibrar las fuerzas en función de los más baratos misiles ofensivos. Al final de las negociaciones se acordó «limitar» los arsenales a unos 2.400 vectores estratégicos, de los que 1.320 eran misiles de ojivas múltiples.

Para Washington, a partir de entonces, el aspecto ofensivo basado en la mejora de los misiles intercontinentales dejó al margen lógicamente el aspecto defensivo, aunque en 1983 el Presidente Ronald Reagan lanzó el proyecto denominado Iniciativa de Defensa Estratégica (IDS) conocido como «Guerra de las Galaxias». Se trataba de resucitar con ayuda de los avances tecnológicos una defensa antimisiles global, fundada en satélites y láseres espaciales capaces de interceptar cualquier disparo de misiles balísticos intercontinentales con carga nuclear procedentes de la Unión Soviética. Ese proyecto, que pronto se demostró irrealizable, volvió a reactivar la carrera de armamentos hasta que la quiebra de la URSS en 1991 puso fin a la Guerra Fría.

A lo largo de todos estos años la tensión que se vivió entre las grandes potencias tuvo una honda repercusión social. El espanto que inicialmente produjo el empleo de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki quedó amortiguado por el final de la guerra y el inicio de la reconstrucción pero, muy pronto, se comenzó a apreciar los terribles efectos que podía tener el empleo del arma nuclear en un nuevo conflicto. Esa sensación se fue acrecentando con la fabricación de la bomba de hidrógeno y el control por parte de los soviéticos del mismo tipo de artefactos.

Al comienzo de los años cincuenta, al tiempo que se experimentaban armas cada vez más potentes, los gobiernos occidentales, por iniciativa de EE. UU., comenzaron una campaña propagandística para rehabilitar la imagen de la energía nuclear ante los ojos de la opinión pública. El proyec-

to «Átomos para la paz», lanzado por el presidente Eisenhower, se centró en la utilización pacífica de este tipo de energía. Un testimonio material de esa campaña es el famoso «Atomium», una construcción con forma de átomo erigida en Bruselas con motivo de la Exposición General de 1958. «Átomos para la paz» supuso un esfuerzo internacional para estimular las aplicaciones civiles del átomo, con la doble finalidad de que las potencias nucleares adquirieran mayor prestigio y el mundo dejara de preocuparse por las posibles aplicaciones militares. Sin embargo, las pruebas de armas llevadas a cabo por esas potencias resultaron más impopulares que el hipócrita programa «Átomos para la paz», y la opinión mundial terminó por manifestarse decididamente contraria a los ensayos que llevaban a cabo norteamericanos, soviéticos y británicos.

El peligro que para la población civil suponía la estrategia del terror motivó también que se emprendieran por parte de las autoridades campañas de protección civil ante un posible ataque nuclear, más con el ánimo de tranquilizar a los habitantes de las ciudades que porque se creyera en la eficacia de las medidas que se podían adoptar.

La hipótesis del Comité Hollifield, nombrado por el Congreso de los EE. UU. para determinar las consecuencias que para el pueblo norteamericano se derivarían de una hipotética guerra nuclear, estimaba en 1958 que sobre los grandes núcleos de la costa del Este, entre Washington y Boston, caerían 275 megatones (1 megatón = 1.000.000 de toneladas de TNT), y sobre todo el territorio norteamericano, 1.446 megatones. Ésta tenía que ser la consecuencia de una posible ruptura de hostilidades con la URSS, partiendo de que los rusos no sólo disponían de tal megatonelaje sino de los medios suficientes para realizar el bombardeo.

Los resultados a que llegó el Comité Hollifield eran sobrecogedores: ya en los primeros momentos morirían 6 de los 8 millones de habitantes de Nueva York y 47 millones del total de la población de los Estados Unidos. La mitad de las viviendas quedarían destruidas y, de las restantes, un 50% serían inhabitables como consecuencia de las radiaciones. Diecinueve millones de heridos estarían en su mayoría condenados a perecer, al quedar sobresaturados todos los centros hospitalarios.

Para tranquilizar a la población, las campañas de protección civil daban rudimentarios consejos de cómo protegerse ante un ataque de estas

características. Se hacían prácticas en las escuelas e incluso se transmitían dibujos animados por la TV para concienciar a los niños de cómo debían actuar. Muchas familias creían más que probable que su país fuese atacado con bombas atómicas y comenzaron a idear refugios en los que ponerse a salvo mientras hubiese niveles altos de radiactividad en el exterior. Surgió así el llamado *fallout shelter*, un lugar seguro y sólido, blindado con gruesos muros de hormigón, en el que se almacenaban agua, alimentos y todo tipo de enseres necesarios para mantener con vida a sus ocupantes como mínimo durante dos semanas.

En 1962 se hizo muy popular un curioso *Manual de fallout shelter*, escrito por Chuck West. La portada mostraba una imagen de la típica familia americana viviendo «cómodamente» en un *fallout shelter* después de un ataque atómico. La madre, con vestido y delantal, preparaba la cena, mientras que el padre se relajaba fumando una pipa y leyendo una revista. El libro incluía numerosas fotografías en las que se intentaba convencer al lector de la solidez y las comodidades que él y su familia encontrarían en estos refugios, mientras esperaban el momento propicio para salir de nuevo al exterior. El Presidente Kennedy desarrolló un programa para construir refugios nucleares destinados, esencialmente, a proteger a los altos funcionarios del gobierno y a resguardar las instalaciones militares más importantes. También la antigua Unión Soviética y otros países del bloque del Este se preocuparon en diseñar estos refugios y, frecuentemente, aprovecharon los túneles del metro para construirlos.

La amenaza atómica pendía como una espada de Damocles sobre la humanidad y no residía sólo en el estallido de un conflicto bélico ya que el manejo del armamento atómico estaba sujeto al error mecánico o humano y resultaba igualmente peligroso. Un accidente aéreo de alguno de los bombarderos B-47 y B-52 en vuelo permanente podía precipitar la catástrofe. El código «Flecha Rota» (*Broken Arrow*) era el usado por el ejército norteamericano cuando estos bombarderos sufrían un percance. El más publicitado fue el ocurrido en las inmediaciones de la localidad almeriense de Palomares en enero de 1966 cuando la Fuerza Aérea de los Estados Unidos perdió un avión cisterna, una bombardero estratégico y las armas nucleares que transportaba este último. De hecho, se conoce la existencia de al menos catorce de estos accidentes durante esos años.

Con la crisis de los misiles en Cuba el peligro se hizo inminente y aumentaron los niveles de alarma social. Los best seller y Hollywood se hicieron eco de esos miedos. Nevil Shute escribió *La última orilla*, novela de gran éxito que fue llevada al cine en 1959 por Stanley Kramer con el título castellano de *La hora final*. Burdick y Wheeler, autores de *Fail Safe*, también vieron como su novela era llevada a la pantalla en 1964 por Sidney Lumet con el título *Sin retorno* y, en clave irónica, Stanley Kubrick filmó *Dr. Strangelove, or how...* que se estrenó en España como *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*. Pero sin duda la más impactante de estas producciones fue el film *The War Game*, del británico Peter Watkins, una reconstrucción sobre el resultado de un ataque nuclear contra Gran Bretaña. La película fue prohibida por la BBC-TV, pese a que la había producido, en teoría porque «era demasiado horripilante para emitirla». *El juego de la guerra* se convirtió así en un film de culto y llegó a ganar un Óscar, aunque el gran público sólo pudo verlo 25 años después.

La carrera nuclear afectó a numerosos aspectos de la vida cotidiana. Por ejemplo, en los EE. UU., ante el adelanto que suponía la aparición del sputnik soviético y el fracaso que se experimentó al probar un cohete americano denominado Vanguard, el gobierno decidió reorientar el programa de educación científica de las escuelas e impulsó las carreras de física e ingeniería, lo que hizo que muchos jóvenes se inclinaran por estos estudios durante esos años. Con el sputnik la confianza americana en su sistema quedó seriamente minada y, con sutil ironía, los soviéticos lo supieron aprovechar llegando a proponer la inclusión de los EE. UU. en su programa de ayuda tecnológica para países subdesarrollados.

Con el fin de la Guerra Fría el peligro de una guerra nuclear pareció esfumarse, sin embargo continúa latente. De hecho el número de países que poseen este tipo de armas ha aumentado. Algunos de estos países que las poseen, como la India, Pakistán o Israel están expuestos a fuertes tensiones, y la consecución de una panoplia nuclear por otros Estados es así mismo fuente de conflictos constantes, como ocurre con Irán o Corea del Norte. Desgraciadamente, este tipo de contienda no ha desaparecido del horizonte bélico y se sigue columbrando amenazante como la guerra que aún no ha estallado.

Combatientes

En la segunda mitad del siglo XX, los ejércitos constituidos y los conflictos que se produjeron ofrecen una amplia variedad respecto a los tipos de combatientes, entremezclándose en ellos perfiles que podríamos considerar históricos con otros mucho más modernos. Ha continuado existiendo, y aún hoy subsiste en numerosos Estados, la figura del soldado de leva, con todas las ventajas y limitaciones que históricamente ha presentado. Su fuerza sigue radicando en el número y en su espíritu de sacrificio, que puede ser muy elevado si el recluta comulga con las motivaciones que le llevan al frente. Por ejemplo, en la Guerra entre Irán e Irak (1980-1988), que estos dos países sostuvieron teóricamente por una disputa fronteriza sobre el estrecho de Shatt al-Arab, los combatientes iraníes, muchos de ellos voluntarios islamistas, eran capaces de avanzar de modo suicida sobre los campos de minas, con absoluto desprecio de sus vidas.

Pero lo más frecuente es que en combate el soldado de leva termine mostrándose netamente inferior al profesional, como ocurrió con los reclutas argentinos en la Guerra de las Malvinas (1982), cuando tuvieron que luchar con tropas bien adiestradas que les inflingieron un número de bajas desproporcionado. En el combate que se libró en Goose Green y Port Darwin, un batallón de paracaidistas británicos se enfrentó a una fuerza que les superaba en una proporción de 3 a 1, a pesar de ello los ingleses causaron la muerte a 250 soldados argentinos frente a los 17 británicos que perdieron la vida.

En el mismo sentido, este tipo de tropa puede desmoralizarse con facilidad produciéndose rendiciones o deserciones en masa cuando perciben superioridad en el oponente. Durante la Guerra del Golfo en muy pocos días desertaron 150.000 efectivos del ejército iraquí. En cualquier caso, y sobre todo en guerra, el recluta siempre está deseando regresar a casa. En Vietnam se aplicó para las tropas de leva estadounidenses un sistema de rotación para el soldado que había servido en ese país durante 12 meses. Todos los reclutas tenían muy presente su DEROS (*Date of Expected Return from Oversees*) personal, y la motivación principal de la mayoría era sobrevivir hasta dicha fecha. Ese mismo sentimiento debió ser compartido por el soldado soviético que se vio obligado a prestar servicio en Afganistán.

Estas limitaciones que presenta el combatiente reclutado a la fuerza contribuyen a que cada vez más el soldado conscripto esté dejando paso en muchos ejércitos al profesional. El combatiente profesional, sobre todo en los países más desarrollados, ofrece determinadas ventajas frente a la mítica figura del «ciudadano en armas». El soldado de paga, al estar sujeto por contrato durante un período de tiempo prolongado, puede recibir una instrucción que le confiera ventaja frente a otro tipo de tropas. El adiestramiento técnico cada vez se hace más imperioso en la guerra moderna, sobre todo por el manejo de un armamento que día a día es más sofisticado. Si a esta preparación previa se le añade la posible experiencia en combate aparece la figura del veterano, muy valorada por el mando por su eficacia en la lucha.

Otros aspectos que en esta figura no se pueden soslayar son: el espíritu de cuerpo y la fidelidad, que el profesional suele desarrollar en sus respectivas unidades y manifestar a sus mandos. Los largos períodos de convivencia, las experiencias compartidas, el relativo aislamiento de la vida cuartelaria respecto al resto de la sociedad, o los rituales confraternización convierten, al menos hipotéticamente, al soldado pagado en un combatiente seguro, disciplinado y poco influenciable por los avatares políticos. De hecho, es el modelo por el que optan en la actualidad muchos Estados, como por ejemplo EE. UU. o nuestro propio país. La deriva a este tipo de ejército se debe a múltiples factores entre los que podríamos destacar el rechazo de las sociedades más ricas a la recluta forzosa o la sofisticación a la que ha llegado el equipo de guerra, que requiere de un manejo muy preciso para obtener el mejor rendimiento.

Pero el perfil social de este combatiente no ha variado en lo sustancial respecto al pasado y el profesional se sigue reclutando entre las capas más desfavorecidas de la sociedad. Así, por ejemplo, en el ejército estadounidense, en el 2005, un 33% del mismo estaba integrado por minorías étnicas, mientras que el número de soldados blancos no había cesado de disminuir desde que se inició la profesionalización en 1973, ya que históricamente EE. UU. sólo ha tenido ejército de leva en momentos de crisis nacional de extrema gravedad, como la Guerra de Secesión y los periodos de 1940 a 1947 y de 1948 a 1973. De hecho, los negros continúan nutriendo el ejército en una proporción mucho mayor, equivalente al doble, de su

presencia en la población estadounidense, y en las dos últimas décadas el alistamiento de hispanos se ha triplicado. A pesar de todo, —y las guerras abiertas contribuyen a ello— resulta cada vez más difícil a los ejércitos profesionalizados cubrir los cupos previstos. El salario también ayuda a explicar el hecho ya que las pagas pueden seguir considerándose mediocres. Un sargento estadounidense con diez años de servicio cobraba en el 2003 alrededor de los 60.000 dólares anuales, y un soldado español algo menos de 1.000 euros mensuales.

Para salir al paso de este problema los americanos decidieron aumentar sensiblemente las primas de enganche y potenciar las prestaciones sociales de las que puede beneficiarse el soldado y que no disfruta una buena parte del país (seguros médicos vitalicios, vivienda gratuita, préstamos para el estudio, etc.). También se prolongó la edad límite para alistarse en la Guardia Nacional hasta los 39 años, y se optó por rebajar el nivel académico necesario para el acceso, así como reducir la duración del contrato de cuatro años a quince meses. No obstante, lo más significativo fue que en plena ocupación de Irak se obligó a 40.000 soldados a seguir en el Ejército cuando sus contratos ya habían concluido, y los reclutadores de los Marines fueron acusados de falsificar la fecha de nacimiento de los candidatos para entrar en ese cuerpo y de tratar de convencer a personas con retraso mental de que se alistaran, y es que en períodos de guerra el combatiente profesional puede llegar a escasear.

El guerrero de mesnada cuyo poder se enraíza en la tierra, aunque parezca increíble, sigue subsistiendo en la actualidad. En el presente, ya sin códigos caballerescos y sin rango social reconocido, este tipo de hombre de armas continúa apareciendo en algunos de los países de la periferia del mundo rico, como auténticos fósiles históricos producto del desarrollo desigual y combinado en la economía globalizada. Alimentados por el tráfico de armas y los intereses de las grandes potencias, los actuales señores de la guerra buscan hoy sus beneficios ya no en el feudo sino en los diamantes, en el cultivo de las amapolas del opio, o en el petróleo.

El moderno término «señor de la guerra» sirve para hacer referencia a esos personajes que tienen el poder de facto en un territorio, a despecho del gobierno central, gracias a un grupo de fuerzas armadas que son leales a su persona. La diferencia respecto al guerrero feudal estriba en que este

último formaba parte de una jerarquía social estructurada, mientras que en el caso actual el moderno «señor de la guerra» suele moverse por intereses tribales o personales con la única finalidad de enriquecerse y aprovechando las contradicciones de sociedades escasamente articuladas y de Estados debilitados. El actual Afganistán es un ejemplo de su pervivencia.

Al principio, en este país asiático, algunos señores de la guerra eran figuras locales o contaban con el apoyo del pueblo. Sin embargo, otros ganaron poder y tierras simplemente con las armas. Se ha de tener en cuenta que aproximadamente el 75% de los afganos vive en el campo, y en su mayoría bajo la dominación y control de esos señores de la guerra. Casi la mitad de las tierras de cultivo pertenece a los grandes terratenientes y la otra mitad se divide entre los campesinos, lo que significa que la gran mayoría de los agricultores no tienen tierras o tienen que subsistir en pequeñas parcelas. Los campesinos que trabajan los campos de latifundio se ven obligados a entregar del 65% al 85% de las cosechas a los terratenientes, y el porcentaje a veces es más alto en el caso de la amapola del opio. En el New York Times del 24 de septiembre de 2003, un reportaje sobre el valle Shol Garah, informaba: «De las grandes cosechas de algodón, maíz y trigo recibirán una tajada los comandantes locales. Cuanta más tierra controlan los comandantes, mayor porcentaje de la cosecha pueden reclamar... Los señores de la guerra velan por ese sistema o son beneficiarios directos del mismo. Usan el impuesto islámico, llamado *khoms*, para hacerse con sus tributos. Arrebatan las tierras a quienes han dejado el país y en algunos casos obligan a vender o abandonar sus parcelas a los pequeños campesinos».

También el mercenario, como soldado de fortuna, ha pervivido hasta nuestros días, aunque su actividad ha adquirido connotaciones muy diferentes. En las décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX los mercenarios volvieron a aparecer en los conflictos del Congo (1960-1967), Yemen (1963), Biafra, (1967-1971) o Angola (1976). Generalmente, se trataba de extranjeros que se enrolaban, bien a título individual o en pequeños grupos, a las órdenes del gobierno que compraba sus servicios en función de su experiencia militar adquirida en otros conflictos, por lo general en las luchas coloniales. Ex legionarios franceses, soldados británicos o alemanes combatientes en la Segunda Guerra Mundial, o simples aventure-

ros, nutrieron estas huestes. No obstante, el salto cualitativo se ha dado en estos últimos años, normalizándose el uso de mercenarios en conflictos como el de Irak. Cada vez más, en el marco de las políticas económicas neoliberales que se han venido aplicando desde los años 80, la guerra no se ha podido escapar a la tentación privatizadora, tal y como ha sucedido con otras instancias públicas. En esa línea se ha terminado por recurrir a empresas privadas para complementar las funciones que antes realizaban los ejércitos regulares. El mismo fenómeno se ha experimentando en el campo de la seguridad ciudadana, donde se puede apreciar cómo ha aumentado exponencialmente la participación privada respecto a épocas anteriores. Son precisamente esas empresas de seguridad las que ofrecen cobertura al renacimiento del fenómeno mercenario dentro de la más inquietante normalidad.

La realidad es que esa soldadesca moderna está íntimamente vinculada a la «guerra sucia» y a la existencia de grupos paramilitares contrainsurgentes. Estos mercenarios en la actualidad son empleados de importantes corporaciones que, entre otras actividades, ofrecen ese tipo de «servicios» peculiares. Es el Estado quien contrata empresas que a su vez hacen la recluta de mercenarios, como ocurrió con la firma Blakwaters en Irak.

Blackwater USA era una empresa privada estadounidense que ha ofrecido hasta 2009 servicios militares. Fue fundada en 1997 y su sede principal estaba situada en Carolina del Norte, donde poseía un complejo de entrenamiento especializado por el que llegaron a pasar más de 40.000 personas al año. Blackwater durante la presidencia de Bush hijo fue la contratista privada más importante del Departamento de Estado, y cerca de un 90% de sus beneficios procedían de los contratos con el gobierno norteamericano. En su página web aseguraba ser «la más completa compañía de militares profesionales para tareas de refuerzo de la ley, seguridad, pacificación y operaciones de estabilidad, en todo el mundo».

La ocupación de Irak en 2003 evidenció cómo actuaba la empresa. Mientras los Estados Unidos gobernaron el país, ningún ciudadano estadounidense que trabajara como guardia armado podía ser considerado mercenario, porque eran nacionales de una de las partes en conflicto. Cuando se transfirió el poder al gobierno iraquí éste declaró a los Blackwater como residentes, por lo que pudieron seguir actuando sin ser

considerados mercenarios. Pero, al ser una milicia privada, la administración Bush quedaba políticamente a resguardo de sus actos… y de sus bajas. Así, en Irak, habrían muerto centenares de «contratistas» militares privados, pero no habrían sido incluidos en las listas oficiales de bajas americanas, por lo que no habrían recibido asistencia médica o pensiones a cargo del Pentágono… pero tampoco nadie habría controlado sus excesos.

Aunque el tipo de combatiente que más ha proliferado en la segunda mitad del siglo XX ha sido el guerrillero, una figura muy representativa de la lucha anticolonial y revolucionaria en el marco de la Guerra Fría. Si entendemos por guerrillas los pequeños grupos armados que hostigan a fuerzas regulares y superiores en número por medio de golpes de mano para retirarse rápidamente a refugios seguros en un medio que les es conocido y propicio, los guerrilleros han existido desde el mundo antiguo. Pero lo característico del guerrillero moderno no es la táctica empleada sino la motivación que impulsa a un civil de modo voluntario a convertirse en combatiente irregular abandonando sus actividades cotidianas. En ese sentido, el móvil es plenamente moderno ya que sólo las formulaciones ideológicas permiten comprender el surgimiento del fenómeno guerrillero, bien en clave conservadora o en clave revolucionaria.

Tradicionalmente se admite que este tipo de combatiente nació en España durante la Guerra de la Independencia. El término, —que ha sido aceptado en castellano por otros idiomas— parece confirmarlo. Sin embargo, fue durante la Revolución francesa cuando realmente tuvo su origen esta figura. Con el levantamiento de la Vendée contra la República (1793), nos encontramos ya con irregulares que pueden ser considerados guerrilleros en el sentido más pleno y moderno del término.

La Vendée fue el peligro que más llegó a inquietar al gobierno republicano, ya que no se enfrentaba a un enemigo exterior, sino a franceses de extracción popular, que clamaban por la restauración del Antiguo Régimen. Las causas de este levantamiento, que lleva el nombre del departamento donde nació, fueron múltiples. No obstante, la gota que colmó el vaso fue la *levée en masse* o recluta forzosa de los jóvenes campesinos que, puestos a morir, prefirieron hacerlo por su rey y por su Dios. Derrotada en campo abierto en la batalla de Mans (1793), sin recibir ayuda de los ingleses y sin poder controlar ningún centro urbano de importancia, la

Vendée, pronto se tornó en una cruenta guerra de guerrillas, con todas las características de la crueldad propia de ésta.

Sin embargo, es en la península Ibérica donde el moderno irregular adquiere el nombre de guerrillero. La experiencia de numerosas partidas de combatientes «civiles» contra las tropas napoleónicas, en colaboración con el cuerpo expedicionario británico, fue lo que contribuyó a perfilar esa figura. Es precisamente esta experiencia la que lleva al militar profesional y al teórico de la guerra a mirar con reticencia la eficacia de ese tipo de lucha, al considerar que ante un adversario poderoso la guerrilla nunca podrá vencer si no actúa en cooperación con fuerzas regulares amigas.

El ejemplo de los guerrilleros españoles, apoyándose en el ejército del duque de Wellington, o el de los irregulares rusos en la campaña de 1812, inspiraron en Clausewitz (1980: 555) ese juicio peyorativo sobre la lucha guerrillera: «Si se quiere evitar perseguir a un fantasma, —nos dice el prusiano— hay que pensar en una guerra popular que se combine siempre con una guerra librada por un ejército permanente, concebidas las dos en un plan de conjunto único». No obstante, durante la segunda mitad del siglo XX esa tajante afirmación vendrá a quedar parcialmente desmentida.

A lo largo de todo el siglo XIX vemos operar a guerrilleros en diversos conflictos, sobre todo en las luchas nacionales que se desarrollaron en la península balcánica para obtener la independencia del decadente Imperio turco. Las primeras contiendas donde se demostró la eficacia de este tipo de combatiente fueron: la guerra de Cuba (1898) y la que sostuvieron los bóers, en Sudáfrica, frente al ejército colonial británico, al que lograron mantener en jaque durante dos años (septiembre 1900- mayo 1902). Francisco Villa y Emiliano Zapata también formaron ejércitos de campesinos en México e iniciaron una revolución con métodos guerrilleros. Años después seguiría el mismo camino el nicaragüense Augusto César Sandino, que luchó contra la ocupación militar yankee de su país (1927-1933). Así mismo, el agente británico conocido como Lawrence de Arabia creó guerrillas árabes contra los turcos durante la Primera Guerra Mundial; y en el Rif español, el líder nacionalista marroquí Abd el-Krim utilizó los mismos métodos contra las tropas coloniales en la llamada «harka», lucha basada en gran medida en el desgaste producido por francotiradores invisibles a ojos del adversario y conocidos por los soldados españoles como «pacos», por el ruido sordo del disparo.

Ya hemos hecho mención al papel desempeñado por esta clase de unidades a lo largo de la Segunda Guerra Mundial pero fue, una vez terminada esta contienda, cuando los métodos guerrilleros se propalaran con gran rapidez por muchos puntos del globo, siendo aún hoy numerosas las formaciones de esta naturaleza que siguen activas.

El guerrillero opera encuadrado en un grupo relativamente pequeño que ha tomado las armas por motivos políticos, sociales, religiosos o nacionales. Su orientación, en este sentido puede ser de signo muy distinto. Su extracción social es también muy variada aunque suele dominar el elemento popular, sobre todo el campesinado. Entre sus dirigentes destacan los pertenecientes a las clases medias urbanas con una cierta preparación intelectual. Su compensación es ideológica y su actividad no sólo es militar sino también política ya que combate pero también adoctrina.

La guerrilla se distingue de un ejército regular por su número, por la adhesión voluntaria de sus integrantes, por el armamento ligero, por los métodos de combate basados en la sorpresa, el ocultamiento, la improvisación, la movilidad y la rápida dispersión. La economía de fuerzas es para la guerrilla un principio táctico esencial que se traduce en el ahorro de material, la precisión en el golpe y la apuesta por el mínimo riesgo. En definitiva un tipo de combate que opone al débil contra el fuerte.

En la moderna guerrilla el armamento puede ser muy variado aunque predominarán los explosivos bajo diferentes formas, los morteros, los lanzagranadas y el fusil de asalto como arma individual. Uno de estos fusiles se ha convertido en una auténtica leyenda por el uso tan generalizado que ha tenido entre estos combatientes. El Kalashnikov o AK-47 fue aceptado en 1949 como el fusil reglamentario para todo el ejército soviético. Desde entonces se ha convertido en el arma más prolífica de la historia, se han fabricado desde 1947 alrededor de cien millones de unidades, incluyendo las copias y variantes extranjeras. Los AK han demostrado ser armas sencillas, eficaces, muy duras y perdurables durante décadas, de modo que los enviados, por ejemplo, a África, en la de 1970 siguen plenamente funcionales en nuestros días. En Mozambique los AK llegaron a ser tan comunes que se cambiaban por un saco de maíz. Durante la ocupación soviética de Afganistán (1979-1989), la CIA financió el transporte de alrededor de 3 millones de fusiles AK a través de la frontera entre Pakistán y Afganistán para su distribución entre los resistentes muyahidines.

Junto al AK algunas formaciones de la guerrilla moderna han llegado a utilizar armamento semipesado y mucho más complejo, como los lanza-misiles tierra-aire tipo SAM, con los que se podía hacer frente a helicópteros o aviones enemigos. Este tipo de misil fue suministrado por los soviéticos al Vietcong durante la guerra con EE. UU. y derribó su primer avión norteamericano en 1965. Los guerrilleros muyahidines en Afganistán contaron ya con la ventaja de misiles de segunda generación, como el famoso Stinger estadounidense, un arma portátil que direccionaba automáticamente el proyectil hacia el aparato, con el que lograron abundantes derribos entre la flota soviética destinada a ese país asiático.

Las tácticas de estos grupos descansan en principios muy sencillos. Los guerrilleros evitarán permanecer en la misma zona y se moverán sobre largas distancias para realizar sus operaciones, que suelen ser principalmente de dos tipos: incursiones contra instalaciones enemigas y emboscadas a columnas o convoyes de tropas. En Vietnam los guerrilleros comunistas trataban de golpear fuerte y rápido, replegándose inmediatamente, antes de que interviniese la potencia de fuego norteamericana. Normalmente, buscaban encontrarse con unidades norteamericanas en movimiento que eran más vulnerables o intentaban atraerlas a zonas con francotiradores y trampas. La forma de combatir a los norteamericanos era, según una expresión vietnamita, «sujetándolos por el cinturón», a fin de mantenerlos tan cerca en la confrontación que la artillería y su potencia aérea americanas no pudieran ser utilizadas.

Cuando la guerrilla es suficientemente fuerte, la mayor parte de su actividad se dirigirá a la «interdicción» de las áreas territoriales en disputa, esto es, a impedir que el enemigo se mueva libremente por un territorio, cualquiera que sea su fuerza. En ese territorio controlado por las guerrillas, los irregulares dispondrán sus bases, depósitos, hospitales, centros de entrenamiento y, a veces, llegarán a establecer su propia administración civil. Los límites de este territorio no son claros ya que no existe un «frente» en sentido convencional. No obstante, las guerrillas han logrado dominar con frecuencia extensas regiones, en donde las tropas regulares no ocupan más que las ciudades y algunos puntos de importancia. Uno de los casos más claros de interdicción fue el de la guerrilla del PAIGC (Partido Africano de Independencia de Guinea y Cabo Verde) que domi-

naba las dos terceras partes del territorio de Guinea-Bissau, dentro de esta vasta zona los portugueses sólo eran dueños de la colonia en diversos enclaves bien fortificados.

La eficacia de la guerrilla depende de su conocimiento y adaptación al territorio. En países de montaña o selváticos el rendimiento de la guerrilla será superior al de regiones llanas, aunque la acción clandestina es posible en todas partes. Pero lo fundamental para la supervivencia de la guerrilla es, sin ninguna duda, el apoyo de la población. «Estar entre el pueblo como el pez en el agua» decía Mao Ze Dong. Es en este factor básico donde la guerrilla adquiere su auténtica dimensión política y su plena eficacia.

El primer teórico de este tipo de guerra fue el dirigente comunista Mao Ze Dong. A comienzos de los años 30 el Partido Comunista Chino se había replegado al campo y reducido su actividad en las ciudades a la más completa clandestinidad. Acosados por los nacionalistas, los comunistas chinos recurrieron a la guerrilla. Mao, en una carta dirigida al Comité Central en el año 1930, resumía su idea sobre esta forma de combate: «Las nuestras son tácticas guerrilleras que consisten principalmente en los siguientes puntos… Cuando el enemigo avanza, retrocedemos; cuando acampa, lo hostigamos; cuando se fatiga, lo atacamos; cuando se retira, lo perseguimos. Para ampliar las bases de apoyo estables… (es necesario) movilizar a la mayor cantidad de masas en el menor tiempo posible y con los mejores métodos a nuestro alcance» (OE, T. I: 133).

Pero Mao siempre consideró que ésta era una estrategia circunstancial y que en ningún caso podría dar la victoria a los comunistas chinos. La guerrilla sólo era una forma de resistencia y entrenamiento hasta poder armar un auténtico ejército. «En lo que respecta a la guerra de resistencia en su conjunto, —decía Mao en el año 1938— la guerra regular juega el papel principal, y la guerra de guerrillas el auxiliar, porque únicamente la guerra regular puede decidir el desenlace de la guerra…» (OE, T. II: 236). De hecho, cuando los comunistas chinos se hallaron en disposición de librar el enfrentamiento definitivo que les conduciría al poder en 1949, lo que oponían a las fuerzas nacionalistas era un poderoso ejército de más de 2.500.000 hombres.

En las décadas de 1950 y 1960 las guerrillas se propagaron por Asia, África e Iberoamérica. Así aparecieron en Vietnam, para combatir la domi-

nación francesa. Ho Chi Minh fue el líder de esa lucha, y su gran estratega el general Vo Nguyen Giap. En Argelia, los métodos de guerrilla también se aplicaron contra las mismas tropas colonizadoras, y en Kenia contra las británicas, por citar sólo algunos de los focos.

No obstante, en 1959, las ideas de Mao sobre la limitada eficacia de la guerrilla parecieron quedar desmentidas en Cuba, cuando un improvisado ejército guerrillero se hizo con el poder en la isla caribeña derrocando al dictador Batista. La victoria castrista se convirtió en un ejemplo para los movimientos revolucionarios de América Latina que llegaron a teorizar y a poner en práctica toda una estrategia distinta a la clásica. Su principal artífice fue el mítico Ernesto «Che» Guevara que pretendió generalizar y hacer extensivo a otros países del continente el modelo que había triunfado en la revolución cubana, convirtiéndose, con su propio ejemplo, en un teórico práctico de la lucha guerrillera.

El «guevarismo» o «foquismo guerrillero» fue una variante arriesgada de la guerrilla tradicional. En su principal obra sobre el tema, *La guerra de guerrillas*, publicada en 1960 y que rápidamente se convirtió en un «clásico», el Che afirmaba que de la experiencia cubana se podían aprender tres lecciones que tenían un valor general: «1) las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército; 2) no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, el «foco» insurreccional puede crearlas; 3) en la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo» (Guevara, 1977, T. I: 36).

La teoría del «foco» guerrillero se podría resumir en que un grupo de militantes, política y militarmente muy eficaz, «desembarca» en un territorio, se confunde con la población y la convence de la justeza de sus objetivos y la eficacia de sus métodos. Así el «foco» enciende la mecha de la guerra popular. Las ideas del Che tuvieron un amplio eco pero dieron escaso resultado. Aunque lo que verdaderamente supuso el tiro de gracia para el foquismo fue el fracaso y muerte del mismo Che Guevara en su última aventura guerrillera en Bolivia. No obstante, estos métodos de lucha revolucionaria siguieron sobreviviendo en el continente y cosecharon su mayor éxito en 1979, cuando la Guerrilla Sandinista tomó el poder en Nicaragua. En la década de 1990, surgió el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, uno de los Estados más pobres de México; y en Colombia,

persiste desde la década de 1960, la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), que es el grupo decano en Latinoamérica.

En el esquema clásico defendido por Mao Ze Dong, la guerrilla en su mejor momento sólo puede aspirar a la «ofensiva estratégica». Las tropas que toman la ofensiva son las regulares, que se han estado preparando en las zonas «liberadas». Para que esta fase pueda ser abordada es preciso que el ejército enemigo se encuentre colapsado por su ineficacia. Tal sucedió en 1812 a las tropas napoleónicas en la península Ibérica, lo que permitió a Wellington acosarlas con cierta libertad. Cuando no exista el apoyo directo exterior, el ejército que intervendrá en la ofensiva es el que se ha formado en el interior de las zonas a las que el enemigo no ha podido llegar a causa de la interdicción ejercida. La elección del momento óptimo para «salir a campo abierto» es una decisión muy delicada y se necesita haber creado antes las condiciones de desmoralización del frente interior enemigo.

La lucha contra la guerrilla no puede ajustarse a las tácticas tradicionales; de hecho algunas piezas fundamentales de la guerra moderna como son los blindados y la aviación pierden buena parte de su operatividad ante un enemigo difuso que actúa en territorios difícilmente practicables. No obstante, los americanos en Vietnam utilizaron, entre otros, un tipo de carro ligero, el M113, provisto de un lanzallamas que les permitía abrirse paso en la jungla. Un arma que se reveló muy pronto como eficaz fue el helicóptero. Utilizado por los británicos en Malasia y por los franceses en Argelia fue en Vietnam y Afganistán donde demostró prestar útiles servicios en esta forma de guerra. El Huey Cobra estadounidense en Vietnam y el Mil Mi-24 soviético en Afganistán eran helicópteros artillados que también servían para el transporte de tropas. La movilidad y rapidez de estos aparatos así como su capacidad para poder posarse en un claro de la selva o en una elevación escarpada los convertía en un medio de observación y ataque muy adecuado en las incursiones contra grupos guerrilleros, aunque también resultaban vulnerables a las armas convencionales y a los misiles tierra aire. En Vietnam los americanos llegaron a perder 4.000 de estos aparatos.

Sin embargo, la experiencia ha dictado a los ejércitos que se enfrentan a tropas irregulares que la mejor manera de combatirlas en su propio terre-

no es oponiéndoles unidades especiales análogas a las guerrillas, pero con mayores efectivos. Estas tropas, que reciben un entrenamiento específico, una vez establecido el contacto con el grupo guerrillero tratarán de inmovilizarlo, en tanto que por vía aérea o terrestre se reciban refuerzos en la zona. Si la región es muy extensa, se puede crear un cordón de aislamiento hasta que la guerrilla agote sus recursos. Si el servicio de información funciona adecuadamente, se pueden tender emboscadas similares a las de los rebeldes. Así, las unidades regulares deberán vigilar los poblados y puntos importantes, mientras que fuerzas especiales se dedicarán a la búsqueda y destrucción de las guerrillas.

Hoy resulta muy difícil que una guerrilla subsista sin un sólido apoyo exterior. En 1895, los rebeldes cubanos (mambises) recibían suministros de Estados Unidos; y los aliados alimentaron los diferentes grupos de resistencia antinazi durante la II Guerra Mundial. Por carecer de esos apoyos han fracasado sucesivamente las rebeliones de los *huks* filipinos (1946-1954) y de los comunistas malayos (1948-1960), en Asia; y por esa misma causa fracasó también la lucha guerrillera en Grecia, recién acabada la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, la eficacia de este tipo de combatiente se ha demostrado muy alta. El guerrillero está motivado, su grado de entrega es muy elevado y actúa en un medio familiar que en muchos casos simpatiza con él. Sabe que de caer prisionero no recibirá el trato que, teóricamente, ampara al soldado regular. Sus tácticas le obligan a ser un superviviente nato y en cierta medida recrea la imagen del guerrero primitivo, debiendo desplegar conocimientos y habilidades que le alejan de la especialización del soldado moderno convirtiéndolo en polivalente. Todo esto le permite desarrollar una actividad que llega a neutralizar a efectivos mucho más numerosos que los de la propia guerrilla en proporciones muy elevadas que se han llegado a estimar entre quince regulares por cada guerrillero. En Malasia la guerrilla comunista jamás pasó de los 6.000 hombres, pero a lo largo de doce años mantuvo en jaque a 300.000 miembros de las fuerzas de seguridad; y en Chipre durante los años 50 y 60, menos de mil guerrilleros nacionalistas griegos obligaron al despliegue de más de 43.000 soldados británicos.

También es cierto que raramente los objetivos de la guerrilla se logran por medio de la victoria armada y es la mediación política o el desgaste del

contrario lo que puede acabar otorgándole el éxito. El desgaste puede venir dado por las tácticas de lucha contraguerrilleras, ya que para derrotar a la guerrilla el adversario deberá aislarla de la población civil que la sostiene, practicando en ocasiones una brutal política represiva contra los paisanos, lo que acaba deteriorando su imagen, minando la moral de sus propios combatientes y restándole aún más apoyos entre la población. Un buen ejemplo de esto es la actuación de los «paras» franceses en su lucha con el Frente de Liberación Nacional Argelino.

Cuando los paracaidistas franceses, una tropa de elite, se tuvieron que enfrentar a la revuelta argelina sufrían la humillación de haber sido derrotados en Indochina, derrota que achacaban a la propia debilidad de su clase política. Convencidos de que en Argelia también se estaba produciendo una insurrección instigada por los soviéticos, los «paras» llegaron a considerarse como los «centuriones» de los tiempos modernos, los defensores de la civilización contra la acometida de los «bárbaros», y se propusieron actuar desde el principio con dureza. Por ejemplo, tras la masacre de algunos europeos en la provincia de Constantina, en 1955, los «paras» ejecutaron más de mil sospechosos del lugar; y durante la llamada «batalla de Argel», en 1957, la 10ª División de paracaidistas, mandada por el coronel Massu, torturó sistemáticamente a cientos de detenidos. Provistos de poderes policiales para acabar con el terrorismo en la ciudad e impedir que llegara a producirse una huelga general que se estaba fraguando, los «paras» dieron muerte a varios miles de argelinos en la misma Argel. Con estas prácticas lograron no sólo enajenarse el posible apoyo de algún sector de la población árabe, sino que arrojaron en brazos del FLNA a la mayor parte de la ciudadanía, que pasó a colaborar con la insurrección. Pero la actuación de los paracaidistas no es una excepción sino que es la norma en este tipo de conflictos donde la crueldad se ejerce por ambas partes con extrema violencia.

Estas guerras no declaradas suelen ser guerras «sucias» en las que, por lo general, no se respetan ni las más mínimas reglas que teóricamente presiden los conflictos bélicos convencionales. La misma naturaleza de la contienda hace que, por diferentes razones, los gobiernos puedan llegar a considerarlas como «guerras ocultas». Así, la guerra por la descolonización de Argelia, en la que perdieron la vida 25.000 franceses y 500.000 argelinos,

jurídicamente nunca existió. Siempre se denominó desde París como «operaciones de mantenimiento del orden». Eso no impidió que el conflicto terminara dividiendo profundamente a la sociedad francesa y que acabara ocasionando la caída de la IV República.

Los irregulares son para el poder constituido meros «terroristas» o «bandidos» y el enfrentamiento con ellos siempre se quiere reducir a un problema de «orden público». Los mismos soldados que sirvieron en la guerra de Argelia, la mayoría reclutas, hicieron todo lo posible por olvidarla e incluso por ocultar su participación. Este tipo de guerras, aunque fueran ganadas, siempre se perdían ante una opinión pública que juzgaba el colonialismo de un modo muy distinto a como lo habían hecho sus abuelos, y que no llegaba a comprender por qué sus jóvenes debían arriesgar la vida en una lucha por unos territorios que la nación había sido incapaz de asimilar. En nuestro país también se intentó ocultar la de Guerra de Ifni, que enfrentó a fuerzas españolas con las marroquíes por el control del territorio de Ifni y Tarfaya, por entonces bajo administración española como parte de sus posesiones en el Sáhara Occidental, y que se libró entre octubre de 1957 y abril de 1958. En ella perdieron la vida más de 200 soldados españoles pero en la Península pasó desapercibida gracias a la censura gubernamental.

Reclutas, profesionales, guerrilleros… todos son personas que combaten por las más diversas causas pero, en los conflictos más recientes, se ha especulado —por parte de algunos sectores de los Estados Mayores de los países más avanzados— con la hipotética posibilidad de sustituir al combatiente humano por la robótica. La idea es tan absurda como la de una guerra con «cero víctimas» en el propio bando. No obstante, cada vez más, la moderna tecnología de guerra tiende a desplazar al hombre por la máquina, como ocurre en otras actividades sociales.

Durante la Guerra de Irak, el Pentágono estimaba que antes del 2015 una tercera parte de sus fuerzas estarían robotizadas y que en el 2035 habría aparecido ya el combatiente robot en el campo de batalla. De hecho, en ese conflicto, a finales de 2007, se utilizaban más de 5.000 vehículos de control remoto y mil aviones sin piloto, desde los Global hawks —aparatos de espionaje fabricados por General Atomics en Virginia— hasta los Predators, de la multinacional de armas californiana Northrop Grumann.

Los robots se emplean fundamentalmente en la búsqueda de explosivos, pero se sigue investigando para que sean plataformas para ametralladoras y lanzamisiles.

Uno de los analistas de la guerra robotizada, Peter Singer sostiene en el libro *Wired for war* (2009) que, al igual que el tanque y el submarino de la Primera Guerra Mundial o la bomba atómica de la Segunda, el robot militar se recordará como la gran innovación tecnológica de la guerra de Irak, afirmando que por primera vez en la historia se ha perdido el monopolio humano de la guerra.

Estas ensoñaciones bélico-tecnológicas, que se mueven en el terreno de la ciencia-ficción donde se han recreado de mil formas diferentes, no pueden prescindir, ni en el supuesto más imaginativo, del factor humano. La inhumanidad de la guerra en el futuro no vendrá dada por la hegemonía de la máquina sino que, como ha sido siempre, seguirá estando determinada por los combatientes que se enfrenten, sea cual sea el perfil que adopten en el futuro.

Convencionales… y distintas

La mayor parte de las contiendas entre Estados hasta los años 90, e incluso después, han seguido los patrones de enfrentamiento ya definidos por la guerra moderna en la primera mitad del siglo XX. Fuerzas aéreas y carros blindados han constituido la base de la estrategia en la mayoría de estos conflictos. Así, ha resultado ser clave el dominio aéreo, destruyendo si es posible a la aviación enemiga antes incluso de que pueda entrar en combate. Esa fue una de las principales causas de la victoria israelita en la Guerra de los Seis Días (1967), cuando el 5 de junio, la aviación de Israel atacó 11 aeródromos egipcios y en menos de tres horas puso fuera de combate 204 aviones que estaban en tierra, la mitad de la flota del país árabe. Al caer la noche había eliminado otros 100 aviones más, estacionados en el nordeste de Sinaí, junto con la mayor parte de las aviaciones jordana, siria e iraquí.

Cuando ha resultado imposible dar este tipo de golpe se ha buscado la ventaja en el aire a través de la calidad del armamento y de la pericia de

los pilotos. En la Guerra de las Malvinas los británicos, que utilizaron unos pocos aviones de despegue vertical tipo Sea Harrier, efectuaron más de 1.500 salidas y lograron 31 victorias aéreas seguras, sin perder un solo aparato por combate en el aire, mientras que los argentinos perdieron más del 40% de los 82 aviones que poseían, bien por enfrentamiento aéreo o por otro tipo de acciones.

No obstante, el número y la calidad técnica de los aparatos suele ser el factor determinante para conseguir el dominio del espacio, como ocurrió en la Guerra del Golfo en la que la fuerza aérea iraquí nada podía hacer frente al despliegue de medios de la coalición. El relativamente reducido número de aviones Mig soviéticos y Mirage franceses de los que disponían los iraquíes no podían competir con la impresionante armada de los F-117 (llamados aviones invisibles), F-15, F-14 Tomcat, 20F-Al8, los superbombarderos B-52, los Harrier, o los aviones de alerta Awacs. La aviación iraquí tuvo refugiarse en Irán desde los primeros momentos del conflicto ante esa abrumadora superioridad de los aliados.

Esa superioridad aérea permitirá al contendiente que la logra condicionar el resultado de la guerra terrestre al poder intensificar el bombardeo sobre todo el aparato logístico, las infraestructuras y las tropas del adversario. Si la superioridad es notable, los daños que se inflijan pueden ser fundamentales. La lista de misiones diarias de las fuerzas aéreas de la coalición durante la Guerra del Golfo constaba habitualmente de 700 páginas y en pocos días llegaron a realizar más de 22.000 salidas dañando irreversiblemente al ejército iraquí.

Con el dominio o al menos la superioridad aérea asegurada se pasará a la fase terrestre del conflicto, ya que sin la ocupación del territorio raramente hay victoria. En ese momento de la guerra entrarán en juego las fuerzas blindadas y se imprimirá a las operaciones la máxima celeridad, con movimientos de penetración y envolventes para romper el frente enemigo y, si es posible, coparlo o, al menos, hacerlo retroceder, buscando cubrir los objetivos señalados por un plan previo de campaña. Bajo esta proposición los tanques y las fuerzas mecanizadas pasarán a desempeñar un importante papel, como ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial.

En la guerra librada entre India y Pakistán en 1965 por el control de la región de Cachemira murieron unos dos mil combatientes entre ambos

bandos y sin embargo se llegaron a destruir más 700 tanques, lo que nos indica la importancia del blindado como arma fundamental en el campo de batalla actual. En la Guerra del Yom Kippur, en un solo día, el 14 de octubre de 1973, se enfrentaron unos 2.000 tanques, en un frente de 160 kilómetros, en la mayor confrontación de este tipo librada desde la batalla de Kurks (1943). A lo largo de la jornada fueron destruidos 264 tanques egipcios y sólo 10 israelíes. Esta significativa diferencia se puede explicar en parte porque los tanques Centurion de Israel gozaban de una pequeña ventaja comparados con los carros T55 rusos empleados por los egipcios, ya que su ángulo de tiro en vertical les capacitaba para hacer fuego desde detrás de las dunas sin exponerse tanto como el adversario.

El tanque sigue siendo el arma que da velocidad y potencia de fuego en el combate y por tanto continúa resultando imprescindible en las grandes ofensivas terrestres. Los modernos blindados, armados con potentes cañones de 105 mm, dotados de precisos sistemas de puntería y alcanzado velocidades que pueden superar los 70 km/h, forman la espina dorsal en este tipo de operaciones. Aunque es cierto que ahora se enfrentan a poderosas armas anticarro, sobre todo a los misiles. En la Guerra del Yom Kippur alrededor de 700 tanques árabes fueron destruidos por misiles TOW y LAW, de fabricación estadounidense. Las pérdidas de Israel, 840 carros, se debieron en su tercera parte a los misiles Swatter, e, incluso, a los ligeros RPG-7, especie de bazooka dotado de un cohete adicional. Su baratura y sencillez permitió un uso masivo y se calcula que uno de cada tres infantes árabes portaba una de estas armas. También los blindados pueden resultar blancos fáciles para la aviación, los resultados de la campaña aérea en la Guerra del Golfo lo confirma ya que se estima que al terminar la contienda unos 2.435 tanques y 1.443 blindados habían sido destruidos o inutilizados como consecuencia directa de los demoledores ataques aéreos. Así, el campo de batalla de la guerra moderna no sólo queda cubierto de cadáveres sino que también lleno de chatarra.

El resto de las armas sigue desempeñando su papel. La preparación artillera es previa a cualquier avance de la infantería, pero las baterías han tenido que aumentar su movilidad para realizar rápidos desplazamientos de deslocalización a fin de evitar convertirse en objetivo fácil de los misiles enemigos o de la aviación. La infantería sigue siendo imprescindible ya que en definitiva la ocupación última del territorio corre por su cuenta y,

en ocasiones, llega a recuperar la importancia que tuvo con anterioridad a la guerra mecanizada. En las Malvinas los choques entre argentinos y británicos llegaron en ocasiones al cuerpo a cuerpo y en algunos casos se volvió a utilizar la bayoneta. Buena parte de estos enfrentamientos los libró la infantería inglesa de noche para evitar el riesgo de un ataque a la descubierta en una zona de páramo, aunque contaron con la ventaja de que sus armas incorporaban modernos visores infrarrojos.

La idea de una «guerra relámpago» sigue funcionando en la mente de los estrategas actuales y, a pesar de la eficacia de los servicios de información, el factor sorpresa continúa desempeñando un papel muy importante. Puede parecer que con los actuales medios de observación la sorpresa resulta imposible. Los satélites y los aviones de reconocimiento a gran altura detectan los más leves movimientos en la mayor parte de los teatros de operaciones. Sin embargo, la sorpresa funcionó a favor de los árabes en el Yom Kippur, cuando estos aprovecharon la festividad judía para lanzar una ofensiva que el servicio de inteligencia fue incapaz de prever. Egipto desbordó las líneas defensivas de los israelíes sin que éstos tuvieran noticia de que al otro lado del canal de Suez habían sido concentrados 200.000 hombres. El procedimiento para lograrlo fue la «saturación», es decir, la acumulación de maniobras y todo tipo de movimientos durante un período de tiempo previo hasta llegar a confundir a los servicios de inteligencia judíos.

En otros casos, el ataque es esperado pero aunque así sea siempre existe un margen de días, horas, o incluso de lugar para sorprender al adversario, factor éste que jugó a favor de los israelíes en la Guerra de los Seis Días al adelantarse al inminente ataque egipcio. En las jornadas previas al inicio de las hostilidades, los israelíes llevaron a cabo varias maniobras de distracción. Formaciones enteras de blindados y hombres retrocedieron desde la frontera para volver más tarde subrepticiamente y se llegaron a publicar fotografías de cientos de reservistas de permiso. El embajador británico, que colaboró en esta maniobra, dijo a la prensa internacional que las playas judías estaban llenas de jóvenes como en época de vacaciones y añadió que se había abierto una posible solución negociada a la crisis. El líder egipcio Nasser, que estaba convencido de un ataque inminente por parte de Israel, llegó a creer que aún tenía un plazo para seguir

maniobrando y no se decidió a desencadenar la guerra, con lo que perdió la ventaja inicial que supieron aprovechar los judíos.

Conseguida o no la sorpresa, las ofensivas de ruptura con intención de lograr un avance fulminante que acorte el conflicto es una proposición fundamental en la guerra actual. Así las operaciones militares en las guerras convencionales de las últimas décadas han durado semanas o incluso días. La Guerra Indo-pakistaní de 1965 en disputa por Cachemira duro cinco semanas. En la Primera Guerra del Golfo, desde que se iniciaron las hostilidades entre la coalición aliada y el ejército iraquí, hasta que este último aceptó la rendición, habían transcurrido 43 días. En las Malvinas se prolongó 41 días, eso teniendo en cuenta que los contendientes estaban separados por 12.600 kilómetros. El conflicto del Yom Kippur duró 19 días. La invasión de Irak en 2003 se realizó en 14 días, y el record no superado en estas guerras relámpago lo estableció la fulgurante victoria israelí en la Guerra de los Seis Días.

Las razones de esta celeridad en el desenlace de los conflictos pueden ser de muy distinta índole. La primera, sin duda, es la superioridad económica, tecnológica y armamentística de unos contendientes sobre otros; pero a esa, que resulta fundamental, se podrían añadir otras, como son las presiones que pueden ejercer sobre los beligerantes la opinión pública y los organismos internacionales como la ONU. Durante la Guerra Fría los dos grandes bloques temían la desestabilización del *estatus quo* en cualquier parte del planeta, por lo que solían, al tiempo que prestaban ayuda a alguna de las partes, presionar para que se llegara a un acuerdo de paz rápidamente sin que afectara de modo fundamental al equilibrio. Ni soviéticos ni americanos quisieron jamás verse envueltos en conflictos convencionales que les obligaran a colisionar de modo abierto entre ellos. En este sentido, las guerras siempre podían ser subsidiadas pero nunca debían poner en el disparadero la confrontación abierta entre las dos superpotencias.

En otros casos era la propia realidad económica la que terminaba por dictar los tiempos. Por ejemplo, el ejército israelí no podía movilizar a sus reservistas durante un largo período ya que eso suponía la casi paralización económica del país. Por otra parte, las reservas de material de guerra entre los países menos poderosos suelen ser limitadas y el reabastecimiento depende de terceros que deben seguir suministrando armamento en un

contexto internacional complejo, circunstancia que también condiciona la duración. La aviación argentina en la Guerra de las Malvinas obtuvo sus mayores éxitos con los misiles de fabricación francesa Exocet, pero cuando quiso reaprovisionarse, a pesar de ofrecer el doble de su precio en el mercado, se encontró con que su proveedor, por razones políticas, se negaba a vendérselos.

Aunque todas estas razones pesan en la duración de las contiendas actuales lo cierto es que el modelo de guerra relámpago ha ido acompañado de otros conflictos de muy larga duración. Cuando la guerra se aparta de la contienda convencional el conflicto se suele enquistar durante años. Esa es la característica de las guerras en las que intervienen de modo nutrido las guerrillas y que están animadas por las ideologías. Los dos conflictos más largos para EE. UU. y la URSS en toda su historia fueron la Guerra del Vietnam y la Guerra de Afganistán y en ambos casos las dos superpotencias, a pesar de su superioridad militar, salieron derrotadas.

También es cierto que se han dado guerras muy prolongadas dentro del esquema clásico cuando las fuerzas enfrentadas guardaban un cierto equilibrio. La Guerra de Corea (1950-1953) duró tres años y en ella se produjeron fases de un intenso movimiento y un período final de estancamiento que recordaba a la Primera Guerra Mundial, y en el que se llegó a luchar encarnizadamente por conquistar algunas colinas con escaso o nulo valor estratégico. En este caso la intervención china fue determinante ya que sirvió para reequilibrar la participación del cuerpo expedicionario estadounidense que desplegó más de 300.000 efectivos. El mejor ejemplo de este tipo de conflictos prolongados y estáticos, incluso con barro y trincheras, nos lo ofrece la guerra entre Irak e Irán que se arrastró a lo largo de ocho años en un frente prácticamente sin movimientos la mayor parte del tiempo sin que de la contienda surgiera un claro vencedor.

Las novedades que la segunda mitad del siglo ha aportado a la guerra tienen más que ver con el desarrollo tecnológico que con cualquier otro factor. Esto no implica que, hoy como ayer, la guerra siga siendo una continuación de la política con hondas repercusiones sociales en los terrenos más diversos. Con motivo de la intervención soviética en Afganistán, EE. UU. y otros países boicotearon los juegos olímpicos de Moscú de 1980 desluciendo ese certamen internacional. La importancia de ese hecho vin-

culado directamente a un conflicto armado se puede relativizar, pero no sucede lo mismo con otros efectos derivados de las guerras en la actualidad. La fractura social en el interior de países contendientes se ha dado con frecuencia, ejemplo de ello es la Francia de la Guerra de Argelia o el EE. UU. del Vietnam. Incluso entre los neutrales se han agudizado las tensiones en función de las posturas adoptadas por los respectivos gobiernos y la acción de los grupos pacifistas.

Otros efectos han sido sin embargo de mayor calado incidiendo de modo directo en millones de personas. Los refugiados que huyen de los conflictos son los que padecen de modo más angustioso la locura de la guerra, pero incluso aquellos que alejados miles de kilómetros de los escenarios de la contienda se creen al margen de esos enfrentamientos pueden llegar a padecer también sus consecuencias. Tal vez, el ejemplo más claro de lo que estamos diciendo en las últimas décadas nos lo ofrezcan las guerras de Vietnam y del Yom Kippur. Ni la primera logró frenar al comunismo en el sudeste asiático, ni la segunda consiguió resolver el conflicto árabe-israelí, pero ambas terminaron repercutiendo en la situación económica y laboral de millones de individuos.

Los Estados árabes salieron del Kippur con una nueva arma económica. Al ser los mayores productores de petróleo respondieron a la ayuda militar suministrada por los Estados Unidos a Israel, y a la actitud juzgada como demasiado «reservada» de Europa, utilizando masivamente esta fuente de energía como elemento de presión. El 16 de octubre de 1973, en Kuwait, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) aumento un 70% el precio del crudo, y amenazó con reducir la producción en un 5% cada mes, mientras los países occidentales que respaldaban a Israel no obligaran al Estado judío a evacuar los territorios ocupados. La amenaza no surtió efecto pero los precios no bajaron. Esta ofensiva afectó sobre todo a Europa Occidental, que dependía de los países árabes en cuanto a su aprovisionamiento de petróleo en un 54%.

La economía mundial, que ya había entrado en una fase de recesión, sufrió un agravamiento de su situación con esta medida. Estados Unidos no pudo escaparse a sus efectos. Por una paradoja inaudita, el país más rico del mundo era al mismo tiempo el más endeudado. A partir de 1966, cuando la guerra en Vietnam acaparó la mayor parte de los créditos que pudie-

ran haber sido utilizados en otras inversiones, las reformas sociales que la administración Johnson había emprendido tuvieron que reducirse. La experiencia demostraba que incluso la rica América no podía hacer al mismo tiempo la guerra contra la pobreza en su país y la guerra en el exterior contra el comunismo. A pesar de esos recortes presupuestarios, la balanza comercial estadounidense, tradicionalmente excedentaria, se tornó más frágil y los gastos crecientes de la guerra de Vietnam terminaron por provocar un déficit en su balanza de pagos, así como una rápida disminución de sus reservas de oro. El dólar, que había sido desde la Segunda Guerra Mundial la moneda de referencia para el cambio internacional, comenzó a dar muestras de debilidad y sufrió un proceso de devaluación, lo que terminó por empeorar aún más la situación. La crisis abierta en esta coyuntura produjo inflación y paro. Cientos de miles de personas perdieron sus trabajos en Europa y EE. UU., y vieron cómo empeoraban sus condiciones de vida sin llegar a sospechar hasta qué punto esa circunstancia guardaba relación con dos guerras libradas tan lejos de sus hogares.

La Batalla: La ofensiva del Tet

La ofensiva del Tet que Vietnam del Norte y la guerrilla del Vietcong desencadenaron sobre Vietnam del Sur y las tropas de intervención americanas a finales de enero de 1968 fue determinante en la marcha de la guerra señalando un punto de inflexión en la misma.

La operación refleja muy bien muchos de los aspectos que han caracterizado la mayoría de los conflictos en este período. Se inscribe en el contexto de las luchas descolonizadoras de la posguerra así como en el marco de la Guerra Fría. Presenta, por tanto, un fuerte componente ideológico en el que se entremezclan las ideas nacionalistas con los presupuestos del comunismo revolucionario. En la acción vemos operar a la guerrilla del Vietcong, junto con las tropas regulares del ejército de Vietnam del Norte, frente a una potencia militar considerada de ocupación, que posee la fuerza que le brindan los últimos adelantos tecno-armamentísticos pero que carece de unos objetivos definidos y cuyos combatientes adolecen de falta de implicación en el conflicto. Washington nunca tuvo claro qué significaba para ellos «ganar» la guerra y la mayor parte de sus reclutas jamás entendieron qué hacían en el lejano Vietnam. Así mismo, la ofensiva del Tet nos revela también cómo la repercusión que estas guerras recientes han tenido en la opinión pública mundial, a través de los medios de comunicación, ha terminado por convertirse en un factor más a tener en cuenta en su desarrollo y en su desenlace.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Francia intentó recuperar el control en su antigua colonia de Indochina pero entró en conflicto con el Vietminh, una guerrilla vietnamita de nacionalistas y comunistas dirigida por Ho Chi Minh que había luchado contra los japoneses durante la ocupación. En 1945, Ho Chi Minh declaró la independencia de la República Democrática de Vietnam. Pero un fuerte contingente de soldados británicos, franceses e indios, junto con las tropas japonesas capturadas, consiguieron restaurar el control francés en la colonia, lo que dio origen a la Guerra de Indochina que duró hasta marzo de 1954, cuando el Vietminh obtuvo una decisiva victoria contra los franceses en la batalla de Dien Bien Phu.

La conferencia de Ginebra que puso fin a esa guerra decidió dividir temporalmente Vietnam a lo largo del paralelo 17, reconociendo a la República Democrática de Vietnam en el norte, bajo el control del

Vietminh, y al Estado de Vietnam en el Sur. El régimen autoritario y anticomunista de Vietnam del Sur tuvo que enfrentarse a una fuerte oposición, no sólo de los comunistas, sino también de liberales católicos y de los budistas. En noviembre de 1960, la resistencia al régimen se organizó en un Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur (FLNV), cuyo núcleo serían los comunistas, encuadrados ya desde hacía unos meses en una guerrilla, bautizada despectivamente por la CIA, como Vietcong, y sostenida por Vietnam del Norte que, a su vez, contaba con el apoyo de China y la URSS.

En la primavera de 1961 el gobierno de Vietnam del Sur solicitó la ayuda de Estados Unidos para combatir a la guerrilla. La petición fue rápidamente atendida por el Presidente Kennedy que envió dos compañías de helicópteros y 400 hombres. En los dos años siguientes, el número de «consejeros militares» estadounidenses pasaría de 800 a 16.000 hombres. Se incrementaba así la presencia americana en la zona ante el temor de la expansión del comunismo por el sudeste asiático. El presidente Dwight Eisenhower había elaborado la «teoría del dominó» por la que si Vietnam caía bajo la influencia comunista Laos, Camboya, Tailandia, Birmania e incluso la India le seguirían, como lo hacen las fichas del dominó al ser arrastradas por la caída de la primera.

Lyndon B. Johnson, que había tomado posesión de la presidencia tras el asesinato de Kennedy en Dallas (22 de noviembre de 1963), dio un paso más al decidir que sólo una intervención masiva de Estados Unidos podía detener el avance de los comunistas. Un incidente naval en el golfo de Tonkín, que años después se ha comprobado fue una provocación montada por el Pentágono, le sirvió al Presidente para obtener plenos poderes del Congreso y dar luz verde a la intervención militar directa. La guerra de Vietnam había comenzado de facto sin ningún tipo de declaración formal.

Los estadounidenses iniciaron, en febrero de 1965, el bombardeo de Vietnam del Norte. El 8 de marzo, los primeros destacamentos de marines desembarcaron al sur de Danang. En los dos años siguientes los bombardeos masivos, como la operación *Roffing Thunder* (Trueno Rodante), llevados a cabo por los poderosos B-52, pasaron de devastar las carreteras y vías férreas del pequeño país comunista a atacar objetivos económicos y civiles en la misma ciudad de Hanoi y el puerto de Haiphong.

Estados Unidos dedicaba ya por estas fechas 2.500 millones de dólares al mes para sostener la guerra y sufría decenas e incluso centenares de bajas a la semana. En 1968 el contingente estadounidense en Vietnam ascendía a más de medio millón de soldados, el 80% de los cuales eran de recluta, y la cantidad anual de bombas lanzadas sobre la jungla vietnamita superaba el millón de toneladas de explosivos, lo que no impedía que el Vietcong fuera cada vez más fuerte, especialmente en el delta del río Mekong. Los comunistas encuadraban a más de 150.000 hombres y llegaban a cobrar impuestos en 41 de las 44 provincias de Vietnam del Sur.

El tipo de guerra librado por el Vietcong era el de guerrillas. Se beneficiaba de una geografía selvática, de un amplio apoyo popular y de una constancia y voluntad de vencer entre sus combatientes que les permitía salvar los más increíbles obstáculos. Buena prueba de ello era el mantenimiento de la llamada «Ruta Ho Chi Minh», vía de aprovisionamiento de la guerrilla que a lo largo de 1.600 kilómetros atravesaba la jungla, adentrándose en algunos tramos en Laos y Camboya, para transportar armas y material del norte al sur.

Estados Unidos, basándose en su experiencia en Corea, había entrenado y equipado al Ejército de Vietnam del Sur como una fuerza convencional, dotada de tanques y artillería, apta para contener una invasión. Pero muy pronto este tipo ejército se reveló inoperante para contrarrestar las tácticas guerrilleras. El Vietcong se movía «como un pez en el agua» en un dédalo de canales, pantanos y poblados que le suministraban todo lo necesario.

La guerra estaba siendo dirigida por el general americano William Westmoreland que tuvo que adaptar sus tácticas a ese tipo de lucha. El general creía que la superioridad de su ejército en todos los campos terminaría por desgastar al Vietcong y había convencido al presidente Johnson de que esta estrategia era la adecuada. En una conferencia que dio en el Nacional Press Club de Washington en noviembre de 1967 llegó a afirmar que el comienzo del fin estaba cerca y que en dos años se estaría en condiciones de reducir las tropas en Vietnam. Realmente a finales de ese mismo año las tropas americanas estaban enfrascadas en toda una serie de operaciones que denominaban de «búsqueda y destrucción». Cuando se creía haber localizado un foco guerrillero, los helicópteros americanos des-

embarcaban varias secciones de hombres para acabar con él. Lo que solía suceder era que tras una escaramuza, en el caso de que se produjera, la guerrilla se retiraba a la jungla dejando a los soldados estadounidenses ante el dilema de distinguir si las aldeas de la zona habían ofrecido cobertura al Vietcong o eran población indefensa.

Ante la duda, el mando había decidido que las áreas más conflictivas fueran declaradas de *free kill* (matar con libertad). Así, en el mejor de los casos se obligaba a los campesinos a trasladarse con todas sus pertenencias hasta una «aldea estratégica» y se prendía fuego al poblado. En el peor podía suceder lo que sucedió en My Lai- 4, una pequeña aldea del pueblo de Son My en la provincia de Quang Ngai, en la que la infantería americana violó, torturó y asesinó a unos quinientos vietnamitas sin haber recibido ni un solo disparo de fuego hostil. Los comandantes estadounidenses resumieron el episodio en un informe posterior a la acción como una batalla exitosa en la cual 128 miembros del Vietcong habían muerto en combate. Esta forma de guerra estaba dando escasos resultados militares y producía perversos efectos políticos al conseguir que, cada vez más, el grueso de la población vietnamita viera a los americanos como invasores y enemigos. Sin embargo, en Washington la Administración estaba convencida de que la guerra se estaba ganando, o al menos era lo que quería creer o lo que deseaba que creyera la opinión pública, ya que 1968 era año electoral. Esta circunstancia no pasaba desapercibida al Estado Mayor norvietnamita.

El general Va Nguyen Giap, el vencedor de Dien Bien Phu, teniendo muy presente a Clausewitz, decidió aprovechar esa coyuntura. A mediados de julio de 1967 tuvo lugar una reunión del Buró Político del Partido Comunista de Vietnam del Norte a la que también asistieron miembros de la dirección del Vietcong. En ella, Giap planteó la necesidad de lanzar un ataque masivo contra centros urbanos para provocar una revuelta popular aprovechando la festividad religiosa del Tet, el año nuevo vietnamita, que se celebra a finales de enero. La fecha elegida no sólo coincidía con unos días de tregua que se habían venido respetando hasta entonces sino que también estaba cargada de simbolismo ya que, en 1789, los vietnamitas habían atacado a los invasores chinos en las mismas fechas obteniendo una gran victoria. El Buró Político y el presidente Ho Chi Minh aprobaron la

propuesta y comenzó una febril actividad política y militar para preparar la ofensiva con seis meses de antelación.

Los servicios de información americanos llegaron a tener alguna noticia de lo que se estaba fraguando pero no la supieron calibrar. No obstante, lo verdaderamente destacable del hecho en esta fase preparatoria es el elevado grado de implicación y complicidad de la población sin el cual resulta inexplicable cómo pudo organizarse una operación de esta envergadura y conseguir el efecto sorpresa. El Vietcong tuvo que transportar municiones y armamento a lo largo de la frontera de Camboya hasta la red de túneles que habían construido y donde se refugiaban los Vietcong. Túneles como los de «Cu Chi» o el «Triángulo de Hierro», una superficie de unos 100 kilómetros cuadrados cuyo extremo meridional estaba muy próximo a Saigon. Mai Chai Tho, comisario político de la región de Saigón, planeó cuidadosamente el asalto a la ciudad desde uno de esos túneles del «Triángulo de Hierro».

Hombres y armamento se concentraron en esas redes subterráneas y desde allí fueron trasladados a los suburbios de la capital. Frecuentemente, mujeres y niños eran los encargados de acarrear las armas atravesando los controles y recurriendo a todo tipo de subterfugios como era ocultarlas bajo productos agrícolas o esconderlas dentro de ataúdes en falsas procesiones funerarias. En víspera del asalto, los combatientes se alojaron en casas seguras dentro del mismo Saigón. Junto a ese despliegue logístico se desarrolló toda una estrategia de diversión previa, aumentando los movimientos de unidades del Vietcong en la franja fronteriza entre los dos Estados, a fin de atraer el mayor número de tropas americanas hacia esa zona, y debilitar así las reservas en las distintas capitales de Vietnam del sur y sobre todo en Saigón. Con esto se consiguió que Westmoreland enviara a más de la mitad de sus tropas a las cinco provincias ubicadas más al norte.

En el marco de estas operaciones los norvietnamitas concentraron numerosas unidades, más de 16.000 hombres, en torno a la base militar norteamericana de Khe Sanh, que contaba con una guarnición de unos 6.000 marines. La base, que se hallaba al norte y próxima a la frontera de Laos, empezó a quedar rodeada por tropas regulares y unidades de la guerrilla. El 21 de enero el cerco se había completado y comenzó el bombar-

deo sobre el enclave americano con artillería pesada. Los estadounidenses llegaron a pensar que Khe Sanh podía convertirse en un segundo Dien Bien Phu y Westmoreland sospechó que los indicios relativos a una gran operación recogidos por el servicio de inteligencia se podían referir al operativo desatado en Khe Sanh.

A finales de enero de 1968 reinaba la inquietud en el mando estadounidense y se comenzó a barajar la posibilidad de algún tipo de acción por parte del enemigo aprovechando el Tet. De hecho, se acordó con el gobierno de Vietnam del Sur acortar la tregua por la festividad a 36 horas. No obstante, la noche del 30 de enero en Saigón nadie podía sospechar lo que iba a suceder. Los soldados pertenecientes a la guarnición local no tenían noticia de que las autoridades hubieran cancelado la tregua y la gente abarrotaba las calles lanzando petardos para celebrar la entrada del Año Nuevo del Mono.

Aquella noche más de 80.000 hombres y mujeres del ejército regular de Vietnam del Norte y del Vietcong atacaron 34 capitales provinciales, además de 64 capitales de distrito y otras muchas ciudades más. Abandonando la estrategia empleada hasta el momento, se actuó por primera vez a gran escala y de modo coordinado, el ataque se concentró en el ámbito urbano y no en el medio rural donde se había venido desarrollando la acción de la guerrilla. Se atacaron centros militares de gran importancia y no destacamentos como era habitual, y los enclaves ocupados fueron defendidos sin retirarse de inmediato tras haber dado el golpe.

Con el Tet parecía como si la lucha guerrillera hubiera entrado en la fase de la «ofensiva estratégica» teorizada por Mao. Sin embargo, el general Giap sabía de antemano lo difícil que resultaba el triunfo de una operación de estas características en esos momentos. Lo que pretendía ante todo era desconcertar al enemigo y proyectar al mundo una imagen de la guerra totalmente distinta basada en la envergadura de la ofensiva. El general norvietnamita había aprendido con su éxito en Dien Bien Phu frente a los franceses, convertido en un mito de la lucha anticolonial, la importancia del golpe de efecto y el peso de la opinión pública en la guerra moderna.

Algunas de las acciones libradas en Saigón durante la ofensiva confirman que, desde el inicio, se buscaba lograr ese impacto en la opinión públi-

ca internacional. De los seis objetivos previamente señalados como prioritarios por el Vietcong en la capital sudvietnamita al menos tres carecían o eran de dudoso valor militar y sólo podían tener un valor político o propagandístico. Nos referimos al palacio presidencial, la emisora de radio nacional y la embajada americana. Los otros tres eran enclaves militares con valor estratégico.

El Vietcong ocupó la emisora de radió pero no pudo llevar a cabo lo que era el objetivo fundamental de la misión, retrasmitir un mensaje gravado de Ho Chi Min llamando al pueblo de Vietnam a la lucha, ya que los defensores de las instalaciones cortaron la luz. Hasta su muerte en 1969, Ho Chi Minh conmemoraba todos los años la importancia patriótica del Tet con un breve poema festivo que componía y leía por Radio Hanoi durante la medianoche de la víspera del Año Nuevo lunar. Tampoco pudo el Vietcong ocupar el palacio presidencial, fuertemente defendido, aunque lograron penetrar en alguna de sus instalaciones. La ocupación de la embajada americana también fue un fracaso desde el punto de vista militar. Sólo se destinaron 19 hombres a esa misión. Con este contingente lo único que se podía pretender era una ocupación simbólica, aunque sólo fuera por unas horas, del edificio que representaba el corazón del poder americano en Vietnam. En ese sentido, y aunque los norvietnamitas no llegaron a tomar la embajada, la operación fue un éxito ya que los guerrilleros penetraron en el recinto y antes de ser eliminados lo retuvieron el tiempo suficiente para provocar el impacto deseado. El hecho de que muchos de los corresponsales de guerra residieran cerca de tan emblemático edificio contribuyó a difundir la noticia desde el primer momento en que se perpetró el ataque y posibilitó que imágenes de los marines que asediaban el recinto, así como de los cadáveres producto de la refriega, se difundieran por todo el mundo.

Sin embargo, los enfrentamientos más importantes se estaban produciendo en otros puntos de la ciudad. Los nortvietnamitas atacaron la base aérea de Tan Son Nhut en el noroeste de la capital y también intentaron apoderarse de Long Binh, a unos 24 kilómetros de Saigon, donde se encontraban las instalaciones de mando y logísticas aliadas, así como la base aérea de Bien Hoa. Ningún mando americano hubiera sospechado jamás que el Vietcong se atrevería a atacar frontalmente esos centros neu-

rálgicos de gran importancia y fuertemente defendidos, ya que eso suponía un giro radical en la estrategia seguida hasta ese momento por los comunistas. El asalto a esos puntos contó inicialmente con el efecto sorpresa y con unas guarniciones mermadas por la tregua. Los americanos tuvieron que desplazar lo más rápidamente que pudieron unidades de artillería y blindados para poder repeler los ataques. No obstante, en el barrio chino de Cholon, el Vietcong se hizo fuerte y se libró una dura lucha por el hipódromo que podía ser utilizado como helipuerto. De hecho, la batalla por el control de la ciudad no cesó hasta 7 de marzo, cinco semanas después del primer ataque, cuando americanos y sudvietnamitas terminaron por aplastar los últimos reductos de resistencia.

El Tet tuvo un particular éxito en el delta del Mekong donde los Vietcong asaltaron 13 de las 16 ciudades de la provincia. Algunos de los combates librados fueron especialmente encarnizados como en My Tho, donde el enfrentamiento duró tres días. Pero el caso que más proyección internacional alcanzó fue el de Ben Tree, ciudad de unos 35.000 habitantes que fue ocupada por 2.500 hombres del Vietcong. Sus posiciones eran tan firmes que los americanos decidieron recurrir a la artillería y a los ataques aéreos. Reconquistada ya Ben Tree, un comandante estadounidense pronunció la famosa frase: «Fue necesario destruir la ciudad para salvarla», frase que dio la vuelta al mundo y proyectó una imagen bastante real de lo que estaba sucediendo. De hecho, el parte de guerra americano del 18 de febrero registraba el bombardeo de 45 ciudades y sólo cuatro ataques por tierra.

La batalla de mayor envergadura de toda la ofensiva se libró al norte, en la ciudad de Hue, la segunda más importante de todo el país. El interés del Vietcong por Hue no sólo era geoestratégico sino también simbólico. La famosa revuelta del Tet en 1789 acaudillada por Nguyen Hue había convertido esta ciudad en la capital imperial de la primera dinastía vietnamita tras haberse sacudido el yugo chino. Así pues, Hue era todo un referente histórico en la lucha por la independencia del Vietnam. El Vietcong ocupó la ciudad en sólo dos horas, y al tiempo que se hacía fuerte en ella comenzó a detener a muchos de los cuadros al servicio del gobierno de Vietnam del Sur. Los oficiales de inteligencia del Vietcong habían preparado una lista de las personas que debían ser capturadas. El plan aconsejaba

que fuesen evacuados si era posible; pero en caso contrario, debían ser eliminadas. La marcha de la batalla supuso la sentencia de muerte para la mayor parte de los detenidos. En una encuesta posterior se cifró en 2.850 víctimas las ejecutadas durante esos días, poniendo de relieve la atrocidad de una guerra que era «antiimperialista» pero también civil.

El contraataque para recuperar Hue fue extremadamente penoso ya que derivó en un combate casa por casa. La única forma de avanzar era a base de volar entradas mediante fuego de lanzagranadas y cañón sin retroceso, y después enviar equipos de tiradores y pelotones dentro de la brecha. Finalmente, la Caballería Aérea pudo aislar Hue de los refuerzos exteriores. No obstante, alrededor de 6.000 defensores sostuvieron la ciudad durante casi un mes. Cuando todo hubo terminado, los jefes norteamericanos especulaban sobre cuál habría sido el resultado de la batalla si Giap hubiera decidido reforzar esa posición con una de las divisiones, de 10.000 hombres, que el ejército de Vietnam del Norte seguía teniendo estacionadas en la frontera. El sustituto de Westmoreland, Creighton Abrams, le contestó a un periodista que le formuló esa pregunta: «todavía seguiríamos luchando allí».

Pero a Giap no le interesó reforzar y mantener Hue, tampoco tomó la base de Khe Sanh, aunque la batalla en ese enclave se prolongó durante 77 días y la situación americana llegó a ser tan comprometida que Westmoreland incluso barajó secretamente la posibilidad de recurrir a armamento nuclear de baja potencia antes que enfrentarse a otro Dien Bien Phu. Finalmente, se optó por una solución más convencional denominada Operación Niagara y consistente en un bombardeo sistemático por parte de los B-52. En un perímetro de 25 kilómetros en torno a la base se arrojaron cien millones de bombas, más que todas las lanzadas sobre Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Los norvietnamitas se vieron obligados a aflojar la presión y la base fue evacuada por helicóptero.

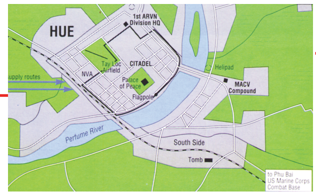
Terminada la ofensiva, Westmoreland basó su declaración de victoria en el hecho de que sus fuerzas habían retomado con éxito el control de todas las principales ciudades y capitales provinciales. Así mismo, argumentó la *ratio killer*, o sea la disparidad de muertes entre los dos bandos. Ciertamente las fuerzas comunistas habían tenido 58.000 muertos durante el Tet, cuatro veces más que los que tuvo Estados Unidos y los survietna-

Ofensiva del Tet (1968)





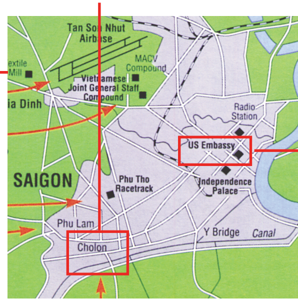
La base americana de Khe San fue rodeada por tropas vietnamitas el 21 de enero y tuvo que soportar un cerco de 77 días.



El la ciudad de Hue los combates se prolongaron durante un mes. La lucha se libró casa por casa y el último reducto en ser reconquistado por los americanos y sudvietnamitas fue el Pacio Imperial

Los nortvietnamitas atacaron la embajada americana en el mismo Saigón con un reducido contingente de 19 hombres, que no pudieron ocupar el edificio.

La batalla por la capital, Saigón, duró 5 semanas, produciéndose fuertes enfrentamientos en el barrio de Cholon





mitas, que contabilizaron 3.895 y 4.954 muertos respectivamente. Sin embargo, para muchos estadounidenses, empezando por el propio presidente Johnson, esto no se percibía como una victoria.

Tampoco lo creía realmente el mismo Westmoreland, que secretamente había solicitado ya el envió al Vietnam de 206.000 hombres más. Realmente los americanos habían quedado sorprendidos y su moral se desmoronó. El mando había estado informando que la mayor parte del campo estaba «asegurada» y que empezaba a verse «la luz al final del túnel», la ofensiva del Tet confirmaba que Vietnam era un pozo sin fondo

Era cierto que en términos militares la ofensiva había sido un fracaso, no se había conseguido generalizar el levantamiento popular y las fuerzas, sobre todo del Vietcong, habían sido diezmadas. Sin embargo, se había logrado una gran victoria política y psicológica. Ante el mundo quedaba en evidencia que después de casi cuatro años de bombardeos sistemáticos y de lucha encarnizada en el Sur, a costa de grandes pérdidas materiales y humanas, tanto el Ejército regular de Vietnam del Norte como el Vietcong se encontraban en condiciones de lanzar una ofensiva general como aquella. Eso suponía que el objetivo de la escalada aérea contra Vietnam del Norte, que no era otro que debilitar la resistencia del Vietcong, no había sido alcanzado y, por el contrario, el enemigo se había hecho más fuerte en el sur. El hecho de que durante la ofensiva del Tet se registraran acciones en ciento dos localidades al mismo tiempo, demostraba que la guerrilla comunista era poco menos que omnipresente en el Vietnam del Sur.

La voluntad de los combatientes sudvietnamitas de pelear con más entusiasmo contra el Vietcong una vez que los yanquis ponían toda la carne en el asador, tampoco se veía por ninguna parte. Más de un millón de soldados «aliados» no podían conseguir la tan ansiada victoria militar sobre el enemigo comunista. El Vietcong había quedado incapacitado por el momento para lanzar otro Tet pero la lucha de guerrillas podía continuar por tiempo indefinido. La estrategia de Vo Nguyén Giap no se había basado tanto en el logro de los objetivos propuestos. El general creyó desde el principio que lo fundamental era replicar a los tres años de avance estadounidense a gran escala por medio de un desafío directo y con un efecto dramático, y eso sí se había conseguido en el Tet.

Hasta entonces la intervención estadounidense había obligado a millones de campesinos vietnamitas a trasladarse a las ciudades o a campos de refugiados cerca de grandes bases militares y lejos de los territorios controlados por el Vietcong. Giap pensaba que el traslado de la guerra a las ciudades pondría de manifiesto lo frágil que era el control de Estados Unidos sobre Vietnam del Sur y demostraría que todo el operativo militar no le ofrecía a los civiles vietnamitas una verdadera seguridad. La política de guerra seguida hasta entonces por el mando aliado, basada en la devastación de las zonas rurales y el abandono de los cultivos, había terminado por revelarse como un auténtico boomerang. Las ciudades que habían sido atacadas durante el Tet se encontraban superpobladas, y se habían convertido en un terreno propicio para el sabotaje Vietcong. La economía del Sur se había vuelto totalmente dependiente de la ayuda de Estados Unidos: en 1967, sus exportaciones representan sólo el 4% de las importaciones. Mientras que en el Norte, a pesar de los devastadores bombardeos, y contra todo pronóstico, se había conseguido por las misas fechas aumentar la producción agrícola. Así pues el objetivo que perseguía la escalada americana de doblegar a Hanoi en el sentido de poner fin a la lucha para que acatara las condiciones norteamericanas parecía más lejano que nunca. La derrota del Tet podía presentarse como una victoria ante la sociedad norvietnamita y ante la opinión pública mundial, mientras que la victoria americana era percibida como una derrota en el corazón mismo de los Estados Unidos.

En el otoño de 1967, las encuestas mostraban que una mayoría de los estadounidenses consideraban que había sido un «error» involucrarse en el Vietnam, y muchos americanos habían empezado a cuestionarse la conducta y la moralidad que suponía enviar a medio millón de reclutas a defender el régimen corrupto e incompetente de Saigón. Algunos incluso admiraban el coraje y el ingenio del Vietcong, los luchadores por la liberación del Sur, y sus aliados norvietnamitas.

El presidente Johnson vio cómo su popularidad caía en picado mientras Washington quedaba inundado por manifestaciones multitudinarias en contra de la guerra. Por todo el país, en los campus universitarios, los estudiantes expresaban su oposición. A medida que el número de bajas crecía, aumentó también la protesta. Muchos jóvenes americanos se negaron a ir

a filas, enfrentándose directamente a su detención. Al principio era sólo una escasa minoría la que se pronunciaba contra la guerra en Vietnam pero, poco a poco, la protesta de los llamados *vietniks* adquirió proporciones alarmantes.

El conflicto, que era la primera guerra que recibía una extensa cobertura televisiva, invadió los hogares de millones de americanos que cada noche contemplaban consternados cómo sus jóvenes morían en la jungla y sobre el campo de batalla. En los primeros años de la guerra, la mayor parte de la información televisada era optimista. Las noticias hacían hincapié en la ayuda que América prestaba al pueblo de Vietnam del Sur en su lucha por la libertad, aunque también incluían imágenes de «los chicos americanos en acción» destacando su valentía y su habilidad en el manejo de la moderna tecnología de guerra. Pero ya en agosto de 1965, después de una serie de debates sobre el conflicto, la cadena de televisión CBS emitió un documental elaborado por Morley Safer en el que se podía ver cómo los marines prendían fuego con sus encendedores zippo a los techos de paja en una aldea, y en él se incluía comentarios críticos sobre el tratamiento dado a los aldeanos.

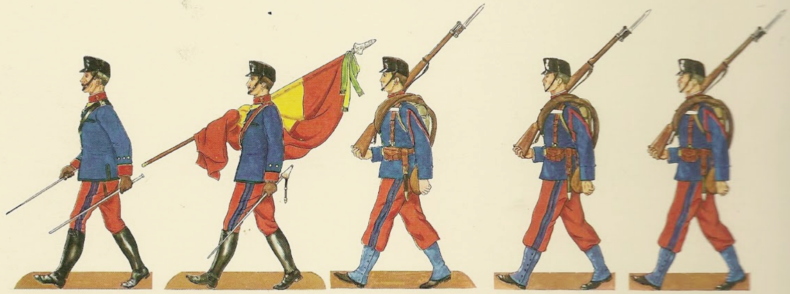
La ofensiva del Tet ofreció la imagen mediática más famosa de todo el conflicto al filmar cómo el general Nguyen Ngoc Loan, jefe de la policía de Saigon, disparaba a bocajarro con su pistola en la sien de un prisionero del Vietcong que se hallaba maniatado. Para muchos americanos, este acto simbolizó la brutalidad del gobierno que las fuerzas estadounidenses luchaban por mantener en Vietnam del Sur. Así las cosas, a finales de febrero, Walter Cronkite, el reportero de noticias de la CBS considerado por una gran parte de la población como el comentarista más imparcial y ponderado de Estados Unidos, llegó a Vietnam para cubrir la información de la ofensiva de primera mano. De vuelta ya en Nueva York, en un reportaje especial transmitido en el horario de mayor audiencia televisiva, Cronkite se preguntó «¿Quién ganó y quién perdió en la gran ofensiva del Tet?», y tras hacer una pausa dijo: «Ahora parece más cierto que nunca que la sangrienta experiencia de Vietnam terminará en punto muerto». En el momento de la emisión, dos secretarios de defensa ya habían llegado a la conclusión de que tal vez no se pudiera ganar la guerra a un costo razonable. Ese giro en la política americana provocado por la ofensiva del Tet

supuso que de los 200.6000 nuevos soldados, reclutados por el general Westmoreland, el presidente Johnson sólo autorizara la marcha de 13.500, y luego relevara del mando al general.

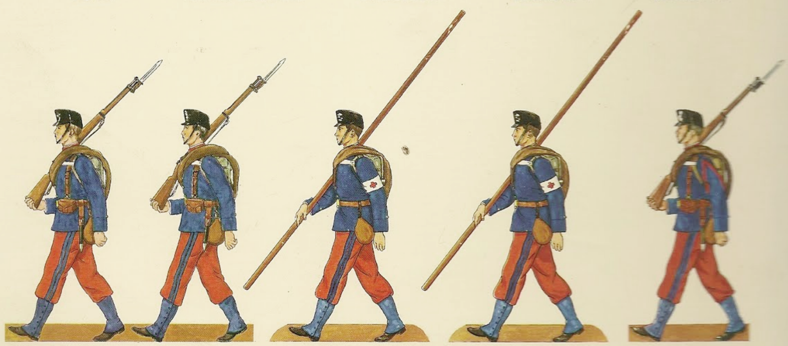
A comienzos del año 1969 los costos económicos de la guerra ya habían desmoronado el sueño de Johnson de construir una «Gran Sociedad» en EE. UU. basada en el modelo del Estado del Bienestar europeo. La ofensiva del Tet terminó por colocar al Presidente ante una situación política mucho más comprometida en la que incluso los propios miembros de su partido solicitaban su relevo. El 31 de marzo, a las nueve de la noche, se dirigió al pueblo norteamericano por radio y televisión: «Hoy he ordenado a nuestros aviones y barcos que no efectúen ningún ataque al Vietnam del Norte... » y añadió: «No me esforzaré por la nominación de mi partido para una nueva etapa presidencial, y tampoco la aceptaré». Algunas semanas después del Tet, el Presidente de la nación más poderosa del mundo, el que la había involucrado de modo directo en la guerra de Vietnam, no dimitía, pero anunciaba el abandono de su carrera política. Tres días más tarde, el 3 de abril, Hanoi se prestó a entrar en contacto directo con Estados Unidos para «acordar el cese incondicional de los bombardeos aéreos y todo acto hostil contra nuestro Gobierno, con objeto de iniciar conversaciones». Seis semanas después comenzaban las conversaciones en París. Faltaba mucho para la paz en Vietnam, pero el Tet se perfilaba como un éxito político que venía a confirmar la correcta interpretación que Clausewitz había hecho de la guerra moderna.



Coronel — Corneta de órdenes — Capitán Ayudante



Capitán — Teniente abanderado — Soldado de 1.ª — Soldado de 1.ª — Soldado de 1.ª



Soldado — Soldado — Camillero — Camillero — Soldado de 1.ª

IMPRENTA INDUSTRIAL S.A. BILBAO

La guerra como juego

Uno de los aspectos más desconcertantes cuando se analizan las relaciones de la guerra con las sociedades que la engendran es cómo la lucha y el combate han formado parte de las manifestaciones lúdicas del ser humano desde los tiempos más remotos. Vivir la guerra, aunque sea simulada, como una diversión es un hecho que conturba la conciencia del hombre moderno y, sin embargo, sigue estando presente en numerosas manifestaciones de la cultura actual. Por otra parte, considerar la guerra como un juego ha llevado a los estrategas militares, desde hace un tiempo, a simular hipotéticas confrontaciones con posibles adversarios, a fin de poder orientar su acción en el caso de que estallara una conflagración real.

Los estudios de las sociedades primitivas confirman que juego y guerra han guardado una estrecha vinculación en muchas de estas culturas. Entre los *bambala* y diversas tribus africanas se desarrolla, en ciertos momentos del año, una «pequeña guerra», llamada *rotam*. Para ello se quema la hierba a fin de dejar expedita una amplia porción de terreno y, seguidamente, los bandos opuestos, armados sólo con arcos y flechas, marchan en fila al lugar fijado, se insultan mutuamente y luego tiran al arco y realizan maniobras hasta cansarse. Por regla general, nadie debe morir en esta clase de encuentros, pero si alguien resultase muerto, el juego degeneraría en seguida en la *diembi*, o «gran guerra», con consecuencias funestas.

Prácticas similares se encuentran en muchas otras comunidades de muy distintas latitudes. En Australia hombres armados de escudos se defendían contra boomerangs de juguete lanzados por otros. Entre los coreanos primitivos existía la costumbre de batirse a pedradas en una fecha fijada del año. Estos encuentros podían producir la muerte de alguno de los participantes lo que no impedía que la lucha fuera considerada una fiesta. Estas confrontaciones a pedradas han formado parte de los juegos infantiles en nuestra cultura hasta hace no muchos años.

La pugna y competencia violenta eran consideradas por estos pueblos como un entretenimiento que ponía de manifiesto las habilidades guerre-

ras de sus miembros, sobre todo de los más jóvenes, que en estos encuentros podían ganar consideración social y prepararse mejor para la guerra real contra el enemigo. Para la juventud, la guerra ha tenido durante siglos el carácter de una aventura colectiva. Incluso en el inicio de la Primera Guerra Mundial aún se puede rastrear ese ingenuo entusiasmo que hacía desfilar a sonrientes muchachos por las calles de las grandes capitales europeas para ir a morir en las trincheras del frente.

Hemos de recordar que en la Grecia clásica los juegos sagrados constituían una auténtica festividad. En ellos no sólo había competiciones, que hoy calificaríamos como meramente deportivas o gimnásticas, sino que también se incluían luchas o prácticas que recordaban la actividad guerrera: las carreras de hoplitas armados, el pugilato y la lucha cuerpo a cuerpo, así como la «pancracia», un combate brutal en el que se mezclaban golpes y presas. Estas prácticas, en sus orígenes, debieron formar parte de las honras fúnebres de los grandes guerreros y, posiblemente, contemplaran combates a muerte entre campeones, o entre prisioneros, según indicios que se pueden desprender de las obras de Homero (Ilíada XIII, 170-175).

Todas estas competiciones estaban presididas por el «agón», término griego que hace referencia a la lucha en la que se buscaba obtener la victoria sobre un adversario digno de enfrentarse a él, para probar el propio valor y alcanzar la gloria. Estos tipos de enfrentamientos obedecían a reglas admitidas por los dos antagonistas y podían recordar al duelo decimonónico. El «agón» se distinguiría del «polemos» o guerra, que implicaba a los individuos de forma colectiva, aunque guardaba una estrecha relación con él. El espíritu agonístico era aristocrático por naturaleza y origen, y guardaba estrecha relación con las prácticas guerreras, pero se difundió por otros ámbitos impregnando toda la cultura griega, ya que el «agón» podía ser también la lucha verbal que en el teatro oponía a los dos personajes principales de una tragedia. En definitiva, era la lucha concebida como emulación y como pasión. De esta concepción de la lucha derivará en castellano el término agonía, como el duelo final que entabla el hombre contra la muerte, lo que nos indica cómo la lucha se inscribe en el inconsciente del ser humano como parte sustancial de su dimensión cultural.

En Roma, el origen de un tipo de encuentros brutales convertidos con el tiempo en diversión y espectáculo se localiza en el culto a los muer-

tos. Estos combates, que terminarían siendo denominados: luchas de gladiadores, empezaron a celebrarse en el siglo III (a. n. e.) como parte de los ritos funerarios reservados exclusivamente a la aristocracia. Los primeros gladiadores, llamados *bustuarii*, tomaban su nombre de *bustum*, palabra que se refiere a la tumba o a la hoguera en que se incineraba el cadáver. Recogiendo una costumbre, posiblemente de origen etrusco, se obligaba a algunos esclavos a luchar en el foro, como espacio improvisado. No parece que, en sus inicios, estas luchas fueran a muerte. Los combates se celebraban algunos días después de las exequias —probablemente unos nueve días—, como un acto más entre los juegos fúnebres con los que tradicionalmente se cerraba el período oficial de luto en honor de un gran personaje fallecido.

En aquella época, los gladiadores, que luchaban por parejas, iban todos armados de la misma manera: un escudo alargado, una espada recta, casco y grebas. Dichos combates fueron designados con el nombre de *munus*: «regalo», lo que nos hace suponer que representaban ante todo un «debe» de la familia para con el fallecido. Es muy posible que estos *munera* (plural de *munus*) vinieran a sustituir la costumbre de sacrificar prisioneros sobre la tumba de los guerreros valerosos muertos en combate. En estos casos podemos considerar que los enfrentamientos respondían más a un rito funerario de naturaleza religiosa que a un espectáculo que sirviera de diversión.

Sin embargo, la evolución de los combates terminó por convertirse en un juego cruel que, en muchas ocasiones, evocaba la guerra para regocijo de la multitud. Antes incluso del fin de la República, los *munera* perdieron su valor de rito y el carácter privado de la ceremonia dejó paso a la intervención del poder político. Ya en el año 105 (a. n. e.) este tipo de luchas figuraban entre los espectáculos oficiales, aunque siguieron siendo ofrecidas exclusivamente por particulares. La enorme aceptación con los que fueron acogidas por el pueblo llano los convirtió en instrumento ideal de propaganda para aquellos que soñaban con hacer carrera política y necesitaban del voto popular. Esta circunstancia modificó profundamente las características del *munus*.

César utilizó con frecuencia los *munera* como instrumento al servicio de sus ambiciones y en una ocasión reunió a más de 300 parejas de gladia-

dores para un solo *munus*. Cada vez más se hizo necesario deslumbrar y halagar a la multitud con estos juegos para obtener su apoyo. De aquella época data el gusto por el «gran espectáculo» y la aparición en Roma del primer anfiteatro de madera destinado especialmente a albergar ese tipo de luchas (53 a. n. e.).

Con el Imperio estos eventos terminaron siendo ofrecidos casi exclusivamente por el Emperador. Él era quien determinaba la importancia de los combates, su duración y la fecha de su celebración. En general, procuraba celebrarlos en circunstancias memorables, aniversarios, inauguraciones, victorias. No obstante, en las ciudades de provincias eran los particulares ricos y con ambiciones políticas quienes los promovían. Pero el número de parejas luchadoras con que podían contar estos *munera* provinciales estaba rigurosamente limitado; de tal manera que, comparados con los espectáculos que ofrecía el Emperador, cuya fastuosidad superaba a veces los limites de lo verosímil, tenían una apariencia modesta.

Los combates de gladiadores resultaban caros, y además, había que contar con los enormes gastos ocasionados por la caza de fieras salvajes que generalmente los acompañaban. El número de combatientes también repercutía en el precio. Los promovidos por el emperador Augusto contaban, en general, con 625 pares de gladiadores por espectáculo. Trajano, para celebrar su victoria sobre los dacios, hizo luchar a diez mil hombres.

Los gladiadores eran por lo común prisioneros de guerra y se les adiestraba para aquel duro oficio en cuarteles (*ludi gladiatori*) que contaban con instructores especialistas, contratados por empresarios (*lanistae*) dedicados a ese negocio. En la arena se contraponían por parejas (*paria*); a menudo, diversos *paria* de gladiadores, combatían al mismo tiempo y el espectáculo se convertía en una auténtica carnicería. Aunque por lo general, era relativamente corriente que los gladiadores, en condiciones normales, abandonaran la arena vivos, ya sea porque el vencido hubiera obtenido gracia, ya fuera porque, tras una lucha larga y encarnizada, ninguno de los dos hombres hubiese conseguido adquirir ventaja sobre el otro. Pero en los *munera sine missione*, no se perdonaba jamás la vida: siempre quedaba un cadáver en la arena.

La clara vocación de estos espectáculos como una la réplica del encuentro bélico se evidencia en las *naumaquias*, que reproducían comba-

tes navales. Se hacía aparecer en ellas no sólo a pequeñas tropas, como en el caso de los *munera*, sino auténticos ejércitos. Se cita para una de estas manifestaciones la cifra de 19.000 hombres. Era norma que la *naumaquia* ofrecida al pueblo reprodujera una batalla naval célebre. De esta manera, bajo Augusto, pudo verse cómo los de Atenas vencían a los persas en la rada de Salamina.

Estas batallas navales tenían lugar a veces en los anfiteatros: mediante un sistema de depósitos y canales, la arena podía ser inundada o secada. Pero César, Augusto o Domiciano hicieron construir, en la misma Roma, una especie de estanques especialmente destinados a las batallas en cuestión. No obstante, esta clase de espectáculo tuvo una existencia breve; más allá del siglo I no hallamos ninguna referencia a los mismos. Tampoco revestía el carácter de periodicidad propio de los *munera*, esto, sin duda, se debía a los gastos enormes que representaban. No se trataba únicamente de la construcción y el equipo de una flota en miniatura, sino del costo en capital humano que en una economía esclavista tenían los hombres sacrificados en esa diversión.

Pero el gusto por las representaciones histórico-bélicas no se limitó a las *naumaquias*. Claudio hizo representar «al natural», en la misma Roma, la toma y el pillaje de una ciudad y la sumisión de los reyes de Bretaña. Esa tendencia a jugar con lo real constituye una de las orientaciones características de los «juegos» de guerra. Es el gusto por la lucha superpuesto al gusto por el espectáculo puro.

En el mundo medieval los llamados torneos también cumplieron esa función de divertir. No sabemos cuándo comenzaron este tipo de combates organizados, aunque *Las crónicas de Tours* atribuyen su invención al señor de Preuilli en la fecha de 1066. El dato no es del todo exacto porque ya antes se habían realizado combates de esta índole. Lo cierto es que hacia mediados del siglo XII la práctica del torneo estaba arraigada en Francia y se iba extendiendo por todas partes. Su origen pudo ser muy bien el entrenamiento militar al que se sometían los caballeros y escuderos como preparación para el combate real. De hecho en su forma primitiva participaban gentes de a pie que, sin unas reglas fijas, peleaban en un enfrentamiento simulado que buscaba derribar o hacer rendir al adversario. En esos primeros encuentros los caballeros ya desempeñaban un papel fundamental

con sus cabalgaduras, cargando unos contra otros desde diferentes partes y dando vueltas sin cesar: de aquí la palabra «torneo». Con el tiempo, sin embargo, este tipo de encuentros se fueron reglamentando, distinguiéndose entre los combates a pie, con numerosos participantes enfrentados a un tiempo, y los duelos singulares entre dos jinetes. Al conjunto del espectáculo se le llamaba torneo y a los enfrentamientos singulares se les denominaba justas.

Conforme fueron perdiendo su carácter inicial de entrenamiento militar para convertirse en espectáculo se dotaron de unas normas y de una puesta en escena cada vez más cuidada. Su convocatoria partía siempre de un rey o de un gran señor, y en ocasiones alcanzaba un ámbito internacional ya que se conoce cómo caballeros franceses o ingleses cruzaron el Canal para participar en ellos. Estos encuentros se podían celebrar con ocasión de armar caballero al hijo mayor, o con motivo de una boda, y siempre señalando un suceso importante. Hemos de tener en cuenta que eran eventos costosos para el anfitrión, que tenía que alimentar a las docenas de caballeros que participaban en el torneo.

Varias semanas antes de un torneo, los heraldos, que también hacían de árbitros, llevaban la noticia por los alrededores, y todos aquellos que deseaban tomar parte debían inscribirse. Entre tanto el convocante, que tenía la obligación de proveer de armas adecuadas en caso de necesidad, se encargaba de acondicionar el lugar, cercando un terreno que se conocía como liza, donde se librarían las justas. En una superficie mayor se construían refugios de madera, se plantaban tiendas y se levantaba un sitial para los espectadores de rango. Las mujeres podían mirar desde estos lugares y los heraldos podían ver qué caballeros combatían con mayor coraje para puntuarles. Con el tiempo, en el siglo XV, la «liza» se dividió en dos calles por medio de una barrera que separaba a los dos caballeros que iban a justear. El pueblo estaba de pie fuera de la vallas, o trepaba a los árboles para ver el espectáculo.

A medida que transcurría el tiempo, algunos torneos se convirtieron casi en una representación teatral. Los hombres de a pie combatían con armadura de cuero, valiéndose de espadas de madera y escudos de pergamino, y se construían falsos castillos de cartón, en donde tomaban asiento las señoras como fingidas prisioneras mientras el torneo seguía ante ellas con lanzas romas.

Estos festivales podían durar varios días, lo normal era una semana, comenzando el domingo, que se dedicaba a pruebas de habilidad y a *melé-es* entre grupos, el lunes y el martes se desarrollaban una serie de duelos o desafíos singulares, y el miércoles se descansaba. Una de las pruebas de habilidad más celebradas era la quintena, en la que el caballero cargaba contra un maniquí móvil (estafermo), que giraba sobre un eje de tal modo que podía golpear al jinete si éste no se zafaba con rapidez.

Las reglas eran estrictas. No se permitía la entrada en la liza a nadie que no fueran los combatientes y sus escuderos. Si los escuderos no eran armígeros (esto es, si no habían recibido sus espadas en una ceremonia) no se les permitía dar ningún golpe, pero podían ayudar a sus amos a volver a montar a caballo, o sacarle del campo si había sido herido.

En 1274, el rey Eduardo I de Inglaterra tomó parte en un torneo de Chalons, y su oponente, que había sido desarmado, le agarró por el cuello. Se entabló entonces una terrible pelea. Después de esto, se estableció la norma de no permitir que nadie pusiera la mano sobre su antagonista. El desarrollo de la justa consistía, primero, en intentar derribar al adversario con la lanza en cuatro cargas sucesivas, si no se conseguía continuaba la contienda a caballo con otras armas, e incluso en el suelo hasta que el resultado daba un claro vencedor. En las justas se puntuaba a cada uno de los combatientes según el número de lanzas que rompía contra su oponente; cuanto más alto golpeaba la lanza en el cuerpo, tanto mejor era el punto. Herir o acertar a un jinete en la pierna provocaba abucheos; posteriormente, esto fue considerado como una violación de las normas, que establecían que nadie podía golpear a otro «por debajo del cinturón». Se daban trofeos a los que el jurado dictaminaba que habían combatido mejor.

Rábano Mauro se hacía eco de un proverbio franco de mediados del siglo IX en el que se afirmaba que el niño que tenía que aprender a combatir como un hombre había de iniciarse en la pubertad. Los torneos eran un excelente campo de prueba para los jóvenes caballeros y como, según las reglas, la armadura y el caballo del vencido pertenecían al vencedor, eran también una forma de labrarse una fortuna, y un medio espléndido para que los combatientes pobres pero con éxito pudieran lograr una buena reputación que les abriera puertas para el ascenso social.

El pueblo llano gozaba con estos espectáculos. Se cruzaban apuestas, y los paladines eran vitoreados o abucheados. Frecuentemente los partidarios de unos y otros comenzaban a arrojarse piedras, o se acometían mutuamente con cuchillos. En tales casos la empalizada alrededor de la liza impedía que la multitud se mezclara con los caballeros. La violencia podía ser tanta que a comienzos del siglo XV se prohibió a los espectadores llevar armas consigo.

La Iglesia se oponía a los torneos. Aunque permitió el viático y la penitencia, el primer Concilio Laterano (1139) llegó hasta negar el entierro cristiano a las víctimas de tales lides. Las armas que se empleaban y que podían ser muy variadas se adaptaron para mitigar sus efectos, así se embotaron las puntas de las lanzas y espadas y se llegó a modificar la silla del caballero rebajándole el resalte posterior para evitar que al recibir el golpe al jinete se le pudiera partir la columna. Todas esas medidas no impedían que algunos de estos encuentros fueran verdaderamente violentos. En 1240 en Alemania murieron 80 contendientes, más que en algunas importantes batallas del período.

Los torneos continuaron celebrándose en la Edad Moderna y en uno de ellos pereció Enrique II de Francia cuando le penetró una lanza partida por la visera de su yelmo. Todavía en el siglo XIX la excentricidad del conde de Eglinton posibilitó que se celebrara una justa en las proximidades del castillo de Ayrshire.

Mientras los señores justeaban en el marco de una concepción caballeresca de la lucha, las clases populares también se entregaban por imitación a los juegos de guerra entendidos de modo más directo. El *gioco del ponte*, que hoy se sigue celebrando en Pisa, parece tener su origen en el antiguo juego del *mazzascudo*, librado por hombres armados de una *mazza* y un *scudo*, muy popular en casi todas las ciudades de Toscana y Umbría en el siglo XIII. Además del *gioco* de Pisa, se practicaban diferentes versiones como la *battaglia de Sassi* de Perugia y el *gioco dell'Elmora* de Siena. Al fin, la violencia de estos juegos y las celebraciones consiguientes con su secuela de tradicionales saqueos de queserías y bodegas provocaron su prohibición hasta que han sido recuperados como espectáculo turístico.

No sólo los adultos jugaban a las guerras, también los niños debían hacerlo. Aunque nuestra información al respecto es muy limitada, pode-

mos presuponer que juguetes como pequeñas espadas de madera u otras armas, de las que no quedan testimonio, podían formar parte de los juegos infantiles ya en el mundo griego o romano. Los soldaditos que han llegado hasta nosotros procedentes de la cultura egipcia no formaban parte de las diversiones para niños, aunque son las primeras miniaturas militares de las que tenemos noticia. Las dos compañías de soldados a pequeño tamaño, halladas en la tumba del nomarca de Assiut, Mesehti (hacia el 2000 a. n. e.), están formadas por 40 guerreros egipcios y otros 40 nubios, realizados en madera pintada, y no sobrepasan los 6 centímetros. Seguramente para protegerse en tiempos inseguros, el poderoso Mesehti se hizo acompañar en la tumba por su guardia personal bajo la forma de estas dos maquetas. Esta costumbre bélico-funeraria es común a otras culturas pero no pertenece al terreno de lo lúdico.

Las primeras figuritas de estaño concebidas como juguetes salen de las manos de artesanos alemanes hacia 1279 y reproducían personajes de la vida cotidiana y animales, como antecedente de las miniaturas militares. En 1578 ya existe en Nuremberg un gremio de artesanos dedicados a esta manufactura, y autorizado a elaborar juguetes para niños basados en esas figuritas. Desde una incipiente industria la producción creció de tal modo que las miniaturas se exportaban a toda Europa.

Del juguete bélico también encontramos rastro en la biografía alegórica que el Emperador Maximiliano mandó escribir, conocida como el *Weisskunig*. En ella aparece el monarca de niño jugando con un cañón, una ballesta, un arco, y maquetas de justear que nos recuerdan las que aparecen en un manuscrito tres siglos más antiguo. En el Museo de Historia del Arte vienés, conservados entre las espléndidas armaduras del emperador, están un par de pequeños caballos con ruedas, hechos de bronce, que se podían hacer ir uno contra otro, tirando de unas cuerdas, hasta que las lanzas de sus jinetes impactaban y caía de la montura uno de los dos. Parece ser que los niños, con posibilidades económicas, ya jugaban a la guerras con juguetes evidentemente costosos.

Los disfraces militares para los más pequeños tienen también sus antecedentes en las armaduras en miniatura, perfectas hasta el último detalle y en ocasiones realmente espléndidas, que se hacían para los príncipes infantes. La más famosa es tal vez la que hizo el armero de la corte de

Maximiliano, Konrad Seusenhofer, para el futuro Carlos V. Todavía pueden verse en las colecciones públicas y privadas suficiente número de armaduras de niños, para creer fundadamente que fueron hechas para muchos príncipes reales como elementos de entrenamiento y para que los niños de alta alcurnia jugaran a acaudillar ejércitos imaginarios.

Luis XIII tuvo también de niño un ejército de miniaturas de plata regalado por su madre, María de Medici. Pero la miniatura militar antecedente de la que hoy conocemos apareció en el siglo XVIII. Fue en 1775, en la ciudad alemana de Nuremberg, cuando Johann Gottfried Hilpert comenzó a fabricar los primeros soldaditos. Sus *zinnsoldaten* recreaban figuras del ejército de Federico el Grande, coleccionista a su vez de estas piezas. Los *zinnsoldaten* se fundían en estaño, muy abundante en los alrededores de la ciudad, en moldes de pizarra. En realidad, no eran soldados con volumen, sino piezas planas grabadas por una sola cara que posteriormente se pintaban. Fue más tarde, en Francia, cuando al querer hacer los soldaditos en tres dimensiones se comenzó a utilizar el plomo, por ser un metal bastante más barato que el estaño, y aunque tenía el gran inconveniente de su blandura, el problema se corrigió aleándolo con antimonio que dio a las figuras la dureza necesaria. Luego vendría su evolución hacía formas mejor acabadas y la estandarización de su producción. Hacia finales de siglo la marca Lucotte de soldaditos de plomo fascinaba a los niños, y a los no tan niños, ya que sus piezas servían para que Napoleón Bonaparte las desplegara sobre sus mapas simulando batallas. El Emperador regaló a su hijo toda una colección de estas figuritas, hoy codiciadas por los coleccionistas.

Earnst Peter Heinrichsen, uno de los pioneros más célebres en el mundo de los soldaditos, abrió su negocio en 1839 en Nuremberg, inaugurando una dinastía que se prolongó por tres generaciones. Sus figuritas planas de 30 mm, lanzadas al mercado en 1848, alcanzaron una enorme popularidad por su reducido precio. La empresa Heinrichsen era a comienzos del siglo XX la primera productora mundial de este tipo de juguetes y sus figuras abarcaban una gran variedad de temas, del Far West americano, pasando por Federico el Grande y Napoleón, a los guerreros del mundo antiguo: troyanos, egipcios, asirios, etc. Pero la guerra de verdad acabó con esta industria que la alimentaba en la imaginación guerrera de los más pequeños.

Con la Primera Guerra Mundial se cerraron las fábricas de soldaditos en Nuremberg, Hannover y Furth. Los mayores costes en materiales y mano de obra imposibilitaron mantener los precios bajos. Por otra parte, la modernización del soldadito lo hizo menos vistoso, al ser reemplazados los multicolores uniformes de épocas pasadas por el gris y el caqui del soldado moderno. Durante unos años la fabricación de piezas sobrevivió por el apetito de los coleccionistas, mientras que la demanda popular se contentó con los recortables de papel que en España existían desde la Guerra del Rosellón (1793-1795).

Con la aparición del plástico, el guerrero de juguete renació, produciéndose gran cantidad de series que, dado su bajo costo, pronto se convirtieron en muy populares. Los soldaditos madelman, de fabricación española, y G.I. Joe, estadounidenses, aparecieron en la década de los años 60 como pequeñas figuras articuladas, de un tamaño algo superior al tradicional y acompañados de vestimenta o accesorios que pretendía reproducir fielmente los uniformes y el armamento.

Junto a estos juguetes, claramente dirigidos al mundo infantil, el coleccionismo de la tradicional figurita de plomo conocía también una nueva floración en la que las exigencias de exactitud histórica transformaban la producción. En la actualidad ese coleccionismo histórico en metal comparte la atención con el plástico, permite al usuario pintar las figuritas él mismo y ofrece una enorme variedad de tipos entre los que cabe destacar a los exitosos warhammers que recrean a guerreros fantásticos.

También en el siglo XVIII, como lo testimonian grabados y pinturas, los uniformes para niños y las armas de juguete comenzaron a popularizarse y llegan hasta nuestros días en una variedad inusitada que oscila desde la fiel imitación en miniatura hasta los artilugios futuristas. En todos estos casos se pretende alimentar la ilusión de batallas simuladas en la imaginación de los más pequeños al jugar con un utillaje bélico que puede recrea el real.

Pero la fantasía no ha satisfecho al adulto que ha imaginado la guerra como un juego más serio y basado en la inteligencia. Tal vez, el ejemplo más antiguo de este tipo de propuesta haya sido el ajedrez. De hecho los antecedentes remotos de lo que hoy, de modo genérico, conocemos por

«juegos de guerra» tienen su origen en el ajedrez. En 1664 el prusiano Christopher Weikman creó «un ajedrez militar», al que denominó «Juego del Rey» que se limitó a actualizar el ajedrez tradicional, incorporando piezas y movimientos de acuerdo con la práctica militar de su época. A mediados del siglo XVIII en Francia ya existía un *Jeu de la guerre* que el escritor militar George Venturini perfeccionó. El tablero que constaba de 1.700 casillas, quería emular un mapa topográfico y las fichas estaban diseñadas pensando en unidades de combate de las distintas armas. El desarrollo de estos juegos, en los que se utilizaban los dados, requería también la intervención de un árbitro que velaba por la aplicación de reglas estrictas y preestablecidas.

Siempre buscando una aproximación cada vez más real a un hipotético escenario de combate, el oficial prusiano Von Reisswitz diseñó un modelo de juego que impresionó a sus superiores. Hacia 1830 el juego de Reisswitz, sin dejar de serlo, se convirtió de una diversión para los entusiastas de la guerra en un recurso didáctico en las academias militares prusianas. Nacía así el *Kriegspiel*. A partir de ese momento las modificaciones sobre el juego las dictará la propia experiencia en el campo de batalla.

A raíz de las guerras austro-prusiana (1866) y franco-alemana (1870-1871) el Estado Mayor alemán modificará sus juegos de guerra en función de las exigencias de masa y movilidad propios de las modernas campañas, adoptando también el principio de autonomía en combate de las grandes unidades inspirado por Von Moltke. La incorporación de estos cambios suponía acabar con las numerosísimas y engorrosas reglas sobre las que hasta entonces se habían basado estos juegos. Fue así como el general Verdy Du Vernois creó en 1877 el modelo del «juego libre», que terminó por jugarse en enormes tableros separados para que los adversarios no pudieran apreciar al momento los movimientos del rival. Por este procedimiento, sólo el árbitro conocía el total despliegue de las unidades y controlaba las resoluciones y maniobras de cada uno de los bandos. El juego pretendía contemplar numéricamente toda una serie de supuestos como velocidad, fuerza de choque, número de bajas… Los jugadores aprendían con estas prácticas a familiarizarse con las características particulares y la conducción de cada una de las armas. El director debía ser un oficial de reconocida habilidad y con amplios conocimientos sobre conducción del

juego, de tal forma que pudiese arbitrar con eficiente autoridad las resoluciones de cada bando, a fin de cumplir con el objeto del ejercicio sin coartar las decisiones de los participantes mediante forzadas intervenciones o detenciones del juego.

A comienzos del siglo XX este tipo de juegos formaban parte de las rutinas del Estado Mayor alemán y comenzaban a difundirse por otros ejércitos. No obstante, los estrategas seguían considerándolos sobre todo como un recurso de entrenamiento útil para ensanchar la imaginación del mando o para considerar las distintas situaciones desde el punto de vista del oponente, pero cuyos resultados siempre debían ser relativizados en función de lo azaroso del combate o de otro tipo de realidades. Tal es el caso de los juegos bélicos anuales del Estado Mayor Alemán entre 1895 y 1914, que demostraron siempre la insuficiencia de las tropas de que se disponía para ejecutar el plan Schlieffen, sin embargo el plan no fue modificado cuando se aplicó al comienzo del conflicto en 1914.

En plena Primera Guerra Mundial, en 1916, tuvo lugar una aportación de enorme trascendencia a este tipo de juegos, ya que se realizó el primer intento para traducir un juego de guerra a fórmulas matemáticas. El ensayo estuvo a cargo de Frederick William Lanchester, creador del primer modelo matemático destinado a este fin que lleva su nombre. Lanchester pretendía determinar las posibilidades de éxito en un supuesto ante situaciones idénticas y recurrió para ello al cálculo de probabilidades y la estadística, confeccionando tablas adecuadas que posibilitaban un arbitraje mucho más exacto durante los juegos.

Los años de entreguerras supusieron un cierto declive en los juegos de guerra militares, en particular en Gran Bretaña y los EE. UU. La excepción a esta regla casi general fue Alemania que debía conformarse con proyectar en la ficción los movimientos de un poderoso ejército del que inicialmente no disponía como consecuencia del Tratado de Versalles. No obstante, a lo largo de esas dos décadas se ampliaron los presupuestos sobre los que tradicionalmente se habían basado estos juegos, al incluir otros factores no estrictamente militares y sobrepasar los supuestos el marco de una sola campaña. El juego se convirtió así tanto en militar como en político. La intervención hipotética de otras potencias en el conflicto, el aprovisionamiento de materias primas y otros muchos parámetros, que

verosímilmente podían intervenir en una contienda imaginada, fueron incorporados a distintos juegos aumentando su complejidad.

Comenzada ya la Segunda Guerra Mundial, el ejército alemán utilizó las experiencias de su campaña polaca en el invierno de 1939-1940 para proponer los juegos que se debían utilizar y estudiar en futuras invasiones de Francia y los Países Bajos. Japón también hizo uso de los juegos para evaluar y revisar sus tácticas y aspiraciones militares. En 1940 este país abrió el Colegio Naval y de la Armada, donde la práctica de los juegos sirvió para diseñar la invasión de las Filipinas a través de Malasia, o el ataque a Pearl Harbour.

Sin embargo, fueron los japoneses los que terminaron por evidenciar de modo clamoroso los límites de la guerra de salón. Uno de los supuestos experimentados por ellos fue el que se correspondería con la batalla de Midway. En el juego, los oficiales japoneses que llevaban el bando de los americanos lanzaron un ataque a la flota de portaaviones japonesa y le infligieron pérdidas devastadoras. Sin embargo, los árbitros cancelaron el resultado —los japoneses hicieron trampas en su propio juego—, con lo que el Estado Mayor Japonés creyó que la victoria nipona era inevitable. En la realidad, la batalla se desarrolló exactamente como había predicho el juego al principio. Quedaba así de manifiesto una de las paradojas del uso militar de los juegos de guerra. Cuando los militares se encuentran con resultados contrarios a lo planificado, la tentación de hacer trampas suele ser irresistible antes de desechar todo el trabajo táctico desarrollado para la consecución del objetivo propuesto.

Esta circunstancia no implica que los juegos se siguieran utilizando y que en ocasiones condujeran a conclusiones estratégicas operativas. Un ejemplo de esto se dio en plena Guerra Fría, cuando el mando integrado de la OTAN planificó un juego que tenía como objeto evaluar el uso táctico de armas atómicas de reducida potencia. El ejercicio se ideó para una región de unos 150 km de largo por otros tantos de ancho, en donde no existían núcleos de población de importancia. Tres cuerpos de ejército de la OTAN deberían contener la ofensiva de tropas de la República Democrática Alemana y de la Unión Soviética mediante el empleo de bombas de 15 a 20 kilotones de potencia. En los tres primeros días se produjeron casi medio millar de peticiones de fuego atómico (naturalmente

ficticias) por parte de los jugadores. Además, los comandantes de la OTAN, conforme avanzaba el juego, tendían a recurrir a los proyectiles de mayor potencia a fin de asegurar los resultados. Dejando aparte las víctimas directas de la confrontación militar, en muy poco tiempo, el juego, habían producido 3.500.000 de víctimas civiles y otros 5.000.000 se habían quedado sin hogar y afectadas por las radiaciones nucleares. Después del tercer día de juego, el nivel de destrucción hizo imposible la continuación del supuesto. El resultado condujo a un replanteamiento estratégico sobre el uso de este tipo de armas, aunque no a su abandono.

La Segunda Guerra Mundial también aportó otra novedad en este campo al diseñarse los primeros simuladores de combate que, andando los años, inspirarían muchos videojuegos de esta naturaleza. Su origen está en un aparato ideado por las Fuerzas Aéreas Británicas para entrenar a sus pilotos y denominado Entrenador Artificial Unido. Se trataba en realidad de una cabina aérea, ubicada normalmente en un hangar, donde el piloto se colocaba dentro con todos los controles a su disposición. Todos los movimientos o maniobras que llevaba a cabo dentro del simulador se registraban fuera de la cabina, en los paneles de control, y eran observados y corregidos por pilotos expertos. El Entrenador Artificial Unido permitía a los pilotos experimentar una situación real de vuelo, conocer los errores que podían cometer y aprender cómo evitarlos.

El gran salto de estos juegos en la posguerra se produjo con la computerización de los procesos de cálculo. Las computadoras permitirán altos niveles de detalle y una mayor complejidad en los supuestos. Hoy este tipo de prácticas son habituales en los Estados Mayores y forman parte de la guerra moderna, aunque siguen presentando evidentes limitaciones y siempre pueden darse escenarios no previstos. Así el Ministerio de Defensa británico no había realizado ningún juego sobre la invasión argentina de las islas Malvinas antes de que ésta tuviera lugar en abril de 1982.

El juego de guerra ha terminado al servicio de la guerra misma, perdiendo así su carácter lúdico, pero como distracción para niños y adultos ha pervivido a lo largo del tiempo. En el año 1913 el famoso escritor británico H. G. Wells, un declarado pacifista, escribió un libro de largo título: *Litlle Wars: A Game for Boys from Twelve Years to Ome Hunddred and Fifty and for that More Intelligent Sort of Girl Who Likes Games and Books*, que era en rea-

lidad la base de un juego de salón en el que de modo sencillo y con soldaditos de juguete se podía recrear una batalla siguiendo unas reglas. Este sería el primer ejemplo de un juego de guerra moderno dedicado únicamente al divertimento. Wells opinaba que era mejor canalizar los impulsos bélicos de los niños a través de la ficción que entrenarles para la guerra en los colegios.

En 1953 Charles Roberts desarrolló un juego llamado «Tácticas» que fue editado en cartón y papel. Las fichas con símbolos militares indicaban el tipo de unidad representada, así como la cuantificación del movimiento y la fuerza de combate. El bajo costo del juego y la facilidad en su despliegue lo convirtió en muy popular. El éxito alcanzado animó a Roberts a crear una empresa dedicada a la fabricación de estos juegos tomando como base batallas históricas. Así nació la mítica Avalon Hill Company, que a comienzos de la década de los sesenta era líder en el mercado con una producción que superaba las 200.000 unidades anuales. Sin embargo, la empresa quebró en 1964 por diversas razones, entre ellas por el creciente rechazo de todo lo militar, debido a la difusión de nuevos valores alimentados por las protestas contra la guerra de Vietnam. No obstante, absorbida por otra empresa, la marca Avalon Hill continuó publicando juegos de guerra hasta los años noventa. Por entonces los ordenadores personales señalaban el camino en el que se iban a reencarnar este tipo de diversión.

El ordenador, hasta la aparición de los videojuegos, fue el soporte ideal para crear tanto combates simulados como juegos de estrategia. El ratón y la pantalla ofrecían al jugador posibilidades hasta entonces insospechadas. En la simulación se podían entablar combates en los que la habilidad en el manejo del aparato permitía obtener resultados muy distintos, dando un mayor protagonismo al jugador. Los juegos de estrategia, por el contrario, se basaban en la reflexión y, al margen de los avances tecnológicos que presentaban, eran muy parecidos a los viejos juegos de cartón. De hecho, al principio, en la mayoría de juegos, el software se limitaba a reproducir un tablero con un mapa, con más o menos detalle y colorido, dividido en hexágonos o casillas sobre las que se debían mover las unidades que se parecía a las fichas de cartón tradicionales, aunque la presentación gráfica mejoró muy rápidamente. Los juegos por ordenador y los videojuegos que recrean

supuestos bélicos o batallas han ganado en verosimilitud y las recreaciones virtuales de escenario de guerra cada vez son más realistas. En los últimos años millones de adolescentes y de adultos se han divertido desarrollando sus habilidades guerreras en estos campos de batalla ficticios.

Pero la simulación de la guerra frente a un aparato no se puede comparar con la recreación del combate mismo. Las celebraciones festivas de esta naturaleza forman parte de la tradición popular en muchos lugares, como ocurre con el conocido «Alarde» en la ciudad de Irún o la fiesta de «Moros y cristianos» que se rememora anualment en la localidad de Alcoy. Aunque nada iguala a la recreación de la lucha en un viejo campo de batalla real. Para satisfacer este deseo nacen los «recreadores» bélicos (*reenactors*). Se trata de asociaciones, algunas de ellas con carácter internacional, que agrupan a toda una serie de personas dispuestas a vestirse con los uniformes o ropajes militares de épocas pasadas con la finalidad de simular, en un día señalado, una batalla histórica.

Los «recreadores» normalmente se constituyen configurando unidades militares de rancio abolengo, y sus miembros se reúnen una o dos veces al mes, generalmente el fin de semana, para realizar prácticas de combate bajo los más variados supuestos. Existen unidades de todas las armas, incluso de caballería con sus monturas o de artillería con sus piezas. En esas asociaciones se pueden integrar familias enteras, aunque cada uno de sus miembros adoptará distintos papeles. El varón adulto representará al combatiente de línea o al oficial, la esposa desempeñará el papel de cantinera o incluso vestirá el uniforme militar y los niños, también convenientemente ataviados, podrán ejercer de tambores o banderines.

La práctica de este tipo de juegos no es barata, a las cuotas de pertenencia al club hay que sumar los costos de uniforme y equipos que, en muchos casos, pueden elevarse a miles de euros, ya que el armamento empleado son réplicas fieles de las armas utilizadas en la época. El día señalado las diferentes asociaciones, en algunos casos de distintos países, se dan cita en el escenario real de la batalla y desarrollan, en la medida que el número de participantes lo permite, la recreación de los movimientos básicos del combate. A lo largo de toda la jornada festiva procurarán reproducir rigurosamente hasta los menores detalles de la época tanto en la comida como en otros muchos aspectos.

La más espectacular de estas recreaciones es la que se realiza cada cinco años en el campo de batalla de Waterloo. El evento, impulsado por los ayuntamientos de Waterloo y Braine-l'Alleud, se celebra cada 18 de junio, o el fin de semana más próximo a esa fecha, de los años que inician década, y se repite cinco años después. En la recreación celebrada en 2005 participaron más de cuatro mil personas uniformadas, procedentes de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Alemania, Holanda y otros países.

En esa ocasión miles de espectadores bordean el campo de batalla o se posicionan en lo alto de la Butte du Lion, un montículo de tierra de 40 metros coronado por un león enorme construido para conmemorar la victoria aliada, para ver el espectáculo, en el que la pólvora quemada les ayuda a imaginar lo heroico del combate sin exponerse a los riesgos reales de la guerra, rememorando así la matanza como un hecho glorioso y festivo. Y es que, el hombre moderno, que en general anhela la paz, no puede evitar seguir proyectando una mirada fascinada sobre la guerra.

BIBLIOGRAFÍA

AA VV (1988): *Nam, Crónica de la guerra de Vietnam 1965-1975*, (2 vol.), Planeta, Barcelona

AA VV (2006): *Técnicas bélicas en el mundo antiguo 3000 a. C. / 500 d. C.: Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, Libsa, Madrid.

AA VV (2006): *Técnicas bélicas en el mundo medieval 500 d. C. / 1500 d. C.: Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, Libsa, Madrid.

AA VV (2006): *Técnicas bélicas en el mundo moderno 1500-1763: Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, Libsa, Madrid.

AA VV (2006): *Técnicas bélicas en la época napoleónica 1792-1815: Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, Libsa, Madrid.

ALLMAND, Christopher (1989): *La guerra de los Cien Años*, Crítica, Barcelona.

AMNISTÍA INTERNACIONAL, IANSA y Oxfam (2005): *Los efectos de las armas en la vida de las mujeres*. Madrid: Editorial Amnistía Internacional. Disponible en www.amnistiainternacional.org/publica/armas_mujeres/indice.pdf

AMOURETTI Marie-Claire y RUZE Françoise (1999): *Les sociétés grecques et la guerre à l'époque classique*, Ellipses, Paris.

AMOURETTI Marie-Claire ; CHRISTIEN Françoise y SINEUX Pierre (2000): *Le Regard des Grecs sur la guerre: mythes et réalités*, Ellipses, Paris

ANCONA, Clemente (comp.) (1979): *Clausewitz en el pensamiento marxista*, Cuadernos de pasado y presente, Mexico.

ANDRESKI, Stanislav (1968): *Military Organization and Society*, London, Routledge & Paul.

ANDERSON, M. S. (1990): *Guerra y sociedad en el Antiguo Régimen, 1618-1789*, Ministerio de Defensa. Madrid.

APIANO *Guerras civiles* Traducción de Antonio Sancho Royo (1996) Planeta-Agostini, Barcelona

ARDANT DU PICQ, Charles (1888/1988): *Estudios sobre el combate*, Ministerio de Defensa. Centro de Publicaciones. Madrid.

ARDREY, R, (1974): *El contrato social*, Plaza y Janes, Barcelona.

ARDREY, R, (1978): *La evolución del hombre: la hipótesis del cazador*. Alianza, Madrid.

ARIES, PH. (1992): *El hombre ante la muerte*, Taurus, Madrid.

ARISTOFANES: *Los Acarnienses. Los Caballeros*. Traducción de Luis Gil Fernández (1995), Gredos, Madrid.

Lisístrata. Traducción de J. A. Moreno, (1994), Padilla Libros, Sevilla.

ARISTOTELES (1989) *Política*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid

ARISTÓTELES: *Obras*. Traducción de F. de P. Samaranch. (1977). Aguilar. Madrid

ARON**,** R., (1976): *Penser la Guerre. Clausewitz* (2 vol.), Gallimard, Paris.

ARRIANO *Anábasis de Alejandro Magno*. Libros I-III. Traducción de Antonio Guzmán Guerra (1982) Gredos. Madrid.

AUCLAIR, M., (1975): *Jaurés*, Grijalbo, Barcelona

AUGUET, R. (1988) : *Crueldad y civilización. Los juegos romanos*, Orbis, Barcelona.

BALSAC, Robert (1502): *La nef des princes et des batailles de noblesse*…, Lyon. (http://gallica2.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k706362. Bibliothèque nationale de France)

BARNICOAT, J., (1976): *Los carteles. Su historia y lenguaje*, Gustavo Gili, Barcelona.

BAUDET, J., (dir.) (1965-1966): *Historie universelle des armées* (4 vols.), Robert Laffont, Paris.

BAUDRILLARD, Jean (1991): *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Anagrama, Barcelona

BEARD, M., (2009): *El triunfo romano. Una historia de Roma a través de la celebración de sus victorias*, Crítica, Barcelona.

BEEVOR, A., (2007): *La Guerra Civil española*. Crítica. Barcelona.

BEEVOR, A., (2009): *El día D. La batalla de Normandía*. Crítica. Barcelona.

BERNAND André, (1999): *Guerre et violence dans la Grèce antique*, Hachette, Paris.

BERNARD, H. (1970): *Historia de la resistencia europea*, Martínez Roca, Barcelona.

BERTAUD, Jean Paul, (1989): *Valmy. La democratie en armes*. Gallimard, Paris

BEST, Geoffrey (1990): *Guerra y sociedad en la Europa revolucionaria (1770-1870)*, Ministerio de Defensa, Madrid.

BIBLIA DE JERUSALÉN. Nueva edición revisada y aumentada (1998). Desclée De Brouwer, Bilbao.

BLON Georges, (2008): *La batalla de Verdun*, Inédita, Barcelona

BOFFA, G., (1976): *La revolución rusa* (2 vols), Ediciones Era, México.

BON, Briand., (1990): *Guerra y sociedad en Europa (1870-1970)*, Ministerio de Defensa, Madrid.

BORREGUERO, Beltrán, C., (1989): *El reclutamiento militar por quintas en la España del siglo XVIII. Orígenes del servicio militar obligatorio*, Universidad de Valladolid.

BOUTHOUL, G. (1971): *El fenómeno guerra*. Plaza y Janés, Barcelona

BOUTHOUL, G. y CARRÈRE, R. (1977): *El desafío de la guerra*, EDAF, Madrid.

BRIZZI Giovanni, (2008): *Il guerriero, l'oplita, il legionario*. Il Mulino, Bologna.

BROWN, Malcolm, (2006): *Verdun 1916*, Perrin, Paris.

BROWNMILLER, S., (1975): *Contra nuestra voluntad*, Planeta, Barcelona.

BRULE Pierre y OULHEN Jacques (éds.) (1999): *La guerre en Grèce à l'époque classique*, Pu de Rennes, Rennes.

BRUN Patrice (éd.), (1999): *Guerres et sociétés dans les mondes grecs : 490-322*, Du Temps, Paris.

BRUNT, P. A., (1973): *Conflictos sociales en la República romana*, EUDEBA, Buenos Aires.

BRYANT, Mark, (2006): *Worl War I in Cartoons*, London.

CAILLOIS, R., (1972): *La cuesta de la guerra*, F.C.E., México.

CALLWELL C. E. (1886/1990): *Small Wars. Their Principle and Practice*, Greenhill Books, London.

CALVOCORESSI, P. y WYNT, G. (1984): *Guerra total* (2 vol.) Alianza, Madrid.

CANINI, Gérard (1988): *Combattre à Verdun. Vie et souffrance quotidienne du soldat, 1916-1917*, Presses universitaires de Nancy, Nancy.

CAPLOW Théodore et VENNESSON Pascal, (2000): *Sociologie militaire : armée, guerre et paix*, Armand Colin, Paris.

CARROLL, J. (2006): *La casa de la guerra: Historia secreta del Pentágono*, Critica, Barcelona.

CASTEX, Henri (1996): *Verdun, années infernales*, Imago, Paris.

CENTINI, Máximo (2005): *Desde Pedro hasta el Papa Ratzinger*, De Vecchi, Barcelona.

CÉSAR, Cayo Julio: *Guerra civil.* Traducción de Calonge Ruiz, Julio (2000). Gredos. Madrid.

CÉSAR, Cayo Julio: *Guerra de las Galias*. Traducción de V. García Yebra e H. Escolar Sobrino (2000) Gredos. Madrid.

CHADLER, D. (1971): *El ejército y la marina de guerra* en Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press, T. VI *El Auge de Gran Bretaña y Rusia (1688-1725)*, Sopena, Barcelona.

CHADLER, D. (2008): *Las campañas de Napoleón,* La Esfera de los libros, Madrid.

CHADLER, D. (dir) (1994): *The Oxford History of the British Army*, Oxford University Press, Oxford.

CHASTENET, J., (1961): *La vida cotidiana en Inglaterra al comienzo del reinado de Victoria*, Hachette, Buenos Aires.

CHILDE, G. (1973): *Los orígenes de la civilización*. Fondo de Cultura Económica. México

CHILDE, V. GORDON (1985): *Qué sucedió en la historia*, Planeta Agostini, Barcelona

CICERÓN.: *Cartas de Cicerón y Epigramas de Marcial*. Traducción de J. Víctor (1986). Gredos. Madrid.

CICERON: *La República. Las Leyes*. Edición de J. M. Núñez (1989). Akal. Madrid.

CLAUSEWITZ, Carl von (1980): *De la guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid.

COMA, Javier (1998): *Aquella guerra desde aquel Hollywood: Cien películas memorables sobre la Segunda Guerra Mundial*, Alianza, Madrid.

COMA, Javier (2001): "Hollywood y la segunda Guerra Mundial", *Dirigido por ...*: nº 303, pags. 36-41

CONNAUGHTON, Richard, (2008): *Modern Warfare*, Robinson, London.

CONNELL, E., S., (2003): *Custer, La masacre del 7º de caballería*, Ariel, Barcelona.

CONNOLLY Peter (1986): *Anibal y los enemigos de Roma*. Espasa Calpe, Madrid

CONNOLLY Peter (1986): *Las legiones romanas*. Espasa Calpe, Madrid.

CONTAMINE Philippe (1984): *La guerra en la Edad Media*, Labor, Barcelona.

CORVISIER J. N. Guerre et démographie en Grèce à la période classique. Pallas, ISSN 0031-0387, Nº 51, 1999:57-80

CORVISIER, A. (1976): *Armées et Sociétés en Europe de 1494 a 1789,* PUF, Paris,

CORVISIER, A. (1988): *Dictionnaire d'art et d'histoire militaires*, PUF, Paris.

CROSBY, A. W. (1988): *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, Crítica, Barcelona.

CULLERNE, M., (1991): *Art under Stalin*, Phaidon Press, Oxford

DAVIES, N. (2008): *Europa en Guerra 1939-1945*, Planeta, Barcelona.

DE POITIERS, Guillaume (1072?-1952): *Histoire de Guillaume le conquerant*, Societe d´Edition Les Belles Lettres, Paris.

DEBIDOUR Michel, (2002): *Les Grecs et la guerre : Ve-IVe siècles : de la guerre rituelle à la guerre totale*, Rocher, Monaco.

DEL ROSAL, A. (1975): *Los Congresos Obreros Internacionales en el siglo XX*, Grijalbo, Barcelona

DELBRÜCK, Hans (1900/1990): *History of the Art of War* (4 vol.) University of Nebraska Press, Lincoln

DELUMEAU, J., (1989): *El miedo en occidente*, Taurus, Madrid.

DENIZOT, A. (1996): *Verdun, 1914-1918*, Nouvelles Editions Latines, Paris

DERRY, T. K. y TREVOR, I. W. (1989): *Historia de la tecnología. Desde la Antigüedad hasta 1750*, Siglo XXI, Madrid.

DESCARTES, R. (1971): *Obras de Renato Descartes*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

DETIENNE, M., (1999): «La Phalange : problèmes et controverses », en Jean-Pierre Vernant, *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris.

DIAMOND, Jared, (2007): *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años.* Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona

DIODORO DE SICILIA: *Biblioteca histórica* (3 vol). Traducción de Francisco Parreu Alasà, y Juan José Torres Esbarranch, (2001-2006). Gredos, Madrid

DIXON, N. F. (2001): *Sobre la psicología de la incompetencia militar*, Anagrama. Barcelona.

DOMINGUEZ Ortiz, A. (1973): *Desde Carlos V a la Paz de los Pirineos (1517-1660)*, Grijalbo, Barcelona.

DOMINGUEZ, J. A., (dir.) (1996): *Historia del arte* (4 vol.), Alianza, Madrid.

DUCREY Pierre, (1985): *Guerre et guerriers dans la Grèce antique*, Office du Livre, Paris.

DUPOY, T., (Comp.) (1990): *La comprensión de la Guerra. Historia y Teoría del Combate*, Ediciones Ejército, Madrid.

DUQUESNE, J. (2004): *Pour comprendre la guerre d'Algerie*, Perrin, Paris.

EADE, D. (2001): "Mujeres y conflictos armados" en *Papeles de Cuestiones Internacionales*, Nº 73, pp.15-32. Madrid: Centro de Investigación para la Paz (CIP).

EHRLICH, B. (1968): *Resistencia. Francia 1940-1945,* Taber, Barcelona.

EIBL-EIBESFELDT, I, (1994): *Amor y odio. Historia natural del comportamiento humano*, Salvat, Barcelona.

EL CORAN, (1979): Visión Libros, Barcelona

ENEAS, EL TÁCTICO, *Poliorcética*, (1991), Gredos, Madrid.

ENGELS, F., (1850/1981): *La guerra campesina en Alemania*, Progreso, Moscú.

- (1968): *Temas militares*, Equipo Editorial, San Sebastián.

ERCKMANN-CHATRIAN (1966): *Historia de un quinto de 1813*, Espasa, Madrid

ESPINO, A., (1993): "La historia militar. Entre la renovación y la tradición" en *Revista d'història moderna* nº 11, Barcelona.

ESQUILO: *Tragedias*. Traducción de B. Pérez (2002). Gredos. Madrid.

ESTRABÓN: *Geografía* Traducción J. L. García Ramón, J. García Blanco y Mª J. Meana Cubero (2001). Gredos. Madrid.

EURÍPIDES: *Tragedias*. (3 vols.) Traducción de A. Medina et al. (2001), Gredos. Madrid.

EVAS, A. A. y GIBBONS, D., (2008): *The Compact Timeline of Military History*, Worth Press, London.

FALKNER James. (2004): *Blenheim 1704: Marlborough's Greatest Victory*. Edit. Pen & Sword Books Ltd. London

FALLAS, C. (dir.) (1965): *Grandes batallas militares*, Plaza y Janés. Barcelona.

FARON Olivier, Guerre(s) et démographie historique Annales de démographie historique, ISSN 0066-2062, Nº 1, 2002 (Ejemplar dedicado a: La population dans la Grande Guerre), pags. 5-10

FAYARD, J, F. (1987): *La justice révolutionnaire*, Edit. Robert Laffont. Paris.

FEIJÓO, A., (1996): *Quintas y protesta social en el Siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid.

FERNÁNDEZ Bastarreche, F., (1978): *El Ejército español en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid.

FERNÁNDEZ José Manuel., (2009): *Diccionario de películas. El cine Bélico*, Ministerio de Defensa, Madrid.

FERRILL Arthur (1989): *La caída del Imperio Romano. Las causas militares*. EDAF, Madrid.

FERRO, M. (1998): *La Gran Guerra (1914-1918)*, Alianza, Madrid.

FEUQUIÈRES, Antoine de (1731): *Mémoires sur la guerre : où l'on a rassemblé les maximes les plus nécessaires dans les opérations de l'art militaire*, F. Changuion, Ámsterdam. (http://catalogue.bnf.fr/ark:/12148/cb36599473d/description. Bibliothèque nationale de France)

FINLEY, M. I., (1980): *Los griegos de la antigüedad*, Labor, Barcelona.

FLACELIERE, R., (1994): *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*, Temas de hoy, Madrid.

FLAVIO JOSEFO: *La Guerra de los judíos y destrucción del Templo y ciudad de Jerusalén* (2 vols.). Traducción J. Martín. (1985), Ediciones Orbis. Barcelona.

FOCH, F., (1920): *La doctrina francesa de la guerra*, Biblioteca Militar. Madrid.

FOLARD, Jean-Charles de (1726): *Nouvelles découvertes sur la guerre : dans une dissertation sur Polybe...*, J.-F. Josse et C. Labottière, Paris. (http://catalogue.bnf.fr/ark:/12148/cb36599420t. Bibliothèque nationale de France)

FONER, Philip, S. (1975): *La guerra hispanocubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano. 1895-1902*, Akal, Madrid.

FONTAINE, A., (1970): *Historia de la Guerra Fría*, Caralt, Barcelona.

FRISCHLER, Kart, (1969): *Historia de las armas prodigiosas. Del pedernal a la bomba atómica*. Martinez Roca. Barcelona.

FROISSART, Jean (1371/1400-1988): *Crónicas (Selección de Lecturas Medievales)*, Ediciones Siruela, Madrid

FULLER, J.F.C., (1965): *La dirección de la guerra,* Caralt, Barcelona.

FULLER, J.F.C., (1985): *Batallas decisivas del mundo occidental* (3 vol.)*,* Ediciones Ejército, Madrid.

FULLER, J.F.C., (1998): *Armament and History,* Da Capo Press, Cambridge.

GALLEGO, J. A. (1979): *Los movimientos revolucionarios europeos 1917-1919*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla.

GARCÍA GUAL, Carlos (2001): *Antología de la poesía lírica griega*. Alianza. Madrid.

GARCÍA Hernán, Enrique y MAFFI Davide, (edit.) (2006): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500–1700)* (2 vols), Laberinto, Madrid.

GARLAN, Yvon, (2003): *La guerra en la antigüedad*, Aldebaran, Madrid.

GASTÓN Segura Valero (2006): *Ifni. La guerra que silenció Franco*. Ediciones Martinez Roca, S.A, Madrid.

GAT, Azar, (2006): *War, in human civilization*, Oxford Univesity Press, Oxford.

GIMÉNEZ Martín*,* Juan (1999): *Tercios de Flandes*, Falcata Ibérica, Madrid

GLUCKSMANN, André (2004): *Occidente contra occidente*, Taurus, Madrid

GOLDSWORTHY Adrian (2002): *Las Guerras Púnicas*, Ariel Barcelona.

GOLDSWORTHY, A. (2003): *Grandes generales del ejército romano.* Barcelona: Ariel.

GOLDSWORTHY, A. (2004): *The Complete Roman Army*, Thames and Hudson, London.

GRANT, R. G. (2007): *Batalla*, Pearson-Alhambra, Madrid.

GREAVES, Fielding, L., "Peace in our time-Fact or fable." *Military Review* (December, 1962).

GRIMMELSHAUSEN, Hans, J. Ch. (1668/1985): *El aventurero Simplicissimus*, Orbis, Barcelona.

GRUN-BERGER, R., (1976): *Historia social del Tercer Reich*, Ediciones Destino, Barcelona.

GUEVARA, E., (CHE), (1977): *Escritos y discursos* (8 Vols.), Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

GUIBERT, Louise-Alexandrine de (1803): *Oeuvres militaires de Guibert. Essai général de tactique / , publiées par sa veuve sur les manuscrits et d'après les corrections de l'auteur...,* Magimel, Paris. (http://catalogue.bnf.fr/ark:/12148/cb305542808. Bibliothèque nationale de France)

GUICCIARDINI, F., (1530/1977): *Ricordi*, Rizzoli, Milano.

HALE, J. R., (1990): *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620*, Ministerio de Defensa, Madrid.

HALE, J. R., (1970): *El ejército, la marina y el arte de la guerra*, en Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press, T. *La Reforma (1520-1559)*, Sopena, Barcelona.

HALE, J. R., (1970): *Las relaciones internacionales en el occidente europeo. La diplomacia y la guerra*, en Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press, T. I, *El Renacimiento (1493-1520)*, Sopena, Barcelona.

HARMAND Jacques (1976): *La guerra antigua, de Sumer a Roma*, EDAF, Madrid.

HARRIS William V (1998): *Guerra e imperialismo en la Roma Republicana*, Siglo XXI, Madrid.

HARRIS, M, (1992): *Caníbales y reyes*, Alianza, Madrid.

HARRIS, M. (1982): *Vacas, cerdos, guerras y brujas*. Alianza, Madrid.

HARRIS, O. y YOUNG, K. (Comps) (1979): *Antropología y Feminismo*. Anagrama. Barcelona.

HART Lidell C. H (1974): *Escipión el Africano*, Ed. Rioplatense, Buenos Aires.

HART, Lidell (1946): *La estrategia de aproximación indirecta*, Iberia, Barcelona.

HART, Lidell (1991): *Historia de la Segunda Guerra Mundial* (2 vol), Caralt, Barcelona.

HEALY Mark (1995): *Cannas 216 a. C.*, Ed. Del Prado, Madrid.

HERACLITO (2001): *Los filósofos presocráticos*, Biblioteca básica Gredos, Barcelona.

HERNÁNDEZ Holgado, F. (2003): *Miseria del Militarismo. Una crítica del discurso de la guerra*, Virus editorial, Barcelona.

HERNON, Ian, (2008): *Britainn's Forgotten Wars, Colonial Campaings of the 19th Century*, The History Pres, London.

HERODOTO: *Historia*, (5 vol.) Traducción de C. Schrader. (2002) Gredos. Madrid.

HESIODO: *Obras y fragmentos*, Traducción de Aureliano Pérez y Alfonso Martinez (2001), Gredos, Madrid.

HEYDECKER, J. y LEEB, J. (1966): *El proceso de Nuremberg*, Bruguera, Barcelona.

HILL, Christopher (1972): *El siglo de la Revolución (1603-1714)*, Ayuso, Madrid.

HILL, Christopher (1985): *Cromwell y la revolución inglesa*, Cuadernos de Historia 16, nº 230, Información y Revistas, Madrid.

HINZ, B., (1978): *Arte e ideología del nazismo*, Fernando Torres. Editor, Valencia.

HOBSBAWM, E., (1995): *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona.

HOMERO: *Obras completas.* Traducción de L. Segalá (1955). Montaner y Simón, Barcelona.

IMBERT, J. (1971): *Historia económica. De los orígenes a 1789*, Vicens Vives, Barcelona.

JAURÉS, J., (1910/1932): *El nuevo ejército*, Aguilar, Madrid.

JENOFONTE: *Anábasis*. Traducción de Ramón Bach Pellicer (1982), Gredos, Madrid.

JENOFONTE: *Ciropedia* Traducción de Ana Vegas Sansalvador (1987), Gredos, Madrid.

JENOFONTE: *Memorables o recuerdos de Sócrates*. Traducción de Juan David García Bacca, Incluido en JENOFONTE, *Socráticas. Economía. Ciropedia* (1999), Océano, Barcelona.

JÜNGER, Ernst (2005): *Tempestades de acero,* Tusquets, Barcelona.

JUVENAL, Persio: *Sátiras* Traducción de Manuel Balasch (1991) Gredos. Madrid.

KANT, I., (1792/1998): *Sobre la paz perpetua*. Tecnos, Madrid

KEEGAN, John (1990): *El rostro de la Batalla*, Ediciones Ejército. Madrid.

KEEGAN, John (1991): *La máscara del mando*, Ediciones Ejército. Madrid.

KEEGAN, John (1995): *Historia de la guerra*. Planeta. Barcelona.

KIERNAN, V. G. (1990): *Esplendor y ocaso de los imperios europeos (1815-1960)*, Ministerio de Defensa, Madrid.

KIRK, G., (1976): *Homer and the oral tradition*, Cambridge University Press, Cambridge.

KNIGHTLEY, Ph., (2003): *The eye of war. Words and Photographs from the Front Line*, Smithsonian Books, Washington D.C.

KOTEK y RIGOULOT, (2001): *Los campos de la muerte*, Salvat, Barcelona.

KOVALIOV, S.L. (1975): *Historia de Roma* (2 vol.), Akal, Madrid.

KRAMER, N., (1985): *La historia empieza en Sumer*, Orbis, Barcelona.

LACTANCIO: *Sobre la muerte de los perseguidores*. Traducción de R. Tejada (1982) Gredos, Madrid.

LAGORGETTE, J. (s/f): *La guerra* (2 vols.), La España moderna, Madrid.

LE BOHEC, Yann (2004): *El ejército romano*, Ariel, Barcelona.

LE GOFF, J., (1971): *La baja Edad media*, Siglo XXI, Madrid.

LÉVÊQUE, Pierre (1968): *La aventura griega* Labor Barcelona.

LÉVÊQUE, Pierre (1999): «La Guerre à l'époque hellénistique», en Jean-Pierre Vernant, *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Hachette, Paris.

LINDQVIST, Sven, (1999): *Historia de los bombardeos*, Turner, Madrid.

LIVET, Georges (1971): *Las Guerras de Religión (1559-1958),* Oikos-Tau, Barcelona.

LLEIXÀ, J. (1986): *Cien años de militarismo en España*, Madrid, Anagrama.

LORCH, Netanel (1983): *Las guerras de Israel: árabes contra judíos desde 1920*, Plaza y Janés, Barcelona.

LORENZ, K, (1976): *La agresividad. El pretendido mal*, Siglo XXI, Madrid.

LORENZ, K, (1993): *Consideraciones sobre la conducta animal y humana*, Planeta-Agostini, Barcelona.

LOT, F., (1946): *L'art militaire et les armées au Moyen Age, en Europe et dans le Proche-Orient* (2 vols.), Payot, Paris.

LYNCH, J. (1970): *España bajo los Austrias* (2 vol.), Ediciones Península, Barcelona.

MACNEILL, W. H., (1988): *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.*, Siglo XXI, Madrid.

MAHAN, Alfred T (1890/2007): *Influencia del poder naval en la historia*. Ministerio de Defensa. Madrid.

MAIER, Franz Georg (1979): *Bizancio*, Siglo XXI, Madrid.

MANGAS, J., (1988): en Tuñon de Lara (dir.), *Historia de España*, Tomo I, Labor, Barcelona.

MANIX, Daniel P. (2004): *Breve historia de los gladiadores*. Madrid: Ediciones Nowtilus.

MAO, Z., (1972-1977): *Obras escogidas*, (4 Vols.), Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekin.

MAQUIAVELO, N., (1521/1984): *El príncipe y El arte de la Guerra*, Promoción y Ediciones, Madrid.

MAQUIAVELO, N., (1525-1962): *Istorie fiorentini*, Feltrinelli, Milano.

MARTÍNEZ Teixidó, A. (2001): *Enciclopedia de la Guerra*. Planeta. Barcelona.

MATUTE, E. B. (1970): *Juegos de simulación*, Talleres Gráficos, Buenos Aires.

MAYER, A. J., (1984): *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza Universidad, Madrid.

MEINEN, Insa, (2006): *Wehrmacht et prostitution sous l'Occupation (1940-1945)*, Payot, Paris.

MEYER, Jean (1988-989): *La Cristiada* (3 vol.), Siglo XXI, México D. F.

MICHEL, H., (1971): *Los movimientos clandestinos en Europa*, Oikos-Tau, Barcelona.

MICHEL, H., (1990): *La Segunda Guerra Mundial*, (2 vol.), Akal, Madrid..

MIROUX G. et VANNIER François, (1999): *Guerre et société dans le monde grec*, Messene, Paris.

MOLTKE, E., (1874): *El ejército alemán, su organización, su armamento, su manera de combatir*, Imprenta J.J. Heras, Madrid.

MONTAGU, A, (1988): *La naturaleza de la agresividad humana*, Alianza, Madrid.

MONTET, Pierre (1961): *Vida cotidiana en el Egipto antiguo*, Mateu, Barcelona.

MONTGOMERY Bernard Law (1969): *Historia del arte de la guerra*, Aguilar, Madrid.

MONTROSS, Lynn, (1963): *Historia de las guerras*, Jano, Barcelona.

MORRIS, D, (1972): *El mono desnudo. Un estudio del animal humano*, Plaza y Janés, Barcelona.

MORRISON, J. (1996): *Greek and Roman Oared Warships, 399-30 B*, Oxbow Books, Oxford.

MOSSE Claude, (1999): *Guerres et sociétés dans les mondes grecs*, Questions, Paris.

MUNDY, J.H. (1980): *Alta Edad Media (1150-1309)*, Aguilar, Madrid.

NEALE, Jonathan, (2005): *The American War, Vietnam 1960-1975*, Bookmarks, London.

NEIBERG, Michael, (2006): *La gran Guerra. Una Historia global (1914-1918)*, Paidos, Barcelona.

NEWARK, Tim, (2009): *The Worlwide History of Warfare*, Thames and Hudson, London.

NICOLET, Claude, (1982): *Roma y la conquista del mundo mediterráneo 264-27 a. de J.C.* (2 vols.) Labor, Barcelona.

NIVEAU, M., (1979): *Historia de los hechos económicos contemporáneos*, Ariel, Barcelona.

NOLTE, E., (2001): *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, Fondo de Cultura Económica, México.

NÚÑEZ Florencio, R. (1990): *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*, CSIC, Madrid.

Da Capo Press, Cambridge, MA

OMAN, CH., (1898/1978): *A History of The Art of War in the Middle Ages* (2 vol.), Methuen and Co. Ltd., London

ORIGO, I., (1959): *Le marchand de Prato*, Albin Michel, Paris.

PAKENHAM, Thomas, (2007): *The Boer War*, Abacus, London.

PARET, Peter (1991): *Creadores de la estrategia moderna*, Ministerio de Defensa, Madrid.

PARIAS, L-H., (dir.) (1965): *Historia general del trabajo* (4 Vol.), Grijalbo, Barcelona.

PARKER, G. (1985): *El Ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*. Alianza. Madrid.

PARKER, G. (1990): *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Crítica, Barcelona.

PARKER, G. (Ed.) (2002): *Warfare: Illustrated History*, Cambridge University Press, Cambridge.

PARKER, G. (Ed.) (2010): *Historia de la guerra*, Akal, Madrid.

PEREYRA Daniel (2007): *Mercenarios. Guerreros del imperio. Los ejércitos privados y el negocio de la guerra*, El Viejo Topo, Barcelona.

PERRAULT, G. (1975): *El gran día*, CVS Ediciones, Madrid.

PERRÉ Jean, (1961): *La Guerre et ses mutations* (2 vols.), Payot, Paris.

PIERI, P., (1970): *Il Rinascimento e la crisi militare italiana*, Einaudi, Roma.

PIGANIOL, André (1971): *Historia de Roma*, Eudeba, Buenos Aires.

PLATON (1974): *Obras completas*, Aguilar, Madrid.

PLUCHON, P., (1980): *Toussaint Louverture, de l'esclavage au pouvoir*, Éd de l´École, Paris.

PLUTARCO**:** *Vidas paralelas* (6 vol.) Traducción de Aurelio Pérez Jiménez (1985-2007), Gredos. Madrid.

POINTING, Clive, (2005): *The Crimean War, The Truth Behind the Myth*, Pimlico, London.

POLIBIO**:** *Historias* (3 vols) Traducción de Manuel Balasch Recort (2001), Gredos. Madrid.

PONFILLY, Ch. (1985): *Los mujahidines. Invasión soviética del Afganistán*, San Martín. Madrid.

POSPELEV, P. y otros (1975): *La Gran Guerra patria de la Unión Soviética*, Progreso, Moscú.

PRATS, J., (1973): *La guerra y el desarme*, Salvat, Barcelona.

PRÉAUX, C., (1984): *El mundo helenístico. Grecia y Oriente (323-146 a. de C.*), Vol I, Labor, Barcelona.

PRESTON, R. y WISE, S. F. (1973): *Storia sociale della guerra*, Mondadori, Verona.

PRITCHETT, W. K. (1971): *Ancient Greek Military Practice*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles

PRITCHETT, W. K. (1974): *The Greek State at War*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles

PROCOPIO: *Historia de las guerras* (4 vol.), Gredos, (200), Madrid.

PROST, A., (1977) : *Les Anciens Combattants 1914-1940*, Gallimard-Julliard, Paris.

PROST, A., (1997) :*La Résistance, une histoire sociale*, Ed. de l'Atelier, París.

PUELL, F. (1996): *El soldado desconocido. De la leva a la "mili" (1700-1912)*, Biblioteca Nueva, Madrid.

QUATREFAGES, René (1978): *Los tercios españoles (1567-1577)*, Fundación Universitaria Española, Madrid.

QUATREFAGES, René (1996): *La revolución militar moderna: el crisol español*, Ministerio de Defensa. Madrid.

QUINTO CURCIO RUFO: *Historia de Alejandro Magno* Traducción de Francisco Pejenaute Rubio (2001), Gredos, Madrid.

RANKOV, Boris (1995): *La Guardia Pretoriana*, Ed. Del Prado. Madrid.

RAWSON, Andrew (2008): *The Vietnam*, Trafalgar Square, London.

REBUFFAT, François, (2000): *Guerre et société dans le monde grec, 490-322 av. J.-C.,* Sedes, Paris.

REEVES, S. P. (1986): *Poder femenino y dominio masculino: sobre los orígenes de la desigualdad sexual*, Mitre, Barcelona.

REGAN, Geoffre (1998): *Historia de la incompetencia militar*, Crítica. Barcelona.

REID William, (1987): *Historia de las armas*, Raíces, Madrid.

REINHARD, M. y ARMENGAUD, A. (1966): *Historia de la población mundial*, Ariel, Barcelona.

RENOUVIN, P., (1990): *La crisis europea y Primera Guerra Mundial*, Akal, Madrid.

RENOUVIN, P., (2000): *Introducción a la historia de las relaciones internacionales*, Akal, Madrid.

ROBIN, M., M., (1999): *100 fotos, 100 historias*, Evergreen, Colonia.

ROBSON, E., (1971): *Las fuerzas armadas y el arte militar*, en Historia del Mundo Moderno, Cambridge University Press, T. VII *El Antiguo Régimen (1713-1763)*, Sopena, Barcelona.

ROCA, C., (2004): *Zulu: la batalla de Isandlwana,* Inédita, Barcelona.

ROGERS, C., (ed.) (1995): *The military revolutión. Readings on the military transfromation of Early Modern Europe*, Oxford University Press, Oxford.

ROSENBLUM, N., (2000): *Una historie mondiale de la Photografie*, Abbeville Press, París.

RÜHLE, Jürgen (1963): *Literatura y revolución*, Caralt, Barcelona.

RUNCIMAN, S., (2008): *Historia de las Cruzadas*, Alianza, Madrid.

RUSSELL Bertrand (1968): *Crímenes de guerra en Vietnam*. Aguilar de Ediciones, Madrid.

RYAN, C. (2004): *El día más largo*, Inedita, Barcelona.

SALAS, R. (1980): *Los datos exactos de la guerra civil*, Ediciones Río Duero, Madrid.

SALES, N., (1974): *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*, Ariel, Barcelona.

SALUSTIO Crispo, Cayo: *Guerra de Jugurta* Traducción de Joaquín García Álvarez (1980) Gredos, Madrid.

SANDOVAL, Fray Prudencio de (1603/1956): *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, Atlas, Madrid.

SAXE, Maurice de (1757): *Mes rêveries*. (2 vol), Desaint et Saillant, Paris. (http://catalogue.bnf.fr/ark:/12148/cb313069557/description Bibliothèque nationale de France)

SCHLIEFFEN, Alfred von (1930): *Cannas*. Vol. I Texto; Vol. 2 Cartografía. Circulo Militar. Buenos Aires.

SCHNEIDER, F., (1966): *Historia de las doctrinas militares*, Vergara, Barcelona.

SCHOLL-LATOUR, Meter (1980): *La muerte en el arrozal, 30 años de guerra en Indochina*, Planeta, Barcelona.

SCHULZ, R., y SEIDEL, M., (dir.) (1997): *Egipto. El mundo de los faraones*, Könemann, Colonia.

SCHULZINGER, Robert, (1997): *A Time for War, The United States and Vietnam (1941-1975)*, Oxford University Press, Oxford.

SILVA, U., (1975): *Arte e ideología del fascismo*, Fernando Torres. Editor, Valencia.

SINGER, P. (2009): *Wired for war*, Penguin, London.

SMITH, Dan (1997): *Atlas del estado de la guerra y la paz*, Akal, Madrid.

SOBOUL, A. (1970): *La Revolución Francesa*, Tecnos, Madrid.

SPENGLER Oswald (1998): *La decadencia de occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Madrid, Espasa-Calpe.

STRACHAN, H., (2004): *La Primera Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona

STRACHAN, Hew (1985): *Ejércitos europeos y conducción de la Guerra*, Ediciones Ejército. Madrid.

STRAUSS, B., (2006): *La batalla de Salamina*, EDHASA, Barcelona

STROMBERG, R. N., (1995): *Historia intelectual europea desde 1789*, Debate, Mdrid.

SUETONIO Tranquilo, Cayo: *Vidas de los doce césares* Traducción de Rosa Mª Agudo Cubas (1992) Gredos. Madrid.

SUN TZU: *Arte de la guerra de Sunzi*: versión restaurada a partir del manuscrito de Yinqueshan (2006). Traducción de Laureano Ramírez Bellerín, La Esfera de los Libros, Madrid.

TÁCITO: *Anales* (2 vols.) Traducción de José Luis Moraleja (2001) Gredos. Madrid.

TACITO: *Historias* Traducción C. Colonna (1965) Espasa Calpe. Madrid

TAIBO, C., (1993): *Las fuerzas armadas en la crisis del sistema soviético*, Los libros de La catarata, Madrid.

TARLE, E. (1970): *Napoleón*, Grijalbo, Barcelona

TITO LIVIO: *Historia de Roma desde su fundación* (8 vol.) Traducción de José Antonio Villar Vidal (2001), Gredos , Madrid.

TOLSON, R., (2008): *Art from the First World War*, Imperial War Museum, London.

TOUCHARD, J. (1972): *Historia de las ideas políticas*, Tecnos, Madrid.

TOWNHED, Charles, (2005): *The Oxford History of modern War*, Oxford University Press, Oxford.

TOYNBEE, Arnold Joseph (1985): *Estudio de la Historia* (Compendio). Planeta-Agostini, Barcelona.

TREASE, G. (1985): *Los condotieros, soldados de fortuna*, Orbis, Barcelona.

TROTSKY, L. (1923-1976): *Escritos militares* (2 vol.), Ruedo Ibérico, París.

TROTSKY, L. (1927-1973): *Historia de la Revolución Rusa* (2 vol.), Zero, Madrid.

TUCHMAN, Barbara (1967): *La torre del orgullo*, Bruguera, Barcelona.

TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso* (4 vol.) Traducción Juan José Torres Esbarranch (1990-1992): Gredos, Madrid.

VAN CREVELD, M., (1988): *Los abastecimientos en la Guerra*, Ediciones Ejército, Madrid.

VARRÓN, Marco Terencio: *De las cosas del campo* (*Rerum rusticarum*) Traducción de Domingo Tirado Benedí (1945) Universidad Autónoma de México, México.

VÁZQUEZ MONTALBAN, M., (1973): *La vía chilena al golpe de Estado*, Libros de la frontera, Barcelona.

VEGECIO Flavio Renato: *El arte de la guerra romana*. Traducción de A. R. Menéndez Argüín (2005). Signifer Libros, Madrid.

VERNANT Jean-Pierre (éd.) (1999): *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Hachette, Paris.

VERSTRYNGE, J., VIDAURRETA M., (1978): "Bibliografía sistemática sobre sociología de la guerra", Reis: Revista española de investigaciones sociológicas, Nº 1:329-348

VICENT, Gérard (1991): "¿Una historia del secreto?" en *Historia de la vida privada. La vida privada en el siglo XX*, bajo la dirección de Philippe Ariès y Georges Duby, Turus, Madrid.

VILAR, P. (1972): *Oro y moneda en la historia, 1450-1920*, Ariel, Barcelona.

VITRUVIO: *Los diez libros de arquitectura* Traducción de Agustín Blázquez (1986). Iberia, Barcelona.

WANTY Emile, (1972): *La Historia de la Humanidad a través de las guerras* (2 vols.) Alfaguara, Madrid.

WARDEN, John A. III (1988): *The Air Campaign: Planning for Combat*. National Defense University Press, Washington, D.C.

WEINBERG, G. L. (1995): *Un mundo en armas, La Segunda Guerra Mundial, una visión de conjunto*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona.

WERTH, A. (1967): *Rusia en la guerra, 1941-1945* (2 vol.), Grijalbo, Barcelona.

WHITE, Lynn (1973): *Tecnología medieval y cambio social*, Paidos, Buenos Aires.

WIEVIORKA, O. (2008): *Historia del desembarco en Normandía*, Tempus, Madrid.

WILKES John (1990): *El ejército romano*. Akal. Madrid.

WILLIAMS, J. (1970): *La vida en la Edad Media*, Mas Ivars, Valencia.

WOODCOCK, G. (1979): *El anarquismo*, Ariel, Barcelona

WOOLMAN, D. S., (1971): *Abd el-Krim y la Guerra del Rif*, Oikos-Tau, Barcelona.

YOUNG, P. (1973): *Maquinas de guerra*, Grijalbo, Barcelona.

ZENTNER, Christian (1975): *Las guerras de la posguerra*, Bruguera, Barcelona.

ZINN, H. (2007): *Sobre la guerra*, Debate, Madrid.

Índice

Tomo I

Tomo II

IV Treinta años de guerra total

V Las guerras de la periferia